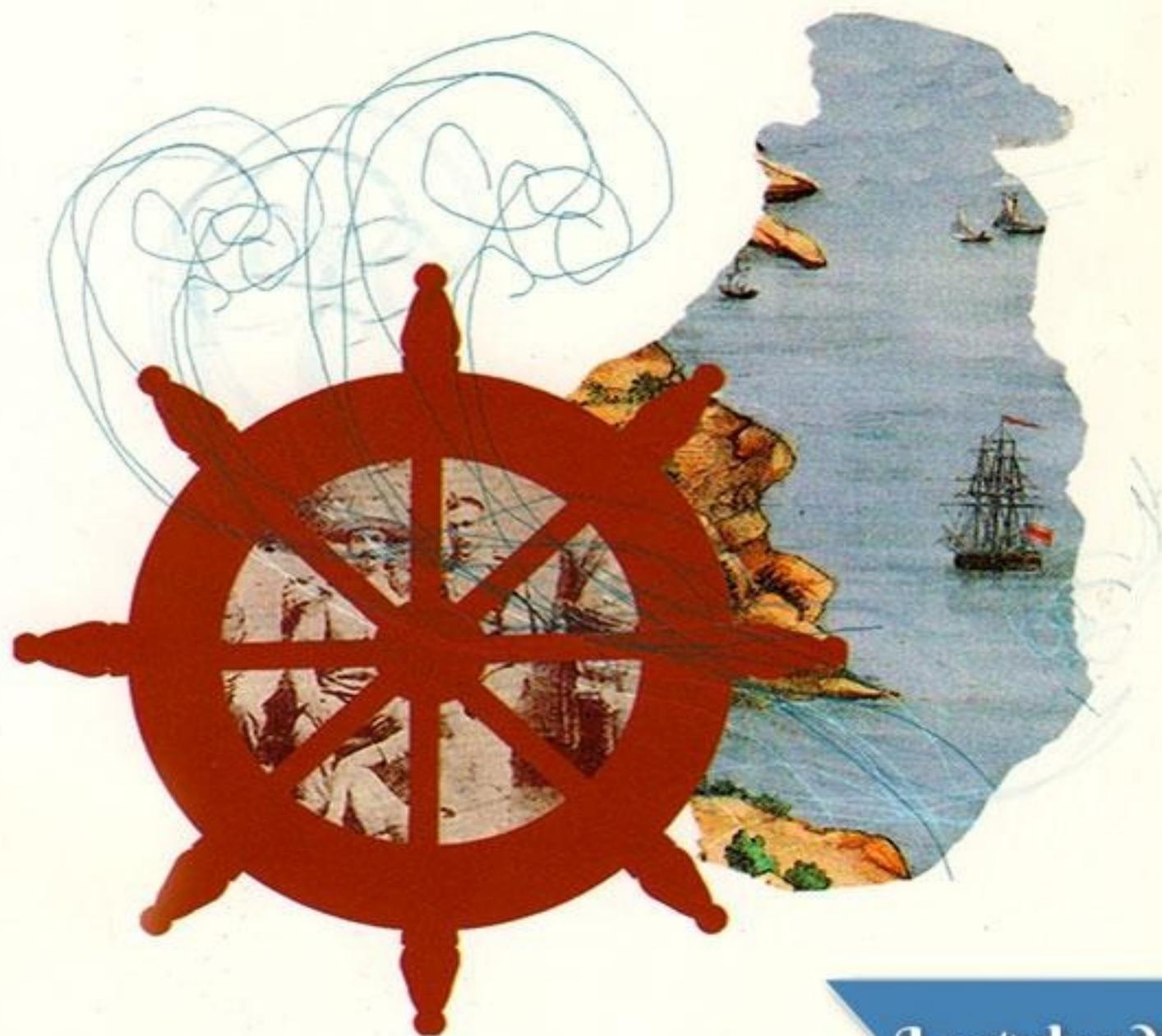


Los pilotos de altura

Pío Baroja



Lectulandia

Los pilotos de altura narra las aventuras de un marino sin escrúpulos, dedicado al tráfico de esclavos, al que suceden en sus viajes como negrero toda suerte de peripecias: tempestades, naufragios, persecuciones, rebeliones, ataques piratas... Rara vez aparecen en la literatura española novelas cuya trama principal sean las aventuras y más si estas suceden en el mar. Pío Baroja nos ofrece aquí una excepcional novela al estilo de la más pura tradición narrativa inglesa.

Juan María Marín, preparador de esta edición es catedrático de Lengua y Literatura en el Instituto Cervantes de Madrid, autor de manuales para Enseñanza Secundaria y estudioso del teatro clásico y de la literatura contemporánea española, temas a los que ha dedicado varios libros y artículos.

Lectulandia

Pío Baroja

Los pilotos de altura

Edición de Juan María Marín

El mar - 3

ePub r1.0

Artifex 25.12.14

Título original: *Los pilotos de altura*
Pío Baroja, 1929
Ilustraciones: Tino Gatagán
Diseño de cubierta: aderal tres

Editor digital: Artifex
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

por Juan María Marín

La época de Pío Baroja

España en los siglos XIX y XX

Los ochenta y cuatro años de la vida de Pío Baroja transcurrieron entre 1872 y 1956, coincidiendo con una parte muy relevante de la historia de España.

El escritor nació durante el reinado de Amadeo de Saboya (1870-1873), al que siguió la Primera República (1873-1874), período clausurado por el golpe de Estado del general Pavía, quien entró en las Cortes el 3 de enero de 1874. Antes de que acabara ese mismo año, en diciembre, el general Martínez Campos restableció a los Borbones en el trono, y, en seguida, fue coronado Alfonso XII (1875-1885), el hijo de Isabel II, la reina que había sido destronada entre grandes escándalos como consecuencia de la revolución de 1868 (llamada la «Gloriosa»). Tras la muerte del rey y hasta que su hijo Alfonso XIII alcanzó la mayoría de edad, tuvo lugar la regencia de María Cristina de Habsburgo (1885-1902).

La España de la Restauración

Se ha dado el nombre de Restauración al período que sigue al restablecimiento de los Borbones en el trono de España (1875). Durante él tuvo vigencia un sistema político bastante estable impulsado por Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897), el líder del partido conservador de entonces. El nuevo sistema descansaba sobre la Constitución de 1876 y consistía en la alternancia en el poder de los dos principales partidos: el conservador, que el mismo Cánovas dirigía, y el liberal del progresista Práxedes Mateo Sagasta. Periódicamente se celebraban elecciones (solo algunos españoles gozaban de derechos electorales), aunque estaban frecuentemente amañadas, carecían de un control riguroso y con frecuencia se descubrían fraudes electorales. Durante la Restauración se produjo un cierto desarrollo económico, aunque se agrandaron las desigualdades económicas entre las clases sociales: el proletariado y el campesinado, que vivían en unas condiciones lamentables, fueron agrupándose en organizaciones cada vez más poderosas (en 1879 se fundó el Partido Socialista Obrero Español, en 1888 la UGT —el sindicato socialista—, en 1910 la CNT —el sindicato anarquista—, etc.).

Antes de terminar el siglo XIX se produjo el acontecimiento más importante de aquellos años: la pérdida de las últimas colonias con la que se cerraba el período del antiguo imperio español. En 1895 comenzó la guerra de Cuba; en 1896, la de Filipinas. Estados Unidos participó en ellas y derrotó definitivamente a la escuadra española. La guerra terminó con la firma del Tratado de París (1898) en el que se reconocía la independencia de Cuba y se cedía Puerto Rico y Filipinas a Estados Unidos. Este resultado originó la desilusión colectiva y el más decepcionado

abatimiento. Los ciudadanos desconfiaron cada vez más de los políticos que habían conducido a tal situación y censuraron su ineficacia. Los intelectuales españoles de ese momento intentaron explicar por qué se había llegado a ese «Desastre del 98» y propusieron fórmulas de regeneración para renovar los ideales nacionales y salir de la acentuada decadencia.

Durante la Regencia (1885-1902) se acentuaron las dificultades: descendieron los precios agrícolas, se produjo el hundimiento del mercado exterior del hierro con su repercusión sobre la industria, se cerraron fábricas, aumentó la conflictividad laboral y proliferaron las huelgas, creció el desempleo; con los ínfimos salarios que percibía el proletariado apenas se podía sobrevivir, la sociedad rural sucumbía víctima del caciquismo... El fin de siglo fue, pues, una etapa de aguda crisis económica.



Con la firma del Tratado de París (1898) España reconocía la independencia de Cuba y cedía Puerto Rico y Filipinas a Estados Unidos. *Los últimos de Filipinas*. Ilustración de la época.

Un nuevo siglo

Los primeros años del nuevo siglo coinciden con los iniciales del reinado de Alfonso XIII (1902-1923); los dos viejos partidos se renovaron: Antonio Maura (1853-1925) dirigió desde 1902 el partido conservador y José Canalejas (1854-1912) acaudilló a los liberales de Sagasta, hasta su asesinato en 1912. Durante aquellos años, se fortalecieron los nacionalismos catalán y vasco y se radicalizaron las organizaciones obreras. Acontecimientos relevantes de ese período fueron el brote

revolucionario de 1909, conocido como la Semana Trágica de Barcelona, y una huelga general, la convocada en 1917. Entre 1914 y 1918 se desarrolló la Primera Guerra Mundial en la que España se mantuvo neutral, aunque la opinión pública se dividió en aliadófilos (coincidentes a grandes rasgos con las izquierdas) y germanófilos (los partidarios de las derechas).

La crisis política fue casi permanente hasta los años veinte, pues no funcionaba ya la alternancia de los dos partidos ni tampoco los gobiernos de concentración que la sustituyeron. A la crisis contribuían los frecuentes desórdenes públicos, el descontento social, las exigencias nacionalistas catalanas y vascas, la guerra de Marruecos... Y así se llegó a la dictadura del general Miguel Primo de Rivera (1870-1930), quien dio un golpe de estado en 1923 e implantó la nueva situación con la aquiescencia de Alfonso XIII. El general restituyó el orden público y puso fin a la guerra de África. En 1930 volvió el rey al trono y el 14 de abril de 1931 se proclamaba la Segunda República: Alfonso XIII tuvo que abandonar el país.

La República, la guerra y la dictadura

La República (1931-1939) emprendió rápidamente las primeras reformas: reconoció el voto a la mujer, hasta entonces sin derechos electorales; acometió la reforma agraria; decretó la secularización de la enseñanza; aprobó el Estatuto que permitía un gobierno propio a Cataluña, etc. Sucedió después un bienio contrarreformista (de noviembre de 1933 a febrero de 1936) en el que las derechas gozaron de mayoría en las Cortes, y, poco a poco, se fueron radicalizando las actitudes de los partidos enfrentados; por otra parte, fue creciendo la oposición del Ejército y de la Iglesia, hasta que estalló la cruel guerra civil el 18 de julio de 1936 motivada por la sublevación de las tropas dirigidas por los generales Mola, Sanjurjo y Franco (1892-1975). El bando victorioso en la guerra estableció la dictadura de los militares. El nuevo sistema político suprimió las libertades y muchos derechos reconocidos durante la República (por lo que se reprimió a los movimientos opositores) y solo se autorizó un partido, el llamado Movimiento Nacional. Los primeros años de posguerra fueron tremendamente duros por la falta de recursos económicos y por la terrible represión del régimen franquista. Posteriormente, España ingresó en la ONU, estableció relaciones diplomáticas con Estados Unidos y empezó una cierta recuperación económica, más apreciable en los años sesenta. El sistema desapareció con la muerte del dictador Francisco Franco en 1975, la proclamación del rey Juan Carlos I y la aprobación de la nueva Constitución de 1978.

Literatura:

La Generación del 98 y el Modernismo

Pío Baroja inició su carrera literaria con el siglo: fue en 1900 cuando publicó su primer libro, una colección de cuentos titulada *Vidas sombrías*. Por esa época se relacionó con otros escritores de su edad como eran losé Martínez Ruiz (*Azorín*) y Ramiro de Maeztu; los tres firmaron por aquellos años algunos manifiestos de carácter político en los que proclamaban su punto de vista sobre el gobierno de la nación y sobre diversos problemas de índole social. En ese momento otros escritores estaban abriéndose camino con sus ensayos, novelas y poemas; eran, entre otros, Miguel de Unamuno, los hermanos Machado (Manuel y Antonio), Juan Ramón Jiménez, Ramón María del Valle-Inclán... Todos ellos compartieron en aquellos años una misma actitud rebelde ante la sociedad y su sistema de valores y defendieron unas ideas estéticas distintas a las que habían imperado durante el último tercio del siglo XIX. Entre todos emprendieron una profunda renovación artística que afectó a todos los géneros literarios.

Se han distinguido tradicionalmente entre estos escritores dos grupos: la llamada *Generación del 98* y el *Modernismo*. Se viene identificando a la Generación del 98 con una actitud extraordinariamente crítica con el momento histórico que se estaba viviendo y la defensa de unos planteamientos contrarios a los valores sociales y políticos vigentes; en cambio, el Modernismo, según se pensaba, se correspondía con una actitud menos politizada o más esteticista, que defendía el arte por el arte, esto es, el arte como pura manifestación de belleza, sin implicaciones ideológicas ajenas a lo meramente artístico. Hoy, sin embargo, los historiadores de la literatura más solventes no aceptan una tajante separación entre los dos grupos, sino que señalan una actitud común en todos aquellos artistas del fin del siglo XIX y principios del siguiente. El Modernismo es considerado actualmente la forma hispánica que adoptó la crisis occidental del arte y su renovación; abarcó las dos actitudes descritas: la esteticista que defendió el arte por el arte y la de los detractores de los valores vigentes.

La Generación del 98

Como acabamos de decir, Pío Baroja estuvo en estrecha relación con otros escritores como *Azorín* y Ramiro de Maeztu durante los años iniciales del siglo XX. Eran escritores muy interesados por los temas políticos y plantearon críticamente los viejos problemas de la nación, agravados por la crisis de 1898 (el «Desastre»), a los que proponían soluciones regeneracionistas. Como algunos pensadores de la generación anterior (Joaquín Costa principalmente), consideraban a la patria enferma y necesitada, por tanto, de curación, que vendría de manos del fortalecimiento de la

vida pública y de la reforma de las instituciones. Su rebeldía se manifestaba en las críticas vertidas contra el parlamentarismo ineficaz, el mal funcionamiento de los partidos políticos, puestos al servicio del caciquismo, y el desmedido poder del clero y de los militares. Solo el paso del tiempo moderó estas actitudes radicales, sustituidas, con los años, por otras de signo conservador.

Fue *Azorín* quien aplicó por primera vez la expresión *Generación del 98* para designar al grupo de escritores que empezaron su carrera literaria por aquellos años a caballo entre los dos siglos. Los emparentaban una edad semejante, una similar formación intelectual y unos propósitos artísticos coincidentes; compartían, además, sus ideas acerca de la postración en que se hallaba nuestro país y coincidían en sus propuestas de re generación para la política española. Los nuevos escritores, los componentes de esa llamada *Generación del 98*, sentían un compromiso ineludible con su país: los nuevos intelectuales creían una obligación moral la de intervenir en la vida política nacional, dar su opinión sobre lo que ocurría, enjuiciar la obra de los políticos profesionales, sugerir las soluciones más eficaces; esas fueron las intenciones que inspiraron la publicación de sus ensayos y sus colaboraciones en la prensa por los años primeros del siglo xx.



José Martínez Ruiz, *Azorín* (1873-1967), fue quien aplicó por primera vez la expresión «Generación del 98» para designar al grupo de escritores que comenzaron su actividad entre finales del siglo XIX y comienzos del siguiente. *Azorín sentado con los brazos cruzados*, retrato de La Huerta.

Atrajo a aquellos escritores el tratamiento de ciertos temas como fueron las preocupaciones existenciales (qué sentido tiene la vida, qué aguarda tras la muerte,

etc.), la política (el llamado *tema de España*: las causas de la decadencia y del «Desastre», la historia, etc.), la descripción de las tierras de España (especialmente del paisaje castellano)...

Pío Baroja (1872-1956), José Martínez Ruiz (1873-1967), más conocido por su seudónimo *Azorín*, y Ramiro de Maeztu (1874-1936), los tres componentes principales de ese grupo, mantuvieron una estrecha relación y firmaron juntos algún que otro manifiesto en el que exponían su punto de vista sobre aquel momento de decadencia nacional. (No olvidemos, sin embargo, que Baroja siempre rechazó su adscripción a esta pretendida *Generación del 98*). Completan la lista de escritores pertenecientes a este grupo Miguel de Unamuno (1864-1936), Ramón María del Valle-Inclán (1866-1936) y Antonio Machado (1875-1939).

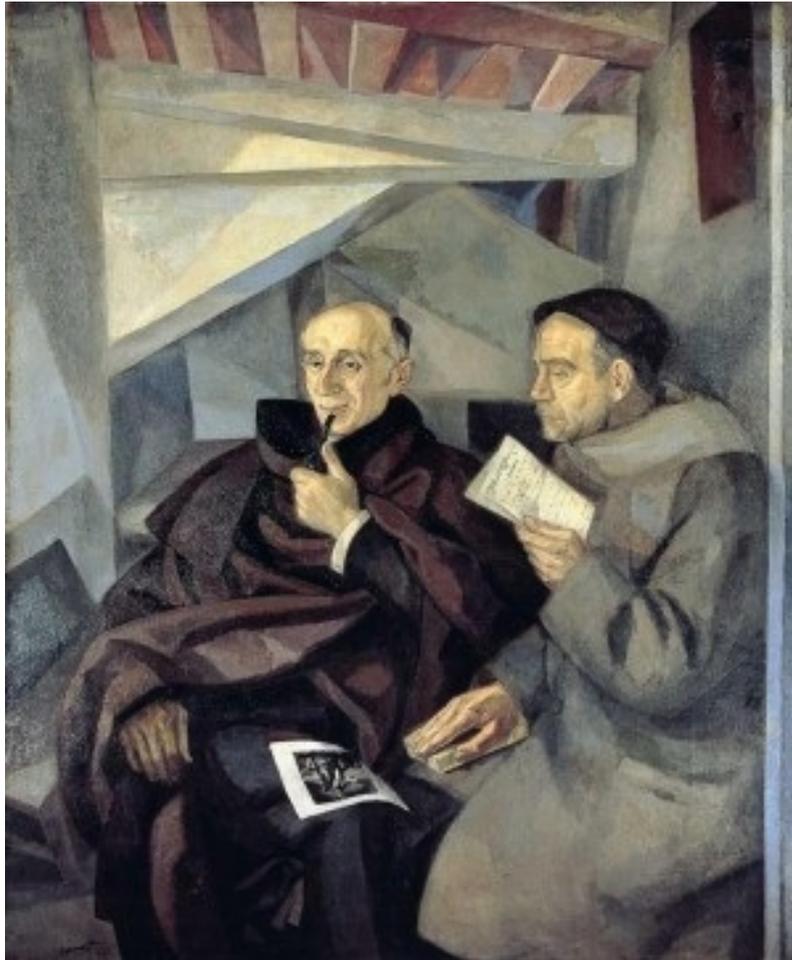
Los modernistas

Más o menos de la misma edad que los noventayochistas eran los poetas y prosistas del Modernismo, los otros inconformistas y renovadores de la literatura de ese tiempo, como fueron, entre otros seguidores de Rubén Darío (1867-1916), los siguientes escritores: Juan Ramón Jiménez (1881-1958) en algunos de sus primeros libros, Manuel Machado (1874-1947), Francisco Villaespesa (1877-1936) y Eduardo Marquina (1879-1946), poetas imitadores de las corrientes estéticas francesas, como el Parnasianismo y el Simbolismo. Fueron estos escritores quienes renovaron el estilo de la lírica y del teatro entre 1880 y 1940 aproximadamente: rompieron con el prosaísmo precedente y asentaron los pilares de la moderna poesía española. Aunque no podemos olvidar que las mayores aportaciones a la renovación del teatro fueron desarrolladas por Valle-Inclán y por García Lorca (1898-1936).

El autor y la obra

Una vida gris

El vasco Pío Baroja nació en San Sebastián el 28 de diciembre de 1872. La profesión del padre (ingeniero de minas) llevó a la familia a cambiar constantemente de lugar de residencia, y así, desde 1879, vivieron en Madrid, la ciudad en la que había nacido la madre; luego, entre 1881 y 1886, residieron en Pamplona, en donde Baroja estudió el bachillerato; más tarde, regresaron de nuevo a Madrid, en donde el futuro novelista empezó la carrera de Medicina; aquí se licenció, primero, y se doctoró, después, tras haber vivido un tiempo en Valencia. Inicia entonces su vida de médico: en 1894 solicitó su primera plaza (en Cestona, pueblo cercano de San Sebastián), que fue la única que ocupó, pues al año siguiente abandonó ese destino y con él el ejercicio de la medicina. Regresó a Madrid para trabajar como industrial y se hizo cargo de una importante panadería de una tía suya, a lo que dedicaría los seis años siguientes. Por aquel entonces también empezó sus colaboraciones en la prensa y trabó una estrecha amistad con *Azorín* y Maeztu. Durante los primeros años del siglo publicó sus principales novelas y, a partir de entonces, se dedicó exclusivamente al cultivo de la literatura, que le permitió vivir acomodadamente en la capital de España, en donde llevó una vida bastante rutinaria.



La casa de Aizgorri, El mayorazgo de Labraz, Zalacaín el aventurero y La busca son algunas de las novelas de Baroja ilustradas por su hermano mayor Ricardo (grabador, pintor y escritor) y publicadas en la editorial que, en 1917, fundó su cuñado Rafael Caro Raggio. *Ricardo y Pío Baroja*, cuadro de Vázquez Díaz.

Su carrera literaria empieza en 1900 con la publicación de una colección de cuentos (*Vidas sombrías*) y su primera novela (*La casa de Aizgorri*). Su primer gran éxito llegó con la publicación de *Camino de perfección*, motivo por el que sus amigos le tributaron un homenaje al que asistieron, aparte de escritores jóvenes como eran *Azorín*, Ramiro de Maeztu o Valle-Inclán, otros veteranos y de enorme prestigio como Benito Pérez Galdós. A partir de entonces sus novelas se fueron sucediendo ininterrumpidamente.

Aficionado a viajar, visitó diversos lugares de España y de Europa (Francia, Inglaterra, Italia, Suiza, Holanda, Alemania, Dinamarca...).

Su otra pasión fue la política. Se aproximó al Partido Republicano Radical de Alejandro Lerroux entre 1909 y 1911; por eso colaboró en *El Radical*, la publicación de este grupo político, y llegó a presentarse a las elecciones municipales por Madrid.

La sublevación del ejército en 1936 lo sorprendió en Vera de Bidasoa (Navarra), en donde había comprado una casa unos años atrás (en 1912) y en donde pasaba largas temporadas. Unos requetés, que eran defensores de la tradición religiosa y de

la monarquía, entraron en el pueblo. Un grupo de ellos tuvo un encontronazo con Baroja y lo detuvieron; como consecuencia el escritor acabó en la cárcel, y se salvó del fusilamiento gracias a la intercesión de un militar admirador de su obra. El incidente lo asustó y temió por su vida; decidió trasladarse a Francia. Cruzó la frontera y se instaló en San Juan de Luz; luego se trasladó a París. Y allí se ganó la vida colaborando con periódicos como *La Nación*, de Buenos Aires. Los artículos escritos durante la guerra fueron reunidos en el año 2001 en el volumen titulado *Libertad frente a sumisión*: Baroja se manifiesta en ellos como un intelectual liberal angustiado por los acontecimientos.

En 1940 regresó para instalarse nuevamente en Madrid, ciudad en la que le sobrevino la muerte el 30 de octubre de 1956. Los últimos años los pasó haciendo una vida muy discreta y retirada, siempre dedicado a la creación literaria.

Caracterizaron al escritor una visión pesimista del mundo y del hombre, un talante rebelde y un acentuado individualismo. Fue un escéptico en materia de religión y, en política, se proclamaba liberal y republicano. Fue, en fin, persona solitaria, insociable, retraída, un tanto misógina, según afirman quienes lo conocieron.



Entre 1909 y 1911 Baroja se acercó al Partido Republicano Radical de Alejandro Llerroux. Colaboró en *El Radical* (publicación de este partido) y se presentó a las elecciones municipales por Madrid. Consejo de ministros presidido por Llerroux (1934).

Uno de los grandes novelistas modernos

Pío Baroja, a diferencia de los escritores de su generación, cultivó casi con exclusividad la novela y llegó a ser el más célebre narrador de su tiempo. Como

novelista (publicó más de sesenta volúmenes, uno o dos al año) pensaba que «la novela es un saco en que todo cabe»: el relato de acción, la descripción de ambientes y paisajes, el análisis de los personajes, las digresiones de todo tipo —filosóficas, políticas, etc.— para lograr lo que a él más interesaba: entretener al lector, hacerle pasar un rato agradable con sus narraciones, desprovistas de propósitos más ambiciosos. No se espere, por tanto, en sus novelas que aquello que cuenta y cuanto hacen y dicen los personajes hayan de mantener una estrecha unidad y apunten en una determinada dirección para confirmar una tesis o para convencer al lector de algo (ya lo advirtió con estas palabras: «Yo escribo mis libros sin plan»).

Es característico del relato barojiano la presencia de un protagonista central (un rebelde o un aventurero, esto es, un hombre de acción enfrentado al azar o a su destino) a quien sucede una serie de historias y al que rodean otros personajes secundarios que le sirven para dialogar o para definir sus ideas acerca del mundo y de la vida.

Se ha señalado como peculiaridad de su estilo su desinterés por una escritura afectada o artificiosa; por el contrario, su prosa es aparentemente sencilla (por ejemplo, comprobaremos fácilmente su preferencia por el párrafo y la oración breves) y antirretórica (a diferencia de lo que fue costumbre en el último tercio del siglo XIX). A veces afean la expresión de sus novelas no pocos desaliños y algunos errores gramaticales (lo señalaremos oportunamente en anotaciones a pie de página en la novela que aquí se edita), aunque ello no invalida el juicio positivo que merece su estilo en conjunto.

Entregado desde los veintiocho años a la creación infatigable de novelas, su período de madurez abarca desde 1900 hasta 1912 (esto es, desde poco antes de los treinta años hasta los cuarenta y dos), época en la que publicó una docena de títulos de excepcional interés, como son *Camino de perfección*, *El árbol de la ciencia*, *La busca...* Después de 1912, su producción fue más irregular: destacan sus memorias (*Desde la última vuelta del camino*) y otros títulos, entre ellos los de sus novelas históricas (los veintidós volúmenes que constituyen las *Memorias de un hombre de acción*) y los dos que cierran el ciclo titulado *El mar: Los pilotos de altura* y *La estrella del capitán Chimista*.

Como es sabido, Baroja agrupó sus novelas en trilogías y tetralogías, sin que necesariamente guardaran unas con otras relación temática (a veces la hay y muy estrecha, como por ejemplo, en las tres que constituyen *La lucha por la vida* o en las dos últimas del citado ciclo titulado *El mar*). Aparte las ya nombradas, son las más conocidas las tituladas *Tierra vasca*, *La vida fantástica*, *La raza*, *El pasado* y *Las ciudades*, entre otras.



Baroja reflejó su pasión por la navegación y la vida de los marinos en *Las inquietudes de Shanti Andía* (1911), *El laberinto de las sirenas* (1923), *Los pilotos de altura* (1929) y *La estrella del capitán Chimista* (1930), novelas que componen la tetralogía *El mar*. *En el puerto*, de Elías Salaverria.

Los pilotos de altura

La pasión de Pío Baroja por la navegación, los barcos y la vida agitada de los marinos, lo llevó a escribir una novela aparecida en 1911: *Las inquietudes de Shanti Andía*. Con él se abría la tetralogía titulada *El mar*. Siguieron, en el otoño y más tarde, una tercera novela, desdoblada en dos volúmenes: uno publicado en 1929, *Los pilotos de altura*, y otro al año siguiente: *La estrella del capitán Chimista*. La que iba a ser trilogía terminó siendo, pues, una tetralogía por las desmedidas proporciones que acabó tomando la que iba a ser la última de esas novelas. Las cuatro novelas están relacionadas: comparten una ambientación semejante (el mar en el que sucede la acción y que da título al ciclo) y algunos personajes; las dos últimas, además, y como acabamos de decir, forman una sola novela, aunque presentada como dos libros independientes. Las dos versan sobre el comercio de esclavos y en ambas convive la ficción con el reflejo fiel de lo que fue aquel negocio.

En *Los pilotos de altura* se relatan, entre otros, los ocho viajes que emprendió Ignacio Embil como negrero o traficante de esclavos en busca siempre de la fortuna que, por fin, lo sacara de la vida vulgar y le abriera las puertas del mundo de los ricos. No lo acompañó la suerte y nunca alcanzó sus codiciadas metas; sin embargo, vivió una existencia colmada de aventuras. Para Ignacio el gran acontecimiento de su vida fue conocer y trabar amistad con José Chimista, figura que encarna el prototipo de

hombre de acción, tan querido por Pío Baroja. La novela permitirá a los lectores seguir las peripecias de Ignacio y, sobre todo, de su admirado Chimista, quien ambiciona continuamente la acción y la aventura.

Raramente aparecen en la literatura española novelas cuyo principal atractivo sean las aventuras, y más si ocurren en el mar; ese tipo de relato de aventuras es, en cambio, frecuente en la literatura inglesa, con la que se emparenta *Los pilotos de altura*. Pío Baroja nos ofrece en este caso a unos personajes (los tratantes de esclavos) a los que sucede en sus viajes toda suerte de peripecias: tempestades, persecuciones, enfermedades... Su relato carece de un plan general que lo articule para llevarlo a un desenlace determinado que, por ejemplo, pudiera confirmar la validez de unas ideas o de un planteamiento filosófico. Ni *Los pilotos de altura* ni su continuación, *La estrella del capitán Chimista*, persiguen convencer al lector de ninguna tesis, sino que son novelas puramente entretenidas que buscan poner en sus manos historias que le permitan evadirse u olvidarse de la vulgaridad del mundo en que vive, viajar con su imaginación por los océanos, por el Atlántico y por el Pacífico, sin moverse de su cuarto y hacerle vivir azarosas peripecias y los más peligrosos lances, cuya sucesión va constituyendo la novela.

Tres son los principales mimbres con los que Baroja trenza su obra aparte, naturalmente, de su imaginación creadora: las historias oídas en el seno de la familia, la lectura del diario de un capitán apellidado Abaroa y los libros de su biblioteca. En efecto, tal es la procedencia de los materiales con los que construyó su novela.

Algunos elementos de *Los pilotos de altura* se inspiraron en «historias familiares» que el escritor había oído narrar en su casa, pues los hermanos de su abuela materna, Gertrudis Goñi y Alzate, nacidos hacia 1820, fueron marinos mercantes y ejercieron como capitanes en los barcos que hacían la ruta de Cádiz-Filipinas entre 1840 y 1860. De ellos y de sus viajes se contaban muchas cosas en la familia, relatos que llegaron a oídos del autor y que le inspiraron personajes y episodios.

Los pilotos de altura es novela que Pío Baroja presenta en el prólogo como un documento real que encontró en casa de un erudito, el investigador don Domingo Cincúnegui, personaje inventado al que atribuye su redacción después de haber leído el *Diario de navegación* del viejo marino, también ficticio, Ignacio Embil, que lo había escrito al tiempo que viajaba por todo el mundo. La novela se presentaba, pues, con el artificio, tantas veces usado en la literatura, de un manuscrito hallado en una biblioteca: el lector, por tanto, no está ante una novela, sino ante un libro que cuenta una historia real. Lo cierto es que fue Pío Baroja quien redactó la novela, después de leer un *diario* firmado por un capitán vizcaíno, apellidado Abaroa, que lo había escrito hacia 1860. Su lectura en 1928 interesó al escritor y le sugirió parte de su novela.

Por último, tengamos en cuenta que *Los pilotos de altura* es fruto de las lecturas de su autor. Es bien conocida la pasión de Baroja por las novelas inglesas de aventuras («No hay nadie —escribió— como los autores ingleses para la aventura y

el mar»). No es de extrañar, pues, que adoptara la estructura de esas *novelas de aventuras* y de las llamadas *novelas folletinescas* anglosajonas traducidas unas y otras al francés o al castellano (como las del capitán Frederick Marryat, Mayne Reid, Daniel Defoe, Robert Louis Stevenson, Joseph Conrad, Edgar Allan Poe...) o escritas directamente por creadores franceses (como Julio Verne, Eugenio Sue, Alejandro Dumas, etc.), la mayor parte de ellas leídas por Baroja durante la juventud. También debemos dejar constancia de la consulta de muchos libros (enciclopedias, monografías, etc.) y revistas (por ejemplo, *La France Maritime*) que el novelista guardaba en su biblioteca y que le permitieron documentarse sobre el comercio de esclavos, los viajes marítimos en el siglo XIX y los países visitados por los personajes, y poder así evocar los hechos que se relatan en esta novela.

El resultado es una entretenida novela de aventuras, absolutamente excepcional, como se ha dicho, en nuestra tradición literaria española.

Criterio de esta edición

La primera edición de *Los pilotos de altura* apareció en Madrid, en la imprenta de Caro Raggio, en 1929, y, la segunda, dos años después, publicada por la editorial Espasa-Calpe. Tras la guerra civil formó parte del volumen II de las *Obras Completas* de Pío Baroja (Madrid, Biblioteca Nueva, 1947). Una excelente edición más moderna de la novela se incluye en el volumen IX de las *Obras Completas*, edición dirigida por José Carlos Mainer y publicada en Barcelona, por el Círculo de Lectores, en 1998. Son esos los textos que hemos tenido a la vista para preparar esta edición escolar, en la que hemos evitado las manifiestas erratas de las primeras ediciones.

Como es habitual en esta colección, con el propósito de allanar dificultades aclaramos en notas a pie de página algunas referencias históricas o culturales que se hacen en la novela o llamamos la atención del lector sobre cuestiones de estilo o sobre aspectos que no deben pasarle inadvertidos para una mejor comprensión del texto barojiano. Entre esas anotaciones no podían faltar tampoco las explicaciones sobre pasajes oscuros.

Bibliografía selecta

- Alberich, José: *Los ingleses y otros temas de Pío Baroja*. Alfaguara, Madrid, 1966. (Útil monografía sobre las relaciones del escritor con los británicos y, en especial, sobre los contactos de su fórmula narrativa con la novela de aventuras inglesa).
- Basanita, Ángel: *Baroja o la novela en libertad*. Anaya (Biblioteca Básica de Literatura. Monografías), Madrid, 1993. (Se trata de un estudio riguroso y muy completo sobre Baroja —biografía y trayectoria literaria— escrito expresamente para jóvenes escolares).
- Campos, Jorge: *Introducción a Pío Baroja*. Alianza Editorial, Madrid, 1981. (Breve, aunque completa, biografía del escritor vasco, acompañada del estudio de su producción literaria).
- Mainer, José-Carlos. Rico, Francisco (dir.): *Modernismo y 98. Historia y Crítica de la Literatura Española*, vol. 6. Crítica, Barcelona, 1979.
- : *Modernismo y 98. Primer suplemento. Historia y Crítica de la Literatura Española*, vol. 6/1. Crítica, Barcelona, 1994. (Se reúnen en estos dos volúmenes algunos de los más importantes estudios realizados sobre Pío Baroja y su obra literaria).
- Mendoza, Eduardo: *Pío Baroja*. Omega, Barcelona, 2001. (Interés especial ofrece esta semblanza del novelista escrita por otro escritor que tanto lo admira).
- Nora, Eugenio G. de: *La novela española contemporánea (1898-1927)*, I. Gredos, Madrid, 1973, págs. 97-229. (Este viejo manual contiene un acertado estudio de la obra de Baroja).
- Pérez Ferrero, Miguel: *Vida de Pío Baroja*. Magisterio Español, Madrid, 1972. (Es tal vez la más famosa biografía del novelista, fácilmente encontrable en cualquier biblioteca).
- Rivera, Haydee: *Pío Baroja y las novelas del mar*. Nueva York, Anaya Book Co., 1972. (Aunque solo se podrá hallar este libro en una buena biblioteca, merece la pena su lectura, pues constituye el estudio más completo de las novelas de Baroja ambientadas en el mar).
- Villanueva, Darío: «Prólogo» a *Obras completas. IX. Pío Baroja. Trilogías. IV*. Edición dirigida por José Carlos Mainer, Círculo de Lectores, Barcelona, 1998, págs. 11-29. (Se trata de un excelente estudio de las novelas que constituyen el ciclo titulado *El mar*).

P I O B A R O J A

E L M A R

LOS
PILOTOS DE ALTURA

(NOVELA)




epublico

INTRODUCCIÓN

EN TIEMPO DE LA GUERRA ÚLTIMA^[2], algunos pequeños puertos vascos, que durante siglos no habían botado en sus astilleros más que lanchones, gabarras y balandras, se lanzaron a construir embarcaciones de alto bordo^[3]. Uno de estos pueblos fue Elguea^[4]. En la ría de Elguea, Azurmendi, Shempelar y Compañía plantaron un astillero e hicieron un gran pailebote de quinientas toneladas, que constituyó su gran esfuerzo.

Fuimos a presenciar la botadura de este barco tres amigos.

De los tres amigos, el uno era bibliófilo; el otro, genealogista, y el tercero, yo, más o menos conocido como fabricante de novelas.

El bibliófilo poseía un hermoso automóvil y consideraba toda ocasión propicia para la rebusca de libros raros; el genealogista andaba a la caza de genealogías y de ejecutorias; yo me desplazaba sin un objetivo tan claro y determinado.

Después de presenciar el momento solemne en que el barco construido, lleno de gallardetes a proa y popa, entraba en la ría, pensamos dejar el pueblo e ir a visitar una pequeña tienda de antigüedades, donde solían verse cosas curiosas, auténticas y falsificadas; sobre todo falsificadas.

El dueño, un buen vasco, de cara inocente y cándida, solía decir, señalando un arcón, construido y tallado hacía dos o tres semanas: «Esta arca del monte la hemos traído de un caserío antiguo. Doscientos o trescientos años ya tendrá».

Como no se encontró nada en casa del anticuario, nuestro bibliófilo dijo:

—Debíamos ir al pueblo próximo, a casa de Cincúnegui, el autor de los *Recuerdos históricos de Lúzaro*. Quizá quede allí algo.

—Bueno, vamos.

El automóvil de nuestro bibliófilo salió por el dédalo de callejuelas de Elguea, tomó de prisa por la carretera de la costa, y en poco más de un cuarto de hora estábamos delante de Lúzaro, iluminado por el sol de un día de octubre. Preguntamos a un alpargatero que fabricaba alpargatas a la puerta de su tienda por la casa de Cincúnegui, y nos la mostró. Estaba enfrente de un portal, que tenía a un lado una carnicería y a otro una confitería.

La casa, una casa gris, negruzca, de dos pisos, con entramado de madera y ventanas con persianas verdes, daba por su fachada a un callejón enrevesado, en cuesta y en zigzag, de los muchos de aquella villa pescadora. El portal era lóbrego y húmedo. A un lado se abría una tienda, de esas tiendas de pueblo medio bazares por la universalidad de su género, en las que se vende de todo: clavos, pelotas, chorizos y sardinas en banasta; al otro lado de la puerta de entrada se veían varias barricas y bancos de una sidrería negra y sin luz.

En los muros de la escalera parecía haberse reconcentrado y detenido un olor antiguo a humedad, a sardinas fritas y a sidra. La escalera, con una bola vede de

crystal al comienzo, tenía unos escalones torcidos, desgastados, y un pasamanos resbaladizo.

En el segundo piso había vivido don Domingo Cincúnegui, nuestro historiador, y seguía viviendo su hermana. La puerta era pequeña, con una aldabilla en medio, y encima una estampa de la Virgen de Iciar y un letrero donde se indicaban los días de indulgencia conseguidos si se decía «Ave María Purísima» y se recitaba una oración.

Llamamos y nos abrieron.

Al entrar se pasaba a un corredor blanqueado, no muy claro. La hermana de Cincúnegui apareció: una mujer vieja, seca, de aire un poco suspicaz y al mismo tiempo atento. Nos hizo pasar y nos enseñó la casa. El corredor la cruzaba de un lado a otro. En la parte de la calle se veía una sala de pueblo, con unas cortinas blancas, planchadas, con bordados y puntillas, como de sacristía. En medio, una alfombra raída, un brasero, un velador negro, dos sillones y seis sillas, ya desteñidas, puestas cerca de las paredes.

Por el lado contrario a la calle, la casa se asomaba por encima de un hermoso parque, a medias jardín, a la ría y al puerto. El parque medio jardín era de una familia rica bilbaína.

Hacia el jardín se hallaba la biblioteca de Cincúnegui, ya abandonada desde la muerte de su propietario. En la biblioteca olía mal, a húmedo, a cerrado, y el olor se unía con el de un sumidero próximo, sin duda atrancado. Era aquella una habitación grande, con una galería de cristales, empapelada con un papel amarillento; el suelo, de roble, oscuro, con las maderas torcidas, carcomidas y alabeadas, sujetas por unos clavos de hierro, gruesos y negros.

A lo largo del cuarto había armarios embutidos en la pared con puertas de cristales rotos, tapadas por cortinas verdes, ya polvorientas y descoloridas.

El bibliófilo registró inmediatamente los armarios; se hallaban vacíos. Algún traperero, en su rebusca, se llevó lo que pudo.

Quedaban tomos incompletos del *Diccionario de Madoz*, del *Semanario Pintoresco Español* y de la *Ilustración Francesa*; páginas sueltas del *Derrotero de Tofiño*, del poema de Ciscar, de las *Conversaciones de Ulloa*, láminas de la *Francia marítima* y números de *El Correo de Lúzaro*^[5].

Muchas de las páginas faltas y otras de papeles del archivo fueron, probablemente, a parar a la tienda del piso bajo, a la carnicería y a la confitería de enfrente para envolver clavos, chuletas, bollos y dulces en una época menos preocupada de la higiene que la actual. Quizá algunas de las hojas las emplearon las vecinas en hacer papillotes. La hermana de Cincúnegui aseguró que muchos papeles habían ido a la buhardilla y se los comían las ratas.

En la biblioteca, en medio, sobre una mesa cubierta con una gutapercha negra, entre una carpeta y una escribanía de cobre, se veía un saco de habichuelas, y al lado, en un sillón de terciopelo verde, ya raído, una cesta de tomates.

Se notaba que el erudito historiador, pobre de medios, quiso disfrazar alguna de

las fallas de su biblioteca; un trozo de mármol de la chimenea, roto, se hallaba sustituido por un pedazo de madera pintado; un vano entre la chimenea y la pared se hallaba cubierto por un biombo empapelado; en aquel momento las fallas quedaban más en evidencia.

El pobre erudito del pueblo pensó y soñó en aquel rincón. Probablemente, para él, su biblioteca fue un sitio ameno, un lugar de delicias. Allí trabajó en sus recuerdos históricos, tomó datos de la historia de Lúzaro, cosa que no interesaba en una época ya exclusivamente positivista y deportiva.

El historiador local buscó datos sobre los marinos nacidos en la villa y en sus contornos, y creyó llamar la atención de la gente con estas cosas. Para Cincúnegui su cuarto de trabajo tuvo sus días de esplendor: allí le visitaron algunos eruditos vascófilos, entre ellos dos franceses y un alemán; allí se albergó la redacción de *El Correo de Lúzaro*, que duró seis meses. Ahora, ya en la decadencia, y desaparecido el espíritu vital animador de todo aquello, en la biblioteca se tendía la ropa los días de lluvia, se guardaban tiestos y se ponían a secar las habichuelas y las manzanas.

Desde la galería de cristales seguía contemplándose el parque medio jardín de la familia rica bilbaína. Abrimos una ventana. El parque estaba magnífico, soñoliento; los troncos de los árboles y las paredes aparecían llenos de musgos. Las hojas de los tilos y de los álamos caían despacio en el aire, claro y transparente.

En la parte del jardín, los magnolios mostraban su follaje, oscuro y barnizado; los naranjos, de fruta pequeña y roja, brillaban con el sol dorado de otoño. Un estanque redondo con un cisne blanco echaba un surtidor por el pico en el agua de cristal; en el cenador rústico, envuelto por enredaderas mustias, revoloteaban los gorriones. Los pájaros de colores piaban suavemente. En los senderos brillaba la hojarasca amarilla y rojiza de los árboles, que al sol desprendía un olor de humedad y de otoño. Por encima de la tapia del jardín se veía la ría, y más lejos, el puerto y las colinas, en donde el helecho iba enrojeciendo, cortadas por los rectángulos verdes de las praderas y por los bosquecillos amarillentos. Dos pailebotes, cargados de cal hidráulica, se preparaban a salir, y volvía una trainera de pesca. La magia de la tarde atraía con su luz y con su encanto. Sentía uno esa tristeza, esa comprensión de la inanidad de la vida que traen los primeros años de vejez. Al retirarnos de la ventana pensamos de nuevo en la decadencia de la biblioteca del erudito. En pocos años, el tiempo dispersaba su trabajo, reduciéndolo a la nada.

En uno de aquellos armarios, sirviendo como de sostén a un aparador, se veía un tomo grueso, grande. Lo abrimos. Era un manuscrito con letra de Cincúnegui. Probablemente habría tardado en escribirlo varios años.

—Me gustaría leerlo —le dije yo al bibliófilo.

—Pues lléveselo usted. Esta señora le dejará a usted llevárselo.

—Sí, sí; puede usted llevárselo, si quiere. ¿Para qué sirve? —contestó la vieja con

su voz seca.

Tomé el tomo grueso en la mano, y salimos los tres de la casa a buscar el automóvil.

—¡Qué terrible desdén por esta clase de trabajos tiene nuestra gente! —dije yo.

—Es natural, no le interesan —repuso el bibliófilo—. Ya no interesan más que los boxeadores, los corredores, el cine y el automóvil^[6].

—Mal porvenir para los aficionados a los libros.

—Lo mismo nos pasará a nosotros —indicó el bibliófilo—. Nuestras bibliotecas se dispersarán; nuestros papeles se los comerán los ratones.

El genealogista y yo dijimos, convencidos:

—No hay ninguna duda.

—Realmente, en España —añadí yo—, el público no necesita escritores. Con que haya cafés y cinematógrafos les basta. Con el tiempo se podría hacer desaparecer definitivamente a los autores. Una buena medida sería, por ejemplo, comenzar metiendo en la cárcel a todo el que escribiera un libro.

Fuimos a cenar a Elguea, al hotel de la Marina, en donde seguía la algazara por la botadura del barco. El comedor del hotel estaba lleno de marinos, demasiado alegres. De cuando en cuando cogían a uno de los constructores, lo ponían en hombros y salían a la calle gritando: «¡Viva Shempelar! ¡Viva Joshé Mari!». Llevaban al agasajado por las calles y lo volvían al hotel. Después, un cura, pequeñito y redondo como un huevo, con una cara como otro huevo y dos ojos como dos huevos, cantó canciones vascas, apoyándose con las dos manos en un paraguas.

Había un ambiente demasiado espirituoso allí para eruditos como nosotros, y nos fuimos a acostar de miedo de que nos sacaran a la calle también en andas.

Al día siguiente comencé yo a leer el grueso tomo de Cincúnegui. Esta obra es la suya, un poco abreviada^[7].

PRÓLOGO

I
LOS DOS EMBIL

EL LUGAR DE LA ESCENA ERA la lista de Correos de Sevilla^[8]. La época, algo más que la mitad del siglo XIX cuando este siglo empezaba a envejecer y a salirle canas^[9]; el día, ya avanzado, de noviembre, y la hora, las tres de la tarde.

El encargado de la lista de Correos, un hombre de unos cincuenta años, alto, calvo, ventrudo, con la nariz larga y verrugosa, el bigote entrecano y el aire sonriente, tomó una carta, y, asomando la cabeza por la ventanilla, gritó:

—¡Ignacio Embil!

—¡Presente! —dijo una voz enérgica.

—Soy yo —añadió otra no tan ruda.

Los dos hombres que contestaron al llamamiento se acercaron a la ventanilla; el uno era un viejo de unos sesenta años^[10], alto, robusto, corpulento, ancho, pesado, con la piel de color de caoba, patillas cortas, el rostro desabrido, la expresión con cierta mezcla de timidez y de mal humor, la voz áspera y dura. El joven, también tostado por el sol y el aire del mar, tenía la cara correcta, un poco larga, iba afeitado y vestía con cierta elegancia un poco presuntuosa.

—¿Quién es Ignacio Embil? —preguntó el empleado.

—Ignacio Embil soy yo —gritó el viejo con voz agria y categórica.

—Ignacio Embil soy yo —replicó el joven.

El empleado de Correos, con la carta en la mano, volvió a decir al viejo:

—¿Así es que usted se llama Ignacio Embil?

—Sí, señor.

—¿Y usted también? —y el empleado se dirigió, sonriente, al joven.

—Yo también.

—¿Y los dos esperan ustedes carta?

—Según parece, los dos —repuso el joven.

—Es un caso que es bastante frecuente en la lista de Correos. Vamos a ver: usted, ¿de dónde y de quién la espera? —preguntó el empleado al viejo.

—Yo la espero de Elguea, de un sobrino que se llama como yo, Ignacio —dijo el viejo con su aire de mal humor.

—¿Y usted?

—Yo de Lúzar^[11], de mi madre, que se llama Juana, o de mi hermana, que se llama Rosa.

—Muy bien. Entonces ahora abriré la carta, y según sea de un lado o de otro se la dará a usted o al señor —indicó el empleado—. ¿No les parece?

—Es lo más natural —contestó el joven.

El viejo asintió, lanzando un gruñido de aprobación.

El empleado abrió la carta con un cortaplumas, se caló los anteojos y miró, sin duda, la fecha y la firma.

—Es de Lúzaró, y está firmada Rosa; es para usted —dijo, y se la dio al joven.

Este echó un vistazo a la carta, y se la metió en el bolsillo.

—¿No la lee usted? —le preguntó el viejo.

—La leeré en casa, despacio.

—¿Así es que usted se llama Ignacio Embil?

—Sí.

—¿Seremos parientes?

—Es posible, aunque hay muchos Embil por allá.

—Sí, es cierto; demasiados. ¿Y es usted marino?

—Sí.

—Yo también, y si en algo le puedo servir...

—Muchas gracias, lo mismo le digo; estoy en el barco *La Constancia* de segundo piloto.

—Yo vivo en la fonda de La Castaña, de la calle de Alfonso el Sabio, antes Burro.

El viejo no dijo esto como chiste, pero el joven lo tomó por tal, y rio la gracia.

Los dos marinos se dirigieron a la salida de la casa de Correos, y, al encontrarse en la calle, se despidieron, estrechándose la mano.

DOS DÍAS DESPUÉS, Sevilla ofrecía un espectáculo sensacional. Iban a agarrotar a un bandido, aventurero y pirata, asesino de una mujer de vida airada.

La plaza de San Francisco sería, como de costumbre, el lugar de la ejecución. Esta plaza de San Francisco, como muchas españolas de aquella época, cambió repetidas veces de nombre; fue primero de San Francisco; luego, de la Constitución; luego, del Rey, y, por último, de Isabel II; pero para el pueblo sevillano seguía siendo de San Francisco.

La plaza de San Francisco, como ahora, estrecha y larga, tenía a un lado el ayuntamiento; enfrente, la Audiencia y varias casas particulares, pequeñas y bajas. En medio se erguía la fuente con su estatua y su taza pequeña en alto, de donde caía el agua a otra mayor y más baja.

Se levantaban en la plaza algunos altares con santos de todas clases, pintados y vestidos, y una capilla de la expiración de Cristo, completamente dramática. Existían también muchas tiendecitas de platero con sus escaparates, en los que se exhibían ajorcas, sonajeros, filigranas: el trabajo barroco y pintoresco de los orfebres andaluces de a principio del siglo XIX.

El pavimento de la plaza era de piedras menudas, encajonadas en cuadros hechos con fajas de losetas.

Aquella mañana, antes de amanecer, cruzaba la plaza más gente que de ordinario. Llegaban grupos por la calle de las Sierpes y de los Manteras a mirar si se hallaba colocado ya el patíbulo, y se notaba animación y bullicio en las tabernas de las calles de Papeleros, Chicarreros, Tundidores, Batiojas, en la de Genova y la del Vizcaíno.

El reloj de la torre de la Audiencia mostraba su círculo iluminado. Aquel reloj solía marchar con diez minutos de retraso con relación a los demás de la ciudad, y por él se regía el tribunal. En aquel momento marcaba las cinco. Iba a comenzar el alba. Se sentía frío y humedad. El ambiente no era muy puro, ni bienoliente; una alcantarilla abierta, fétida, ribeteada de inmundicia, al pie de las mismas casas consistoriales, entre la plaza y una callejuela próxima, contribuía a dejar el aire pestilencial.

Sonaron las cinco en la Audiencia. Al avanzar las dos agujas del reloj se vieron grupos y más grupos en la semioscuridad del alba. El cielo, por momentos, iba haciéndose más transparente. Pasadas las seis comenzó a clarear; media hora después empezaron a oírse las campanas de las iglesias próximas y a brillar el sol en lo alto de la Giralda.

Las tiendecillas de platero, con sus escaparates llenos de cruces, sonajas y collares, se abrían otras mañanas temprano; pero aquella permanecían cerradas por el miedo de sus dueños a la gente maleante congregada allí los días de ejecución.

Al penetrar la luz del sol en la plaza se vio con toda clase de detalles el patíbulo, sostenido por unas cuantas vigas de madera con su barandilla, el banco en medio, vigilado por el cuadro que formaban los soldados.

Varios grupos de curiosos lo contemplaban y hacían comentarios^[12].

—Lo hasen de noche para que no ze zepa quiénes lo han levantao —decía un ciudadano locuaz—; cogen cuatro o sinco carpintero, yevan en un carro laz maderaz y alrededor forman el cuadro de zoldaos. Los carpinteros trabajan por obligasión y arman el tablaio; pero nadie zabe quiénez zon; azi nadie lez puede reprochar na.

—¿Uzté cree, compadre, que ezto lez perjudicaría?

—No lez zerviría de benefisio.

Aumentaron los grupos de curiosos a medida que el sol iba penetrando en la plaza. Los vendedores ambulantes vocearon con voz aguda: «¡Naranja, más dulces que el almíbar!». Se instalaron puestos de churros y de buñuelos, y en las tabernas próximas se despacharon bandejas con «soldados de Pavía»^[13] y chatos de vino.

La plaza se iba llenando de desocupados, de rateros, de mendigos y de mujeres del pueblo con niños en brazos.

Alguno que otro curioso se veía en lo alto de una azotea o en un balcón abierto, pero pocos. Se comprendía que la burguesía sevillana no gustaba del terrible espectáculo que se daba con relativa frecuencia en la plaza.

Los mendigos dramatizaban el ambiente, como si quisieran poner un prólogo a la tragedia próxima. Un hombre fuerte, andrajoso, con la cabeza doblada sobre el hombro izquierdo, exclamaba: «¡Maresita mía! ¡Tengan láztima y compasión de este probesito que eztá muriendo de un paralís que ha cogido zirviendo a la patria! ¡De gloria le zirva para el sielo, zeñore y cabayero!».

Otro, mudo, iba aullando, haciendo sonar una campanilla y echando espuma por la boca. El lazarillo acompañante exclamaba: «¡Compadeseos de ezte probesito mudo, que no lo puede gana en la ño de su vida!». Inmediatamente después venía una ciega con una niña: «¡Santa Lusía bendita les conserve la vista!», decía la vieja. Y la niña agregaba con una voz chillona: «¡Tengan, zeñore, caridá para ezta probe ansiana!».

Por entre el bullicio de la gente pasaban algunas viejas para la primera misa; se arrodillaban delante de las imágenes callejeras; se persignaban y besaban el suelo tres veces.

El público se iba impacientando con la tardanza. Se oían burlas, chocarrerías, bufonadas; cada cual se divertía y mataba el tiempo a su modo, y los rateros buscaban la ocasión propicia para meter la mano en el bolsillo ajeno.

De pronto se presentaron, reunidos, varios encapuchados y se repartieron por la plaza, cada uno con un cepillo en la mano. Lo hacían sonar con las monedas de dentro, diciendo con voz lacrimosa: «¡Por el alma del que van a ajusticiar!».

Se reforzó el cuadro alrededor del patíbulo con un pelotón de caballería. Los soldados entraron por en medio de la multitud como si fuera por un juncal, sin prestar atención a los atropellos de los peatones, quienes ponían el grito en el cielo.

Ya el reloj marcaba las siete; la hora indicada.

—Todavía no es tiempo —dijo uno bien enterado—. El reló de la Audiencia atrasa die minuto.

—Es raro.

—Azi van las cozas de España —decía alguno.

—No, zeñó. Ezte retrazo está penzao por el caso de que, zi ze consede el indulto al reo, yegue ziempre a tiempo.

Pasaron los diez minutos de prórroga, se abrió una puerta de la Audiencia, y aparecieron dos filas de disciplinantes negros, encapuchados; unos, con un cirio amarillento en la mano; otros, con una vara, y en ella, sujeto, un farol.

Las campanas de las iglesias próximas comenzaron a tocar a muerto. La gente se arremolinó a ver la comitiva. Detrás de los disciplinantes venía el reo, vestido con una hopalanda amarilla de manchas rojas, un gorro y una cruz en las manos. Iba fuertemente atado, apenas podía andar; dos curas y dos frailes le abrazaban y le daban a besar un crucifijo. Los dos frailes, capuchinos, flacos, amarillos, con barba larga y negra, parecían dos espectros. De los curas, uno era un jovencito, y el otro, grueso, sanguíneo, ventrudo y rojizo.

—¿Quién ez eze? ¿Don Paco? —dijo uno del público, señalando al cura grueso.

—Zi; ez don Paco, el canónigo.

—Eze ez una guaja, que tiene doz o trez hijoz por ahí.

Un burlón recitó:

*Los canónigos, madre, no tienen hijos;
los que tienen en casa son sobrnicos.*

—Es una vergüenza esta falta de formalidad en un momento así —dijo un señor respetable.

Murmuraron los de alrededor, y la lúgubre procesión siguió adelante. Al llegar al cuadro, el reo se acercó a la escalera del patíbulo y se arrodilló con cierta dificultad.

El público mostraba interés en que el acto se terminara lo más pronto posible; pero, sin duda, el reo no sentía la misma prisa. Este quiso hablar un momento con uno de los frailes para hacerle alguna recomendación.

El sol comenzaba a iluminar la plaza y dar de lleno en el patíbulo. Brillaba en la argolla de hierro y en los cascos y arreos de los soldados.

EN AQUEL INSTANTE SE ENCONTRARON los dos Embil que días antes se conocieron en la casa de Correos.

—¡Hombre, usted por aquí! —preguntó Embil el viejo.

—¿Y usted también?

—A mí me ha traído el saber que el reo ha sido marinero.

—Yo también he venido por curiosidad.

Con el viejo Embil se encontraba el amo de la fonda donde se alojaba.

Avanzaron los tres por entre el público.

—¿Quieren ustedes que subamos al balcón de esta casa? —preguntó el fondista —. Conozco al inquilino que vive en el segundo. De ahí se verá muy bien...

—¿Qué, vamos? —dijo el viejo.

—Bueno, vamos.

Entraron en el portal, subieron por una escalera estrecha hasta el segundo piso, llamaron, les abrieron, cruzaron un corredor, pasaron, precedidos por la criada, a la sala, y aparecieron en un balcón, desde el cual se dominaba la plaza y el patíbulo.

—Desde aquí vamos a verlo todo muy bien —dijo Embil el viejo.

—Sí, demasiado bien —añadió el joven.

En aquel momento el reo ascendía despacio las escaleras del tablado, sostenido por los dos frailes y los dos curas. Detrás de él subió ágilmente un hombre regordete, vestido con un traje de pana oscura y sombrero de ala ancha con escarapela. Era el verdugo.

El reo paseó su mirada hosca, sombría, por la multitud, y dijo, como quien recita una lección aprendida:

«Me matan mis crímenes, no este hombre —y señaló con desprecio al verdugo. Luego gritó sin energía y con gran aire de cansancio—: ¡Viva la religión! ¡Viva el dulce nombre de Jesús! ¡Viva la Virgen!».

Alguna gente del público próxima al patíbulo contestó a estos vivas con cierto fervor.

Los dos Embil pudieron contemplar al reo despacio. Era un hombre alto, seco, moreno, los ojos hundidos, la cara atezada, como cubierta de polvos de carbón: una máscara trágica atormentada, angustiada, de un hombre usado, traído y llevado por la vida, con el rictus amargo en la boca. Llevaba los pies descalzos. Iba atado con una cuerda delgada, y la atadura no le permitía más que moverse muy despacio; llevaba las manos sujetas, en actitud de orar, y un crucifijo entre ellas.

—Hermano, es tiempo —le dijo el verdugo, poniéndole la mano en el hombro.

El reo comenzó a recitar el credo entre los dos curas y los dos frailes, mirando al

suelo. Cuando terminó, el público dijo amén, a coro.

El reo, al comprender que aquel último requisito finalizaba, echó una mirada lúgubre, desesperada, en derredor, y, al ver al viejo Embil, se fijó en él; como fascinado, le miró con una atención redoblada, y de pronto gritó: «¡Éclair! ¡Éclair! ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Hurra!»^[14].

El verdugo arrastró al reo al banquillo, y le ató de tal manera que se le pusieron los brazos amarrados. Luego echó un pañuelo negro sobre su cara, apretó con todas sus fuerzas una palanca y después una rueda. Pasado un momento se asomó por debajo del pañuelo, dio otra vuelta al manubrio, y quitó de la cara el trapo negro, lo miró por si tenía sangre y se lo metió tranquilamente en el bolsillo.

Al pie del cadalso colocaron un féretro y dos faroles sujetos en unas pértigas, un crucifijo, una mesa pequeña y una bandeja para dejar limosnas y misas por el alma del difunto. El pueblo se fue dispersando poco a poco, los plateros de la vecindad comenzaron a abrir sus escaparates con sus sonajeros y sus filigranas.

Los dos Embil y el fondista dejaron el balcón y salieron a la plaza.

—¿Es que usted conocía al reo? —preguntó Embil joven al viejo.

—Creo que sí.

—¿Ha entendido usted lo que ha gritado?

—Sí, creo que sí, aunque no estoy muy seguro.

El viejo Embil parecía preocupado. De pronto preguntó al dueño de la fonda:

—¿Se podría hablar al verdugo?

—Sí; ahí está todavía.

El verdugo había concluido de desayunar un trozo de pan y de hígado, sentado en la escalera del patíbulo. A Embil joven se le ocurrió pensar si aquel pedazo negro de hígado en la mano del verdugo no sería de algún ajusticiado.

—¡Hola, maestro! —dijo el fondista al ejecutor—. ¿Le ha costado a usted mucho el despacharlo?

—Ya ha visto usted que no.

—Yo creo que este hombre ha estado en mi casa en La Habana —dijo Embil el viejo—. Entonces, si mal no recuerdo, se llamaba *el Tenebroso*.

El verdugo se encogió de hombros.

—¿Ese hombre que usted ha ejecutado no tenía alguna señal en la mano? —preguntó el viejo marino.

—Sí; en el dorso de la mano, entre el dedo índice y el pulgar, tenía marcada en azul una «E» mayúscula y una raya así^[15].

El verdugo sacó la navaja, y marcó en la madera una línea quebrada.

—Entonces, no cabe duda: era él.

El fondista dio un cigarrillo al verdugo, quien comenzó a desliarlo con sus manos fuertes y a liarlo después. Los dos Embil y el fondista se separaron de él.

Los dos Embil se despidieron muy amistosamente y prometieron verse en Cádiz; el viejo vivía casi constantemente en aquella ciudad. Estaba de pupilo en los Tres

Reyes, en la calle de los Flamencos, y el joven, cuando volvía de sus viajes, iba al Caballo Blanco de la calle del Hondillo.

MESSES DESPUÉS, al llegar Ignacio Embil joven a Cádiz, de vuelta de un largo viaje, recogió en la fonda el recado de que fuera a visitar a Embil viejo.

Embil joven marchó a casa de su homónimo, a la calle de los Flamencos, y se encontró al viejo marino en la cama, enfermo.

Charlaron de varias cosas, y como el viejo se quejara de las incomodidades de la casa de huéspedes, el joven le preguntó:

—¿Por qué no va usted a su pueblo con su familia?

—¿Para qué? —repuso el viejo—. Allí no piensan más que en explotarle a uno. ¡La familia! ¡Cualquiera se fía de la familia! La última vez que estuve en Elguea me vino un pariente a decirme que era sobrino mío, que teníamos la misma sangre y otras sandeces. Yo le dije: «A mí no me importa nada que usted sea sobrino mío o no; yo no tengo parientes. Es lo que tengo que decir, no tengo parientes, ¿está claro? Pues, ¡hala de aquí!».

—Pero de esta manera se va usted a quedar solo —observó el joven.

—¡Psch! Lo mismo da. No quiero parientes. Siempre pidiendo dinero, ¡qué voracidad! ¡Qué ansia! Nadie se acerca a uno más que a eso: a pedir.

—Pues si no quiere usted parientes a su lado, ¿qué quiere usted, ¿amigos?

—¡Amigos! ¿Quién tiene amigos? Yo aquí no tengo amigos.

—Pues no veo quién le va a cuidar a usted. ¿Quiere usted que avise a un médico?

—Bueno.

—Ya vendré mañana yo; pero si cree usted que voy a venir por interés, entonces no vendré.

El viejo quedó un poco parado, y murmuró lo más amablemente posible:

—Sí; haga usted tanto favor, paisano^[16].

Al día siguiente por la mañana, al llegar Embil joven a la casa del viejo, se encontró al médico que acababa de reconocer al enfermo.

—Si me asiste usted, ya le pagaré lo que sea —dijo el viejo marino al médico—; lo que más le paguen los otros.

—No se ocupe usted de eso —contestó el doctor sevillano.

El marino enfermo no replicó; pero cuando salió el médico del cuarto, comenzó a murmurar: —¡Fatuo! ¡Más que fatuo! ¿Si no es por ganar dinero, por qué me va a visitar?

—Hay gente que le gusta su oficio —observó Embil el joven.

—Sí; puede ser, pero no es lo corriente; yo a todo el mundo le he visto trabajar

por dinero.

—¡Ah, claro!

—Por dinero se consigue todo —siguió diciendo el viejo—. Esa es la verdad. Salud y todo. Se puede ser conde y marqués y archipámpano. Eso, sí; hay que poner el dinero en sitio seguro, porque si no, todos son a quitar; por todas partes hay gentes que le espían a uno para arrancarle los pocos cuartos que uno ha podido reunir.

—¡Qué sé yo! Eso no lo creo —dijo Embil el joven—. A mí nadie me ha querido quitar nunca nada.

—A mí, sí.

—Usted tendrá fortuna; yo no la tengo.

—¿Yo fortuna? ¿De dónde? No he sido más que un triste marino. No tengo nada... Una miseria, para vivir... El gobierno no protege a los marinos; no nos hace caso.

—Aunque tenga usted poco dinero, a alguno se lo tendrá usted que dejar cuando se muera. No se lo podrá llevar con usted.

—¿Yo dejarlo?

—¡Claro que sí!

—A los parientes, nada; amigos, aquí no tengo.

—Entonces, ¿para quién piensa usted dejar su dinero? ¿Para algún hospital?

—¡Qué hospital! Yo no quiero proteger holgazanes.

—Entonces, ¿para qué? ¿Para escuelas?

—¿Escuelas...? Eso no sirve para nada.

—Bien; pero de todas maneras, su dinero irá a parar a alguno.

—Sí; pero yo no quiero pensar en eso.

—Es igual; pensado o sin pensar, irá a donde tenga que ir.

—Yo, por ahora, guardaré mi dinero. Se dice que se muere; pero la gente vive, y el dinero desaparece más pronto que la vida.

Los dos Embil callaron un momento; luego el viejo habló con rencor de tantos trabajos pasados en el mar, siempre sin suerte, sin un momento de éxito.

—Tengo que cobrar algo, me lo retrasan; tengo que pagar algo, me lo adelantan; no he tenido un golpe de buena suerte. No he podido salir del charco de la vulgaridad de la vida cotidiana. Luego, cuando se ha acercado uno a la familia, no ha visto más que ansiedad, codicia y egoísmo^[17].

—Pero ¿no será eso también porque usted no tiene más que ansiedad, codicia y egoísmo? Yo siempre he notado que las personas que tienen el mismo defecto se odian; el vanidoso no puede soportar al vanidoso, el soberbio odia al soberbio, y el egoísta detesta al egoísta.

El viejo Embil se agitó en la cama, y dijo con una reconcentrada e impotente cólera:

—A mí toda persona que me dice que no es egoísta, me parece un farsante y un hipócrita. En la vida no hay más que egoísmo, nada más; todo lo demás son palabras,

ganas de hablar, *sandeces*. Que la madre le quiere al hijo, y el hijo a la madre, egoísmo; que la mujer no quiere que se le muera el marido, ni el marido la mujer, egoísmo también. Yo no he visto en la vida más que egoísmo, disfrazado o sin disfrazar, pero egoísmo siempre.

—Si es así, ¿por qué se lamenta usted de no encontrar más que egoísmo en la gente?

—Ahí está, pues —murmuró el viejo con tristeza—; se lamenta uno de las cosas sin remedio. —Luego, cambiando la expresión y tomando un aire de ironía, añadió —: Los sevillanos hablan de que hay la regla de Santiago que tiene estos mandamientos:

El primero es amar a don Dinero.
El segundo, amolar a todo el mundo.
El tercero, buena vaca y buen carnero.
El cuarto, ayunar después de harto.
El quinto, buen blanco y buen tinto.
Y estos cinco se encierran en dos:
todo para mí y nada para vos.

El joven Embil, que había oído esta relación con indiferencia, preguntó:

—¿Y en el mar? ¿No ha encontrado usted más que egoísmo?

—La vida en el mar no es más que una serie de emboscadas. Todos los hombres en el mundo viven en estado de guerra. El que más puede, más consigue; yo no he visto en la vida del mar más que una lucha terrible, en la cual los contrincantes emplean todas las armas: la fuerza, el valor, la inteligencia, la intriga y la mentira. El hombre es mal bicho, digan lo que quieran^[18].

—Y en todo el tiempo que ha andado usted por el mundo, ¿no ha tenido un amigo?

—Sí; he tenido un amigo.

—¿Algún marino?

—Sí.

—¿Algún vasco?

—Sí.

—¿Cómo se llamaba?

—Se llamaba Chimista. José Chimista. Era un hombre extraordinario. Era demasiado superior para poder ser amigo suyo. Yo, a veces, pensé si sería el diablo. Tales cosas hacía.

—Para producir la admiración de usted, indudablemente debía de ser un hombre poco vulgar.

—De vulgar no tenía nada; este mismo carácter suyo de no ser vulgar impedía tener amistades con él.

—Me deja usted verdaderamente maravillado.

—Pues lo que le digo a usted de Chimista es verdad. Yo le dejaré a usted un libro que es fruto de mis viajes. Allí podrá usted ver algo de lo que hizo Chimista y de lo que he hecho yo; es un libro donde se puede aprender.

Embil joven sonrió, y a los pocos días una mujer de la fonda de la calle de los Flamencos le llevaba a su casa, de parte del viejo capitán, un tomo grueso, empastado con pasta negra^[19].

CINCUENTA AÑOS DESPUÉS^[20], una tarde de verano, hablaban en el casino de Elguea el doctor Embil y nuestro amigo don Domingo Cincúnegui, el autor de los *Recuerdos históricos de Lúzaro*. Se referían al capitán Chimista, a quien algunos consideraban un héroe legendario. Cincúnegui había publicado por entonces varios artículos notables en la revista *Euskal Erria*, sobre navegantes vascos, y quería obtener detalles de aquel marino para escribir su biografía.

—Yo soy el único que tiene datos de ese famoso capitán Chimista, llamado también Bizargorri —dijo el doctor Embil—. Este capitán tuvo alguna fama en el pueblo, hace muchos años, y se contaban de él muchas anécdotas.

—¿Y siguen acordándose de él?

—No; su fama se eclipsó. Yo tengo muy buena memoria, y le oía hablar de este hombre a mi padre, que tenía también una memoria excelente.

—¿Y por qué no escribe usted algo acerca de él? —preguntó Cincúnegui.

—Hombre, yo no sé manejar la pluma.

—Cuenta usted los hechos. Ya le ayudaremos un poco a corregir su prosa.

—No, no me quiero meter en lo que no sé. Si quiere usted escribir la vida de Chimista, hágalo usted.

—Sí, pero a mí me faltan datos.

—Yo le proporcionaré a usted los datos que tengo. Le contaré lo que sé de la infancia de Chimista; después puede usted leer el *Diario de navegación* de mi tío abuelo^[21], pidiéndoselo a mi tía, que se lo dejará a usted con gusto, y le dará también unos periódicos ingleses, de hace sesenta o setenta años^[22], en donde se habla de las presas hechas en Sierra Leona y en la costa de Guinea^[23].

—¿Es que Embil^[24] fue negrero?

—Sí, y Chimista también. Con mis datos y con el *Diario de navegación* se podrá usted formar una idea de la clase de tipo que era Chimista.

—Por lo que dice usted, parece que era un tipo curioso.

—Un verdadero héroe de la aventura. Si en Lúzaro han tenido ustedes hombres como Tristán de Aguirre y Shanti Andía^[25], que han dado que hablar, en Elguea hemos tenido al capitán Chimista, llamado Bizargorri, superior a todos como aventurero.

Cincúnegui, en vista de las palabras de Embil, decidió estudiar la vida y milagros del capitán Chimista, y así lo hizo hasta agotar la materia^[26].

PRIMERA PARTE

LA INFANCIA DE CHIMISTA

EL PALACIO DE ELGUEA, de la villa pescadora del mismo nombre, constaba de una torre antigua del siglo XV, incrustada entre dos cuerpos de edificio de mediados del siglo XVIII. Delante de la mansión señorial se extendía un gran parque con árboles centenarios; por detrás daba a la playa.

La parte antigua del palacio, la torre cuadrada, ofrecía a la vista, en medio, una puerta gótica, dos torrecillas redondas, una a cada lado, y un escudo encima. En el escudo se leía la leyenda: «Elguea antes que Elguea», lo que quería indicar que la familia de tal nombre existía con anterioridad a la fundación de la villa, cosa bastante problemática.

Las alas laterales del palacio, sin ningún carácter especial, eran cuadradas, con dos filas de balcones. El que las construyó a ambos lados de la vetusta torre pensó principalmente en ensanchar su vivienda. Entrando en la casa por la antigua puerta de la torre, se veía, primero, un patio con arcadas, y encima, una galería también con arcos. De la galería, como del patio, se pasaba a vastos salones que ocupaban las dos alas del edificio y la planta baja, y de estas se salía a una gran azotea, defendida por un enorme murallón, que daba al arenal de la playa.

El mobiliario de la casa era rico, en su mayor parte del siglo XVIII, constituido por mesas, sillas, sillones, cuadros, viejos retratos, tapices, armas y una biblioteca bastante lucida.

Los dueños de Elguea tenían antiguamente como apellido el nombre del palacio. Habían sido de las familias más importantes del País Vasco, y estaban por entonces emparentados con la aristocracia española. A principios del siglo XIX, la familia se componía del amo de la casa, de su mujer, de dos hijos y una hija, y de una señora con un título de Castilla, pariente del señor Elguea, que pasaba en el palacio largas temporadas. La casa de Elguea ofrecía grandes comodidades para el tiempo, y era acogedora en extremo; así que los dos médicos, los curas y las personas distinguidas de la villa y de los contornos solían visitarla con frecuencia.

A principios del siglo XIX, hacia la época de la batalla de Trafalgar^[27], en el mes de noviembre, hubo en el Cantábrico un terrible temporal, y un barco inglés naufragó delante de Elguea. Los pescadores del pueblo salieron en un bote a socorrer a los náufragos, y al anochecer el mar echó el cuerpo de un hombre agarrado a un madero en los arenales del murallón del palacio.

En este momento el dueño se encontraba en la azotea, y vio los dos bultos en el arenal. Inmediatamente llamó a su criado, corrió a la playa y se acercó al cuerpo

arrojado por el mar, y se encontró con un hombre magullado, desmayado, pero vivo.

Al comprobarlo el señor de Elguea llamó a otros criados; tomaron el cuerpo del hombre y lo llevaron entre varios al palacio. Allí le subieron a un cuarto, le desnudaron y le acostaron.

Se llamó al doctor Olagaray. El doctor reconoció en el joven erosiones y golpes sin gran importancia. Se le dejó descansar, y a los dos o tres días el muchacho se encontraba bueno.

Este joven era un inglés; se llamaba Federico Temple. Iba, según dijo, de la India a Inglaterra cuando naufragó. Su padre, baronet y persona de importancia, poseía un antiguo castillo en el condado de Devon^[28].

El joven Temple interesó mucho a cuantos vivían en Elguea. La familia del palacio había quedado un tanto arrinconada en aquella casa, y la audacia y las aventuras del inglés les maravillaron. Los dos hijos de Elguea y la hija, entonces de trece a catorce años, admiraban al inglés y le consideraban como un ser extraordinario.

Federico Temple decidió varias veces volver a Inglaterra, pero la insistencia de sus nuevos amigos en retenerle le obligaba a quedarse. El señor de la casa y sus hijos, la dama aristocrática forastera, el doctor Olagaray y el padre Azcárate, le instaban a no marcharse. Todos ellos le oían siempre con gran interés. El joven inglés tenía en el palacio de Elguea un cuarto que, por un lado, daba a la playa, y por el otro, a una azotea con almenas, que caía al camino de Lúzaró.

Había por entonces en el pueblo una chica, hija de un pescador, Chimista de nombre; una rubia guapa, muy alborotada, llamada la Pascashi. El joven Temple, al verla, quedó entusiasmado, y a la Pascashi, al ver al inglés, sin duda, le ocurrió lo propio. El extranjero joven del palacio de Elguea hizo la corte a la pescadora. Ella se dejó galantear, y al cabo de algún tiempo, la Pascashi se marchó del pueblo, y volvió a los dos años casada con un hombre muy moreno y con un hijo muy rubio^[29].

Todo el mundo dijo que el chico aquel era de contrabando; pero como el marinero tiene, en general, una moral más libre que el labrador, no se insistió mucho en ello. Se dijo si el padre Azcárate intervino en el matrimonio de la Pascashi, si hubo idas y venidas entre el palacio y la casa de la pescadora.

El extranjero de Elguea se fue a su país, y no volvió a aparecer más en el pueblo.



UNOS AÑOS DESPUÉS DEL NAUFRAGIO y de la aparición de Federico Temple en el palacio de Elguea, José Chimista, el hijo de la Pascashi, vivía con su abuelo en una casa estrecha y alta de pescadores, de la calle del Puerto; la Pascashi y su marido habían desaparecido del pueblo.

José Chimista, entonces un chiquillo, con el pelo rubio, delgado, de ojos azules, brillantes, oscuros, muy ágil, muy fuerte y muy atrevido, correteaba envuelto en harapos y con los pies desnudos.

El pequeño Chimista mostraba un aire de audacia y de decisión; fruncía el ceño para decir algunas cosas y miraba siempre de frente.

Le llamaban *Cascazuri* («Cabeza blanca»), por el color de su cabello. Este color rubio un poco rojo entre los pescadores es mal signo, indicio de hombre malo y atravesado.

Chimista andaba con todos los granujas del pueblo, y a veces iba con las lanchas de sardina y de bonito; pero todavía no servía para gran cosa.

Chimista capitaneaba a los chicos de la vecindad, y maravillaba a sus compañeros con sus historias, con sus ideas y sus fantasías. Era un chico misterioso, ocurrente, irónico y burlón; tiraba con ostentación unas tablas al agua.

—¿Por qué las tiras? —le preguntaba algún camarada.

—Porque el otro día me hicieron daño.

A otras las ponía sobre una piedra de premio. Echaba también algunos anzuelos viejos; otros los guardaba, contaba historias largas y complicadas, de las anclas roñosas y de los cañones metidos en el malecón del muelle, para atar las amarras, de las cadenas de las boyas y de los mascarones de proa.

Al lugarteniente de Chimista, un chico de una familia de menestrales, llamaban *Tricu* («el Erizo»).

A su padre, un tonelero francés, Juan Chorropique, todo el mundo [lo] conocía también por Juan Tricu. El apodo pasó del padre al hijo. Tricu era pequeño, moreno, con unos ojos muy negros y muy vivos. Otro camarada era Chispín, el hijo de un caserío, Chispinea, apellidado Cigardi. Chispín Cigardi tenía el aspecto de estos chicos que en la infancia son un poco ridículos, con huesos enormes, rodillas abultadas, manos grandes, pies grandes, y la timidez de verse constituidos para gigantes sin serlo aún.

Tricu y Cigardi admiraban a Chimista.

Otro camarada aristocrático podía considerarse al hijo del palacio de Elguea, Ramón de nombre.

José Chimista intervenía en el pueblo por su parentela, si no ilustre, curiosa. La

parentela le daba el dominio de ambientes diversos. Un tío suyo, enterrador, trabajaba en el cementerio, jardín protegido del viento del mar en el que brotaban plantas y flores por todas partes, hasta entre las piedras de las tapias.

José Chimista solía andar con mucha frecuencia en el cementerio.

Tía suya era también la cerera, y por tal motivo el chico correteaba por la iglesia y subía a la torre por la escalera de piedra rota, resbaladiza y húmeda. Un cuartucho con un agujero, que daba encima de la bóveda a la iglesia, excitaba la imaginación de Josecho, quien contaba a los amigos de su cuadrilla grandes fantasías sobre aquel camaranchón. Los muertos también le preocupaban mucho, y pensaba cómo estarían en la caja el uno y el otro.

Varias veces, el mayorazgo de la casa de Elguea, entonces con un título de marqués, se encontró en el arenal y en el puerto con Chimista; le preguntó algunas cosas, y quedó extrañado de sus contestaciones y del parecido que tenía con su amigo el inglés Federico Temple.

El marqués invitó a Chimista a jugar con su hijo Ramón; Chimista no quería jugar dentro del parque. Le parecía estar encerrado; tampoco quería abandonar a sus amigos predilectos Tricu y Chispín Cigardi. Como Ramón, el hijo del marqués, se mostrara partidario acérrimo de Chimista, entraron los hijos de los pescadores a corretear y a alborotar en el palacio. A ellos les gustaba más la playa que el parque.

Ramón también iba a visitar al viejo Chimista, y hubiera querido vivir con Josecho en la casa pequeña del abuelo, donde el pescador secaba sus redes y arreglaba sus aparejos.

Josecho tenía algo de gato; quitaba los juguetes a Ramón, y se los daba a Tricu o a Cigardi; le gustaba también robar cosas y llevárselas a su abuelo. Este unas veces se quedaba con ellas, otras obligaba al chico a devolverlas.

Ninguno de los juguetes del joven aristócrata divertía tanto a la cuadrilla como lo inventado por Chimista. Un trapo viejo en un palo, un corcho con unos anzuelos roñosos, un pedazo de hierro, cualquiera chuchería aderezada con explicaciones de Chimista interesaba a los chicos más que un artefacto mecánico complicado y caro.

En el arenal de la playa, delante de la casa de Elguea, Josecho hacía el Cristo, hundiéndose en la arena, hablaba de las brujas, de los gatos, de los fantasmas, y daba detalles inventados por su imaginación extraordinaria.

—Este agujero en la arena va a servir de trampa para las gaviotas; aunque no —decía al poco rato con seriedad—; aquí guardaremos una ballena.

Luego el agujero se convertía de pronto en un muelle o en un estanque.

En el arenal solían jugar a un juego inventado por Josecho; la cuadrilla, dividida en grupos, hacía dos grandes agujeros en la arena, les ponían un parapeto, y en uno plantaban una bandera inglesa y en el otro la española.

La bandera inglesa luchaba contra la española desde sus respectivos agujeros

tirándose arena y piedras, hasta que aparecía un grupo con la bandera negra de los piratas y el grupo se apoderaba del castillo español o del inglés o de los dos.

Naturalmente, el ser pirata constituía una gran superioridad. Al principio, Chimista reclamaba este papel como de su invención; pero luego lo cedía con facilidad a Ramón, a Cigardi o a Tricu.

Chimista se manifestaba muy afirmativo. Sus afirmaciones tenían un carácter que dejaba a sus compañeros asombrados y mirándose uno a otro con curiosidad.

—Esos sacos que lleva ese barco son de monedas de oro. Esa goleta que ha entrado hoy es pirata.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Porque a mí me lo dicen y porque tiene las velas muy negras. En eso se les conoce.

Según José Chimista, las algas rojas eran sangre, el mar estaba lleno de piratas, y los montes, de ladrones y de sacamantecas. Los barcos se convertían a veces en espectros, en medio de la niebla.

Las nociones geográficas y étnicas de Josecho eran pintorescas.

—Este barco me han dicho que va a la China —decía—. La China está más lejos que América. Los chinos van con coleta. Algunos aseguran que al final de la coleta llevan un higo.

Él no estaba muy seguro. También los indios de América, con sus plumas, y los negros daban mucho que hacer a la imaginación de Chimista.

Josecho hacía descubrimientos. Una solterona de la calle Mayor, que solía llevar un trapo negro en el ojo, iba los sábados sobre una escoba a los aquelarres; un señor, tranquilo, marino retirado, con una peluca color de castaña, un anillo en la oreja y una levita hasta los tobillos, era protestante y masón; un pescador viejo y sonriente, con las piernas arqueadas, amigo de su abuelo, según él, estaba loco y veía espectros.

Josecho convencía a sus amigos de sus fantasías, y solo a fuerza de bromas de la familia llegaban estos a pensar que quizá no era verdad lo afirmado por él. Una vez, Ramón le dijo a su padre:

—Me ha dicho Josecho que tiene un libro escrito para saber con qué chicos tiene que jugar y con quiénes no.

—¿Y tú lo has creído?

—Yo, sí.

—Pues es mentira, ¿para qué va a tener Josecho ese libro?

A pesar de una tendencia evidente a desacreditarle, José Chimista tenía prestigio entre sus camaradas, y se le creía por encima de todo y, principalmente, por ser entretenido y ameno.

Los chicos que iban a casa de Chimista se consideraban privilegiados. Entraban en la morada del viejo pescador, pequeña, de piso bajo y piso primero, con dos

ventanas, un portal oscuro y una escalera difícil de subir; pasaban luego a la cocina o a un patio pequeño con una barca y con aparejos, y redes, y allí ayudaban al abuelo.

Cuando se le veía al viejo en la ventana pequeña de su casa, con su perfil aguileño y su pipa en la boca, parecía una estampa irónica de polichinela.

El abuelo y el nieto charlaban los dos como camaradas de la misma edad. El uno preguntaba unas veces, y el otro respondía, y al revés. El viejo pescador tenía una cara aguda, que de cerca parecía de boj, llena de grietas, y unos ojos grises, anhelantes y curiosos.

El viejo Chimista era un sabio, un hombre astuto; sabía dónde abundaba más el pescado en la costa próxima a Elguea, y tenía sus sitios predilectos, en los cuales ponía cepos para las langostas, y las guardaba vivas hasta que se presentaran buenas ocasiones para venderlas.

Cuando llegó José Chimista a mozo de catorce o quince años, se distinguió por jugar a la pelota y a las cartas, vagabundear en el muelle y pasarse la vida en la taberna del Telescopio y en la de la Fragata, y por andar detrás de las chicas del pueblo. Se habló también de él por algunas bromas un poco pesadas contra varios pescadores torpes. Uno de estos, un tal Martín Beltz, le persiguió con el fin de darle una paliza, pero no lo pudo coger.

A Chimista se le veía por entonces con todos los perdidos, granujas y vagabundos del pueblo y de su contorno; conocía también a los contrabandistas, a la gente irregular y a dos o tres guerrilleros de la guerra de la Independencia, de las partidas de Jáuregui y de Mina^[30]. A estos les hacía hablar, y así se enteraba de hechos históricos, de los cuales no podía tener idea por otro conducto.

Una vez, el médico, el doctor Olagaray, oyó hablar a Chimista de los desembarcos del almirante inglés, medio pirata, Drake, en la costa vasca^[31]. Chimista contó cómo unos marinos de los barcos de Drake hicieron un desembarco en Gaztelugache y quemaron el monasterio que existía en este islote, y cómo otros marinos ingleses, de la escuadra del mismo almirante, robaron las alhajas de una ermita de un peñón próximo, y mataron al ermitaño.

—¿De dónde sabes tú eso? —le preguntó el médico.

—Me lo han contado.

Chimista no se contentaba con explicar lo oído aquí y allá, sino que fantaseaba, y a base de algo relatado por otro inventaba historias falsas e inverosímiles; hablaba de países de gigantes, de pigmeos y de sordomudos; de mares surcados constantemente por enormes arañas, pulpos gigantescos y dragones con alas.

Hablaba también de un barco inmenso, sin marineros y sin piloto, que atravesaba el mar en medio de las tempestades. Muchos habían visto este buque, que más que una realidad era un fantasma de funestos presagios, al cual los ingleses de Cornualles^[32] llamaban el Barco de la Muerte o *Death Ship*.

Su amigo y camarada Ramón, a quien la familia del palacio no dejaba ya andar con Chimista, se encontró un día con él, y le preguntó:

—Pero tú, ¿qué buscas?

—¿Buscar? Nada. Me divierte el peligro y la aventura^[33].

Tal contestación se comentó no solo en el palacio, sino en todo el pueblo, dejando a la mayoría estupefacta.

Chimista comenzaba a gozar de una fama equívoca; se decía de él que acabaría mal; fue con unos jóvenes a Bilbao y tomó parte en una corrida de toros; tuvo también una riña en una casa de juego. Entonces se habló de él como capitán de una cuadrilla de calaveras de mala índole, capaces de cualquier fechoría. Iba a dar el salto de perdido y disoluto a granuja profesional y comenzaba a hartar a todos cuando desapareció del pueblo.

ESTA RELACIÓN^[34], DICE CINCÚNEGUI, la he formado a base de la vida y aventuras de José Chimista y de Ignacio Embil, dos marinos próximamente de la misma edad, los dos de Elguea y de suerte y destino diversos.

Los datos de Chimista son incompletos y poco detallados. Aunque he pretendido buscar otros con tesón, no lo he conseguido; los de Embil son más completos y verídicos: se hallan tomados de su diario.

En la vida de Chimista no hay una continuidad perfecta, los hechos de su existencia azarosa son un tanto fragmentarios.

Chimista nunca pensó en escribir ni en contar su vida; mostraba, al parecer, un escepticismo absoluto acerca de la fama y de la posteridad^[35]. Chimista no envidiaba nada, no se fijaba en las cosas ni en los acontecimientos más que el tiempo necesario para resolverlos; resueltos estos, ya no le interesaban ni se ocupaba de ellos. Pocos hombres se entregaban con tanta fuerza como él al momento y a la actualidad.

Chimista, a juzgar por los datos recogidos acerca de él, vivía con la espalda vuelta al pasado, apoyado en el presente y proyectado sobre el porvenir. Lo actual le atraía bastante para no recordar apenas las cosas pretéritas.

A veces, no le bastaba una intriga, y necesitaba dos o tres al mismo tiempo para encontrarse a su gusto. Esto le daba el aire loco. Era de los que tienen el aire loco y el juicio frío y sereno.

Para dar idea de la vida de José Chimista, transcribimos páginas enteras del *Diario de navegación* de su compañero^[36]. Es lamentable que Embil hable más de sí mismo, y de su vida, y de sus proyectos, un poco vulgares, que de los planes y empresas llevados a cabo por su extraño camarada; cosa nada rara, porque los proyectos de su amigo probablemente no los supo hasta después de realizados.

Ignacio Embil no cuenta nada nuevo de la infancia de Chimista; al parecer, no le conoció de chico, aunque los dos eran del mismo pueblo. Embil, con cuatro o cinco años menos que Chimista, no fue amigo suyo en la niñez; únicamente oyó hablar de él como de un terrible calavera.

Una nota curiosa en el diario de Embil es que nuestro marino no se considera un aventurero.

«Yo no soy un aventurero —dice en una nota preliminar de su diario—; yo he sido solo un buen piloto y un hombre trabajador. Allí donde me puso la fortuna trabajé con todas mis fuerzas»^[37].

En otra posición y en otro ambiente hubiera hecho lo mismo.

Esta declaración de Embil nos lleva a pensar en lo subjetivo de la idea de la aventura. Un marino como Embil, que recorrió el mundo de negrero, de bohemio del

mar, metido con frecuencia en empresas difíciles y arriesgadas, no se consideraba aventurero; era un hombre con un oficio, un técnico, casi un burócrata.

En cambio, Chimista debió de considerarse aventurero; tipo enamorado de la acción, con alternativas de hombre enérgico y audaz y de fatalista, se entregó muchas veces a las fuerzas del destino^[38].

Lo que en Embil era oficio, en Chimista fue aventura; lo que en uno corriente y frecuente, en el otro raro. Lo que en uno tomó el carácter de vulgar y cotidiano, en el otro apareció como extraordinario y anormal.

SEGUNDA PARTE

AÑOS DE PILOTAJE

HE NACIDO, DICE EMBIL EN SU DIARIO, en los primeros años del siglo XIX, en la época de la guerra de la Independencia^[39]. Mi padre fue capitán de barco, viajó bastante, sirvió algunos años en la marina de guerra y murió a consecuencia de una herida de metralla en el Perú. La época que yo alcancé podía considerarse como mala: hambre, miseria, guerra. Mi madre, viuda con tres hijos, de los cuales era yo el mayor, con pocos ingresos y una pequeña pensión, decidió casarse con un comerciante de nuestro pueblo.

La gente me ha dicho siempre que yo tengo mal carácter; es posible que sea cierto. La intromisión en mi casa del marido de mi madre me produjo una gran indignación.

Se elogiaban en el pueblo mucho las condiciones morales de mi padrastro. Yo le consideraba uno de esos hombres muy finos y amables en la calle, que al llegar a casa se convierten en adustos y avinagrados. En vascuence hay un dicho para retratar a tal clase de gente: «*Kanpoan uso, etxean otso*» («Fuera paloma, y lobo en casa»).

Nunca pude entenderme bien con mi padrastro. Cuando llegué a contar trece o catorce años formé una lista en la memoria de las ofensas que me habían inferido.

Primeramente convirtió la parte baja de nuestra casa en tienda, lo cual me pareció denigrante; después arrancó de la huerta un naranjo de naranjas pequeñas: él decía que estas no valían nada y que no se podían vender; pero yo las encontraba muy buenas.

Otro agravio, para mí grande, fue el quemar un arca rota, en cuya tapa, por la parte interior, se veían tres carabelas o galeones pintados. Yo le oí decir a mi padre que aquellos buques los había mandado un antiguo Embil, capitán de navío, antepasado nuestro. El no respetar aquella tapa me pareció un ataque a la familia. Por último, a pretexto de que los chicos entraban en la huerta y robaban las peras, mi padrastro levantó la cerca, con lo cual desde mi ventana ya no se podía ver el mar.

Una de las cosas más irritantes de mi padrastro era que cuantos cambios hizo en la casa los hizo sin pensar para nada en mí, creyendo en su derecho absoluto; sobre todo, sin ocurrírsele lo más mínimo que a mí me podía molestar.

Yo soy egoísta y codicioso, lo confieso, y no he podido perdonar el egoísmo y la codicia en los demás. Mi padrastro lo era, a pesar de sus maneras dulces y azucaradas. Yo le consideraba como mi mayor enemigo, no le podía ver, y extendía mi cólera a mi madre, la cual aceptaba las modificaciones ideadas por su marido sin protesta, pensando también, sin duda, que los demás, como ceros a la izquierda, no debíamos contar.

Con este sentimiento de hostilidad, animado por él, me juré a mí mismo

enriquecerme de cualquier modo, y ya rico volver a Elguea y deshacer los cambios y novedades que había mandado mi padrastro en nuestra casa. Él notó mi encono, y parece que dijo en varios sitios: «Ese chico Ignacio debe de ser heredero de Caín^[40], por las malas entrañas que tiene».

Algunos de sus amigos lo creyeron, y me miraban con tanto horror como si de pronto fuera a sacar la quijada de un borrico para asesinar a mi hermano.

En la infancia fui a la escuela, y cuando tuve doce años, mi madre, por consejo de un hermano de mi padre, contramaestre de un barco, me llevó a la clase de náutica, regentada por don Segundo de Soroa. Se había decidido en la familia que fuese marino. En tal asunto, mis padres y yo coincidíamos.

Para activar mis estudios, mi madre hizo que diera lecciones por separado con el maestro Soroa, pagándole al día, por dos horas de lección, menos los domingos y fiestas de guardar, la respetable suma de dos reales^[41]. Don Segundo comenzó a enseñarme lo más esencial de la náutica, las cuatro reglas y nociones de pilotaje, de historia y de cosmografía.

Tendría yo quince años, y estaba harto de la familia y del pueblo, y dispuesto a dejar la casa y a no ver más a mi padrastro.

Se hallaba por entonces en el puerto de Elguea un quechemarín, la *Virgen de Begoña*, con destino a Bilbao; me entendí con el patrón y decidí entrar en el barco de grumete. El patrón me dijo:

—Bien. Si quieres entrar de grumete, estáte aquí mañana, a las diez, sin falta.

—Aquí estaré.

Yo no pensé que al día siguiente, domingo, tenía que asistir a misa mayor. El queche no me esperó y salió del puerto mientras mi familia y yo nos encontrábamos en la iglesia. Al llegar al muelle, el quechemarín esperaba el viento fuera de las puntas^[42]. Hablé con un pescador y le dije que le daría tres pesetas, todo mi capital, si me llevaba al pailebote.

—Bueno, vamos, —dijo el pescador.

Alcanzamos al barco y yo me subí a él.

El pescador, al volver al pueblo, dio a mi padrastro la noticia de mi fuga; mi madre lloró al saber la noticia, y mi padrastro la^[43] dijo que mi marcha era una chiquillada y que volvería pronto a casa.

El patrón del quechemarín la *Virgen de Begoña* era un tal Garmendia, hombre triste, pesado, como de unos cincuenta años; por lo que vi después, de poca suerte. Él mismo estaba convencido de su mala sombra.

En Bilbao tomamos lastre^[44] de arena y luego cargamos trigo en Santoña^[45] con destino a Málaga, Tarragona y Barcelona.

En Santoña, y a principios de marzo, no se podía vivir de frío y humedad. Yo no tenía cama y me acostaba en la del cocinero.

Dejamos el Cantábrico, y al llegar a la costa de Portugal comenzaron a reinar fuertes vientos del sur y tuvimos que aguantar días y días contra viento y marea. El barco comenzó a hacer tanta agua que pensamos en la posibilidad de zozobrar. Los esfuerzos de la tripulación eran insuficientes, y entre todos no logramos vaciar la bodega. Yo, sin ropa de abrigo, cansado y mojado, día y noche, no podía más.

A cada momento se obturaba la bomba de achique por el trigo mezclado con el agua de la bodega. Al cabo de una semana cesó el temporal; pasamos el Estrecho y llegamos a Málaga. En aquella ciudad abundaba el trigo y el patrón no pudo vender su cargamento.

Tomamos el camino del Mediterráneo, con rumbo a Tarragona; mas al encontrarnos a la altura de Valencia comenzó a soplar el norte. Nuestro pequeño buque, cargado con trigo hasta la boca, calaba mucho y el mar entraba y salía, por encima de la cubierta, a su placer; las bombas andaban siempre en movimiento, y cuando se trabajaba mucho con ellas salía por su conducto más trigo que agua. La bodega, de nuevo, se hallaba inundada.

Al fin, le dio la veleidad al viento de cambiar al poniente, y conseguimos entrar en el puerto de Tarragona; se trató allí de vender el trigo, pero resultó la mayor parte de la carga humedecida y estropeada.

Por no haber hecho el patrón la protesta en regla, el consignatario le rebajó la cuarta parte del cargamento. Garmendia fue varias veces a Reus^[46] a ver si encontraba por casualidad algún flete mediano de retorno; pero no encontró nada, y tuvo que embarcar sal para Bilbao y el resto del queche llevarlo con lastre. Se agenció el pasaje de dos comerciantes catalanes que iban a Cádiz.

De Tarragona hacia el Estrecho otra vez nos marearon los vientos contrarios, y tardamos más de lo debido. Los comerciantes se quejaron y protestaron, y dijeron a Garmendia que había que descontar del pasaje los gastos extraordinarios hechos a causa del retraso en la marcha. Garmendia gruñó, y dijo: «Bueno, bueno; no quiero discusiones».

Su única protesta fue decir varias veces, de mal humor: «*Ontzian enbarkatzen dena ez du beti denbora nahi duen bezala*» («El que se mete en un barco no tiene siempre el tiempo que quiere»).

En Cádiz, el patrón hizo el balance del viaje y el reparto de los ingresos a los marineros. A mí me tocaron cien reales. Yo decía entre mí: «Buen comienzo tengo en la marina mercante».

En Cádiz, mientras se completaba el cargamento de sal de la *Virgen de Begoña*, un marinero paisano, llamado Echevarría, se hizo amigo mío, y me dijo:

—Yo, como tú, abandonaría ese cachucho.

Se refería a la *Virgen de Begoña*.

—¿Y qué voy a hacer? —pregunté.

—Mira a ver si te puedes embarcar en *El Rayo*, buque correo^[47], donde yo estoy.

Yo acepté la proposición porque no quería participar de la suerte negra de Garmendia. Echevarría me aconsejó que saliera de la *Virgen de Begoña* y me escondiera en su casa de huéspedes hasta que zarpara el quechemarín donde había venido.

Lo hice así, y a los cuatro días me paseaba por Cádiz en completa libertad. El quinto día fui con mi amigo Echevarría a una casa de la calle de la Botica a visitar al piloto don Evaristo Estoracha. Estoracha me dijo:

«Yo le hablaré al capitán Zubigáin, por la noche, y mañana te presentas tú a verle.»

Quedamos de acuerdo.

El capitán don José Vicente de Zubigáin era partidario de llevar marineros vascos, y me recibió muy bien. Me preguntó de dónde era y cómo había llegado a Cádiz. Le expliqué, con la mayor inocencia, mi viaje en la *Virgen de Begoña*. Se rio, me felicitó y dijo que le gustaban los hombres decididos; luego me preguntó acerca de lo que sabía, y le contesté entregándole el certificado del maestro Soroa. El capitán leyó el certificado.

—Ahora espera a que venga el mayordomo del buque, y cuando llegue entrarás a bordo.

Esperé, y fuimos a *El Rayo*. Por la tarde se presentó el capitán, llamó al contraestre y le encargó que hiciera de mí un buen marinero. El contraestre me entregó al gaviero del palo mayor, un tal Ormaechea, de Deva^[48], buena persona, ordenancista y un poco pedante. Al día siguiente zarpamos para La Habana.

En aquella época, los correos de las Antillas, cuatro bergantines goletas^[49] de dos gavias, hacían los viajes desde Cádiz o La Coruña a Puerto Rico y a La Habana. Uno de estos correos era *El Rayo*.

En aquel barco, y a las órdenes de Ormaechea, pasé cerca de dos años, siempre en los palos^[50], trabajando arriba, tanto en el mar como en los puertos. Solo bajaba a cubierta a la hora de comer y de dormir. El capitán no me consentía pisar tierra. Todas mis confianzas se las hacía a Ormaechea, que quitándole de sus velas y de sus maniobras se mostraba más cándido y más ignorante que yo. Mi vida era monótona.

Al cabo de dos años, al llegar a La Habana, el capitán Zubigáin me llamó y me dijo: «Embil, te has portado bien y estoy contento de ti. Has concluido la carrera de marinero. Desde hoy quedas agregado al pilotaje, con el sueldo de veinticuatro duros al mes. El piloto don Evaristo Estoracha será el encargado de sacarte avante en cuestiones de náutica. Ya lo sabes»^[51].

Le di las gracias. Don Evaristo puso en ello todos sus esfuerzos y yo le secundé como pude.

Al llegar a La Habana hice un primer examen de piloto, y salí bien. Tenía entonces dieciocho años.

No era fácil seguir en el mismo barco, porque de este modo no se avanzaba en la carrera, y me despedí, con harto sentimiento, del capitán Zubigáin, y navegué en otros buques, de tercer piloto, de Cádiz a Cuba.

En La Habana fui de pupilo a casa de un capitán retirado, navarro, que se llamaba Uribe, y vivía en la plaza Vieja. Tenía allí un cuartucho con una cama, y me trataban como si fuera de la familia.

Los capitanes de los barcos donde viajé no eran todos tan buenos como Zubigáin; padecí uno malo como la sarna, picajoso, embustero, enredador y nada valiente; tuve otro sabio, a quien le gustaba leer y enterarse, y este pasaba demasiado tiempo en su camarote y descuidaba sus ocupaciones; otro, borracho, trabajaba metódicamente, y con el mismo método se emborrachaba a hora fija. También curioso, por su mal genio, era el capitán Oyarbide; pero de él hablaré más tarde.

SE ENCONTRABA LA BARCA ESPAÑOLA *MOSCA* en el muelle de La Habana con destino a un puerto de los Estados Unidos, y sin piloto; me presenté yo y me admitieron. Llevaba la barca de capitán a José Chimista, joven de mi mismo pueblo. Al principio no nos reconocimos; pero al empezar a hablar caímos en la cuenta de quiénes éramos el uno y el otro. Él se acordaba perfectamente de mí y de mi familia; yo únicamente recordaba de él su gran fama de calavera.

En el mismo barco iban de marineros Tricu y Chispín Cigardi, los dos de mi pueblo y antiguos compañeros de la infancia de Chimista. Celebramos el encontrarnos juntos cuatro paisanos y convecinos.

Chimista contaría entonces cuatro o cinco años más que yo: unos veintitrés; era hombre delgado, huesudo y ágil, de osamenta fuerte. Tenía un perfil aristocrático; una efigie para moneda: la nariz como un tajamar, la mirada atrevida y segura, la barba un poco cuadrada. Era un buen muchacho en la intimidad, aunque muy amigo de bromas y de farsas. Solía llevar una barba postiza de color de fuego, y en algunos puntos se presentaba siempre con ella, lo que hacía que le llamaran *Barbarroja*, y los vascos *Bizargorri*.

Yo creo que cuando se ponía su barba postiza se pintaba el pelo, porque él era más bien rubio, de un tono castaño, y solía aparecer rojo. Se había traducido el apellido al francés, y se llamaba *L'Éclair* y después *Leclercq*^[52].

Chimista era un buen marino. Había que verle en los temporales, cuando se plantaba en el puente y mandaba con una voz de trueno.

Tricu era muy atrevido, y Chispín (Cigardi), un hombrón muy fuerte y muy vigoroso.

En el viaje a La Habana para Boston, en la barca *Mosca*, íbamos cargados de bocoyes de melaza y de frutas de guacalero. Llegamos a nuestro destino en dieciocho días sin ningún tropiezo.

En el viaje hablamos mucho Chimista y yo, y nos contamos nuestras respectivas vidas. Él dominaba el vascuence y no lo quería olvidar; era una manera secreta de entenderse con los paisanos, cosa que a él le interesaba.

En la barca *Mosca* llevábamos de sobrecargo [a] un joven francés de nuestra edad. Este francés conocía muy bien el castellano; le llamaban *el Vizconde*. El Vizconde, de apellido Saint-Foix, aventurero amigo de Chimista, había vivido en Cuba, en México y en la pampa argentina, y manejaba el lazo como los gauchos. Era hombre joven, rubio, con el bigote retorcido de una manera mefistofélica, los ojos ribeteados y la expresión orgullosa.

Solía andar con la cabeza erguida, el cuerpo derecho, los labios apretados, y tenía

una idea de sí mismo exagerada.

El Vizconde era un francés un poco fanfarrón, a quien gustaban las situaciones dramáticas y difíciles, sobre todo si le servían para colocar una frase a tiempo.

Estaba dispuesto a fusilar al amigo o a tirarle al agua para hacer efecto en la galería. Excitándole era capaz de cualquier necedad de relumbrón. Se las echaba de pirata, y con frecuencia lo aseguraba con jactancia, y solía añadir: «Dicen que un pirata griego decía a Alejandro de Macedonia: “Soy pirata porque no tengo más que un barco para robar en el mar; si tuviera una escuadra, sería un conquistador”. Yo digo lo mismo».

El Vizconde sabía muchas canciones antiguas francesas, y las cantaba con gusto. Una de las que tarareaba con frecuencia era esta:

*Au jardin de mon père
vive l'amour!
Un oranger il y a.
Vive la rose!
Un oranger il y a.
Vive la rose
et le lilas!*

Hallándonos listos en el puerto de Boston, con cargamento de tablas, se emprendió la vuelta a La Habana; embocamos el canal de Bemini; aquí nos molestaron los vientos contrarios, y fondeamos en las islas Berry del archipiélago de las Lucayas, hasta que comenzaron las brisas favorables^[53].

Entramos en La Habana y cargamos de nuevo losas y ladrillos, estibados como lastre en la bodega, y naranjas, plátanos y piñas en la cubierta. El capitán, el sobrecargo y yo llevamos también abundantes pacotillas. Esta vez marchamos a Nueva Orleans.

A los cuatro días dimos fondo en La Baliza y nos acercamos al remolcador *Grampus*. Llevaba este cuatro fragatas en fila; nos avisó para que nos pusiéramos a la cola, y fuimos río arriba contra la corriente. Llegó la noche, y los mosquitos y los jejenes no nos dejaban parar; cada picadura nos hacía una roncha. El Vizconde dijo: «Si se untan con sebo todo el cuerpo, no les picarán».

Pero el remedio era casi peor que la enfermedad. El olor a sebo resultaba muy desagradable.

Al día siguiente de salir de La Baliza llegamos a Nueva Orleans; en las playas de arena de las orillas se veían cientos de caimanes con la gran boca abierta, inmóviles, al sol.

Como la corriente del Mississippi^[54] corre con tanta fuerza, no en todas partes era posible atracar. Chimista conocía el puerto e indicó el sitio exacto donde quería llevar

el buque.

Se descargó en unas horas la fruta, y al día siguiente las losas y ladrillos de lastre; luego se tomó carga de harina y barriles de manteca de cerdo y se fijó el día de la vuelta a La Habana.

En las operaciones de carga y descarga intervine yo principalmente, porque Chimista y el Vizconde andaban siempre de conferencias con gente de no muy buena traza en tabernas del puerto y de barrios lejanos.

Una vez tuve que buscar a Chimista, y me dijeron que lo encontraría en la taberna del general Wilkins.

La taberna del general Wilkins estaba en una callejuela próxima al puerto.

Entré en el salón bar. El general Wilkins era un ex marinero cojo, con una pierna de palo, la cara de color de cobre y la pipa en la boca. En un grupo de hombres sospechosos estaba Chimista, luciendo su barba roja.

Nueva Orleans gozaba entonces fama de refugio de criminales y de desertores del ejército y la marina española y americana del sur. Todos aquellos desertores, ex marineros y soldados, se ocupaban en el muelle llamado Lebe. Entre ellos, unos eran capataces y tomaban la contrata de carga y descarga de buques; otros, pescadores; algunos se ocupaban en traer leña de los lagos próximos en balandras, principalmente de las orillas del lago Pontchartrain. Casi todos ellos ganaban, por lo menos, media onza de oro al día; pero no guardaban el dinero ni tenían ahorros: se lo jugaban. Nadie quería tampoco marcharse de allí.

El movimiento de los muelles en el Lebe era extraordinario. Aquello tenía proporciones de una gran Babilonia^[55] comercial con mercancías de todo el mundo: fardos de algodón, barricas de tocino y carne salada, murallas de sacos de harina y de arroz, de duelas y bocoyes de licores.

Me dijeron que la animación del río Mississippi llegaba ya por entonces muchas millas más arriba hasta Baton-Rouge^[56].

Sobre los barcos pontoneros se levantaban dos o tres pisos habitables con galerías hechas con biombos de madera y cristal, que sustituían los tabiques de ladrillo de las casas, y donde se encontraban alcobas que se podían alquilar.

Como abundaban los marineros y la navegación era tan intensa, había muchísimos hoteles y posadas en las cercanías del puerto, además de las fondas flotantes. En las de los marineros, todas del mismo precio, se pagaba medio duro por cama y comida. Esta se reducía a un plato de carne con patatas.

Los posaderos, muchas veces conchabados con agentes, proveían, valiéndose de malas artes, de marineros a los buques sin tripulación.

Conocí a uno de esos agentes, un alemán, un tal Hertz, a quien encontré varias veces en compañía del Vizconde. Se veía que este Hertz era una mala persona. Vestía bien y tenía un aire amable y servicial.

Cuando iba a la caza de tripulantes entraba en un sitio público, convidaba a beber a uno, lo emborrachaba, lo llevaba a una fonda, le daba vino con opio, le quitaba la

ropa que llevaba encima, le vestía de marinero e iba a buscar a otro.

Cuando tenía el número suficiente y estaban todos bien intoxicados, los metía dentro de un coche, llegaba a un buque, llamaba al piloto y le decía que traía a la tripulación con los marineros borrachos. El piloto contestaba *All right*, mandaba echar a tierra su aparejo de peñol de verga, y a estilo de fardo iban entrando los supuestos marineros en la bodega.

Dormían allí tranquilos; por la noche salía el barco del puerto, llevado por la corriente, y por la mañana, el piloto y el contraataca gribaban: «¡Todos arriba sobre cubierta!».

Entre los improvisados marineros solía haber muchas veces curas, escribanos, médicos y artistas. Aquellos hombres, al despertar de su borrachera, no sabían dónde estaban, ni entendían las voces de mando.

El contraataca les daba sus órdenes, y como no sabían cumplirlas, emprendía con ellos a palos, y a palos les enseñaba a ser marinos. Hertz contaba cínicamente sus engaños. Tenía esa maldad fría y dura del germano, que produce pánico cuando se tropieza con ella.

Chimista y el Vizconde anduvieron con el alemán Hertz por Nueva Orleans en tratos con gente que no parecía muy recomendable.

Con el barco cargado de barricas de harina y de tocino volvimos a La Habana. Descargamos, y fuimos después con flete de varios géneros y víveres a Campeche y Veracruz, y aquí, de retorno, cargamos cueros de vaca, zarzaparrilla y pescado seco.

En la barca *Mosca*, y con Chimista, marchaba yo bien, y comenzaba a hacer mis ahorros.

En uno de aquellos viajes de vuelta de México, las corrientes nos metieron en los arrecifes Colorados. Por una casualidad favorable no nos perdimos. Se hallaban las cadenas sin plegar, tiradas sobre cubierta; me había relevado en la guardia Chimista a las doce de la noche. Reinaba calma y gran silencio.

En esto, a las tres de la madrugada, me despertó un ruido confuso; al principio no pude comprender su naturaleza, hasta que advertí [que] era de rompientes y bajos.

Salté de la cama; Chimista echaba el ancla, y después, entre él, Tricu y Cigardi, soltaron mucha cadena. Apenas teníamos un espacio de una milla hasta los arrecifes y media braza de fondo; la corriente llevaba una gran velocidad.

Al amanecer nos atracó una lancha, y nos dijo su tripulación:

—Veníamos a salvarles.

—Y a quedarse con la carga —les contestó Chimista burlonamente.

—Sí. Han tenido ustedes suerte de no varar ahí.

Empezó la brisa a eso de las siete de la mañana; se largaron parte de las velas al viento, y salimos de entre los arrecifes con gran cuidado. Luego tomamos el rumbo, y al hallarnos a la vista de las islas Dry Tortugas comenzó un calmazo terrible y una

corriente que nos arrastraba al este.

De pronto vimos la costa de la Florida y un banco de arena, adonde nos impulsaba el movimiento submarino. Se largaron otra vez las anclas, y esperamos horas y horas, hasta que comenzó la brisa del nordeste, y aprovechando el viento llegamos con facilidad a La Habana.

En aquel viaje, como en todos los que hice después con Chimista, me convencí de que era un gran capitán, hombre con una serenidad y una calma extraordinarias, y en los momentos de apuro con arranques imprevistos.

Pocos días después partimos de La Habana con destino a Sisal (Yucatán) y a Río Tabasco, en el seno mexicano. Chimista, el Vizconde y yo llevábamos pacotillas de barajas, garrafrones de vino rancio, damajuanas de aguardiente de caña, pañuelos de seda de mano y otras bagatelas. Después de cargar el buque de mercancías, y con doce pasajeros, emprendimos el viaje y dimos fondo antes de una semana enfrente de Sisal, a una distancia de la costa de una milla.

En aquella rada, para ir y volver a tierra era indispensable esperar a que cambiara la brisa. Tomada la entrada, Chimista fue a la ciudad, y al día siguiente, en cuatro lanchones, se llevó la carga. Chimista, al mismo tiempo, vendió nuestra pacotilla a un comerciante, que la pasaría de contrabando, a condición de dejar la mercancía en un arenal cerca de la barra.

El último día cargamos la pacotilla en un lanchón y fuimos remolcándolo, con el bote, Chimista, el Vizconde, Tricu, Cigardi y yo, hasta la playa.

Dejamos los fardos en la arena, al lado de la barra indicada. Como se había quedado de acuerdo con el comerciante, cobró Chimista y nos disponíamos a volver cuando se presentaron cinco carabineros astrosos, armados hasta los dientes.

—¡Alto, chingados —dijo uno de ellos—; habéis caído en manos de los mexicanos!

Los carabineros, mestizos de indio, parecían más bandidos que otra cosa. No solo querían decomisar el contrabando, sino llevarnos a nosotros presos, atados codo con codo.

Entonces, Chimista, con su serenidad habitual, nos dijo en vascuence:

—¿Vamos a dejar que nos lleven presos estos sarnosos?

—Si tú quieres, no —contestó Tricu.

—Pues hala: uno con cada uno.

Nos echamos sobre ellos y el Vizconde se unió a nosotros, gritando:

—*Éclair! Éclair!* ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Hurra!^[57]

Desarmamos a aquellos astrosos, y en la lucha les dimos una buena somanta. El Vizconde quería tirarlos al mar; pero Chimista se opuso. Los carabineros gritaron de tal manera, que aparecieron gentes en su auxilio. Viendo la cosa mal parada, volvimos a meternos en el bote, abandonamos el lanchón y llegamos al barco. De

tierra nos dispararon unos cuantos tiros; pero no nos llegaban y no valía la pena de contestar.

Subimos al buque, zarpamos, y antes de amanecer salimos de la rada e hicimos rumbo a Tabasco. Frente a la ciudad se embarcó el práctico y cruzamos la barra. Pasamos una noche terrible; los mosquitos y los jejenos no nos dejaban en paz; no se podía parar ni dormir, y había que estar siempre defendiéndose con las manos. Aquello era un martirio.

Llegó el día; nuestras caras estaban hinchadas de las picaduras; no nos conocíamos unos a otros. Tomamos la carga y un práctico y varios marineros para pasar la barra.

Ya pasada, nos hicimos a la vela, cuando una falúa de guerra se acercó a nosotros. Sin duda venía a enterarse de lo ocurrido con los carabineros en Sisal. La falúa llevaba seis hombres solamente; no nos podía producir inquietud.

—¡Ah del barco! —gritaron los de la falúa—. Esperad, esperad.

El Vizconde les hizo un corte de mangas, y seguimos adelante.

Llegamos a La Habana, Chimista y yo pedimos el desembarque y abandonamos la *Mosca*.

—No queremos seguir viajando a países tan malsanos —dijimos al armador.

Chimista repartió el dinero de nuestra pacotillas con la probidad que en él era característica.

Chimista, por lo que comprendí después, no quería volver por los mismos sitios por donde hubiera dejado el recuerdo de una gatada.

ESTUVIMOS ALGÚN TIEMPO EN LA HABANA, y, pasado este, encontramos colocación Chimista, el Vizconde, Tricu, Cigardi y yo en el brick-barca *El Lince*. Salimos del puerto de La Habana, y a los cuatro días llegamos a Charleston; descargamos y volvimos a Cuba con bocoyes de arroz.

Durante nuestra estancia en Charleston nos hicimos amigos de un capitán yanqui, católico, de origen francés. Nos invitó a su casa, donde conocimos a sus hermanas y a unas muchachas amigas de estas. El capitán Davantier nos propuso ir con él de pilotos a hacer la carrera a Madras y establecernos en Charleston. A mí no me parecía mal el proyecto; pero Chimista dijo: «Eso no vale la pena».

Él pensaba, y yo también, que el ser piloto o capitán de barco debía servir únicamente para brujulear y ver si se encontraba una ocasión propicia para pescar algo mejor.

En casa del capitán Davantier conocimos a dos muchachas inglesas, las señoritas Warden, Ana y Dolly las dos muy simpáticas.

Estas dos muchachas, en sociedad de una tía suya, habían comprado un barco y viajaban por México y las Antillas, haciendo ellas las veces de sobrecargo. En los meses muy crudos de invierno descansaban y se quedaban en el puerto. Las señoritas Warden sabían el castellano perfectamente.

Chimista y el Vizconde galantearon asiduamente a la pequeña Dolly; pero, al parecer, Chimista tuvo más simpatía. Yo hablé con la mayor, con Ana, aunque nunca me hice ilusiones con ella.

Ana Warden era una mujer muy guapa, casi demasiado guapa, como son las inglesas cuando los hados de la blanca Albión^[59] se empeñan en ello. Era morena, con una cara noble, de tez sonrosada, la nariz recta y dibujada con unas perfecciones maravillosas; los ojos, oscuros, preciosos; la boca, más bien grande que pequeña, con una dentadura radiante; el pelo negro y la estatura alta. Podía haber sido una diosa. Tenía el orgullo natural de lo que es perfecto.

Dolly no era tan guapa, ni mucho menos; pero tenía más gracia y más simpatía. La belleza de la mayor parecía que la obligaba a tomar un aire escultórico y triunfal, cosa que no ocurría con la pequeña.

Creo que a todos los jóvenes que conocían a Ana les pasaba como a mí: la encontraban un poco imponente, demasiado imponente.

Después de la estancia en Charleston, bastante larga, volvimos a La Habana, cargamos de nuevo, y no hicimos más que pasar el Morro y ponernos en franquía, cuando se declaró en el barco el vómito negro^[60].

El primer atacado fue Chimista, con una violencia terrible; yo creí que se nos

moría. Tricu le hizo acostar y le puso botellas de agua caliente a los pies.

El Vizconde me dijo:

—Yo tengo una medicina muy buena para el vómito. Es un líquido.

—Bueno, pues vamos a dárselo al enfermo.

Se le dio media copa, pero aquello le trastornó por completo. Yo pensé que le llegaba su última hora.

—No le demos más —me dijo Tricu.

—No, no —le contesté yo.

—No hay que tener en cuenta los primeros efectos, sino seguir —advirtió el Vizconde.

No le hicimos caso. Yo sospechaba mala intención del Vizconde contra Chimista.

En Charleston, la sanidad mandó llevar [a] los enfermos en un bote al fuerte Sunter, antiguo castillo situado en una isla a la entrada de la bahía, edificio bajo, cuadrado, con muchas ventanas, convertido en hospital.

A nuestro barco le dieron cuatro días de cuarentena en la rada. Yo, desde *El Lince*, mandé una esquila a la señorita Dolly Warden, contándole lo ocurrido. Por lo que supe después, la señorita Dolly hizo las gestiones posibles con las autoridades para sacar a Chimista del hospital, pero nada consiguió. Cuando los médicos dieron de alta a Chimista, Dolly fue con su hermana en un bote y llevaron al convaleciente a su casa.

El consignatario, con atribuciones para ello, nombró nuevo capitán, y volvimos para La Habana en *El Lince* con un cargamento de arroz y barriles de harina.

El nuevo capitán, Simpson, un yanqui muy bruto, entendía muy poco de navegar. No hacía más que mascar tabaco a todas horas. El tiempo se nos presentó muy malo de agua y de turbonadas. Tuvimos en el golfo de México un viento duro. Este viento, allí le llamaban el chocolatero, nos trajo de cabeza, y después del viento cayeron chubascos sobre chubascos. El capitán, bruto y torpe, perdió con sus maniobras inhábiles todo el aparejo. La primera vez mandó flamear las velas a fin de coger menos viento; pasó el primer embate, y al segundo cayeron los dos masteleros y quedaron palos y vergas colgadas. Así llegamos a La Habana. Yo decidí no navegar con aquel capitán, y cuando pisé tierra pedí mi desembarque.

El Vizconde pretendió conquistarme y ponerme a mal con Chimista; pero yo no le quise oír^[61].

Poco después, los mismos armadores de *El Lince* me ofrecieron el mando accidental de la polacra *Carmen*. Su capitán se hallaba enfermo de la fiebre amarilla. Acepté. Pasamos a Matanzas^[62] a recoger una carga de melaza, y nos dirigimos a Nueva York. Tuvimos una travesía con mares fuertes, pero llegamos sin retraso. La ría se hallaba helada, y los marineros, acostumbrados al calor de Cuba, tiritaban de frío.

Descargado el buque, debíamos marchar a Charleston, donde embarcaría otro capitán, y de Charleston volveríamos a Matanzas.

En Charleston fui a ver a Chimista, ya restablecido del todo. Chimista llevaba una vida de príncipe. Paseaba con las dos señoritas Warden, y según me dijo, se iba a casar con la pequeña.

Chimista necesitaba volver a Cuba, y quedamos en que vendría conmigo de piloto.

LA FAMILIA WARDEN ERA UNA FAMILIA EXTRAÑA y original, formada por una solterona inglesa y sus sobrinas. Esta solterona, *miss* Warden, había ido a los Estados Unidos en la infancia con su padre, que fue profesor de un colegio.

Miss Warden, a los treinta y cinco años, recogió [a] dos sobrinas tuyas que quedaron huérfanas en Inglaterra. Contaba ella con un pequeño capital; a las niñas les quedaba una escasa fortuna, y en vez de vivir pobremente con su renta, decidió llevar a cabo una empresa audaz.

La empresa audaz fue reunir el dinero de sus sobrinas y el suyo y comprar en Baltimore un magnífico barco, que llamó *Hope* (la «Esperanza»). En el buque, sus sobrinas y ella decidieron llevar las cuentas como un sobrecargo.

La señora Warden encontró un capitán modelo, el capitán Mac Donald, escocés muy fiel, una tripulación segura, y comenzó a ganar dinero.

En tres o cuatro años, *miss* Warden y sus sobrinas triplicaron su capital. Las dos muchachas y la tía llevaban las cuentas y la correspondencia, encantadas de su vida libre. Ana y Dolly, con una buena dote, podían casarse con quien les pareciera.

La señora Warden era una mujer muy cabal en todo menos en la inclinación por la bebida. Unos amores desgraciados, según ella, le habían producido muchas penas, y para calmarlas se dedicaba con demasiada asiduidad a los licores espirituosos.

El brick-barca *Hope*, barco americano muy perfilado y bien construido, de quinientas toneladas, tenía cámara alta y varios camarotes muy elegantes. En los meses de mal tiempo la tía y las dos sobrinas se quedaban en Charleston.

Samuel Mac Donald, el capitán de la *Hope*, era un presbiteriano de la rígida secta de los cameronianos, hombre a quien todo parecía pecaminoso. Mac Donald presentaba al mundo una cara fría y triste, sotabarba rojiza, traje tosco y negro. Gran lector de la Biblia, estaba lleno de escrúpulos. Al parecer, soñaba constantemente con las llamas del infierno y con el rabudo Satanás armado de su tridente.

Si le preguntaban por qué con su vida ejemplar tenía tales terrores, decía: «Me falta la paz del alma».

El cameroniano encontraba en todo la mano de la Providencia: en la cuerda aflojada, en el cabrestante duro o en la chimenea de la cocina atrancada. Con la Providencia de por medio se mostraba con frecuencia bastante injusto y arbitrario. La señora Warden y sus sobrinas enmendaban en lo posible las arbitrariedades del capitán, buscando el hacer una justicia humana.

Pasé una temporada en Charleston esperando la carga del buque, y fui varias veces con Chimista a casa de la señora Warden a cenar. Después de la cena solía haber música y baile, iban muchos jóvenes distinguidos y oficiales de marina,

atraídos por la belleza de las sobrinas de la señora de la casa y por sus amigas.

Ana, la mayor, era muy entonada y orgullosa. Al parecer, la familia tenía parientes en la aristocracia inglesa. Ana hablaba con mucha frecuencia de sus antepasados nobles y de sus fincas y castillos; su segundo apellido era Arundel, apellido de una casa ilustre del condado de Devon^[63].

A Dolly no le importaban estas cosas, era un verdadero diablillo. Dolly Warden tendría entonces dieciséis años, y le gustaba bailar con todos los muchachos y vestirse de chico.

Chimista nos resultó un novio a la inglesa. No se mostraba celoso, sino, por el contrario, le impulsaba a ella a divertirse^[64].

—Es una chica muy buena —decía.

—Sí, es verdad, es muy simpática y muy amable.

—¿Y a ti no te gusta Ana? —me preguntó.

—Ana es muy entonada para mí, chico, y aspira a casarse con algún aristócrata inglés y a llegar a ser dueña de un castillo en el Devonshire.

—Eso no importa nada; lo que pasa es que no tienes entusiasmo por ella.

—¿Tú crees que si tuviera entusiasmo por ella solo por eso me haría caso?

—¡Claro que sí! La cuestión en la vida es tener voluntad^[65].

Quizá estaba en lo cierto, no lo niego.

CONCLUÍDA LA CARGA DEL BUQUE, marchamos Chimista y yo, de pilotos, con el capitán inglés John Butler.

El capitán Butler se mostró como un borrachín indecente; la intoxicación era un estado en él habitual y consuetudinario.

—Este hombre, en vez de llamarse el capitán Butler, debía llamarse el capitán *Bottle*, o sea el capitán Botella —dijo Chimista.

El capitán estaba constantemente borracho. No se podía contar con él para nada. Solía pasarse el tiempo en el camarote, tendido en la litera, y así hizo una porción de viajes sin ningún percance.

Era el capitán un hombre pequeño, rojo, con los ojos claros y la nariz encarnada por el alcohol. Chimista le despreciaba; hablaba entonces con desdén de los ingleses; para él eran torpes, pesados, sin gracia, llenos de ideas vulgares.

El capitán Butler no tenía afición al mar; quizá la bebida le había hecho indiferente, o quizá lo había sido siempre. No comprendo por qué ni para qué la gente se dedica a ser marino sin afición. Para andar por el mar hay que sentir afición. La gente sin valor, sin arrestos, se puede quedar tierra adentro, destripando terrones o vendiendo varas de cinta en su tienda.

A la salida de Charleston se nos presentó un tiempo detestable; durante el trayecto, si no desarbolamos más de veinte veces fue por milagro. Nunca he sentido tanto miedo como en este viaje.

El capitán Butler salía de cuando en cuando de su camarote con un gabán que le llegaba hasta los pies, los ojos encarnados y llorosos, en medio de la borrachera, y nos proponía, balbuceando, alguna maniobra absurda. Chimista y yo y otro joven piloto yanqui, llamado Smith, nos conjuramos para no tomar en consideración las órdenes de aquel borracho y hacer las guardias con una absoluta puntualidad.

Al tercer día de salida me hallaba yo de vigilancia desde las doce de la noche hasta las cuatro de la madrugada. Se desencadenaba una tempestad terrible, caían a cada paso los rayos, sonaban los truenos con estrépito; yo me encontraba trastornado, cerraba cuanto podía los ojos y me tapaba los oídos.

Iban a dar las cuatro de la madrugada, llegaba la guardia del alba, y esperaba a Chimista; a él le tocaba sustituirme.

De pronto vi acercarse a mi compañero envuelto en su sudeste. Al menos, yo creí que era Chimista. Como comenzaba un viento espantoso, mandé a los gavieros rizar las velas.

De pronto, cayó un rayo, me cegó y me hizo dar un salto; luego vino un trueno terrible y la oscuridad más completa. Tardé un minuto en reponerme de mi

aturdimiento. Poco después me sorprendió el no sentir el ruido de la rueda del timón.

—¡Eh, Chim! —grité—. ¿Qué pasa?

No contestó nadie; me acerqué a la rueda, y a la luz de un relámpago vi un hombre muerto. Se me pusieron los pelos de punta. Entonces cogí el farol y me acerqué al muerto. No era Chimista, sino Smith el yanqui, el tercer piloto. Chimista se encontraba en su camarote. Le llamé, y le conté lo ocurrido.

—Sí, he cambiado la guardia con el piloto yanqui, porque este quería escribir unas cartas por la mañana, a la luz del día —me contó tranquilamente.

—Pues, amigo, de buena te ha librado —le dije.

—Sí; es verdad.

Cuando se aclaró el día vimos al pobre piloto negro como un carbón. Su traje estaba intacto y, en cambio, la cadena de su reloj, fundida, había dejado gotas de oro en el chaleco.

Le explicamos al capitán lo ocurrido, quien no hizo más que gruñir.

—Este es un David Jones para los demás —dijo Chimista—; porque a él parece que no le parte un rayo.

David Jones es para los marineros ingleses el mal genio director de los espíritus adversos del mar y de la infausta suerte.

—¿Qué hacemos con el cadáver del piloto?

El capitán decidió tirarlo al mar. Aquel borracho no se andaba con sentimentalismos. Se metió el cuerpo de Smith en un saco, se le puso una granada a los pies, y al agua. El capitán Butler leyó, tartamudeando, unas páginas de la Biblia, y adelante, a comer, a dormir y a beber.

—De este hombre no se puede esperar otra cosa —dijo Chimista, y añadió en vascuence—: *Halako tonelak, halako ardoa* («De tal tonel, tal vino»).

AL LLEGAR A LA HABANA dejamos Chimista y yo al capitán borracho; yo entré de interino en el barco correo *La Resolución*. Partimos con este buque para España, con catorce pasajeros de cámara y ciento veinte soldados. Desde la salida del puerto se me consideraba como oficial, montaba la guardia del capitán y mandaba las maniobras.

A los pocos días llegamos a la vista de Santa Cruz de Tenerife; el capitán mandó disparar un cañonazo para anunciar a los de tierra el barco correo que aguardaba la correspondencia. Desde Santa Cruz seguimos a Cádiz, y poco después retornábamos para las Antillas.

En todos los puertos donde pasamos fuimos recibidos con grandes agasajos.

Marchábamos con rumbo a Puerto Rico cuando, a la recalada, se nos acercó un bergantín de guerra, de dos gavias, al parecer inglés.

Nuestro capitán mandó izar la bandera española, con gallardete y escudo de correo^[66].

Cuando el buque de guerra inglés vio estas señales, quiso, sin duda, hacer burla de un barco español, y levantó las portas de sus baterías, mostrándonos las bocas de sus cañones.

Nuestro capitán se puso furioso, mandó preparar las dos colizas giratorias y las carronadas, hizo formar a toda la tropa con fusil en mano y bayoneta calada, cerrar las puertas del rancho y de la cámara, repartir los cartuchos y cargar los fusiles.

Después de esto, el capitán se vistió el uniforme de capitán de fragata, se metió en el bote y fue conmigo y con otro piloto al costado del buque inglés.

—¡Ah del barco! —gritó el capitán con voz tonante—. ¿Qué clase de buque es ese que no iza su bandera?

—Pasen ustedes a bordo con los papeles —contestó el capitán inglés.

—No nos da la gana. Un buque sin pabellón es un buque pirata; le doy diez minutos de término para batirse.

El otro, viendo la cosa seria, largó la bandera británica con gallardete, y desapareció. A los dos días llegamos a Puerto Rico, y el capitán dio parte a la autoridad de lo ocurrido con el barco inglés.

A los pocos días de la llegada a La Habana, el capitán de la fragata habló al comandante de marina, hizo que me examinasen de piloto, y en el examen fui aprobado.

Me quedé sin plaza. Le^[67] busqué a Chimista; andaba este metido en

combinaciones oscuras y sospechosas, en compañía del Vizconde, y me dijo:

—¿No tienes barco?

—No.

—Pues entraremos los dos en la fragata *Rosina*, de un capitán paisano nuestro, de Fuenterrabía. A mí me conviene dejar La Habana un par de meses.

Era siempre la táctica suya en sus líos: el ausentarse y el hacerse olvidar^[68].

Fui con Chimista a ver al capitán Oyarbide, y entramos en su fragata con rumbo a Hamburgo^[69]. Chimista iba de primer piloto y yo de segundo. El capitán Oyarbide, viejo raro, chiquito, denegrado y barbudo, era un buen marino y hombre inteligente en su oficio, pero de un genio imposible; llevaba cuenta de todos los detalles de la navegación, y maniobraba muy bien; pero cuando empezaba a mostrarse cicatero y tacaño era muy antipático.

La *Rosina* salió con treinta y dos pasajeros, entre ellos gente rica y distinguida: una condesa, un marqués, un banquero cubano, la mujer de un capitán general. Yo llevaba el diario de navegación. En aquel buque, como en otros, se ponía un vigía en el tope del palo de proa para avisar los barcos que pasaban, dando la voz de: «Vela a la vista».

Estábamos sobre las islas Bermudas^[70]; por la mañana, al despejarse la niebla, soplabla viento norte, fresco, cuando el vigía anunció vela^[71] por barlovento.

Nuestro capitán no hizo caso, ni nosotros tampoco. El barco se nos acercaba.

De pronto me chocó el aire de aquel buque y su pabellón brillante; cogí mi anteojo, miré y vi con sorpresa un barco negro como el ébano, de unas doscientas toneladas, con varias piezas de artillería, nuevas, y en el palo mayor una bandera roja con una calavera blanca y dos tibias^[72]. Era, indudablemente, un barco pirata, con sus cañones, su bandera y su tripulación especial, cosa que ninguno de los marinos que estábamos en el barco habíamos visto jamás. Hasta tenía su nombre a proa. Se llamaba el *Relámpago*.

Fui a buscar con premura a Oyarbide, porque el barco se nos acercaba a la carrera.

—Mi capitán —le dije—. ¿Ha visto usted ese barco?

—No.

—Es un barco pirata que nos está dando caza. Lleva cañones y una bandera con una calavera.

Le presté el anteojo para que mirara. Oyarbide se quedó asombrado y se inmutó. Dispusimos hacer la maniobra para correr con el viento; el capitán mandó largar todas las velas.

El *Relámpago* avanzaba con rapidez. Cuando estuvo a una distancia de media milla, apareció en el pico de la cangreja una bandera negra, la *jolly roger*, como para indicar que no había cuartel. Yo mandé al contramaestre preparar el cañón giratorio, porque Oyarbide, con la aparición del barco pirata, estaba sorprendido y atolondrado.

Todo el pasaje comenzó a darse cuenta de la persecución: las mujeres se echaron

a llorar, los hombres empezaron a lamentarse, la gente creyó que su vida estaba en peligro. Aquella bandera de muerte producía un terrible pánico. Yo veía con el antejo a los marineros del barco pirata sobre cubierta, harapientos, barbudos; algunos nos amenazaban con el puño y se reían. Chimista estaba a mi lado, cerca del cañón.

Entonces me pareció que gritaban desde el barco pirata: «¡Eh, Chimista, Bizargorri! —y después decían—: *Éclair! Éclair!* ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Hurra!»^[73].

Cuando nuestro barco cogió el viento, ya se vio que no había peligro. La fragata *Rosina* corría más que el *Relámpago*; las costillas de nuestro buque temblaban al empuje del viento fuerte y del mar.

Chimista se acercó al contramaestre, apuntó el cañón contra el pirata, le dio en el palo mayor y le rompió parte del tope, derribándole la bandera roja.

Los piratas contestaron al fuego, pero no nos llegaron las balas.

Siguió el *Relámpago* dándonos caza durante unas horas; a media tarde se fue quedando atrás; los pasajeros comenzaron a respirar con más tranquilidad y a tener mayor ánimo.

En aquel día nadie comió a bordo; otro tanto sucedió durante la noche; ningún pasajero se acostó, y, naturalmente, menos aún los oficiales y marineros, que debíamos estar preparados para todo evento. Hubo un sinfín de conversaciones acerca del barco pirata, y unos se contaron a otros sus impresiones. Al acercarse la noche, el capitán pudo franquear el rumbo.

Amaneció, y más de ocho marineros subieron a los topes, registraron el horizonte y no se divisó en él ni una vela. La mayor alegría reinó a bordo, y se sacaron conservas de dulce, vino y licores. Algunos pasajeros celebraron el disparo hecho por Chimista contra el *Relámpago*, y le agasajaron. Muchos, pasado el peligro, se mostraban entusiasmados por haber visto de cerca un barco pirata, con sus banderas, cosa indudablemente muy rara. Algunos recordaron obras de Lord Byron^[74]. Todos habíamos oído hablar de piraterías y de robos en aquellos mares; pero ninguno creía que pudiese existir un barco así, tan audaz, tan descarado, que persiguiese con sus banderas de muerte desplegadas a un buque grande. Se hicieron mil suposiciones acerca del barco y acerca de dónde podrían tener su refugio los piratas.

Nuestro capitán, Oyarbide, me preguntó varias veces:

—¿Tú tienes buenos informes de Chimista?

—Sí, ¿por qué me lo dice usted?

—Porque a mí me ha parecido oír que los del barco pirata han dicho: «Ahí va Chimista».

El caso es que a mí me pareció lo mismo. Luego, aquello de que el barco se llamara el *Relámpago* me escamaba^[75].

Oyarbide sospechaba que Chimista era pirata o tenía relación con los piratas.

Intenté averiguar algo en la propia fuente.

—¿Tú no oíste —le dije yo a Chimista— que del barco pirata te llamaban a ti?

—¡Ca, hombre!

—Pues a mí se me figuró que decían: «Ahí va Chimista». A Oyarbide le ha parecido lo mismo.

—No creo. No es que no conozca uno granujas que andan por tierra y por mar, pero no lo creo. Me parece que sois unos fanáticos y que veis visiones.

DESDE ENTONCES OYARBIDE MANIFESTÓ mucha desconfianza con Chimista; las palabras de este, las observaciones a veces más inocentes, le alarmaban.

—Este Chimista me mira a veces de una manera que me choca —decía el viejo.

Yo no sabía qué pensar; Chimista callaba y Oyarbide se iba mostrando como un hombre de genio variable y raro, como un verdadero lunático, sus extrañas manías aumentaban. Cuando los pasajeros quisieron celebrar la desaparición del barco pirata, se empeñó en que no se sacaran unos tarros de dulce que pedía la gente, porque eran caros.

—*Zahietan zur eta irinetan ero* («Avaro en el salvado, y pródigo en la harina») —dijo Chimista.

Con el pasaje, de gente rica, alguien podía después quejarse, y no se atrevía; pero con los pilotos y marineros tenía unos detalles de avaricia absurda.

Se empeñaba muchas veces en que no se almorzara y se comiera en la cámara, sino sobre cubierta, y, a lo mejor, mandaba levantar la mesa y ponerla sobre un gallinero.

—Aquí estamos mejor, así no se estropean los muebles y se rompen los platos.

Naturalmente, por eso no comía menos la gente.

—No queréis más que comer —nos decía entonces, despechado—, sois como los cerdos.

Otras veces dejaba alguna maniobra para mandarla en medio de la comida e interrumpirla de este modo.

El capitán se mostraba hombre exigente y malhumorado. Chimista no le hacía caso, le miraba como a un perro.

Oyarbide empezó a decirnos a los pilotos:

—A mí no me tratáis con bastante respeto. Yo tengo una cruz. Yo podría exigir que se me llamara usía o vucencia^[76].

—A este viejo imbécil le voy a dar un plastazo, que se va a acordar de mí —decía Chimista como en un aparte, pero para que se le oyera.

—¿Qué murmura usted ahí? —le preguntaba Oyarbide.

—Yo, nada. ¡Viejo imbécil! Lo mejor sería darle un golpe y tirarlo al mar.

—Hable usted claro —decía Oyarbide—; a mí no se me viene con murmuraciones. Hay que tratarme con más respeto.

—¡Bestia! ¡Idiota! Este hombre es como una mula vieja llena de caprichos. De él habría que decir: «*Zarrago soroago*» («Más viejo, más loco»).

Después del percance del pirata tuvimos grandes temporales. Íbamos al noroeste de las islas Terceras y del banco de Terranova^[77]; me encontraba yo de guardia,

cuando a eso de las dos de la tarde divisé un gran buque por la proa y me eché el antejo a la cara. El barco parecía abandonado, iba dando grandes orzadas.

Al aproximarnos, divisamos todas sus velas como banderolas, sueltas y hechas pedazos; la redonda era la única amarrada, las vergas estaban caídas y todo el velamen agujereado y roto.

Di parte al capitán Oyarbide, quien mandó acercarse al buque. Llegamos a su costado, se dieron algunas voces, se tocó la bocina, pero nadie apareció sobre cubierta.

Entonces Oyarbide mandó echar la chalupa al agua. Fuimos a bordo del barco abandonado. Marchamos Chimista y yo con cuatro marineros. Se veían cinco o seis baúles vacíos sobre cubierta.

No había nadie ni en el sollado ni en la bodega. La escotilla estaba abierta, y en la bodega, sobre cuatro o cinco pies de agua, notaban tablas y cajas.

En esto, Chimista se metió en la cámara de popa, y vino diciendo: «Allá hay un negro, atado y medio muerto de inanición».

Se le desató, se le llevó a nuestro barco, y, por orden de Oyarbide, se le metió en la cama y se le empezó a dar ponche con huevo y caldo de gallina.

—Este Oyarbide es una buena persona —le dije yo a Chimista.

—Sí, no digo que no —contestó él—; pero cuando se pone caprichoso y loco dan ganas de matarlo.

En cuatro o cinco días el negro se restableció por completo. Nos contó lo sucedido. En el barco donde navegaba, la tripulación, muy mala gente, estaba dividida en unos, partidarios del piloto, y otros, del capitán; los partidarios del piloto se sublevaron, mataron al capitán y a los suyos y huyeron en la ballenera.

A él, nuevo en la tripulación, le habían atado, sin pensar que, dejándolo abandonado en el buque, le condenaban a un tormento mayor que la muerte.

Pocos días después, el negro, ya restablecido, entró de marinero en nuestra fragata. Se manifestó muy amigo de Chimista. El negro se llamaba Commoro. Esto, en su lengua, según nos dijo, quería decir «el León». Era un gigante, un atleta, con una fuerza *hercúlea*^[78], la piel muy negra, los ojos blancos y un aire un tanto terrible y monstruoso. Su padre era un reyezuelo y él era príncipe en su país.

Salido de su tierra, del interior del África, de la región de los lagos, en una caravana conduciendo esclavos, se quedó en Sierra Leona^[79]; aquí navegó con los ingleses y se hizo protestante.

Commoro se unió con lazos de amistad con Chimista, a quien admiraba mucho. Chimista le prestó algunos libros de poesías y novelas. Yo no sé si hizo bien o no, porque el pobre negro, a quien vi después de este viaje, se iba haciendo cada vez más sentimental y melancólico; a consecuencia de su nueva religión y de sus lecturas, dejó de beber y se hizo muy triste.



DESPUÉS DEL ENCUENTRO con el barco abandonado en que apareció el negro Commoro, nos cogieron días malísimos, hasta la recalada del cabo Lizard^[80], de Inglaterra.

Seguimos barajando la costa, a poca distancia de ella.

Cuando llegamos a la altura de Ámsterdam principiaron los vientos contrarios y una niebla muy densa; después empezó a nevar. Así estuvimos varios días, con un frío espantoso, siempre con la sonda en la mano, mojados y echando la nieve a paletadas. Por fin llegamos a Hamburgo, y comenzamos la descarga. Oyarbide se marchó en seguida a la ciudad a casa de una señora que, según decían, era amiga suya.

Con la policía tuvimos algunos tropiezos. Un gabarrero de mala sangre, un alemán, morenito y agrio, se empeñó en desesperarme. Le daba yo la nota de lo descargado, y él cogía el papel, decía unas palabras insultantes en alemán y lo tiraba al agua.

Tanto me exasperó, que cogí lo primero que encontré a mano, un farol, y se lo tiré a la cabeza, haciéndole una porción de arañazos y de chirlos en la cara y dejándole hecho un Ecce Homo^[81]. Llevaron a tierra al gabarrero entre otros, como si estuviera gravemente herido, y a la media hora se presentaron cuatro policías en un bote diciéndome que me entregara preso; yo no sabía qué hacer, pero Chimista me gritó:

—No vayas.

En seguida mandó izar la bandera española delante del portalón, y dijo a los policías:

—Si alguien pretende subir, será recibido a tiros.

Los policías se fueron en su bote, y volvieron poco después en otro mayor y con más gente. Al ver a todos los marinos de la *Rosina* armados hasta los dientes, no se decidieron al abordaje. Entonces el jefe de la policía fue a visitar al cónsul de España, y el cónsul se nos presentó al costado, en una lancha, con la bandera española.

Chimista mandó arriar la que había puesto en el portalón, y recibió al cónsul y al inspector. Pasaron los tres a la cámara y me llamaron a declarar. Conté lo ocurrido, declararon los testigos, se hizo la sumaria, y el cónsul, Chimista y el inspector de policía reconocieron que la conducta del gabarrero era exasperante, y me absolvieron.

Tuvimos también otras pendencies en Hamburgo. Después de oscurecer, Chimista, otro piloto joven, amigo suyo, Tricu y yo adquirimos la costumbre de ir a pasear por Altona y al regresar de noche entrábamos en la taberna, de una viuda, que se llamaba

El Alegre Lobo de Mar. Allí solíamos beber y tocar la guitarra, y pasábamos algunas horas hasta la madrugada.

La taberna de Altona gozaba de una fama sospechosa, y más de algún concurrente a ella había ido, según los rumores, a la cárcel y después al patíbulo.

Varios patronos y marineros, acostumbrados, como suele decirse, a cortar el bacalao en la casa, nos tomaron ojeriza, y nos amenazaron con darnos una lección experimental de trompis. En vista de aquellas amenazas, marchábamos siempre armados de cuchillo y garrote.

No pasaron muchos días cuando notamos que algunos de los más asiduos matones de El Alegre Lobo de Mar no iban por allí a vociferar y a armar escándalo. La viuda y sus hijas nos dijeron que aquella gente se había trasladado a una taberna próxima, lo que a ellas les convenía, porque con sus riñas y con sus voces espantaban la parroquia tranquila.

Dos noches después, en una campa oscura de Altona, se nos presentaron seis hombres, cerrándonos el paso.

—Después de la guerra del cañón, la del cuchillo —dijo en broma Chimista, imitando a los del sitio de Zaragoza^[82]—. ¡A ellos!

Se armó la gran trapatiesta y quedamos dueños del campo.

—*Éclair! Éclair!* ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Hurra! —gritó Tricu^[83].

—¿Qué significa ese grito? —le pregunté.

—Es nuestro grito de guerra.

—Pero ¿de quién?

Tricu iba a dar una explicación, cuando Chimista le interrumpió y dijo:

—A este no le interesan esas cosas.

Cuando volvimos, a los tres días, a El Alegre Lobo de Mar, la viuda y las hijas nos vitorearon por haber ganado la batalla y haber hecho huir a los matones.

Después dejamos de frecuentar la taberna, y comenzamos a ir a los bailes de Hamburgo. Estos bailes duraban toda la noche hasta las seis de la mañana. Solían verse allí mujeres muy guapas.

Chimista, el otro piloto joven, amigo suyo, Tricu y yo dejamos en Hamburgo todos nuestros ahorros.

Acabada la descarga de la *Rosina* y embarcado el nuevo cargamento, el capitán Oyarbide, muy inteligente cuando no le entraba la murria, llevó varios cajones de pacotilla, de fabricación alemana, que le darían mucho dinero en Cuba.

El capitán Oyarbide, el primer día de volver a bordo se mostró sonriente y amable; pero a los dos o tres días apareció con su genio raro y desigual. Nadie le podía resistir; tan pronto cantaba como se enfurecía, y mandaba dos cosas contrarias al mismo tiempo. Yo pasaba las negras con él. Chimista únicamente le imponía; le contestaba fuerte y le trataba como a un doctrino.

—Este hombre me quiere asesinar —solía decir Oyarbide—. Es un bandido, un pirata.

Otra vez me dijo, refiriéndose a Chimista:

—Este hombre ha echado la maldición a mi barco. Durante los años que llevo de capitán no me ha ocurrido ningún percance ni avería, y este viaje ya hemos tenido el ataque del pirata, el encuentro con el barco naufragado; después, temporales y nieblas, y, por último, tu riña con el gabarrero de Hamburgo.

—Es una causalidad.

—Bueno. Yo no quiero en mi barco gente a quien le pasen cosas raras. Eso... para los teatros o para los folletines^[84]—añadió—. En mi barco yo no quiero más que gente vulgar.

Chimista, tomándolo ya a broma, miraba al capitán de reojo de una manera torva. A veces me decía, señalándole a él: «*Barrika txarretik ardo on gutxi*» («De mala barrica, poco vino bueno»).

Yo me reía, aunque no siempre tuviera gana.

Cuando llegamos a Cuba, Oyarbide dijo a Chimista que se fuera de su barco, que le daría una indemnización. Él aceptó.

Yo me fui también, porque el genio del capitán era insoportable; pero a mí no me dio ninguna indemnización.

ESTUVIMOS CHIMISTA Y YO más de un mes sin encontrar barco en que navegar. Yo me había quedado sin un cuarto en Hamburgo, y Chimista proveía.

Muchas veces discutíamos Chimista, Tricu y yo. Chimista decía con frecuencia: «Yo no encuentro dificultades en la vida. Yo hago lo que quiero».

Daba a entender que los obstáculos no eran nada para él.

Como a mí siempre las bravatas me han parecido ridículas, se lo dije.

—¡Pero, hombre! —contestó él—. Yo digo que no hay obstáculos, y si los hay, que no valen la pena para convencerme. Si vas a hacer un viaje peligroso con la idea de que todos han de ser obstáculos, percances, naufragios, enfermedades, ¿qué espíritu vas a tener? Hay que pensar lo contrario: creer en el éxito. Si a una mujer que te gusta le dices: «Viviremos medianamente, aunque quizá con el tiempo nos cansemos uno de otro», no la arrastrarás. Hay que creer en el éxito y decir a todo que sí^[85].

—*Éclair! Éclair!* ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Hurra! —dijo Tricu, mirándome y riéndose^[86].

Le pedí de nuevo explicaciones a Chimista sobre esta frase.

—¿Qué quiere decir eso? —le dije.

—Nada; son fantasías de mis amigos, que han inventado una sociedad secreta, con sus cláusulas y sus vivas.

Chimista siguió explicando su táctica espiritual, que consistía en creer en el éxito a todo trance.

Debía de ser buena táctica, porque a él, al menos, le daba buen resultado.

También quiso hacerme creer que no hacía más que lo que le gustaba. Si algo no constituía para él ni un entretenimiento, ni una distracción, ni una experiencia amena, lo abandonaba.

Chimista exageraba, porque para eso se necesitaba ser príncipe o millonario.

TERCERA PARTE

DE NEGRERO

UN DÍA VINO CHIMISTA A VERME, Y ME DIJO:

—No he encontrado ningún empleo que valga gran cosa. Me han ofrecido el ser capitán de un barco negrero, y lo he aceptado; si tú quieres, puedes venir de piloto.

—Muy bien. ¿Qué se gana?

—Tú ganarás ochenta duros al mes, y seis por cabeza de negro que llegue a salvo^[88].

—¿Cuántos negros se podrán traer en un viaje?

—Yo espero que unos quinientos.

—Entonces es un buen negocio. ¡Tres mil duros de comisión!

—Eso es.

—Está muy bien.

—¿De modo que aceptas?

—Sí.

—A Tricu le ofrecí la plaza de contraamaestre o de guardián, y no quería; decía que le dan mucha pena los negros. Es un sentimental.

—¿Y va?

—Sí; al fin se ha decidido. Commoro es irreductible; dice que solo en la época en que él no tenía conciencia pudo traficar con sus semejantes.

—¿Y qué ha hecho?

—Se ha ido a Charleston, y va a entrar de contraamaestre en el brick de la señora Warden.

—¿Y cuándo va a ser nuestro viaje?

—En seguida.

En aquel tiempo, las expediciones negreras se iban dificultando. El hacerlas constituía el único medio para un marino de reunir dinero en grande en poco tiempo. A principios de siglo, los viajes de los negreros eran mucho más fáciles que cuando yo comencé.

Varios capitanes viejos del Cantábrico y también otros catalanes y mallorquines, naturalizados en La Habana, me hablaron de que en su tiempo se realizaban con más facilidad las expediciones de trata. Algún paisano vasco conocí que navegó con el capitán Zaldumbide y que hizo muchos viajes en el mismo buque sin ningún tropiezo.

Nosotros, los lanzados a la aventura de ser negreros al final del primer tercio del siglo XIX, no tuvimos esa suerte^[89]. En otra época, barcos dedicados al transporte de negros iban y venían de África a América y contaban con una tripulación constante. En mi tiempo ya no ocurría esto. El negrero era casi siempre negrero de ocasión, y lo mismo pasaba a sus tripulantes. Todos los marineros que viajaban en barcos

dedicados al comercio de esclavos cambiaban con frecuencia de barco, y algunos de oficio dentro de la marinería.

No se exigían, naturalmente, certificados ni cartillas, y el cocinero se improvisaba contra maestre, y el gaviero, si no encontraba otro cargo, vestía a las veces el gorro de cocinero. Además, muchos de aquellos marinos tenían sus paréntesis de hombres de tierra, de mineros, buscadores de oro, granjeros, etcétera.

En las tripulaciones negreras reinaba una cierta bohemia. Luego, cuando se generalizó el barco de vapor, se volvió otra vez a las tripulaciones fijas y a los viajes redondos.

Era frecuente, al hacer el rol de un negrero, encontrarse con marinos veteranos que contaban ya muchas expediciones a Guinea^[90].

El mar y la posibilidad de la aventura dichosa agarran, y aunque se pasen trabajos y no se tenga suerte, hay siempre más esperanzas y más posibilidades en el mar que en las ciudades, donde no se puede hacer fortuna más que siendo un pillo listo o un usurero^[91].

Todavía el marino de este tiempo, hijo predilecto de la aventura, era un hombre atrevido, violento e inconsciente. Impulsado por una esperanza de riqueza y de placeres, pensaba encontrar países fabulosos como El Dorado^[92], y tenía para el final de su vida el sueño de volver a su tierra, a su aldea, tranquila y plácida. Aquellos hombres, niños grandes la mayoría, sin rencor, consideraban alcanzado el fin de su vida por haber pasado algunos días en la taberna de un puerto, al lado de una mujer, bebiendo y derrochando el dinero.

EN MI TIEMPO SE QUERÍA REALIZAR la trata de una manera metódica, cosa no siempre fácil, porque ofrecía muchas dificultades. Era la industria más productiva, y los comerciantes cubanos, brasileños y franceses exponían su dinero en esta lotería. Los marinos seguíamos el ejemplo, con la diferencia de que ellos jugaban el dinero y nosotros el pellejo.

Yo tenía en la cabeza la idea fija de hacer fortuna con rapidez. Ya la casa de Elguea y las modificaciones de mi padrastro no me importaban nada; pero, de todas maneras, mi plan principal en la vida era llegar a la riqueza^[94].

A esto lo supeditaba todo, y pienso si a los demás les sucederá lo mismo, menos a los perezosos. Yo siempre he visto a la gente que se las echa de muy generosa y de que no piensa más que en la religión y en las cosas espirituales, que en la vida práctica no tienen más Dios ni más Espíritu Santo que el dinero. A los que no son así y se distinguen por su desinterés y su bondad, a esos los admiro.

Como ya no puede quedar vivo nadie que haya presenciado con sus propios ojos cómo se creaba y cómo funcionaba una empresa de trata de negros, lo explicaré yo con detalles.

Se constituía una sociedad de ocho o diez personas de La Habana, comerciantes, bodegueros y almacenistas. Se reunía un capital de cien mil duros, por lo menos. Uno de los armadores solía ser el administrador.

Se calculaba que un buque de trescientas toneladas podía llevar a bordo, entre el sollado y la cubierta, de quinientos a seiscientos negros. Claro que iban estibados como si fueran vacas o caballos.

La sociedad elegía un capitán, y el capitán nombrado giraba una visita a la bahía, para ver si hallaba un buque de buena marcha, y de preferencia construido en los Estados Unidos.

En el caso de no encontrar en la bahía uno a gusto, el capitán emprendía un viaje a Baltimore^[95]; en este puerto yanqui se construían los más veloces.

Después de comprar el buque, el capitán se hacía cargo de él; lo llevaba a La Habana, Casa Blanca, a uno de los muelles. Se examinaba el barco desde la quilla hasta el tope, tanto el casco como la arboladura, y se reparaban todas las deficiencias encontradas.

En seguida se ajustaban con un maestro tonelero doscientas pipas de aguada estibadas en la bodega. Un carpintero tomaba la contrata para construir un sollado de tablas de quita y pon sobre las barricas de la aguada y bajo la cubierta. El velero cosía un juego nuevo de velas, pues las que solía llevar el buque se deshacían en el camino antes de llegar a la costa de África. Aquellas lonas servían también para abrigar a los

negros cuando dormían sobre cubierta.

Las faenas preparatorias se terminaban en dos o tres semanas a fuerza de gente y de oro. En tanto, los armadores se agenciaban un factor para las compras de negros en África. Casi todos aquellos factores eran portugueses o agentes de los portugueses. En el intervalo, el capitán encontraba sus oficiales: tres pilotos, primero, segundo y tercero; dos guardianes, un condestable y el cirujano. Como los puestos eran peligrosos, se buscaba gente fiel y de confianza.

Ningún capitán se embarcaba en la carrera africana sin llevar varios viajes de piloto. El elegido debía ser hombre valiente, experimentado y sereno; había que sostener en el barco una disciplina rígida; si venían las cosas mal, entregarse al crucero inglés que intimaba la rendición, y si existían posibilidades de resistir con éxito, contestarle a cañonazos. Al mismo tiempo, el capitán debía conocer las costumbres y las enfermedades de los negros.

Al momento de instalarse el factor en el barco hacía una lista de los géneros que tenía que llevar; se la entregaba a los armadores, y el administrador y él comenzaban a recorrer los almacenes. Los géneros comprados se depositaban en un cobertizo.

Los guardianes y el condestable vigilaban la aguada y se agenciaban leña, calderos para el rancho, alambiques y filtros, por si escaseaba el agua; coys, sirenas de mano, maletas de cinc, jarras para llevar la pólvora de la santabárbara^[96], bombas, palanquetas, sacos de metralla, lampazos con que enjugar la cubierta, carracas, que usaban a veces los capataces africanos, y zambullos o baldes de madera.

El bodeguero almacenaba toda clase de géneros de comer y beber, como dulces, conservas, cecinas, mermeladas, vinos y licores.

El factor se ocupaba solo de lo relativo a los negros, y compraba, primero, aguardiente.

Los reyezuelos y personajes importantes de África no podían vivir sin aguardiente, al que llamaban, en las orillas del Congo, *malafo*. Por lo general, los barcos negreros llevaban treinta o cuarenta pipas de alcohol, ocho o diez fardos de guineas azules y cuatro de guineas blancas. A estas telas de algodón las llamaban guineas, porque eran las que servían para la compra de negros en la costa de Guinea.

Cargaban también los factores dos fardos de telas de ramales, dos de sarasa, cuatro o seis cajas de abalorios^[97], ocho o diez de fusiles, cien barriles de pólvora, de arroba y de arroba y media, y un sinnúmero de chucherías. Se llevaban trescientos pares de grillos dobles para poner a cada negro en el pie, una o dos barras de justicia y cien pares de esposas. Al mismo tiempo se embarcaban útiles de carpintería, de herrería y de artillería.

Cuando el barco se encontraba ya listo, se largaba en el tope del palo trinquete una bandera cuadrada, roja, indicación para pedir gente. Al llamamiento acudían marineros de todas las naciones, muchos reincidentes en el viaje a la costa de Guinea, y el contraamaestre los escogía uno a uno. Generalmente, se pagaba a cada marinero de cuarenta a cincuenta duros al mes, por adelantado, y en el caso de lucha, el

armador se comprometía a darles una gratificación de cincuenta a cien duros. Al tercer día después del ajuste, por la madrugada, debían estar todos a bordo.

Entre la oficialidad del barco negrero, el factor era de los más importantes; además de su sueldo, cobraba el diez por ciento de los negros llegados a salvo. Si un capitán, factor o piloto traía a bordo algunos negros adquiridos por él, al armador le correspondía la mitad del precio de tales negros por el pasaje y la manutención. Los factores, generalmente, iban contratados para comprar tres o cuatro cargamentos de ébano^[98]. A veces pasaban largas temporadas en África, y escribían a los armadores cuando reunían el cargamento completo.

Los capitanes de los buques negreros cobraban la comisión del diez por ciento y cien o ciento veinte duros al mes. El primer piloto ganaba ochenta duros mensuales y seis duros por cabeza; su obligación era la derrota, ocuparse del consumo del agua y de los víveres, llevar una lista de los muertos en alta mar, subir a los palos con el anteojo cuando el vigía cantaba vela y curar a las negras enfermas.

El segundo piloto ganaba cuatro duros por cabeza y setenta al mes. Su obligación consistía en montar la guardia del capitán y llevar el diario de a bordo.

El tercer piloto tenía dos duros por cabeza y sesenta mensuales. Hacía guardias, copiaba los apuntes del factor y se hallaba encargado del botiquín.

El tercer piloto, al llegar a la costa de África, dirigía la construcción de dos barracas: una como depósito del cargamento llevado y la otra para habitación de los negros comprados, y ponía los grillos a cada pareja, tanto en tierra como a bordo, sobre todo si existía temor de sublevación. Generalmente, el reyezuelo o el cacique prestaba sus carpinteros para construir las barracas.

El tercer piloto debía hacer, además, la cura a los negros, en compañía del contraмаestre; cuidar de la bodega, probar la comida y estar siempre con *fouet* o *musinga* en la mano.

El contraмаestre tenía el mismo sueldo que el tercer piloto.

El contraмаestre se ocupaba en cumplir las órdenes del capitán, mandar a la marinería, disponer el aseo del buque y vigilar para que la comida fuese buena.

Los primeros y segundos guardianes espiaban a los negros, observaban si comían o no, si complotaban algo, y tenían siempre media caldera de agua hirviendo con sus grandes cucharones de hierro, pues en caso de sublevación, lo que más terror producía a los negros era el agua hirviendo, y con este procedimiento bárbaro se acababan sus batallas. Los guardianes ganaban cincuenta y sesenta duros mensuales y un duro por cabeza de negro.

Había además otro empleado, llamado pañolero o bodeguero. El bodeguero vigilaba la bodega, los víveres y la aguada; solía tener a sus órdenes ocho o diez negros jóvenes, llamados *muleques*, encargados de poner orden.

El cirujano cobraba diez reales por cabeza de negro y cincuenta duros mensuales.

A veces aparecía en la dotación un capitán, llamado de bandera, capitán ficticio, puramente de aparato, y que servía de testafarro.

Cuando existía capitán de bandera a bordo, este ganaba un duro por cabeza y cincuenta al mes. Entonces el capitán efectivo solía presentarse oficialmente como si fuera pasajero.

Cuando el buque negrero se encontraba ya listo, se disparaba un cañonazo, se levaba el ancla, y si no había viento, lo remolcaban algunos botes.

Al aproximarse al muelle de Caballería de La Habana, se acercaban al costado casi siempre quince o veinte guadaños o botes de alquiler llenos de gente, comerciantes de la ciudad interesados en la expedición. Venían a almorzar a bordo fuera del Morro^[99]. El capitán solía disponer un gran almuerzo.

Regía la costumbre de que cada convidado escogiera los cubiertos, platos y copas, y después de servirse de ellos los tirara al agua. Esto se practicaba para dar una impresión de riqueza y de rumbo.

Tras de la ceremonia, los comerciantes habaneros daban la mano de despedida a los oficiales del buque y en seguida se embarcaban en los guadaños, haciendo grandes saludos con sombreros y pañuelos. Algunos capitanes, socios en las empresas, solían al despedirse dar verdaderos banquetes, que les costaban cientos de pesetas, a los que acudían los negreros de La Habana y sus queridas y otras mujeres de vida alegre.

Desde el momento en que se emprendía el viaje y se salía a alta mar, se ponía un grumete en el tope de proa para avisar al oficial de guardia cualquier vela que se presentara a la vista. Todo barco mercante o de guerra era un enemigo para el negrero. Nunca paz por debajo de la línea. «*No peace beyond the line*», decía Drake. Todo es enemigo fuera del puerto, podíamos decir nosotros. Si se veía algún buque de guerra, se variaba el rumbo, y luego se iba enderezándolo hasta llegar a África.

Al aproximarse al punto de destino, generalmente la costa desde Sierra Leona a la orilla del río Congo^[100], llegaban unas cuantas canoas con dos o tres negros a bordo. El capitán mandaba darles aguardiente y les compraba huevos, gallinas y pescado.

Aquellos negros proporcionaban al capitán y al factor cuantas noticias pudieran desear: qué buque salió el último, cuántos esclavos llevó, si iba a La Habana o al Brasil, si quedaban muchos negros en la plaza, a qué precio se cotizaban, cómo se llamaba el reyezuelo. Contaban también si había estallado alguna guerra entre las tribus, si se hicieron muchos prisioneros, si rondaban los buques ingleses y si frecuentaban aquellas aguas las canoas de los curmanes^[101].

Los curmanes servían de espías a los ingleses y daban aviso a los buques de guerra cuando recalaba un negrero. Los curmanes, gentes de Liberia y de Sierra Leona, pagadas por el gobierno de Inglaterra, hablaban inglés.

Al llegar al poblado, el capitán se embarcaba en su bote y saltaba a tierra, se presentaba en la casa del reyezuelo, le explicaba su objeto y discutía con él; el reyezuelo exigía primero sus derechos: cuatro o seis garrafones de aguardiente, un barril de pólvora, un fusil y seis piezas de guinea. A este lote daban el nombre de cabala.

El capitán preguntaba al reyezuelo cuántos esclavos podía entregarle pagándole lo de costumbre, y le pedía que pusiera guardias cuando se construyeran las barracas para que no se le escapasen los presos.

El buque se conducía a un fondeadero y se daba principio a la construcción de las barracas, cerca de la costa. El capitán y el factor se internaban río arriba llevando género para comprar [a] cincuenta o sesenta hombres.

En el primer poblado alquilaban una choza, que les servía de tienda. Con sus sirvientes principiaban a hacer unos lotes.

En un listón de madera como el que sirve para tallar a los quintos marcaban siete pies de altura, los dos últimos de arriba divididos en pulgadas. El negro valía más cuanto mayor fuese su estatura. Si medía seis pies, valía dieciocho piezas, entre ropas, abalorios, pólvora, aguardiente, fusil, etcétera. Cada pulgada de menos se rebajaba una pieza. Las mujeres tenían más valor si eran jóvenes y de buen aspecto.

La unidad de medida para la compra era diferente en los distintos países: en Bonny se llamaba una barra; en la Costa de Oro, una onza; en Calabar, un cobre; en Benin, una caldera; en Angola y en el Congo, una pieza^[102].

Concluidas las barracas se desembarcaba todo el cargamento, y el tercer piloto solía remitir en lanchones hacia el interior la mayoría de los artículos clasificados.

A los pocos días el reyezuelo se presentaba en el buque con su estado mayor, todos armados, y el jefe con una corona de barbas de elefante en la cabeza.

El capitán invitaba al jefe o reyezuelo a sentarse en un taburete, mandaba sacar unas cuantas botellas de aguardiente; la primera copa la recibía el jefe, pero no podía beber sin dar antes su parte a su dios, Grigri o Xuxu.

Este dios venía a ser unas ataduras que llevaba en el puño y en la cintura, con unos nudos, y dentro de ellos un poco de tierra, hierbas, barbas de elefante y cortezas de distintos árboles. El reyezuelo echaba un poco de aguardiente a su dios, a quien suponía amigo del alcohol, y el resto se lo bebía él; los de su estado mayor le imitaban.

Celebrada la ceremonia, comenzaban las operaciones financieras en grande. Se presentaban dos o tres comerciantes con ocho o diez negros, tomaban asiento, bebían aguardiente y discutían los precios; después de ellos venían otros, y otros, casi todos portugueses o mestizos de portugueses.

Con relación al precio, los muchachos robustos tenían más valor; los viejos con la cabeza rapada, menos; las mujeres con hijos, menos que las solteras, y a las viejas no las quería nadie. En general, el negro, cuanto más oscuro era y más robusto, valía más. El negro pálido no producía confianza.

Los negros venían al mercado con sus comerciantes y havildares, generalmente sueltos, pero si eran prisioneros de guerra, cimarrones del bosque o ladrones, los traían atados. Solían emplear para ello una caña de bambú de una vara de larga, con dos agujeros en los extremos; en cada agujero de estos iba sujeto cada brazo con un bejuco, y con los dos brazos en forma de cruz y con un cordel atado a la cintura, el

amo llevaba a su esclavo como un aldeano lleva a su vaca al mercado o al matadero.

Cuando un jefe mandaba un pelotón de soldados suyos a los bosques, a cazar a los cimarrones, recomendaba que los cogieran a palos o con trampas, y que si les disparaban tiros de fusil lo hicieran de las nalgas para abajo; así muchos prisioneros, al parecer fuertes, tenían las piernas débiles por las heridas, y eran inútiles para trabajar.

En ocasiones, un reyezuelo guardaba hasta doscientos presos de esta clase, y si no llegaba pronto algún buque de trata, el reyezuelo no encontraba mejor procedimiento de zafarse de ellos que cortarles la cabeza. Cuando se les reprochaban estas muertes, decían que la manutención de tanta gente les costaba mucho.

Los esclavos eran de distintas procedencias: unos hechos por astucia por el factor, otros prisioneros del reyezuelo y cautivados por él, algunos, criminales, ladrones y adúlteros que el gobierno de la tribu vendía. Había también prisioneros de guerra, esclavos nacidos de madre esclava, y algunos, muy raros, hombres libres que, impulsados por su pasión por el juego, se jugaban a sí mismos y a sus familias, convirtiéndose voluntariamente en esclavos.

Había otra clase de esclavos llamados en el país esclavos de casa, hijos de los esclavos unidos al servicio de la finca de un dueño. Era raro que estos cautivos fueran vendidos a los extranjeros. Se consideraba deshonroso entre los negros propietarios el venderlos. Únicamente lo hacían los hombres desprestigiados, jugadores y borrachos.

Allí, en el Congo, cada familia tenía muchos hijos.

Un jefe podía reunir cuarenta o sesenta mujeres propias; un particular, hasta ocho. Cuando un congolés se quería casar con una mujer, debía pedir permiso al reyezuelo, e ir de gala.

Para esta ceremonia cada uno llevaba una piel blanca de gato sujeta a la cintura y colgando por delante. El mayor lujo de la mujer consistía en lucir en las muñecas y en los tobillos muchos anillos y abalorios.

En aquellos países de la costa de África, al menos por entonces, la mujer trabajaba en la labranza y el hombre se dedicaba a la caza y a la guerra; si la mujer era infiel al marido, podía avisar al jefe, y este vendía a la mujer como esclava con los hijos que tuviera. En aquel tiempo apenas se veía un africano de la costa con ropa.

Me contaron algunos casos curiosos de negros que fueron a la isla de Cuba como esclavos, que sirvieron en la hacienda de algún señorón rico y que volvieron a su tierra. Tenían la costumbre estos negros de jugar a la lotería, y a algunos les caían premios de ocho a diez mil duros. Con el dinero les entraba el afán de ser libres y de volver a su país. Entregaban al amo el dinero pagado por ellos, y quedaban libres. En seguida se vestían como el ricachón a quien habían servido, y, llenos de brazaletes, de alhajas, con un magnífico reloj de oro y hasta con sombrero de copa, tomaban un barco inglés y llegaban al rincón de la aldea a lucirse.

En el momento que el reyezuelo sabía esto, indignado de tal audacia, enviaba un aviso al recién venido advirtiéndole que si usaba las joyas y el traje europeo le

cortaría la cabeza. Otras veces, le mandaba cinco o seis soldados, que al pobre negro *dandy* le quitaban la ropa y le pintaban de rojo todo el cuerpo.

No se permitía más lujo que el llevar anillos y pulseras en los tobillos y en las muñecas.

Ni para los negros con suerte era fácil de realizar el ideal de lucirse en la aldea con un traje bonito y con joyas. Además, al que volvía de América rico y libre se le acusaba por los demás de brujería, y tenía que pagar una multa, si es que no lo mataban.

El viaje a América producía un gran miedo, un gran terror a casi todos los africanos, porque creían que iban a ser devorados por los blancos; la mayoría estaban^[103] convencidos de que si los extranjeros les cuidaban y querían engordarlos era únicamente con el fin de comérselos.

Nosotros mismos encontramos un capitán mandingo de una goleta, de San Luis, y hablando del miedo de los negros a ser comidos por los blancos, nos afirmó que él había visto meter en una caldera brazos, piernas y cabezas de negro para hacer un rancho. Nosotros le dijimos que había visto visiones, y cuando comenzó a explicarse comprendimos que se trataba de una operación hecha en el depósito de cadáveres del hospital, con el objeto de que los médicos tuvieran huesos para estudiar anatomía. Le dijimos que en todas partes de Europa se hacía lo mismo, pero no se convenció. A pesar de ese terrible miedo, había gente que vendía a su familia y a sí mismo por la pasión por el aguardiente. Esta pasión era tan fuerte, que el padre llevaba a vender a sus hijos, y si el hijo encontraba ocasión de amarrar al padre, a la madre o al hermano y llevarlo engañado al barco negrero y cambiarlo por unos garrafones de aguardiente, lo hacía. Era la liquidación de la familia.

En la barraca del comerciante donde se hacían las compras y se marcaba la estatura se examinaba a los negros detenidamente; se les registraba el cuerpo, el pecho, los muslos y las piernas, y se les obligaba a correr para ver si tenían dificultad por haber recibido algún balazo de posta. Cuando el factor realizaba sus compras de ganado humano lo enviaba a la barraca costera. Si los negros eran jóvenes y atrevidos, prisioneros de guerra o salteadores de bosque, el piloto mandaba aplicar los grillos y las esposas. Muchos de los reyezuelos, como eran muy ricos por la trata, encargaban a los capitanes negreros que en sus futuras expediciones les llevaran vasos, platos y tazas de oro macizo.

Cuando el capitán volvía salvo a las costas de América solía tener la orden de recalar en una bahía desconocida; generalmente le señalaban lugar donde no hubiera pueblo, ni autoridades, cerca de algún ingenio. Muchas veces no había necesidad de precaución, y se desembarcaba en cualquier puerto, y el alcalde, el comisario de barrio o el gobernadorcillo lo arrebataba todo con unas onzas de oro.

La corrupción de la burocracia cubana, el empleado español, inmoral, codicioso, y el comerciante criollo, muy chanchullero, permitían toda clase de irregularidades.

Llegaba el buque salvo, y, sin pérdida de tiempo, se efectuaba el desembarque.

Cuando todos estaban en tierra, el capitán del buque, el intérprete y algún encargado de los armadores tomaba el camino del ingenio. A las pocas horas ya lo sabían todos los socios, y llegaban en carruajes al sitio señalado, y se daba principio a las reparaciones. Se hacían lotes de mil duros. Si la expedición había costado cincuenta mil duros, se formaban cincuenta lotes.

Efectuada la distribución, cada uno llevaba los negros que se le asignaban a donde le convenía.

Era costumbre también mandar al capitán general de la isla de Cuba una onza de oro por cada esclavo que llegara a salvo. El armador escribía al mayordomo de la capitanía una carta muy atenta, hablándole de un obsequio, y mandaba a su dependiente al palacio con un saco que contenía tantas onzas de oro como negros llegados a salvo.

En la capitanía se hacía pasar al dependiente a una sala, llegaba el mayordomo del general, le recibía con la sonrisa en los labios y tomaba el talego de onzas.

Hay que reconocer que algunos generales españoles no lo aceptaban; pero sí la mayoría. Uno de los que se distinguieron más tarde por rechazar toda clase de regalos fue uno con fama de liberal intransigente.

Años más tarde, la trata ya no se hacía cambiando negros por géneros. Era menester pagarlos en moneda contante y sonante. Costaba entonces cada negro en la costa de Guinea seis onzas de oro; un capitán negrero podía reunir un cargamento de esclavos en un momento. En mi tiempo había que estacionarse en África y dejar allí sepultada parte de la tripulación por las calenturas malignas.

A pesar de los peligros, de las enfermedades y de la posibilidad de caer prisioneros o de terminar colgados en una verga por los ingleses, la empresa nos seducía por la posibilidad de salir de una vez de pobre rápidamente^[104].

Además del sueldo y de la comisión en estos viajes, los marineros y los pilotos solían llevar pacotillas de mucho valor, colmillos de elefante y otras cosas que se adquirían en África por poco dinero y se vendían en Cuba muy caras.

III

SOBRE LA TRATA

LOS FRANCESES HAN HABLADO SIEMPRE, en sus historias de marina, de la trata de esclavos como si esta fuera una práctica casi exclusiva de los españoles^[105]. Es, naturalmente, muy cómodo pintar de negro al vecino, sobre todo hablando de la trata, y achacarle todas las fealdades y las miserias de la vida; pero es lo cierto que en la historia de la trata se distinguieron más los franceses que los españoles. Esto indicaba en ellos una vocación mayor para el oficio de negrero, porque los españoles, entonces, tenían grandes colonias y necesitaban brazos, y los franceses, no.

También habría que reconocer que los españoles no fueron de los que trataron peor a los negros. Se manifestaron más crueles con ellos los portugueses, los brasileños y los franceses.

En los siglos XVII y XVIII, todos los países del Atlántico practicaron la trata. En la mitad del siglo XVIII, los negreros ingleses cubrían los mares, y salían constantemente de los puertos de Londres, de Lancaster, de Bristol y de Liverpool.

Los ingleses hicieron expediciones en grande, y uno de sus más famosos negreros fue Hankims, a quien la reina Isabel dio títulos de nobleza y un escudo con la figura de un moro.

Los ingleses, en mi tiempo, y ya mucho antes, prohibieron oficialmente la venta de esclavos; hacían como el fuerte que se lanza a desbaratar una riña: pegaban a derecha y a izquierda, y se quedaban con lo que podían.

Quizá la idea de la trata partió de los españoles, a raíz de la conquista de América, por un sentimentalismo a favor de los indios, a quienes consideraban como raza débil; pero todos los países del Atlántico, hasta la misma Dinamarca, participaron de ella, comenzando, como hemos dicho, por los ingleses. Luego estos se retiraron y quedaron como los más activos negreros los franceses, los portugueses, los brasileños y los españoles de Cuba.

A principios del siglo XVIII, cuatro puertos de Francia se disputaban el monopolio de la trata y del polvo de oro: Ruán, La Rochela, Burdeos y Nantes. Cada barco dedicado a este comercio debía pagar veinte libras por cabeza de negro desembarcado y tres libras por tonel de polvo de oro.

Nantes y Burdeos se señalaron sobre todo en este género de industria. Luego, la trata en Francia fue monopolio de la Compañía de Indias, y los negreros franceses tenían que pagar un impuesto a la compañía de diez libras por cada esclavo.

Después, el privilegio lo concedió el Estado a Burdeos, Saint-Malo, El Havre y Honfleur, siempre con un tributo de diez libras por cabeza de esclavo.

En el siglo XVIII hubo años que solo Francia transportó más de cien mil negros de África a las colonias. En el principio del siglo XIX, muchos de aquellos puertos

franceses seguían practicando la trata en gran escala, y a la cabeza de ellos estaba Nantes.

La historia moderna de la trata en el siglo XIX la hacía el periódico de Sierra Leona, el *The Royal Gazette and Sierra-Leone Advertiser*.

Este periódico publicó noticias de varios cruceros de los barcos de guerra ingleses^[106]. En 1825, el comandante inglés Bullen visitó, cerca del río Calabar Viejo, el navío francés *Orjeo*, con setecientos negros que se transportaban a la Martinica; iban encadenados dos a dos, los unos por las piernas, los otros por los brazos y algunos por el cuello; el olor que salía del sollado era tal, que el oficial inglés no pudo resistirlo. Todos los presos pedían agua, acometidos por la sed horrible que provoca el clima de los trópicos.

El mismo comandante Bullen contó que un barco francés que había hecho su cargamento en el Calabar Viejo amontonó en el entrepuente a todos los esclavos, encadenados dos a dos, e hizo cerrar las escotillas durante la noche. Al día siguiente aparecieron cincuenta asfixiados. El capitán, con gran indiferencia, los hizo echar al mar y volvió a tierra a completar su carga.

El capitán Willis, del navío inglés *Brazen*, visitó en las costas de África la goleta *L'Éclair*, de Nantes, que conducía ciento veinte esclavos y que había perdido la tercera parte de su cargamento antes de ponerse a la vela. Este barco llevaba metidos a los negros en una cámara tan estrecha y tan baja, que tenían que estar sentados y acurrucados durante toda la travesía.

La *María Pequina*, barco portugués, al ser capturado llevaba veintitrés negros, cargados en el Gabon^[107], de los cuales habían muerto la mitad poco después de su partida. Estos esclavos marchaban metidos en un lugar que no tenía más que tres pies de alto.

Los *Dos Hermanos Brasileños*, de Bahía, tenía, cuando le cogieron, doscientos cincuenta y siete esclavos metidos en el fondo de la bodega, hombres, mujeres y niños mezclados.

El capitán Kelly encontró una barca portuguesa de once toneladas, la *Nova Felicidade*, con setenta y un negros hundidos en el fondo de la sentina, en un espacio de dieciséis pies de largo y siete de ancho y una altura de seis pulgadas. Entre ellos había algunos con disentería, y el olor era tal, que al acercarse los marineros ingleses estuvieron a punto de desmayarse.

En La *Diana*, también portuguesa, en la bodega se había declarado la viruela.

Caso terrible fue el del *Rodeur*, de El Havre, capitán Bouché. Este capitán llevaba ciento setenta esclavos a Guadalupe. Al llegar a la línea notó que los presos, amontonados en la bodega, habían contraído una oftalmía contagiosa. Se supuso que procedía de la infección del ambiente. El capitán hizo subir sobre cubierta a los negros para que respirasen aire puro; pero ellos, desesperados, se tiraron al mar para

concluir con sus sufrimientos. El capitán Bouché les amenazó con fusilarlos y colgarlos; pero su amenaza no tuvo éxito, y entonces, para ver si atajaba el mal, separó a treinta y nueve enfermos, medio ciegos, y los tiró al mar.

En este barco, además de muchos negros, perdieron la vida el cirujano, llamado Maigan, y once marineros; el capitán y otros quedaron tuertos.

Los capitanes, en general, consideraban a los negros como al ganado. Un capitán inglés del barco *El Zong* advirtió una gran mortalidad entre los esclavos que llevaba a bordo. El capitán tomó la resolución de echar al mar a los más enfermos, y dijo a su oficialidad que los sacrificaba por falta de agua y porque no quería condenarlos al suplicio de la sed. El primer día echó [a] cincuenta y cuatro al mar; al día siguiente, [a] cuarenta y dos, y al tercero, aunque estuvo lloviendo de una manera abundante y podía proveerse de agua, volvió a echar al mar a todos los que le quedaban enfermos.

El comandante Bullen capturó una porción de buques negreros en las costas de Benin y de Biafra y en la orilla del Calabar Viejo^[108]. El mismo comandante habló de una flotilla de negreros que se encontraba cerca de Gallinas.

En un mes fueron abordados varios barcos, y el teniente Griffin, que mandaba un cutter y dos balandras, encontró, en el corto espacio de dos días, dieciocho buques de trata, de los cuales trece eran franceses.

Poco después, el almirante *sir* Robert Wends hizo otro crucero. El almirante sorprendió a la altura de la ciudad de Bonny^[109] dos goletas y cuatro bergantines negreros: la *Yeanan*, goleta de La Habana, de trescientas seis toneladas, cargada con trescientos ochenta negros; la *Vinca*, también de La Habana, con ciento ochenta toneladas y trescientos veinticinco; la *Petite Betzy*, bergantín de Nantes, de ciento ochenta y cuatro toneladas y trescientos dieciocho; *L'Ursule*, bergantín francés, de Saint Pierre Martinique, de cien toneladas y trescientos cuarenta y siete, y el *Theodore*, brick francés, que no había hecho aún el cargamento.

La goleta *Vinca*, cuando fue capturada, tenía a bordo una mecha encendida en la santabárbara^[110], colocada por los marineros antes de que se echaran a nado para ganar la tierra. La santabárbara de la *Vinca* guardaba una enorme cantidad de pólvora, y de explotar hubiera saltado el barco con sus trescientos veinticinco negros. Un oficial inglés apagó la mecha. Los marineros de la *Vinca* parece que se lamentaron de no haber conseguido su objeto.

Después de la abolición oficial de la trata, esta, en vez de desaparecer, se intensificó.

En el primer tercio del siglo XIX salían de La Habana en poco tiempo treinta negreros con pabellón francés. Por entonces, en un año, los franceses exportaron más de cien mil africanos.

Aquellos barcos eran bergantines, goletas y lugres^[111]. Muy pocos pasaban de doscientas toneladas, y algunos llevaban más de trescientos negros, que, naturalmente, iban amontonados en grupos de hombres, mujeres y niños.

Lo curioso de los franceses era que, a pesar de su humanitarismo y de sus

derechos del hombre, no les parecía mal la trata. El periódico inglés de Sierra Leona, de 1823, se escandalizaba al pensar que un brick negrero de Nantes, *L'Espoir*, estaba mandado por un antiguo capitán de fragata de la marina de guerra de Su Majestad Cristianísima. El capitán de *L'Espoir* iba a hacer la visita a los amigos de otros barcos con su uniforme de marino de guerra francés.

Respecto a la moral de los capitanes y pilotos negreros, era indudable que se acostumbraban a ver en sus expediciones una aventura peligrosa en que se podía perder el dinero y la vida y ganar la fortuna. La desdicha del africano encadenado no les hacía mella: lo consideraban como a un animal.

La codicia les impulsaba a no dejar a los negros en su barco más que un espacio parecido al que ocupa un muerto en su ataúd. Muchos negros estaban obligados a viajar siempre sobre un lado, replegados sobre sí mismos, sin poder extender los pies. Acostados, sin vestidos, sobre un suelo muy duro, traídos y llevados por el movimiento del barco, su cuerpo se cubría de úlceras y sus miembros no tardaban en ser desgarrados por los hierros y las cadenas que los tenían atados unos a otros.

Cuando llegaba el mal tiempo y se cerraban las escotillas del barco, los sufrimientos eran horribles; echados los unos sobre los otros, sofocados por el calor insoportable de la zona tórrida^[112] y por la exhalación nauseabunda que salía de sus cuerpos, la sentina del barco parecía un horno ardiente y pestífero.

Aquellos desgraciados, encerrados de tal manera en un calabozo infecto y privado de aire, solían lanzar gritos lamentables; se les oía llamar y decir en su lengua: «Aquí nos ahogamos»; pero los negreros no hacían caso.

Había terribles negreros, capitanes crueles y desalmados, con instintos sádicos, que no solo estibaban a los negros como si fueran fardos, sin dejarles sitio para moverse, y si morían los tiraban al mar para que sirvieran de pasto a los tiburones, sino que los martirizaban.

Estos utilizaban la barra de justicia, una barra de hierro con grillos para los pies, y el collar que se conocía con el nombre francés de *carcan*.

Había casos terribles. Cuando el barco negrero la *Jeune Estelle*, de la Martinica, con su capitán, Olimpio Sanguines, se dirigía camino de las Antillas, un crucero inglés le dio caza.

Mientras se efectuaba la persecución pasaron por cerca del crucero varias barricas. Cuando los ingleses entraron en el barco se quedaron asombrados de no ver negros, pero oyeron gemidos que salían de una barrica.

La abrieron y encontraron dos muchachas negras asfixiadas y medio muertas. Todo el cargamento había ido al mar metido en las barricas, y aquellas dos muchachas quedaban porque los negreros no tuvieron tiempo de echarlas por la borda.

El capitán Sanguines, de la Martinica, hizo su procedimiento famoso entre los negreros, y algunos le imitaron en casos parecidos.

Los portugueses y brasileños, que llevaban muy poca tripulación en sus barcos,

solían tener a los negros encadenados por brazos, piernas y cuello, sin sacarlos al aire, y muchas veces se morían asfixiados por el ambiente espeso y el calor de la bodega.

Algunos negreros eran verdaderamente satánicos; muchos llevaban a bordo perros antropófagos, que se alimentaban de carne y bebían sangre humana. Estos animales feroces, conocidos por los colonos de América con el nombre de perros devoradores, eran empleados en las colonias para la caza de los cimarrones.

En algunos barcos negreros se les colocaba durante la noche cerca de las escotillas, a fin de que se echaran sobre el negro que intentara, a favor de la oscuridad, salir de la bodega para respirar o para tirarse al mar.

También solían usar, sobre todo los brasileños, otro sistema muy bárbaro. Tenían a todos los negros con un par de grillos a los pies, lo mismo en la bodega que en la cubierta o en el entrepuente, y pasaban por entre las piernas de los esclavos una cadena delgada, a la cual ponían un sistema de poleas. A la menor alteración o bulla, tiraban de la cadena, la ponían tensa a cierta altura y quedaban los negros cabeza abajo.

En épocas anteriores a la mía, muchos de los negreros eran también piratas. Se recordaba el caso del capitán Lemoine, al mando de la *Bamboche*.

Lemoine partió de *L'Île-de-France* para hacer la trata, encontró un barco portugués cargado de negros y de polvo de oro, se lanzó al abordaje, mató al capitán, al contramaestre, a un coronel portugués que iba de pasajero, encerró a los marinos en la bodega, robó cuanto había, hizo un agujero en el barco, para hundirlo, y se marchó.

A los negrófilos, lo que más les indignaba era el baile que se celebraba en los barcos negreros al son del tam-tam. En general era un baile inocente. A veces, los negros se excitaban y había que poner marineros en las bordas para que no se tirasen al agua porque se volvían como locos. Después de estos bailes las escenas en la sentina debían de ser terribles.

El espíritu de lucro de los negreros se comunicó a los negros, y los padres vendían a los hijos y los maridos a las mujeres. Los agentes europeos impulsaban con frecuencia a la guerra a unas tribus contra otras y a los reyezuelos entre sí. El odio se unía a la codicia, porque el vencedor no solo ganaba la guerra cuando la ganaba, sino que vendía a todos los prisioneros.

Los franceses, en el Senegal^[113], acostumbraron a los reyezuelos a hacer prisioneros a los indígenas de su mismo país y a venderlos; desde entonces solían coger todos los habitantes y hacerlos esclavos.

Los negros mismos eran los peores traficantes de la gente de su raza y de los que con más dureza trataban a sus esclavos.

Antiguamente, y en tiempo de Zaldumbide, por lo que me dijeron, los capitanes se entendían con los mismos negros comerciantes, que tiraban tiros, tocaban el tambor o encendían hogueras en la costa para dar a entender que tenían esclavos a la venta. Era la época en que con unos paquetes de guinea, abalorios y unas cuantas

escopetas viejas, todo por valor de cinco o seis mil pesetas, se compraban cargamentos de negros para venderlos en La Habana o en el Brasil por ochenta o cien mil duros^[114].

Respecto a las tripulaciones negreras, naturalmente, podía asegurarse que las constituían lo peor de cada casa. A los marineros no se les exigía libreta ni documentos.

Los capitanes y pilotos eran de distinta procedencia: franceses, ingleses, españoles, portugueses o italianos y de varios países de América, en particular brasileños y cubanos. De estos no se podía decir quiénes eran mejores ni peores: había de todo.

Entre los marineros negreros se notaban diferencias grandes: los franceses se mostraban reñidores y borrachos; los portugueses y gallegos, roñosos y disciplinados y un tanto serviles; los italianos, ladrones y vengativos; los brasileños y cubanos, gandules y perezosos, y los primeros más crueles, pues trataban a los negros peor que al ganado, como si tuvieran algún agravio que vengar de ellos.

Entre los españoles, los peores marinos para los viajes negreros eran los catalanes y los vascos. Los catalanes reclamaban siempre y creían que los engañaban, todas eran quejas. Los vascos se mostraban indisciplinados, desesperados, marineros rebeldes, marineros tigres. Creían, sin duda, que, fuera de su país y de su pueblo y en un barco dedicado a la trata, no quedaba en pie ni leyes ni respetos humanos. Probablemente, de ser marinero, yo hubiera creído lo mismo. Esta condición se sabía entre los negreros, y una tripulación completa de vascos no la hubiese aceptado ningún capitán, de miedo a la rebelión.

La gente de color tampoco se admitía en un barco negrero, al menos en gran número, porque podían jugar una mala pasada; así que, fueran *soplets*, como llamaban los franceses a los marineros negros, o curmanes que hablaran inglés, no entraban en las dotaciones de barcos negreros más que en exigua minoría.



EL ARMADOR DE NUESTRA PRIMERA EXPEDICIÓN era Manzanedo *el Montañés*. Un agente de Manzanedo había comprado en el puerto de La Habana un bergantín goleta de dos gavias, norteamericano, llamado *La Aventura*. Mandaría como capitán la expedición José Chimista; el factor comprador de negros sería un tal Carvalho, portugués, de Setúbal, y el primer piloto, yo. Chimista dijo varias veces:

—*Suerte behar duena behar da* («La suerte que hay que tener se tiene»). —Y después añadió—: *Bila dezatela ditxa zio*k («La fortuna quiere que se la busque»).

—Nada, nada; iremos a buscarla —contesté yo.

La Aventura costó al Montañés veinte mil pesos, y se habilitó para negrero; se le puso una gran coliza giratoria en el centro del buque, oculta por mamparos, y cuatro carronadas de catorce.

Las carronadas eran cañones con cureñas fijas de madera y solían quedar atados a la borda con calabrotes en dos argollas.

Se dispuso las maniobras a estilo de buque de guerra y se echaba el ancla al son del pito. Al llegar frente al muelle de Caballería vinieron a bordo todos los interesados en la expedición. Se almorzó y se fueron los visitantes. En La Habana nos despacharon las autoridades para San Pablo de Loanda, aunque nuestro viaje era para el río Congo.

Dispuestos a zarpar, pasamos lista. La tripulación la formaban españoles, portugueses, franceses, dos negros, un alemán y un escandinavo.

Uno de los primeros cuidados de Chimista fue encontrar un buen cocinero.

—A esta canalla hay que darle bien de comer —dijo; la poca o mala comida es siempre el comienzo de las insubordinaciones en los barcos. En todos los barcos hay siempre un conflicto entre los marineros y el cocinero.

Era verdad. En general, el cocinero odiaba a la tripulación, y la tripulación creía que el cocinero la engañaba. El cocinero solía ser, con frecuencia, un solitario; andaba con un pantalón atado con una cuerda y una camisa que dejaba ver el pecho velludo y los brazos tatuados, y salía de su rincón sucio y con los ojos lacrimosos por el humo.

Los marineros creían siempre que el cocinero les estafaba y les daba de comer poco y mal a propósito. Se daban casos en que los marineros, por vengarse, echaban en la caldera del rancho los calcetines, zapatillas y tierra, para desacreditar y conseguir que el capitán castigara al cocinero. A pinche de la cocina dedicaban a algún pobre diablo inútil para ser marinero.

Al cocinero que trajo Chimista, un negro de Jamaica^[115], le llamábamos Jack o el *Doctor Jack*. Era un negro cimarrón del interior de Jamaica, donde tenía mujer e

hijos; pasaba algún tiempo con ellos, salía a navegar, y al volver llevaba a su gente el dinero que ganaba en los barcos. De su mujer, una mulata, tenía muchos hijos.

El Doctor Jack cumplía muy bien su cometido; le gustaba salir poco de su cocina. La cocina era con él un laboratorio limpio, misterioso, y no entraba en ella más que gente de confianza. Cuando se marchaba cerraba la puerta con llave y candado. El Doctor Jack era protestante, y en los ratos de descanso leía la Biblia con gran asiduidad.

En el barco llevábamos un tercer piloto, italiano; de primer guardián, el Vizconde; de segundo, a Tricu, y entre los marineros, varios vascos de la cuadrilla de Chimista: el Lechuguino, Zacar, Cigardi y Therrible.

Tricu, sin ser un hombre inteligente como Chimista, era atrevido y enérgico y capaz de cualquier cosa. Con su frente abombada, sus ojos negros, el pelo rizado y el cuerpo recio y musculoso, tenía algo de toro.

Zacar y Cigardi, dos vascos amigos de Chimista, eran inseparables. Estaban encantados de viajar juntos y de oírse hablar. El uno consideraba al otro como un portento.

Entre los dos tenían un perro de lanas, mixto de muchas razas, la cara llena de pelo y muy fiel, al que llamaban *Drunk*. *Drunk* entretenía mucho a la tripulación.

Otro marinero vasco, muy sonriente, Therrible, solía dedicarse a tocar con una flauta de hoja de lata toda clase de canciones.

Entre los demás marineros había tipos curiosos de distinta nacionalidad: españoles, franceses, ingleses y portugueses.

Había un marinero a quien llamábamos Dick *el Taciturno*; era hijo de inglés, nacido en América; tenía una cabeza enorme, el pelo rojo, el cuello robusto, las espaldas anchas, los brazos nervudos, los puños enormes y los labios como hinchados. Era un hombre muy audaz y muy fuerte; pero que estaba dominado por la bebida. No hablaba apenas, y solo alguna vez se le había oído decir: «Un poco de aceite para el candil o un poco de sebo para la máquina».

Dick *el Taciturno* tenía una cacatúa domesticada, que solía llevar en su hombro.

Tipo de carácter era también un español, Cortés. Cortés era pequeño, seco, entrecano, con los pómulos salientes y la nariz picuda; muy formal y muy serio. En España había sido de los Apostólicos^[116] y peleado, en 1823, a las órdenes del padre Marañón. Le quedaba el carácter de guerrillero más que de marino.

Pocos años antes formó parte de la expedición de Barradas, para reconquistar México, en un cuerpo mandado por Paula Mancha y Francisco del Arroyal, y reunió dinero.

A Cortés se le creía muy avaro. Tenía cerca de cincuenta años. Se mostraba muy amigo de los americanos y muy patriota. Usaba todavía calzón corto; su único vicio era tomar rapé.

Llevaba en una bolsa de cuero, en el pecho, un *Agnus Dei*^[117]; creía que gracias a él se había librado de muchos peligros, de temporales, tormentas, rayos, y que gracias

a él se veía también libre de fuegos, de fantasmas, de carátulas, de visiones y de espectros que en otro tiempo había padecido.

Chimista tenía confianza en Cortés.

Había en la tripulación dos franceses: La Boussole, un exclaustro, borracho, lleno de andrajos, que sabía latín, y Gros-Jean, ex sargento normando, echado del ejército por ladrón, monedero falso y espía de la policía.

De los representantes de Inglaterra, el uno era un bárbaro, Sam Williams.

Con la barba roja, medio cana; las piernas arqueadas, los puños como cabezas de chiquillo, Williams parecía un oso en pie. No se le podía, según dijo Chimista, poner de guardián, porque con el látigo en la mano hubiera matado a los negros en un arrebato de furor. Cuando no bebía estaba como idiotizado; pero si bebía se ponía como loco y veía el mundo de color de sangre. Había estado en presidio por varias muertes.

Williams navegó con un negrero inglés medio pirata, el capitán Hull, a quien llamaban Hull *el Sanguinario*.

Williams añoraba los procedimientos del *Sanguinario*.

Según Williams, Hull no era solo cruel con los negros, sino también con su tripulación, a la que trataba de una manera terrible. *El Sanguinario* había maltratado de tal manera a sus marineros, que, al llegar a la costa de África, once de ellos, desesperados de tanto sufrimiento, huyeron en una lancha; ocho murieron después de grandes desventuras, y los otros tres fueron recogidos por un barco.

Este capitán tenía un perro acostumbrado a morder a la gente de la tripulación, sobre la cual él lo lanzaba para entretenerse.

Una tarde, un marinero tocó la pintura fresca de un bote; Hull salió en seguida de su cámara y le dio tal paliza, que el marinero comenzó a echar sangre por la boca y murió poco después. Otro día, el ayudante del cirujano fue maltratado de tal manera, que quedó sin conocimiento.

Un negro embarcado como cocinero estaba habitualmente expuesto a las crueldades del *Sanguinario*, que se divertía en pegarle y hacer que le mordiera su perro. Este negro tenía alrededor del cuello un collar con una cadena que terminaba en una gruesa bola de madera; el capitán le obligaba a ponerse desnudo y le tiraba el tenedor y el cuchillo, lo que él llamaba, en vez de tirar al blanco, tirar al negro. Cuando el cocinero rompía algún plato, le azotaba hasta hacerle sangre y después le frotaba con pimienta y agua del mar.

Otra vez, un marinero, por una ligera falta, fue atado y desnudado, y Hull *el Sanguinario* le hizo varias letras en la espalda con un hierro candente. A algunos, después de azotarles hasta hacerles sangre, les ponía en la espalda una gran cantidad de pez fundida.

Sam contaba también que Hull *el Sanguinario*, a un piloto que le replicó y se puso contra él, lo ató al cabrestante y lo mató tirándole cascotes de botellas de *champagne*.

Williams consideraba, sin duda, esta crueldad como una buena disciplina para un barco negrero.

El otro inglés había sido capitán. No dijo su nombre, y, como era flaco, los marineros del barco le pusieron el apodo de *Sardina*. *Sardina* tenía el vicio de la bebida, y la pasión del mar. Al parecer, no pudo acostumbrarse a vivir en tierra; bajó de capitán a piloto, de piloto a contramaestre y de contramaestre a marinero. Para él, sin duda, la tierra no tenía interés ninguno. Prefería ser marino a todo lo demás.

Sardina fumaba un tabaco negro; sacaba la bolsa, llenaba la pipa, encendía la yesca y la ponía sobre el tabaco y comenzaba a fumar con gran delectación.

Chimista lo trataba con ciertos miramientos. A Chimista le gustaba, más que nada, la gente de carácter.

Yo creo que pensaba que en la vida cada hombre tenía la misión de representar su papel bien, y nada más.

El cirujano del barco se hacía llamar el doctor Metaxa; probablemente no sería médico; tipo raro, fracasado, con aficiones de alquimista^[118], había estudiado cosas extrañas. Decía que era hijo de un griego y de una argelina. Escapado de niño de casa de sus padres, se hizo marino, médico y medio nigromántico.

El doctor siempre andaba con raros proyectos: fabricar diamantes, buscar la piedra filosofal, explotar minas y bosques. Guardaba en el camarote varios libros de magia en latín y en otros idiomas; había tenido épocas brillantes en la vida, con dinero de algunos socios que se le unían, y a quienes probablemente engañaba.

Se le consideraba como un loco o como un estrafalario. Era hombre soberbio, de mal humor; trataba mal a todo el mundo porque no le consideraban bastante. Para él no había más que imbéciles, mentecatos, asnos, que no valía la pena de perder saliva hablando con ellos.

Únicamente Chimista se entendía bien con él, y tenían los dos largas conversaciones sobre medicina.

Siempre noté en Chimista un gran arte para tratar con los bandidos, los canallas y los locos. Les dejaba como la puerta abierta para su expansión. Producía confianza; los granujas le creían mucho peor de lo que era; los chinados lo tenían por uno de su cuerda. Las gentes confiaban en él, le contaban sus crímenes o sus locuras y le pedían consejos. Chimista no se escandalizaba; al contrario, las deformidades morales le divertían.

Al salir de La Habana, el carpintero arregló los mamparos, se extendieron las velas, se dio aceite al cabrestante, se puso todo en punto y se comenzó a navegar. En los momentos de descanso, los nuevos tripulantes del negrero se observaban unos a otros, sentados en sus cofres o en los paquetes de cuerdas; unos fumaban, otros se dedicaban a poner botones o remiendos en los pantalones o en las camisas.

A la ida había poco que hacer, y por la tarde se formaban tertulias: el capitán, el

médico y los pilotos, a popa; en el castillo de proa, el carpintero, el contraamaestre y los guardianes, y al pie del palo de mesana, otros marineros.

Algunos iban a la cocina a querer charlar con el Doctor Jack; pero el cocinero negro les recibía armado de la Biblia y empezaba a leer versículos sobre versículos hasta aburrir a cualquiera. Las conversaciones eran muy distintas en las diversas tertulias, desde el doctor Metaxa y Chimista, que hablaban de magia, hasta los marineros, que se ocupaban de los bailes y de las casas de juego de La Habana.

No era toda mala gente la de estos barcos negreros, sino hombres que no nos habíamos puesto a pensar si la trata era cosa lícita o ilícita. Claro que la mayoría iban^[119] impulsados por una pasión o por un vicio que les arrastraba a la vida irregular; algunos eran desertores o tenían cuentas con la justicia; otros, jugadores, borrachos; algunos, avaros, desesperados o engañados por una mujer.

Desembocamos en el Canal de Bahama sin novedad; pero al hallarnos norte-sur con el meridiano de Charleston nos quedamos en semicalma, con ventolinias variables^[120]. Al mediodía bajamos Chimista y yo a la cámara para fijar el punto de estima.

El barco no nos parecía que marchaba completamente bien. Sufría demasiado la arboladura.

No habíamos concluido nuestros cálculos, cuando un ventarrón nos dejó en un momento el buque desarbolado de los masteleros. La caída del aparejo se verificó con un estruendo espantoso^[121].

Al día siguiente, el vigía cantó vela. Yo tomé el antejo y subí a popa. Teníamos a la vista a la fragata *Rosina*, donde habíamos navegado Chimista y yo^[122], y que, probablemente, marchaba para La Habana. Este buque solía llevar a bordo perchas que nos podían servir de masteleros de gavia. Inmediatamente largamos la bandera española; pero Oyarbide, viendo la facha de nuestro buque, que, sin duda, le pareció sospechosa, seguía adelante. Entonces Chimista mandó cargar el cañón y se hizo un disparo, y, ante la amenaza, Oyarbide mandó orzar su buque, poniéndolo en facha. Llegamos al costado, y Chimista, con la bocina, gritó: «¡Ah, de la fragata! Estamos desarbolados. Sé que tiene usted perchas a bordo, y necesitamos una».

Chimista me mandó ir a la fragata. No hice más que llegar, cuando Oyarbide se me presentó, y me dijo, descompuesto: «¿Qué queréis? Es ese diablo de Chimista que me sigue persiguiendo. Corsarios, piratas, negreros, ojalá os muráis todos los que vais en ese maldito barco».

Cuando se tranquilizó, hablamos de las perchas, y tuve que pagarle cinco onzas por una, aunque no valía más que dos.

Al día siguiente se dio vista a un bergantín norteamericano, cargado de tablas hasta

los topes y procedente de Newport. Se le llamó la atención disparándole una salva. Pocos momentos después llegó al costado, preguntándonos lo que se nos ofrecía; se lo dijimos, y nos advirtió que tenía varias perchas a bordo, y que llegásemos a su barco con las medidas necesarias. El capitán americano nos vendió una muy barata, y nos regaló dos barriles de galleta fina y cuatro de manteca. Nosotros correspondimos enviándole cajas de dulce de La Habana y otras golosinas.

Seguimos nuestro rumbo, esquivamos el cruce con una fragata de guerra, y quince días después llamamos a otro buque que venía de Calcuta y había estado en la isla de Santa Elena y llevaba aves y carneros. Le pedimos que nos vendiera alguno, y nos contestó de muy mala manera. Chimista, furioso, le dijo con la bocina que le íbamos a atacar, y el capitán del otro barco replicó que tenía cañones y nos echaría a pique.

Chimista llamó al condestable, y le mandó que cargara la coliza con dos barras de hierro; después pasamos con nuestro barco cerca de la fragata inglesa, se le disparó un cañonazo y se le hizo un agujero en una de las velas.

El inglés no esperaba este ataque rápido, y cuando preparó sus cañones estábamos ya lejos.

—Que nos cuelguen como piratas o como negreros los de un barco de guerra, está bien; pero esta gente, que no sabe lo que somos y nos niega un servicio insignificante, es una porquería —dijo Chimista.

Después de este encuentro no nos cruzamos ya con nadie. El tiempo se serenó. De día, en general, el cielo estaba gris y el mar también gris; a veces el cielo quedaba despejado y el mar azul como el Mediterráneo; a veces tenía un tono verde como de cardenillo.

Las noches se mostraban espléndidas, llenas de estrellas; la Osa Mayor y Casiopea^[123] parecían enredadas entre las vergas y las cuerdas. Otras noches el mar parecía dormir bajo el cielo lleno de nubes pesadas iluminadas por la luna.

En el viaje, el contramaestre se nos reveló como un cantor consumado. El tal hombre se llamaba Lozano, era andaluz, del Puerto de Santa María^[124], y sabía muchas canciones, himnos, cachuchas, tiranas y esos cantos de marineros llamados salomas. Siempre que tenía un momento desocupado, el contramaestre dejaba la colilla del puro en la borda y se ponía a cantar y a tocar la guitarra. En todas sus canciones aparecían amores, idilios en cabaña y bosques de cocoteros. Yo no sé de dónde sacaba tantas dulzuras.

Los marineros consideraban a Lozano como músico extraordinario y como poeta, porque algunas canciones las inventaba él en la guitarra. Lozano era hombre corpulento, rubio y con el pelo que parecía de virutas y los brazos llenos de tatuajes. Lozano ponía los ojos en blanco para cantar los amores y la cabañita de a orillas del mar. Chimista tenía la costumbre de hablarle en estas ocasiones en andaluz.

—Oigasté, nostramo —le decía—. Habé si no canta osté una cansión de su tierra, con estilo y con grasía.

Lozano, entonces, tomaba la guitarra y comenzaba a suspirar y a dar jipíos. Una de las canciones que más le gustaban y que entusiasmaba a los marineros era una habanera arreglada por él, y que decía así:

*Yo tengo una cabaña
a la oriyita der ma,
y una bancale de caña
y un corasón para amá.*

*Mi niña es una princesa
rubia como el mismo so,
con unos labios de fresa
y colores de arrebó.*

A mí hasta asco me producían estas melodías.

—No somos angelitos, sino negreros —decía yo—, piratas, que habría que ahorcar.

—Déjalos —contestaba Chimista, riendo—. Están ahí pensando en su cabañita y en su princesa, pero si viene el caso son capaces de abrirle a cualquiera las tripas, lo mismo que nosotros.

Seguimos nuestro camino, y, al pasar por enfrente de las islas de Cabo Verde^[125], una mañana amanecemos con todas las velas y la cubierta llenas de arena rojiza.

¡Quién había de decir que el aire podía llevar aquel polvo a una distancia de cientos de leguas!

CHIMISTA DETERMINÓ ARRIBAR a la isla de Annobón, distante de tierra ciento cuatro leguas, al sudoeste de Santo Tomé y de Fernando Poo^[126]; la reconocimos por el pico de Mazofin.

En esta época, aunque la isla nominalmente pertenecía a España, el gobernador, el cura y el maestro, medio mestizos, hablaban un portugués chapurreado.

La idea de Chimista al arribar a la isla fue adquirir en ella fríjoles, una variedad de judía, y harina de boniato para tener víveres al regreso con los negros a Cuba.

Recalamos en la isla, y dimos fondo a milla y media de la ciudad. Acto continuo vinieron al costado las tres autoridades de la isla en una canoa.

Eran el gobernador, el cura y el maestro. El gobernador, mestizo de portugués y de india, llevaba sombrero de copa alta, pantalón viejo, negro, chaqueta azul y chaleco del mismo color, unas medias sucias con unos zapatancos enormes y una capa encarnada. El cura, también mestizo, llevaba un camisón de guinea azul, desde el pescuezo hasta los pies, y el maestro de escuela, mulato, vestía como el gobernador, aunque más zarrapastroso.

Chimista convidó a comer a los tres personajes, y les explicó su objeto: comprar doscientas fanegas de fríjol negro y otro tanto de harina de boniato. Les aseguró que pagaría algo más del precio corriente, y estuvo con las autoridades muy amable y gracioso. Los tres personajes se brindaron a facilitar las compras, aunque el cura, no se sabe por qué, se manifestaba reacio. Chimista les^[127] convidó a los tres a almorzar al domingo próximo en el barco.

Volvimos al día siguiente el segundo piloto y yo a tierra, fuimos a los dos o tres almacenes, y los encontramos cerrados. Nadie se hallaba dispuesto a vendernos víveres. Preguntamos a los naturales la causa de aquella prohibición, y nos contestaron que de orden del gobernador no se podía vender nada. Nos dirigimos a casa de este, y el ordenanza nos advirtió que había marchado al campo.

Al día siguiente, Domingo de Ramos, nos presentamos el segundo piloto y yo en casa del gobernador, y su mujer nos dijo que en aquel momento se encontraba en la iglesia en la función.

Entramos en la pequeña iglesia, llena de bote en bote; los negros, cada uno con su palma en la mano, y el cura, en el altar, cantaban. Me dirigí al gobernador, diciéndole que en el pueblo nadie quería vendernos nada, y que a bordo estábamos aguardándolos a ellos para almorzar.

El gobernador fue al altar mayor a explicarle al cura lo que pasaba. El cura,

refunfuñando, le dijo imperiosamente: «Hay que esperar a que termine la función».

Poco después las dos autoridades se embarcaron en un bote y fueron a nuestro barco. Al llegar, Chimista mandó preparar dos grillos y dos esposas y ponérselas al gobernador y al cura. Se armó un escándalo terrible. Chimista les dijo con frialdad: «Les voy a fusilar inmediatamente a los dos, porque han dado la orden de que no nos vendieran nada en la isla, lo que es injusto y arbitrario».

El gobernador y el cura se asustaron e imploraron misericordia.

El gobernador dijo que retiraría inmediatamente la orden; se le dejó asomarse a la borda, y comenzó a gritar. Llegaron dos canoas con negros al costado del barco. Cuando se acercaron explicó lo que les pasaba, y poco después comenzaron a venir unas ochenta canoas llenas de los artículos necesarios, y, además, muchas gallinas, huevos y cerdos. El gobernador dijo a Chimista que el cura tenía la culpa de la prohibición de la venta, porque decía que le habíamos tratado sin respeto y no le habíamos prometido nada. Chimista pagó los gastos, y despidió, sonriendo, al gobernador, y, al marcharse el cura, le pegó una patada en el trasero.

—Para que aprenda usted a tratar a la gente, zopenco —le dijo.

Esta barbaridad produjo un asombro terrible entre los negros de la isla y un gran entusiasmo en nuestra tripulación.

En seguida levamos el ancla, dirigiéndonos a la costa de África, a Cabinda^[128], ciudad de comerciantes negreros portugueses y mulatos.

En el puerto de Cabinda se alquilaban lanchas tripuladas con cuatro o seis negros remeros y un patrón.

Los tales negros cabindas, muy robustos y de facciones regulares, prestaban sus servicios a los buques negreros; ellos se encargaban de conducir los géneros y de llevar, mientras el factor hacía sus compras, [a] los negros comprados de un punto a otro.

Cada negro cabinda tenía su ración de fríjol y de harina de boniato. Los cabindas navegaban al servicio siempre de los buques negreros, desde el río Camarón hasta Benguela^[129], y cantaban mientras iban remando.

Hicimos el ajuste con los negros cabindas, y la misma tarde llegamos a la orilla izquierda de la desembocadura del río Congo, al cabo Padrón. Estuvimos en el cabo Padrón dos días, y visitamos allí al gran sacerdote Kukula, que vivía solo en una cabaña. El pobre hombre no podía salir de casa porque los negros creían que atraía la lluvia y las tempestades.

Kukula no podía poseer ni tocar ningún objeto traído por los blancos, excepto metales, armas, maderas y marfil. Tampoco podía ser visto mientras comía por hombre ni por animal, bajo pena de muerte. Así que tuvo que matar a un hijo suyo y a su perro favorito, que le contemplaron una vez cuando comía unas gachas.

Todo lo tocado por Kukula se convertía inmediatamente en sagrado. Kukula estaba pintado de rojo de la cabeza a los pies y tenía un taparrabos de plumas.

Reconocimos, por curiosidad, los alrededores del cabo Padrón. La flora de la

desembocadura del Congo era una de las más espléndidas del globo. A orilla misma del mar existían unas densas e inextricables asociaciones vegetales, que en español se llaman manglares. Estos árboles, de diversas especies, hunden sus raíces en el fango del litoral, quedan al aire en la baja marea y sumergidos en la pleamar. Tales bosques, adaptados a vivir en un suelo fangoso, siempre húmedo y salino, y periódicamente anegado por el mar, muestran solo su follaje, y, al bajar la marea, una espesura de ramas y de raíces.

Salimos del cabo Padrón, y, a pesar de que la corriente del río Congo marcha para afuera en siete millas dentro del mar, con la fuerza de la brisa pudimos vencerla y llegar a un rincón entre bosques, que conocían los naturales con el nombre de ensenada de los Gallegos. Al día siguiente, con un práctico, atravesamos la otra orilla del río, y a la hora dimos fondo en punta de Lenha, sitio de nuestro destino. En punta de Lenha había factorías de comerciantes europeos, que no eran más que grandes chozas de bambú cubiertas de paja. En seguida se sujetó el buque a cuatro amarras; llegaron las lanchas de servicio, y apareció el reyezuelo Sambo, con su estado mayor.

El tal Sambo, *Patizambo* le llamábamos nosotros, era cojo, viejo y ridículo; vestía casaca con charreteras y taparrabos; en la cabeza, una corona con barbas de elefante, y en el pescuezo, muchos abalorios. Recibió el jefe sus derechos del puerto, sonrió de mala gana con las gracias que hizo Chimista y se marchó.

El tercer piloto fue a tierra para empezar la construcción de las dos barracas, y el factor, Carvalho, embarcó en cuatro lanchas su género y marchó río arriba hacia Boma^[130]. Aquí abrió su comercio, alquilando una gran barraca de nipa, con sus negros sirvientes y ocho corredores negros que llamaban *lincaínms*.

Al día siguiente de nuestra llegada comenzó la fiebre a darnos que hacer; cayeron ocho marineros enfermos, y en las dos primeras semanas, hasta veinte, de los que murieron más de la mitad. Yo me ocupaba, con el carpintero, en hacer cruces y ponerles un rótulo; aquí está enterrado el marinero Fulano, de tal buque, y en presenciar el entierro.

Una noche tuvimos un viento tan fuerte y tan frío, que la toldilla y la cubierta quedaron rojas como si se hubieran pintado con minio. Tras de aquel relente amanecieron tres marineros muertos. Cuando el mozo de cámara me miró, me dijo:

—¿Qué le pasa a usted?

—¿Pues?

—Tiene usted un ojo lleno de sangre, como si fuera un tomate.

El cirujano estaba enfermo, y Chimista me curó echándome unas gotas en el ojo de no sé qué^[131].

Como la fiebre se enseñoreaba del barco, mandamos que los marineros se trasladaran a tierra a vivir en la barraca; yo, en seguida, di un humazo a todo el buque con azufre y pólvora, a fin de quitar el mal olor; dos o tres días después de trasladar [a] los marineros a tierra, se murieron el mozo de cámara, uno de los guardianes y el cirujano, el doctor Metaxa. Se les comenzó a poner la piel roja, la lengua negra, y no

pudieron resistir la fiebre.

El inglés Williams, que bebía mucho, a pesar de nuestros consejos, tuvo un ataque de alcoholismo, y se murió también.

Como había en la barraca algunos negros enfermos de fiebre y de otras afecciones, se llamó a un negro, medio médico y medio brujo, para que los tratara. Yo presencié muchas veces las visitas.

El brujo médico se sentaba en cuclillas ante el enfermo y le ponía boca arriba; sacaba después de un pequeño talego once bolas, llenas de unas hierbas, cascara de árboles y polvo. Tres de estas bolas las colocaba sobre el vientre, tres en el pecho, dos en cada mano y una en la frente. El médico medio brujo miraba al enfermo con mucha atención, y a los cinco minutos decía si tenía cura o no; en caso afirmativo, le ponía un tratamiento, generalmente de hierbas, y en el negativo le mandaba agua cocida con la cáscara de un árbol, y a las veinticuatro horas el enfermo era cadáver.

Un agente portugués, amigo de Carvalho, llamado Antonio Carneiro, escribió a Chimista una carta desde Boma, diciéndole que pocos días después habría una gran batalla entre las dos naciones rivales: Congo Musorongo y Congo Mandinga, e invitándole a presenciarla. En la primera lancha de cabindas subimos Chimista, el Vizconde y yo hasta Boma, en donde se hallaba el factor Carneiro.

En Boma, en una choza sobre una colina, conocimos a Nambulu-Bumu, hechicero muy importante, rey de la lluvia y de la tempestad. Cuando fuimos a visitarle, el intérprete me dijo: «El hechicero está en este momento en oración y concentrando todas sus facultades».

Yo miré por una rendija, y le vi en cuclillas en el corral haciendo esfuerzos; sin duda estaba estreñado. La cara del negro y sus esfuerzos me produjeron una risa que no pude contener. Poco después el hechicero nos recibió muy serio y grave. Por la noche, Carvalho y Carneiro nos dijeron que el encuentro sería a la salida del sol, y los dos factores, Chimista, el Vizconde y yo partimos a las dos de la mañana, porque había tres horas de camino hasta el lugar de la pelea. Llegamos al campo de batalla, un valle formado por un afluente del río Congo.

Habría, probablemente, de cinco a seis mil negros en cada campamento enemigo; todos se hallaban desde la medianoche bebiendo aguardiente a discreción, pues en cada campo tenían varias barricadas llenas, de las que se sacaba el líquido alcohólico con cáscaras de coco.

Iban los soldados de ambos bandos con toda clase de armas; los reyezuelos, que habían de dar la señal de la embestida, permanecían aún en sus tiendas.

Probablemente, en aquel momento, en las tiendas de campaña, los hechiceros estaban haciendo el horóscopo para saber si morirían muchos o pocos soldados.

La pregunta se la hacían a una cacerola de agua hirviendo, que, al parecer, contestaba como los veladores de los espiritistas y seguramente con la misma

precisión. Después de averiguar lo que iba a suceder, preparaban sus encantos contra los enemigos y bendecían a los suyos.

Asomó el sol, empezaron a cantar los gallos, salieron los jefes y comenzaron a oírse unos gritos espantosos; los dos reyezuelos llevaban cada uno una escolta de quinientos hombres forzudos a su alrededor, con largas lanzas de punta envenenada. Durante la acción, los de la derecha y los de la izquierda hacían prisioneros, les amarraban con cordeles los brazos y los rodeaban o los arrastraban a su partido.

Si caía prisionero algún cabecilla importante, moría mártir. El reyezuelo mandaba llevarlo al campo y amarrarlo a un árbol. En aquella parte de África hay mucha hormiga brava, aficionada a comer carne humana. Llegada la noche, acometían el cuerpo del atado, y a la hora ya no le quedaban cara ni ojos, y no lo abandonaban hasta que dejaban el esqueleto mondado.

A las ocho de la mañana terminó la batalla, quedando en el campo de dos a tres mil cadáveres, un gran número de prisioneros, un ejército victorioso y otro fugitivo. Nosotros nos retiramos a Boma a nuestra barraca, y vimos pasar por delante de la puerta hombres sin brazos, con la cabeza chorreando sangre, y algunos sin ojos. A los pocos días de estas batallas se solían presentar de venta muchos esclavos, y los jefes llevaban atados partidas de treinta y cuarenta.

Pocos días después, desde Boma volvimos a punta de Lenha, y presenciamos un combate naval desde el barco.

Al reyezuelo Kankani le robaron un hijo los soldados de su rival Sambo, por venganza. El primero ordenó a sus tropas que robaran [a] la hija de Sambo para descuartizarla.

Los soldados de Kankani hicieron un boquete, de noche, en la casa de Sambo, cogieron a la muchacha, la metieron en una canoa y comenzaron a marchar río abajo, pero los del poblado de Sambo lo vieron y destacaron trescientas canoas para perseguir a los ladrones.

Al llegar a la línea de Kankani salieron al encuentro otras trescientas canoas, y se armó un combate sangriento. Yo veía con el antejo cómo unos y otros tumbaban las lanchas y mataban a los tripulantes dándoles un machetazo en la cabeza.

Sambo nos dijo, días después, que la pérdida de su hija la compensó matando [a] cerca de cien hombres, de los mejores, del pueblo rival.

A los cuarenta días de llegar ya teníamos en la barraca de la costa, dirigida por el tercer piloto, más de doscientos negros, la mayoría en prisión, y los muleques y las mujeres en libertad.

La mitad de la tripulación se nos había muerto, entre ellos los dos franceses, La Boussole y Gros-Jean. En este tiempo, los buques de todas las naciones que venían a la costa de África para la trata o para otro comercio tenían que permanecer fondeados hasta un año; se les moría la tripulación, y a veces dos y tres tripulaciones completas interinas, reclutadas entre blancos y negros; así, algunos barcos, al regresar, pasaban por Sierra Leona a tomar nueva tripulación entre los prisioneros de barcos negreros

que se hallaban en aquel país infernal.

CHIMISTA CUIDABA DE TODOS LOS DETALLES con gran atención.

Por la mañana se bañaban los negros de nueve a diez; luego se les hacía bailar al son de un bombo y cantaban todos ellos lo mismo que los curas en un entierro. Al principio parecían sus canciones muy discordantes, pero luego se acostumbraba uno a ellas, y las encontraba bien. A las diez, almorzaban un potaje de fríjoles y harina de boniato, hecho todo una masa con agua caliente. A la media hora se les servía medio cuartillo de agua. El potaje de fríjoles tenía que estar muy picante, porque si no lo querían. Del mediodía hasta las tres de la tarde había un descanso, y volvían a cantar antes de comer.

Además de las canciones en su lengua, cantaban otras en español, que les enseñó nuestro contraamaestre Lozano, entre ellas una con aire de fandango, que decía así:

*A La Habana me voy
en el barco velero;
dejaré de ser pobre
y me haré caballero.*

También les enseñó una cachucha, cuya letra no sé si la había oído o la había inventado él, y que era de este modo:

*Yo tengo una cabañita
a la vera de Guayana,
con un bosque de palmera,
de cocotero y caña. Vamonó,
china del arma
vamonó
a Puerto Rico iremonó.*

Y después de Puerto Rico se hacía un calderón muy largo y expresivo, digno del cocotero y de la caña.

Cada capitán negrero que llevaba algún tiempo en la trata había adoptado alguna canción especial para los esclavos, cuando iban en el barco.

Chimista también cantaba y tocaba la guitarra para animar a los marineros; la mayoría estaban decaídos^[132]; creían que se quedaban allí, y maldecían el día [en] que se les ocurrió ir a África.

La cosa era triste; el ver hombres jóvenes fuertes, que hacía pocos días aún eran capaces de toda clase de audacias, temblando de frío y castañeteándoles los dientes; otros, con la cara roja, delirando, gritando y riendo a carcajadas. El miedo unía a blancos y negros. Los negros tenían, quizá, menos miedo a las fiebres, porque las

resistían mejor.

Todos los negros comían a las cuatro de la tarde. Se les daba entonces un plato de carne o de pescado, y, al poco tiempo, medio cuartillo de agua.

Al ponerse el sol se acostaban y se cerraba la barraca, poniendo centinelas armados con cuchillo y sable, uno en cada ángulo de la barraca y dos en la puerta.

Había veces que los jóvenes ágiles, los muleques, se escapaban por los tejados; pero dando parte al reyezuelo, el desertor aparecía en seguida.

En tanto, los factores hacían sus compras, los corredores *lincaims* agenciaban más víveres para el viaje, se comenzaba la aguada y se preparaba el buque para recibir a los negros. Con la última remesa llegó el factor, y nos dijo que tenía compromiso con el Montañés para quedarse en África y comprar otros tres cargamentos.

El segundo y tercer pilotos se hallaban con calentura: Chimista, Lozano y yo fuimos en una lancha cabinda a hacer la descubierta por si algún buque de guerra aparecía a la entrada del río Congo. Salimos en la lancha con seis hombres a las once de la noche. Íbamos los tres blancos armados. A las dos de la madrugada nos suplicaron los negros que les dejáramos descansar, porque estaban fatigadísimos.

Chimista accedió, y mandó que aterraran en un manglar y amarrasen la lancha. Estos manglares son abundantes en las costas, en sitios cenagosos protegidos del viento y de las olas.

Se echaron ellos a dormir, y al poco tiempo oímos tiros; despertamos a los remeros, nos echamos al río y se divisaron unas canoas. Se asustaron los nuestros, diciendo que nos perseguían los musorongos, gente muy valiente y muy fiera, acostumbrada a la guerra y al bandidaje. Efectivamente, venían hacia nosotros haciendo fuego. Entonces Chimista y yo nos pusimos en pie en la lancha; Lozano nos cargaba el fusil y nosotros disparábamos.

«¡Arrayua! ¡Embil! ¡Fuego!», me gritaba Chimista, riendo, y disparábamos los dos. Debieron de quedar heridos veinte o treinta hombres. Entre los nuestros no hubo ninguna baja. Solo un herido leve. Principió a abrir el día, y llegamos a la punta Padrón; no había vela sospechosa a la vista.

Determinábamos subir arriba, cuando divisamos a *La Aventura*, que salía hacia el mar. Disparamos unos cuantos tiros, llegamos al costado y subimos sobre cubierta. La corriente nos llevaba hacia afuera. En el barco, cargado de negros, se oía una terrible algarabía.

Salimos del río Congo hacia las nueve de la mañana. *La Aventura* largó todo el aparejo, haciendo ocho millas por hora. Tanto en la bodega como sobre cubierta, los negros, mareados, vomitaban. La mayor parte de ellos lloraban y decían: «¡Ay, mamá; ehari, mamá!».

Inmediatamente, Chimista, que a la ida y en África se había mostrado como un

hombre alegre y jovial, se manifestó como un jefe rígido e inexorable. Tomó medidas dictatoriales. No permitía la menor observación. El rancho se convirtió en hospital de marineros enfermos; la cámara fue destinada para las negras, y como había muchas, desde la arcada de las bombas hasta la popa se marcó una separación con unos mamparos para ellas, a fin de no mezclarlas con los negros. Los marineros y los oficiales sanos pasarían la noche, sobre el entarimado, al aire libre.

Durante el día nadie podía dormir; la guardia se repartía a las ocho de la noche, las mitades se acostaban sobre cubierta, aunque lloviera, y todos tenían que estar levantados a la hora que comenzaba la limpieza.

Al pasar por los sitios de más peligro, Chimista dispuso que se hicieran guardias, no de cuarto^[133], sino de cuartillo, entre doce de la noche y seis de la mañana. Estas guardias duraban dos horas, para que la vigilancia fuera más estrecha y no se durmiera nadie.

Por la noche había seis centinelas, sable en mano, mandados por el oficial de guardia: uno en la proa, otro en cada portalón, dos a popa y uno en cada escotilla. Cada cinco minutos se pasaba la voz: «¡Centinela, alerta!»; si no contestaba alguno, se llamaba al oficial de guardia, que arrestaba al marinero y le ponía en el cepo. Corría la voz de «¡Alerta!», y a los cinco minutos el oficial de guardia, después de mirar el reloj, decía en voz alta: «Corre la palabra».

Durante la noche no se le permitía fumar a nadie, sin distinción de persona, ni encender fuego en la cocina, para no llamar la atención de algún buque de guerra. La luz de la bitácora se cubría a fin de que no saliera afuera ninguna claridad.

Las órdenes se cumplían de una manera rígida. Chimista era un terrible organizador.

El primer día, al llegar las tres de la tarde, el buque estaba asqueroso y maloliente.

Al anoecer comenzó el acostar a los negros; primero se estibaron bajo cubierta, en el sollado, prensados, para no perder una pulgada de sitio; [a] estos los estibaron los guardianes y el pañolero. En seguida se pasaron unas barras de hierro sobre la brazola de la escotilla, de un lado a otro, para que nadie pudiese salir afuera, y se les cerró con llave y con candado.

Después se pusieron a lo largo de la cubierta unas lonas largas y anchas, y sobre ellas se acostaron algunos negros, tapados con otros trozos de velas. A fin de tener desahogo y ventilación, antes de salir se le habían hecho al buque negrero unos escotillones sobre cubierta cerrados con barras de hierro.

Nuestro buque tenía cuatro o cinco de estos escotillones. Por aquellas claraboyas entraba en la bodega algo de aire. A pesar de las precauciones, solía hacer dentro un calor insoportable y un hedor fétido, y a veces morían los esclavos de sofocación.

Como en aquellos buques entraban negros de diferentes provincias y sentían unos por otros gran odio, eran frecuentes las riñas, terminadas con la muerte de alguno,

que quedaba estrangulado o ahogado. A veces, los corydones negros producían los duelos y las muertes. También solía haber desesperados por la prisión, que hacían la huelga del hambre. Algunos de estos, más nobles, que sentían la indignidad de la esclavitud, aspiraban a darse la muerte para terminar su miserable vida. Aprovechaban para ello todas las ocasiones. Con frecuencia se echaban al mar; si no podían, porque las precauciones eran muchas, se estrangulaban con una cuerda o se mataban con un clavo o una astilla. Si no tenían este recurso, se decidían a dejarse morir de hambre. El que se empeñaba en no comer ni beber, aunque se le castigara y se le amenazara, cumplía su propósito, y se moría. Los negros creían que aquellos que se ponían melancólicos y se dejaban morir eran brujos u hombres que sufrían el mal de ojo, que les hacía algún hechicero que iba en el mismo barco o que se había quedado en tierra.

Un percance frecuente en los barcos era la enfermedad que los negreros llamaban bicho. El bicho es una inflamación del recto, con ulceración y gangrena. En el barco hubo ocho o diez casos de tal enfermedad; pero se la atajó pronto. La medicina empleada por los negreros para la afección era una mezcla de vinagre, pólvora y trozos de limón, que se ponía en una tina. Todas las mañanas se examinaba a los negros, y si presentaban síntomas de aquel padecimiento, se les aplicaba un puñado de la pasta, que les hacía sufrir mucho, pero que lograba curarles.

Al atravesar la línea equinoccial tuvimos calma y una serie de días de lluvia seguidos. Como se veía tan reducida la tripulación, teníamos que trabajar constantemente. A las cuatro de la mañana estábamos todos en pie.

Al aclarar el día, el capitán mandaba encender el fuego en la cocina; antes no se podía encenderlo con ningún pretexto. Tocaba Lozano el pito, y mandaba:

«Zambullo, al agua». Acto continuo se abrían las escotillas, se echaba el contenido de los zambullos al agua, se limpiaban y se retiraban.

Después de esto, entraba el baldeo del buque, por dentro y por fuera.

El pañolero y dos o tres hombres más comenzaban a despallar la cubierta y el sollado, rascando con unas cuchillas; el guardián y el cocinero preparaban el almuerzo de los negros, y luego el café para los oficiales; Chimista, como médico, aunque improvisado, examinaba la enfermería y escribía sus recetas. El Vizconde y el contraestre daban las medicinas y hacían las curas.

Al mismo tiempo o antes, el contraestre enviaba a los gavieros que quedaban sanos a la descubierta del horizonte; al poco rato subía el vigía, y en seguida bajaba a decir al oficial de guardia: «No hay novedad».

Pero desgraciado del vigía que no viera un buque en lontananza, porque le cogía el contraestre por su cuenta, y, después de darle una terrible paliza, lo llevaba al cepo.

Terminadas las faenas marinerías, almorzaban los negros, la tripulación y los

oficiales, y daba principio el baile.

En este intermedio preparaban la comida, y nuestro cocinero, el Doctor Jack, tenía como ayudantes al contramaestre y a los guardianes. Una vez preparada la comida, los negros se dividían en ranchos de veinte cada uno. Todos teníamos cuidado de mirar quién comía y quién no.

Algunos términos de ellos los conocíamos: *ñame ñame*, era «comer»; *sumba*, «beber»; *alicamura*, «ven aquí», y *catuca*, «márchate». Fijándose, se notaba que todos hablaban de distinta manera; así, para decir «muchacho», unos decían *muleque*; otros, *ilequeleque*, y otros, *quilequeleque*. Era curioso que entre doce o catorce hombres blancos, algunos enfermos, pudiésemos dominar y tener sujetos a más de quinientos negros. El negro, en general, es indolente, de poca iniciativa y hasta de poca resistencia. A veces había negros fuertes, y, sin embargo, el puñetazo de un blanco los tendía. Chimista implantaba una disciplina terrible, y trabajaba todo el día para que no hubiera errores o injusticias.

En los barcos negreros se seguía una ley: todo marinero que tocara a una negra perdía su sueldo. Así, por interés y codicia y también por la influencia debilitante de las fiebres, se llegaba a un aristocratismo de raza curioso.

Después de almorzar se descansaba hasta las tres de la tarde. Cuando venían a bordo los negros, varones y hembras, se les quitaba a todos el taparrabos, y no se les entregaba hasta el momento de pisar tierra. También se seguía otra costumbre a bordo de los negreros: días antes de la recalada se les cortaba el pelo a todos los negros con navaja de afeitar, para que no se distinguieran viejos y jóvenes.

HALLÁNDONOS CERCA DE LA ISLA de Fernando de Noronha^[134], isla volcánica, con un pico piramidal de unos seiscientos pies de altura y un volcán submarino que echa un surtidor de agua como una ballena, el vigía cantó buque a babor.

Era un bergantín de guerra inglés; nos dio caza hasta el anochecer. Chimista mandó aflojar los estays y luego ordenó cambiar [a] varios grupos de negros, llevándolos dentro del sollado hacia la proa.

Echamos la corredera; el buque andaba una milla más que antes. Cargamos el barco de velamen y pudimos alejarnos del inglés hasta que se echó la niebla encima.

El buque se acercó a nosotros; estaría a una milla escasa, y no se le veía. Entonces, entre la niebla, oímos la voz del capitán inglés, que nos preguntaba con la bocina:

—¿Se puede saber el nombre de ese barco?

—No —contestó Chimista.

—¿Por qué?

—Porque no nos da la gana.

—¿Es que sois negreros o piratas?

—Idos a la m...

—Os voy a echar a pique ahora mismo.

Chimista llamó al condestable para que cargara la coliza con bastante pólvora, bala y tres hierros de fogón. Se puso la boca a barlovento, y Chimista mandó al condestable que apuntara a la arboladura cuando el buque se acercara. Al oscurecer, ya casi lo tenemos encima, cuando se gritó: «¡Fuego!». Al mismo tiempo nos soltaron una andanada del barco de guerra; pero no nos hizo daño.

—*Éclair! Éclair!* ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Hurra! —gritó Chimista^[135].

El Vizconde y los vascos contestaron al grito con entusiasmo. El efecto de nuestro cañonazo no se pudo comprobar bien; según algunos, el bergantín de guerra quedó desarbolado por los masteleros. Mandamos largar cuanto trapo tenía nuestro buque, haciendo once nudos por hora.

Amaneció, y los gavieros gritaron: «Ya no hay barco a la vista».

Se hizo la limpieza, como todos los días, y Chimista regaló a la tripulación un balde de vino, dos botellas de caña y una docena de latas de conserva. Se aplaudió con entusiasmo al recibir el regalo. Chimista no se exhibía. Permanecía mucho tiempo en el camarote, leyendo los libros raros que había dejado el cirujano, el doctor Metaxa.

A los quince días de navegación me dijo un marinero:

—Se han muerto en el rancho dos marineros brasileños y el tercer piloto, italiano.

—Bueno.

Se dio parte al capitán, y se les echó al agua. De cuarenta tripulantes, no quedábamos más que doce, y de ellos, cuatro enfermos con fiebres. Poco después, al sacar a los negros para que tomaran el aire, se encontraron cinco muertos, que también se echaron al agua.

A la recalada de la Martinica no tuvimos novedad alguna. Yo mandé la derrota por el sur de Jamaica; hicimos la remontada entre la isla de las Mujeres (Harbour), en el Yucatán, tierra de México, y el cabo de San Antonio, extremo de la isla de Cuba^[136]. En esto, el vigía cantó vela por un costado, y vimos una hermosa fragata, que comenzó a perseguirnos.

Chimista mandó izar la bandera española, y un gallardete como de correo, y seguimos navegando. La fragata tomó, sin duda, a broma nuestro pabellón, y nos disparó un cañonazo con bala, que se quedó a medio camino. Corríamos más que el buque de guerra, y lo dejamos pronto atrás.

A los dos días vimos el Pan de Matanzas^[137], loma que sirve a los marinos de punto de referencia para buscar este puerto.

—¿Recalamos aquí? —le pregunté yo a Chimista.

—No; la orden es llevar el barco al puerto de Cabañas.

Al anoecer cantó el vigía un bergantín por barlovento. Yo mandé poner la proa al puerto de Cabañas, y, después de oscurecer, nos dieron caza dos buques de guerra. *La Aventura* hacía doce millas; la brisa era fresca; dejamos atrás a nuestros perseguidores.

Al comenzar la noche, los fanales de los buques de guerra aún se distinguían. Yo temía que, al amanecer, fuéramos a ser hechos prisioneros. Entré en el camarote de Chimista, y le dije:

—Oye, Chim.

—¿Qué pasa?

—Creo que lo mejor sería embarrancar para salvar la expedición.

—Ya veremos. Hacia las tres se ocultará la luna, y a esa hora estaremos a barlovento de Cabañas.

Yo me puse en el timón, y él dirigió la maniobra.

Efectivamente: se ocultó la luna, y nos acercamos a la costa, a oscuras, siempre con la sonda en la mano, y estuvimos varias horas dispuestos a embarrancar. Aquella noche se nos murió uno de los últimos marineros enfermos, que el pobre guardaba la esperanza de mejorar al llegar a Cuba. Lo tuvimos que echar al mar. Al amanecer subieron los gavieros a los palos; no había vela a la vista; los dos buques de guerra que nos dieron caza siguieron, sin duda, avante. A los pocos minutos vimos salir del puerto un pailebote; largamos la bandera y un gallardete de contraseña^[138]; llegó el pailebote al costado, y nos preguntó el patrón:

—¿Qué barco es ese? ¿*La Aventura*?

—Sí.

Subieron a bordo un práctico y un encargado del Montañés^[139].

—¡Eh, piloto! ¿Cuántos? —me preguntó el encargado.

—Quinientos ochenta y tres —le contesté yo.

—¿Y negras?

—Setenta y cuatro.

—¡Vaya un negocio redondo, compadre!

A las diez de la mañana se atracó el buque a un cantil de arena, y desde la proa, por una escala, bajaron los negros al agua, y, formando una cadena, pasaron a tierra; no se emplearon los botes más que para las mujeres.

Una vez en la costa, se formó una columna como de tropa. El Vizconde, Lozano y yo, montados a caballo, fuimos a un ingenio llamado La Herradura, y volvimos después.

Al día siguiente nos trajeron víveres abundantes, que ya escaseaban; quina para los enfermos que nos quedaban, y nos hicimos a la vela para La Habana. A las cuatro de la tarde, el vigía cantó vela: una goleta; conocimos que era un buque negrero; nos acercamos a él. Era *El Vigilante*, mandado por un paisano, Antonio Egusquiza. Yo le grité con la bocina:

—Egusquiza, puedes seguir hasta Cabañas, allí no hay novedad.

—¿Tú eres Embil? —me dijo.

—Sí; nosotros descargamos ayer; este buque es *La Aventura*, del Montañés.

—Bueno, adiós.

—Adiós.

Al amanecer del otro día nos hallábamos a la vista del Morro^[140], de La Habana, cuando distinguimos por barlovento una fragata de guerra, inglesa; largamos la bandera española y entramos en la bahía.

Poco después llegó a nuestro costado la falúa de sanidad, y nos pusieron ocho días de cuarentena. Al día siguiente de fondear, nos escribió el armador diciéndonos que por la noche arrojáramos al agua todos los víveres sobrantes, artillería, grillos y calderos de negros. Así se efectuó, dejando el buque tan limpio como un salón.

Se distribuyeron sueldos y gratificaciones. Chimista exigió para los vivos la comisión que debían haber cobrado los muertos, y todos los que tomaron parte en el viaje quedaron satisfechísimos, aunque la mayoría dispuestos a no volver al África. El cocinero, el Doctor Jack, se lució con un arroz complicado, que comimos a bordo.

A los postres, el contraamaestre Lozano nos cantó, acompañándose de la guitarra, una canción, en la cual se relatan los incidentes del viaje de *La Aventura*, con este estribillo:

¡Viva el capitán Chimista!

¡Viva la tripulación!

*¡Y vivan lo hombre terne (valientes)
que saben lo que e való!*

Esta canción me pareció mejor que la eterna cabañita a orillas del mar.

De cuarenta hombres que salimos de La Habana en *La Aventura*, no volvimos más que nueve sanos y dos enfermos.

Yo cobré por este viaje una crecida suma; pero Chimista debió de cobrar mucho más; yo creo que sacaría lo menos seis mil duros.

Unos días después, Chimista se fue a Charleston, y yo marché, como capitán interino, a Nueva York. Un mes más tarde, estando en La Habana, en casa del militar retirado Uribe, Chimista me avisó con una esquila que decía: «Ven a verme. Vivo calle de Dragones, 27. Chim».

Así solía firmar cuando me escribía. Yo creo que utilizaba veinte o treinta firmas distintas.

Cuando fui a verle, Chimista estaba en compañía del vizconde y de Commoro. Les saludé, y luego quedé solo con él.

—¿Qué hacemos ahora, Chim? —le pregunté.

—Ya veremos. Yo no quiero ser capitán negrero. Es un oficio que me da asco. Preferiría ser pirata. Yo no tengo la moral de esa gentuza comerciante.

—Bueno, Chim —le dije—. No nos vengas echándotelas de Santo.

—No, chico, no. Yo no soy un puritano. Estoy inclinado a decir como Lisandro.

—¡Lisandro! No sé quién era.

—Era un general lacedemonio^[141].

—¿Y qué decía?

—Decía que a donde no llegue la piel del león hay que coser la de la zorra. No me las echo de santo. Yo he vendido negros y he hecho otras diabluras; pero no soy un hipócrita. Es más: pienso ir al Congo otra vez, pero no de capitán, sino a hacer mis negocios.

—Pues quizá vayamos juntos. Yo no estoy tampoco dispuesto a viajar ganando tres pesetas ni a pasarme la vida de piloto.

Hablamos luego de los amigos de Dolly, con quien ya se había casado, y de Commoro, el negro. El pobre Commoro estaba enamorado como un loco de Ana Warden, desesperado y queriendo suicidarse.

—¿Ves? —le dije a Chimista—. Esto has adelantado con haberle hecho dejar la bebida y haberle prestado libros. La lectura le ha hecho melancólico. Los negros, ¿para qué quieren saber leer y escribir?

—¡Qué vasco eres tú, Embil! —dijo Chimista; pero luego reconoció que tenía razón.

La idea de que en el mundo su raza no había servido más que de pobre bestia de carga producía a Commoro una enorme tristeza. Respecto a él, de carácter

enamorado, no tenía esperanzas. Una mujer negra no le comprendería, y una blanca no le querría o se avergonzaría de tenerle por marido. Commoro envidiaba, y, al mismo tiempo, despreciaba al Vizconde, que era blanco y rubio y tenía veleidades amorosas con las negras y hasta con los negros. El Vizconde afirmaba con petulancia que poseía todos los vicios.

Chimista aseguró que a él no le interesaba el dinero.

—Pues ¿qué te interesa?

—La aventura. Yo tengo la evidencia [de] que siempre podré vivir trabajando... o robando^[142].

—No te hagas demasiadas ilusiones, Chim.

—Como quieras. Es una convicción mía.

—Cuando seas viejo, si no tienes dinero, tendrás que ir a un asilo.

—¡Psch! Me es igual.

Por entonces, Chimista no daba importancia a las cosas que dan como transcendentales las personas de juicio; yo, a veces, pensaba que todo le parecía igual y que no le interesaba nada.



CUARTA PARTE

NUEVOS VIAJES DE NEGRERO

MESES DESPUÉS CONOCÍ A UN COMERCIANTE de La Habana, Pedro Fourcade, de nacionalidad francesa, antiguo armador de varias expediciones de trata.

Yo quería ser rico a todo trance, dejar la navegación y dedicarme al comercio.

El señor Fourcade vivía en grande: tenía dos casas y dos familias: una, con una española, con quien estaba casado, y la otra, con una criolla muy guapa.

El señor Fourcade gastaba mucho dinero y daba unos banquetes espléndidos.

Hablé con el señor Fourcade, y me comprometí a embarcarme de piloto de derrota para África, ganando ocho duros por cabeza de negro y noventa pesos al mes. Pondría en la casa de banca de Fourcade cinco mil duros que tenía en poder del comerciante Escoriaza.

—Un hombre joven no debe ser cobarde —me dijo Fourcade—. Si le sonrío a usted la suerte en unos cuantos viajes con éxito, hará usted cincuenta mil duros o más.

Tales palabras me animaron.

En este viaje, la tripulación, sobre todo la oficialidad, iba a ser internacional: el capitán, Verdillon, era de Marsella; uno de los factores, Matabrune, del mediodía de Francia; el otro, un catalán llamado Benquet. El segundo piloto era corso; el tercero, italiano, y el capitán de bandera, Sousa, portugués.

El capitán Verdillon apenas hablaba español.

El bergantín se llamaba *El Leopardo*; llevaba cuatro cañones y cuarenta hombres de tripulación, arbolaría bandera portuguesa e iría al río Congo^[143]. El buque se hallaba entonces en los muelles de Casa Blanca.

El capitán Verdillon conocía la ruta de África para la compra de negros. Nuestro viaje era idéntico al primero y al mismo puerto, a la punta de Lenha.

Días antes de la partida, Chimista me participó que marchaba a África en *El Leopardo*, conmigo, de pasajero.

Le pedí a Chimista noticias de la señora Warden; me dijo que estaba en Charleston con sus sobrinas, y que Dolly iba a tener un hijo. Mac Donald, el capitán cameroniano, seguía con ellas mandando el brick *Hope*, y Commoro, el negro, hacía de contramaestre. Commoro sentía tal terror por África, que no quería ni oír hablar de ella.

En la conversación le pregunté a Chimista:

—¿Y sabe tu mujer lo que haces?

—No se lo digo —contestó él. Y añadió—: *Eman txakurrari hezurak eta emazteari gezurak* («Dale al perro huesos, y a la mujer propia mentiras»).

Embarcaron en el barco, además de Chimista, el Vizconde, Tricu, Zacar y

Cigardi, que pensaba quedarse unos meses en el Congo y avanzar hacia adentro por aquellos países inexplorados. Con estos vino una mujer a quien llamaban *Nena la Cubana*. Era una mujer rubia, guapa, de gran aspecto, que, al parecer, vivía con el Vizconde. Esta aventurera tenía curiosidad por ver los pueblos salvajes de África.

Al capitán Verdillon, sin duda, le parecía divertida la presencia de una mujer en el barco negrero, y no puso dificultades para que la Nena fuese con nosotros.

Salimos de La Habana un día de enero, y nos dirigimos con rumbo al África.

El capitán Verdillon, de unos cincuenta años, era un hombre pesado, espeso, cuadrado, con un ojo claro, el otro tuerto; bigote, perilla y melena. Tenía en los labios, con frecuencia, un rictus sardónico.

Hablaba siempre con ironía, y los *Té* y los *Pardit* estaban siempre en su boca.

Era republicano y muy enemigo de los ingleses, a quienes odiaba por su superioridad en el mar. No sentía tampoco ninguna simpatía por los españoles, y se alegraba de su decadencia, y afirmaba con satisfacción que no tardarían mucho en perder las colonias^[144]. Hablaba también con gran desprecio de los criollos cubanos, y lo mismo de los brasileños y argentinos.

Chimista se reía de él, y me decía: *Ergeltasuna da sendo ez diraden mintzaura* («La tontería es una enfermedad que no tiene remedio»).

El capitán Verdillon, muy charlatán, hablaba siempre de política.

—Que un demócrata francés y republicano vaya a comprar negros. ¡Ah, quelle saleté!^[145] —decía a veces.

Aquel contraste entre sus ideas políticas y sus negocios de tratante le hacía quejarse de una manera muy cómica. Yo, al menos, no tenía ningún escrúpulo moral; hubiese transportado esclavos blancos como transportaba negros.

Matabrune, uno de los factores que iba a quedarse en el Congo, le decía al capitán con ironía: «*Monsieur Verdillon*, ¡que un pueblo que ha hecho la gran revolución en nombre de los derechos del hombre, de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad^[146] tenga hijos como nosotros mezclados en la trata de esclavos! ¡Qué miseria!».

Matabrune, hombre burlón y muy amigo de bufonadas, tenía condiciones para cómico o para charlatán de plazuela; imitaba a todo el mundo con mucho arte y mucha malignidad. Era capaz de sostener una broma largo tiempo. Iba a donde le llevaba la corriente, y lo mismo le daba una cosa que otra. El divertirse y ver mundo constituía para él el objeto de la vida.

Los primeros días, al salir de La Habana, sufrimos grandes temporales. Seguimos nuestro viaje, y, al recalar en las islas de Cabo Verde, dimos vista a un bergantín inglés con su bandera y gallardete blanco; nosotros no le hicimos caso, pero al poco

rato nos disparó una andanada; variamos de rumbo, y el buque de guerra nos persiguió. Gracias a que la noche se aproximaba, porque si no nos hubiera alcanzado: corría más que nosotros.

Ya oscurecido, cortamos el rumbo al bergantín, y al día siguiente el vigía no cantó ningún buque a la vista. Para compensar la desviación hacia el sudoeste, nos acercamos a la isla de la Ascensión, isla volcánica con una montaña en el centro, que se llama la Colina Verde, destacada en la aridez del terreno por su verdor.

Un hombre de a bordo que había estado en aquella isla, donde le dejaron años antes con unos marineros piratas, dijo que en ella no se podía vivir por los terremotos y que estaba llena de tortugas.

A los dos días aparecimos en Cabinda^[147]. Nos hicimos a la vela desde Cabinda al río Congo cuando el vigía nos avisó que se veía un buque fondeado en el cabo Padrón. Subí al palo trinquete con el anteojo y advertí que era un bergantín negrero, el mismo que estuvo a nuestro lado en el muelle de La Habana y salió dos o tres días antes que nosotros. Al acercarnos nos largó la bandera a media asta, señal de haber muerto a bordo alguno de la oficialidad.

Efectivamente, llegamos al costado y nos dijo el capitán que la misma mañana había fallecido el piloto, un chico de veinte años, de Algorta^[148], que hacía por primera vez aquel viaje. Nos asociamos los del *Leopardo* al duelo, y vimos cómo metieron el cadáver en una lona, le pusieron un lingote de plomo a los pies, lo envolvieron con una bandera y lo echaron al agua. Después seguimos los dos buques río arriba, y al calmarse la brisa dimos fondo en la ensenada llamada del Inglés.

AL DÍA SIGUIENTE, EL CAPITÁN VERDILLON envió al tercer piloto, Guido Barbalonga, a tierra a comprar víveres. No hizo más que llegar cuando el jefe, Musuka Towaluka, le prendió.

Lo condujo a su casa y allí le quitaron la ropa, le raparon la cabeza y la barba, le pintaron la cara y el cuerpo de rojo y lo llevaron a una hacienda de esclavo, en donde, según parece, le comenzaron a enseñar a subir a las palmeras y a manejar el arco y la flecha.

Al saber la noticia de la prisión, los que fueron en el bote preguntaron a los negros la causa del arresto del piloto.

Estos contestaron que un capitán portugués, que se hallaba con su barco en la punta de Lenha, había robado a Musuka Towaluka una hija y la tenía a bordo, y que en tanto no entregaran su hija a Musuka, el jefe no devolvería el blanco cautivo.

Cuando entró la brisa fuimos seis hombres con el capitán en la lancha al buque portugués. El capitán Verdillon contó al portugués la historia de la prisión del piloto tercero, y pidió que entregara [a] la hija de Musuka Towaluka para el canje. El portugués se burló de la reclamación y dijo que de ninguna manera entregaría a la hija del reyezuelo, porque le gustaba y pensaba llevársela. Tuvimos que volvernos desairados.

Matabrune, el factor, dio su opinión.

—Claro, el portugués no quiere devolver [a] la negra. Es natural...

—¿Por qué? —le pregunté yo.

—Tiene querida y cocinera gratis y, además, el placer de pegarle de cuando en cuando un puntapié en el trasero a la hija de un rey.

El capitán Verdillon volvió al barco incomodado y dijo que aquello era una porquería, y consultó con Chimista. Este le aconsejó ir al abordaje contra el portugués.

A la mañana siguiente, antes de amanecer, se preparó la expedición. Se alquilaron dos canoas a los cabindas y se echó el bote del *Leopardo*. En cada embarcación marcharían ocho marineros armados y un oficial. En el bote iba Chimista con Verdillon; la canoa primera la mandaba el Vizconde y la segunda yo. Armados hasta los dientes, nos preparamos a entrar al abordaje en el buque portugués.

No acababa aún de amanecer cuando subimos a la cubierta del buque.

—*Éclair! Éclair!* ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Hurra!» —gritó el Vizconde^[149].

El capitán portugués se asustó y nos entregó inmediatamente a la hija del reyezuelo. Era una negra bastante guapa, que empezó a sonreír y a hacer cucamonas a los marineros. Sin duda no le espantaban los blancos ni le parecían malos espíritus.

Al llegar a la costa llamamos a los soldados de Musuka Towaluka, les enseñamos [a] la joven y les dijimos que inmediatamente que nos entregaran al piloto la devolveríamos. La negra parecía dispuesta a quedarse con nosotros.

Se hizo el cambio con mucha bulla, y Barbalonga nos contó una relación muy pintoresca de sus aventuras.

—Ahora, al menos durante algún tiempo, no te podrás llamar Barbalonga —le decían todos al verle afeitado.

Anclado ya nuestro buque, llegó Musuka Towaluka, dándonos las gracias por la devolución de su hija, y recibió sus derechos. La hija parece que estaba embarazada; pero esto no era ningún inconveniente; al revés. Si tenía un mulato bonito, el abuelo quedaría muy contento.

Los dos factores, Matabrune y Benquet, subieron a Boma con cuatro lanchas cabindas, cargadas de efectos, y el tercer piloto, con sus marineros, dio principio a la construcción de dos barracas, que a los pocos días se encontraban ya listas.

En el río, en línea, cerca de nosotros, había cuatro buques brasileños y una goleta de Puerto Rico. Chimista desembarcó con sus vascos. El Vizconde, que se hizo en el viaje amigo de Verdillon, se quedó en el buque, y con él, Nena la Cubana. Después que el cargamento llegó a tierra, el capitán Verdillon subió por el Congo arriba, los factores marcharon a Boma y por sus noticias no pudieron reunir más que unos ciento cincuenta negros.

El capitán me envió a mí primero a Ambriz y luego a San Pablo de Loanda para ver si en el mercado de aquellas ciudades había más abundancia de esclavos.

Partí de noche, en una lancha, con diez remeros, un patrón y un muchacho, armados con fusil y sable y con víveres de cecina y galleta.

Emprendí mi viaje por medio del río, a vela y a remo, y amanecí sobre punta Padrón. Una canoa de musorongos^[150] nos persiguió y nos soltó una descarga y nos mató [a] dos hombres. Contesté yo a los tiros y desapareció. Mis negros miraron con ansiedad si la sangre de los muertos había caído a la lancha; pero había quedado sobre una manta vieja, que se tiró al mar. Con esto se tranquilizaron.

Durante la noche navegué arrimado a la costa, siempre a vela y a remo. El segundo día nos cayó un chubasco de agua y viento, tan fuerte, que nos obligó a dar popa a las olas y estuvimos a punto de naufragar. Los negros lloraban, diciendo: «¡Nos ahogamos, capitán!».

Yo iba mojado, hecho una sopa, comiendo alguna galleta y bebiendo un poco de ron. Al cuarto día, al pasar la barra de Ambriz, comenzó una tormenta, que los negros llaman calema. La calema suele ser un golpe de mar que se levanta de repente en las costas, sobre todo en los ríos al pasar la barra. Anduvimos a punto de zozobrar, pero pudimos seguir adelante.

Desembarqué, subí monte arriba, llegué a una factoría portuguesa, con la cual

negociaba Fourcade, me di a conocer, y me dijo el factor que allí también se notaba escasez de negros. Al día siguiente emprendí mi viaje a San Pablo de Loanda; no paró de llover hasta que llegué a este puerto, siempre mojado, con un catarro fuerte, que me hacía estornudar y toser constantemente.

San Pablo de Loanda, posesión portuguesa y presidio, tenía una entrada por el monte y otra por el mar. Frente a la población había una larga playa de arena y una bahía de mucho abrigo, en donde estaban los buques fondeados.

En la misma playa, en una milla y media a lo largo, se hallaban en fila unas doscientas casas bajas de un piso y bodega. Todas aquellas casas, habitadas por comerciantes portugueses y brasileños, dedicados la mayoría a la compra de negros, eran infectas. Los havildares del interior llegaban a esta población por las mañanas a vender su partida de esclavos y se llevaban grandes cantidades de géneros europeos.

San Pablo de Loanda era el pueblo más maloliente y asqueroso que yo he visto en mi vida; hallándose las casas a tan corta distancia de la playa, no había un mal sumidero para la porquería. Al extremo sur de la ciudad, en un cerro, se levantaba un castillo amurallado, muy extenso, con quinientos cañones.

El clima de San Pablo de Loanda era maligno, cálido, se padecían terribles fiebres palúdicas; al interior nadie se aventuraba a ir porque se decía que había indígenas antropófagos.

En la ciudad reinaba siempre un gran bullicio.

Con el mayor descaro se embarcaban en aquel puerto los negros para el Brasil; no había semana que no saliera un cargamento de ébano. Al oscurecer hacían el embarque de los esclavos, y al buque negrero le acompañaban otros varios, en convoy. En el caso de tropezar en el mar con algún crucero de guerra inglés, se repartían los negros en los diferentes barcos y los hacían pasar como marineros.

Según el tratado entre Inglaterra y el Brasil, una embarcación no era buena presa sino únicamente cuando iba cargada de esclavos. Luego que el barco convoyado se hallara muy distante de tierra y fuera de la acción de los cruceros ingleses, volvían los del convoy al puerto de salida. Con estas precauciones, los de San Pablo de Loanda salvaban sus cargamentos de negros.

En los dos días que estuve en Loanda pude comprobar la crueldad con que brasileños y portugueses trataban a los negros; por cualquier motivo los amarraban a una escalera y les daban con la musinga hasta que la piel de las nalgas se les caía en pedazos.

Hablé con el factor de Fourcade y me dijo que los negros que se compraban allí no bastaban para enviarlos al Brasil, y que yo debía ir a Ambriz, a Novo Redondo o Benguela.

En Loanda, encontré [a] un comerciante de Benguela, que me dijo que allí también, por el momento, escaseaba el ébano. Según me dijo este comerciante, en Benguela había por entonces dos reyes: un rey político, a quien llamaban Mfuazo, y un rey brujo o chitóme, a quien conocían por Mgnonezi Embungala. El rey brujo era

el más fuerte de los dos. Cuando ponía su bastón rojo en tierra, ya nadie podía pasar.

El comerciante me aseguró también que en el interior tenían por dioses a los monos, y que aquellos animales campeaban a su gusto por los bosques, y que por mucho daño que hicieran, estaba prohibido matarlos.

Pasados dos días en Loanda, emprendí la vuelta al río Congo y tardé treinta y dos horas en llegar. Treinta y dos horas sin dormir, con fiebre, tosiendo y estornudando. Cuando llegué al barco pasé a la cámara del capitán. Se hallaba este en compañía del Vizconde y de Nena la Cubana. Comencé a dar noticias de mi visita a Loanda y Ambriz. Estábamos charlando, cuando aparecieron dos lanchas grandes con un oficialito inglés, muy desdeñoso, que, después de dirigir un sinnúmero de preguntas a Sousa, el capitán de bandera, le pidió los papeles del buque.

Discutimos en la cámara lo que había que hacer; el Vizconde se mostraba partidario de cargar los cuatro cañones y defender *El Leopardo*; pero esto parecía una fanfarronada irrealizable. La cuestión era saber dónde estaba el barco de guerra y si se podía escapar de él.

Unas horas después, una lancha cabinda nos advirtió que había un barco de guerra en la desembocadura del Congo. A la mañana siguiente se presentaron las mismas lanchas del día anterior con más de cuarenta tripulantes; se acercaron a nuestro costado y subieron todos los oficiales y marineros, de gala, sobre cubierta. Sacaron los sables y comenzaron a sacudir sablazos de plano a los marineros, diciéndoles en inglés: «*All people down below*» («Todo el mundo abajo»). De esta manera encerraron a los marineros. El capitán Verdillon y el contra maestre se tiraron a la ría, y nadando llegaron a tierra. Al capitán de bandera, al Vizconde, a Nena la Cubana y a mí nos encerraron en la cámara.

Después los ingleses comenzaron a desembarcar la tripulación del *Leopardo* en el bote de a bordo, con sable y pistola en mano. Efectuado el desembarque de marineros, levaron las anclas y le echaron una amarra para llevarlo río abajo a remolque. Concluida la maniobra, me llamaron a mí a medianoche sobre cubierta. El oficial de presa me dijo [que] sirviera de práctico; yo contesté al oficial: «Yo soy principiante y carezco de conocimientos».

Al parecer, el capitán Verdillon, cuando supo que había ingleses en la costa, mandó quitar el timón del buque y enterrarlo en tierra, entre los manglares.

Los ingleses, para sustituir al timón que faltaba, pusieron a popa, amarrado en las hembras del codaste, un mastelero, y en seguida largaron las velas y levaron el ancla^[151].

Al pasar la barra, el buque dio un rasponazo terrible con la quilla en el fondo del río. Yo creía que los palos se venían abajo. El oficial de presa, furioso, mandó picar las bombas. A las cuatro de la madrugada se puso el buque a flote, se volvieron a largar las velas y a las siete se dio fondo en la punta de Mangle.

Poco después apareció por el sur el bergantín de guerra *Sea Horse*, de veinte cañones, dos colizas y cuatro culebrinas de bronce. El comandante era un tal míster

John, no sé si de nombre o de apellido.

El oficial de presa de a bordo de nuestro barco largó la bandera británica, y bajo esta la de Portugal, como señal de presa. El *Sea Horse* fondeó cerca de nosotros; vino el comandante, un hombre de unos cincuenta años, con cara de astucia, inspeccionó el barco, y, enterado de que le faltaba el timón, ordenó a cuatro carpinteros que lo construyeran, y en pocas horas quedó el buque en disposición de navegar.

Al día siguiente, el *Sea Horse* tenía que subir río arriba, y el comandante, míster John, me dijo:

—Usted nos podrá servir de práctico.

—Yo no tengo más que un viaje.

—Pues ¿cómo han remontado ustedes el río?

—A nosotros nos condujo un piloto negro de Cabinda.

Entonces el comandante, que tenía una mirada de zorro, examinó mis cartas de navegación, y vio que había hecho dos viajes, y me dijo estas palabras:

—Vendrá usted en el buque de práctico,-y lo hará usted bien, o mandaré que le cuelguen a usted de una verga.

Ante una advertencia así, ¡qué se iba a hacer!

Al día siguiente, cuando comenzó el viento, viraron; el comandante mandó su bote con un oficial, diciéndome que, de orden superior, pasara a bordo del buque de guerra. En cuanto llegué a bordo, se puso el *Sea Horse* a la vela. Al oscurecer llegamos a la ensenada de los Gallegos; vino la calma, y míster John me mandó embarcar en el bote, para que pasara al *Leopardo* y lo pilotara hasta Sierra Leona.

Hallé instalados en el barco al oficial de presa, seis marineros ingleses y ocho negros curmanes. Estos negros hablaban el inglés, y ningún comandante tenía permiso para infligirles castigos corporales; si faltaban, los ponían en tierra. En cambio, a los marineros blancos les pegaban con frecuencia, y el azote y el palo andaban sobre las costillas a todas horas. Esta táctica era más política que humanitaria.

Cuando un buque de guerra inglés hacía una presa, la dividían del modo siguiente: el vigía que había visto el barco cobraba el dos por ciento; el oficial de presa, el cuatro; el segundo comandante, el cuatro; el comandante, el diez; el fiscal de las declaraciones, el catorce; el presidente de la comisión mixta, el dieciséis; el gobierno, el veinticinco. El resto lo entregaba el gobierno inglés a la nación a que perteneciese el barco capturado.

Al pasar por el cabo Padrón vi a lo lejos al capitán Verdillon, al contramaestre y a Chimista, que nos saludaban a lo lejos.

—¿Quiénes son? ¿Son negreros? —preguntó el oficial de presa.

—Creo que sí.

—Si supiera que les iba a dar, les dispararía un cañonazo a esos granujas; pero es inútil, están muy lejos.

En *El Leopardo* no íbamos más que el capitán de bandera, Sousa; el Vizconde, la Nena y el cocinero, como prisioneros, y yo, que dirigía el barco. Salimos de la desembocadura del Congo, y a los siete días fondeamos en la bahía de Sierra Leona, a las cuatro y media de la tarde.

Al momento se acercó al costado un bote de guerra, y en él uno de los marineros de la bahía.

Habló este con el oficial de presa, y en seguida volvió a tierra. Al poco rato llegó otro bote con el capitán del puerto y un empleado de aduanas. Al oscurecer fondearon a nuestro lado tres botes para que nadie pudiera escapar.

A las nueve de la noche se aproximaron otros dos botes, y de ellos subieron a bordo unos ocho marinos, compañeros del oficial de presa. Aquellos se figuraban, sin duda, que desde el momento [en] que un buque se hallaba prisionero en la bahía de Sierra Leona podían disponer de él a su antojo.

Los oficiales recién llegados comenzaron a sacar de nuestra despensa canastas llenas de botellas de champaña, vinos y licores, latas de conservas de todas clases, y empezaron a comer y a beber y luego a cantar *Rule Britannia*, hasta caer borrachos sobre cubierta, insultando a los portugueses, llamándoles negreros y cobardes.

Después vinieron nuevos botes, con mujeres y hombres, y comenzó otro saqueo de los almacenes y de la cámara; se llevaron garrafrones de aguardiente, botellas de licores y tarros con dulces de La Habana.

Tras del segundo saqueo empezó el tercero; pues a la media noche llegaron al costado del buque una docena de canoas con mujeres amigas de los oficiales y marineros, negras y mulatas, subieron sobre la cubierta, bajaron a la bodega del buque, desfondaron barriles de carne salada, cogieron arroz y tabaco y botellas de aguardiente, y se lo llevaron todo a las canoas.

Como los primeros oficiales salteadores estaban también borrachos y sacaban de cuando en cuando la pistola y la disparaban sobre cualquiera, yo me quedé metido en mi camarote, sin salir.

Amaneció, y toda la cubierta se hallaba sucia de las vomitonas. A las nueve de la mañana llegó de tierra una falúa con dos oficiales y otra del tribunal^[152] con ocho soldados y un jefe. Entonces atracaron al costado los tres botes de la guardia de noche, con los marinos muy correctos, como si nunca hubieran roto un plato ni bebido una copa.

El jefe, que era un hombre obeso y con los ojos abultados de un besugo, con patillas y con la pipa en la boca, nos mandó presentar los equipajes a Sousa, al Vizconde, al cocinero y a mí. A la Cubana la trataron con grandes miramientos y la llevaron a casa del gobernador. Nos registraron a nosotros prenda por prenda y miraron nuestros papeles.

En seguida nos hicieron poner en camisa, y a mí me quitaron treinta onzas del cinturón, el cronómetro y un reloj de oro muy seguro, que me servía para comprobar

con el cronómetro. La ropa y los zapatos fueron examinados a conciencia por aquellos ladrones. Al capitán de bandera le sacaron diez onzas y el reloj; al Vizconde, ocho onzas y una sortija con un sello; al cocinero, su pobreza de cinco pesos.

Efectuado este saqueo metódico, yo le supliqué al jefe obeso y de los ojos abultados que me dejara un par de mudas de ropa, y él me contestó: «Ni una camisa».

Llegamos a tierra los tres oficiales y el cocinero, y nos condujeron, en medio de cuatro soldados de marina, blancos, a prestar declaración; nos encerraron en un cuartucho, y llamaron primero al capitán de bandera, luego a mí, después al Vizconde y, por último, al cocinero.

El fiscal, un señor con patillas y peluca blanca, sentado en un extremo de la mesa con la Biblia abierta a su lado, nos mandaba poner la mano derecha sobre el libro y declarar la verdad. El fiscal comenzó a interrogarnos, y un intérprete mulato tradujo nuestras declaraciones.

Concluidas aquellas diligencias, el fiscal nos dio a cada uno un papel para que pudiéramos pasar a la comisaría a recibir dinero para la comida de una semana. Llegamos a la comisaría, presentamos nuestros papeles, y nos correspondió a cada uno tres chelines y medio diarios.

Al poco tiempo nos relacionamos con algunos capitanes y pilotos negreros, y nos unimos a ellos, para vivir en una choza.

No teníamos cama, sino algunas cañas de bambú. Cada uno de los asociados guisaba en la cocina una semana. Se hacía un escote, se preparaba una caldera de legumbre con un poco de tocino y se comía el rancho.

Nena la Cubana vino a visitarnos y a condolerse de nuestra suerte; pero a los pocos días supimos que se había marchado a la India en compañía de un oficial de Su Graciosa Majestad Británica. Con este motivo, el Vizconde, que ya era anglófono, se hizo rabiosamente antiinglés.

EL TERRITORIO DE SIERRA LEONA está entre la Liberia y la Guinea francesa. La costa marítima, que antiguamente se llamaba del río Núñez, tenía una extensión de cincuenta y cinco leguas; como límite septentrional, Victoria, y por el lado sur, la bahía de Sherbro.

Por el norte del río de Sierra Leona, la tierra es baja y llana y produce gran cantidad de arroz. La otra parte es alta y se eleva por escalones. Brilla allí una verdura perpetua del follaje variado de diferentes árboles.

En la desembocadura del río y en el cabo de Sierra Leona estaba la capital, San Jorge o Freetown. Cerca de la ciudad se encontraba el Sugar Loaf o Pan de Azúcar, monte no muy alto, siempre cubierto por las nubes del cielo tropical; en el extremo sur del territorio de Sierra Leona se hallaba la isla de Sherbro.

En aquel tiempo, la ciudad San Jorge de Sierra Leona o Freetown era una pequeña aldea, metida en una cazuela, rodeada de montes. Estaba cerca de un cabo, y entre el cabo y la ciudad se destacaba una punta de tierra llamada la punta del Rey Thom. La costa se hallaba formada por rocas blancas; en el interior brillaba la verdura de los árboles y de las palmeras.

En Sierra Leona, isla rodeada de ríos y canales, el agua se corrompía por el calor y echaba vapores infectos. El clima era muy malo; los ingleses llamaban al lugar *White man's grave*, «La tumba del hombre blanco».

Cerca del embarcadero se levantaba una gran casa de tablas, de dos pisos, y contigua a ella el hotel del Comisariado, edificio grande, de piedra, con galerías para oficinas del gobierno. A la izquierda estaba la casa del gobernador; cerca, la iglesia, y luego se extendía una hilera de barracas de tablas que servían de alojamiento a los oficiales y marinos, un hospital militar y varios cuarteles.

A poca distancia de la ciudad de Sierra Leona, en la cumbre de una colina, existía un gran castillo para depósito de los negros prisioneros, y en los arrabales, cuatro o cinco poblados donde residían las familias de los marineros curmanes.

El gran fuerte o depósito de los negros prisioneros se hallaba rodeado de altos paredones. Estaban allí los negros divididos por tribus; les ponían traje diferente para que fueran conocidos y no se mezclaran unos con otros, a fin de evitar las riñas.

Con aquellos negros, el gobierno inglés hacía un gran negocio. De cuando en cuando llegaba a Sierra Leona una fragata inglesa de ochocientas o novecientas toneladas y embarcaba hasta mil negros. Se decía a los negros que iban libres a trabajar a las colonias, y para convencerles se entregaba a cada uno una cuartilla de papel con su nombre. Los tales buques se dirigían, unos, a Jamaica; otros, a Honduras y a las Guayanas. Los negros se cedían a las colonias, recibiendo el gobierno inglés

por cada uno de ellos de seis a ocho mil reales.

Como la gente, en general, no discurre o discurre por frases hechas, muchos pensaban que este proceder era muy distinto al de los negreros; pero no había tal. Lo que hacían los ingleses constituía una trata hipócrita, oficial y disimulada^[153].

En Sierra Leona, en un círculo pequeño, los cónsules tenían sus casas construidas de tablas. Además de sus trabajos consulares, se dedicaban al comercio, a la compra de maní o avellana americana, de oro en polvo, colmillos de elefante, aceite de palma y coco y pieles de toda clase de animales.

Los extranjeros establecidos en Sierra Leona, cónsules y particulares, se proveían de carne y de alimentos de los mandingos^[154].

En el pueblo se hablaba mucho de los mandingos, que, como raza superior a los demás negros, llamaba la atención. En la provincia de Timanes, o Timmaneys, tenían los mandingos unas minas abundantes de oro, y, al parecer, habían ido los ingleses a ver si se podían quedar con ellas.

Entre los mandingos había antropófagos. Estos mandingos solían tener guerras con los musorongos y los kankanis.

Algunas veces, los vencedores iban a los barcos negreros a vender a los vencidos; algunas veces, también, el capitán cogía a unos y a otros, los cargaba de grillos y los metía en la sentina para llevarlos a América.

Por lo que se aseguraba en Sierra Leona, los mandingos tenían por dios al Sol, y creían que la Luna dirigía al hombre. Entre ellos había una secta vegetariana, que no quería matar a ningún animal para comerlo, y se alimentaba de plátanos, boniatos y otras frutas.

Los mandingos celebraban su función religiosa con la luna nueva; se reunían en un campo, y al comenzar los rayos del sol se ponían todos de rodillas. El sacerdote suyo subía a un árbol y principiaba a dar voces, diciendo: «Me acerco a Dios. Me acerco a Dios», y pegaba unos grandes chillidos; entonces todos besaban el suelo. Pasaban unos minutos en esta posición, y en seguida se ponían en pie y se daban la mano uno a otro, en señal de amistad.

Algunos decían que estas ceremonias eran muy absurdas.

Yo no creo que fueran más absurdas que las ceremonias que hacen los curas de las demás religiones.

Todos los blancos tenían en Sierra Leona aire febril. El clima era malsano. La vida, muy monótona.

Las horas de sol había que estar metido en la choza. Los negros no agradecían a los ingleses su libertad; unos, porque veían que seguían haciendo la trata; otros, porque no consideraban su libertad como una gran ventaja.

—Ya, al menos, que nos conviertan en blancos —solían decir.

De los negros, los más orgullosos eran los curmanes, procedentes de un país

situado al norte de Sierra Leona. Los curmanes tenían una dignidad muy vidriosa, se negaban a cualquier servicio y decían constantemente: «Yo, hombre libre».

Los ingleses se manifestaban brutos, borrachos y alegres.

Los marineros y oficiales de los buques de guerra y de la guarnición de la ciudad libre de San Jorge de Sierra Leona daban el espectáculo. Cantaban por las calles, y en las tabernas, durante la noche, se emborrachaban y quedaban como cestos, dormidos en un banco, con la ropa manchada de lodo rojo. Se les veía con frecuencia tumbados en el suelo, sin que se pudiera distinguir muchas veces al comandante del marinero.

PASÓ UNA SEMANA; se celebró consejo de guerra en el palacio. Los magistrados iban todos con peluca. Llegó la comisión mixta, formada por cónsules de varias naciones, vestidos de gran uniforme. Se leyeron nuestras declaraciones, y, al fin, el presidente de las pelucas, míster William Macaulay, un señor decorativo, de barba blanca, tocó la campanilla y dijo con solemnidad: «Condeno al bergantín portugués *Leopardo*, capitán Sousa, por dedicarse a la trata de negros, a ser deshecho y vendido en pública subasta».

Al día siguiente llamaron al capitán y le entregaron el papel de la sentencia; llegamos los de a bordo al palacio, y el comisario nos dio a cada uno un vale de una libra de carne y otra de pan diarios, durante cuatro meses. Así quedamos reducidos a la mayor miseria; teníamos que vender la mitad de las raciones de carne y de pan para comprar arroz, patatas, manteca y leña.

Al día siguiente de la condena del buque, los marineros de guerra dejaron pelado al *Leopardo*, llevando a tierra todo lo utilizable que pudieron transportar.

A las cuarenta y ocho horas de esto, se vendieron los enseres en pública subasta. Ya inútil el barco, lo llevaron a una playa lejana, le hicieron agujeros y lo dejaron embarrancado.

Estábamos todos los presos en dos barracas; había franceses, italianos, portugueses, catalanes y vascos; se tenía una rabia grande a los ingleses, que nos trataban con arrogancia y con orgullo. La frase de perros ingleses, *chiens d'anglais*, se oía a cada paso; ellos, en cambio, decían con frecuencia: *French dogs* «perros franceses». A nosotros, a los españoles, nos llamaban irónicamente los *Don* y los *Dagos*.

El Vizconde cantaba con petulancia una relación larga que tenía este estribillo:

*Buvons un coup, buvons en deux.
À la santé des amoureux,
à la santé du roy de France
et m... pour le roy d'Angleterre
qui nous a déclaré la guerre*^[155].

Los ingleses entendían lo que cantaba el Vizconde, y, con su manera de ser especial, le escuchaban sonriendo; un vasco llamado Zalla nos amenizaba las horas cantando zortzikos vascongados.

A los quince días de la condena del buque caí enfermo con fiebres malignas. El médico inglés no quería visitar a los presos negreros. Decía que deseaba la muerte de todos aquellos bandidos.

En mi grupo, un capitán, paisano, José Mendizábal, entendido en medicina, según él, me hizo sangría sobre sangría, y me dio quina hasta dejarme tonto y sordo; quedé tan débil, que no podía con mi alma.

A fuerza de hablar a uno y a otro, conseguí, por recomendación del cónsul alemán, embarcarme como marinero en la fragata norteamericana *Alacrity* («Alegría»), con destino a Savannah.

El viaje no justificó el nombre del barco, porque fue bastante penoso y triste. Yo llevaba por todo abrigo un encapillado, y el capitán Mendizábal, a última hora, me prestó un chaquetón viejo y lleno de agujeros.

Por la mañana temprano me llevaron en una canoa a bordo de la *Alacrity*, y a las siete principiamos a levar el ancla. El buque hacía agua; ni por un momento se podían dejar las bombas; era estación de lluvias y caían constantes chubascos.

El segundo día de la salida tuvimos un ventarrón tremendo, perdimos el foque y el velacho se rompió en mil pedazos. Sin repuesto de velas, era indispensable sacarlas y componerlas. Todos los marineros nos dedicamos a coser. El agua de la bodega iba en aumento; yo, enfermo, no podía dar a la bomba día y noche; me faltaban las fuerzas. El capitán dijo:

—Al que no trabaje en dar a las bombas no se le dará de comer.

—Bien —le contesté yo—. Yo no comeré; pero no tengo fuerzas para dar a las bombas.

—Ya lo veo; no lo digo por usted.

A mí me obligaron a estar en el timón muchas horas seguidas, y no sé si de tantos medicamentos como tomé en Sierra Leona o de qué, me empecé a inflar como una bota de vino, quedándome hecho un monstruo. Cuando pasaba cuatro horas en el timón se me hinchaban las piernas, sobre todo los tobillos, y me quedaba horriblemente cansado. Muchas veces me echaba sobre cubierta a descansar.

Como faltaba el agua para beber, poníamos una lona sobre la toldilla, y el agua de la lluvia la recogíamos en una media barrica.

Mi alimento por entonces era un pedazo de carne salada y un trozo de galleta americana, dura como la piedra, remojada con agua del cielo.

Una noche me dieron unas calenturas terribles; ya, no pudiendo aguantar, medio loco, subí sobre cubierta y me tendí bajo la lluvia, para morir de una vez. Me comenzaron unos escalofríos y unos temblores, y al día siguiente, cosa extraña, estaba mejor.

A la semana de la salida amanecieron muertos los dos pilotos y otro marinero, y a los tres, con mucha ceremonia, los arrojamos al mar con un pedazo de hierro de lastre y acompañamiento de versículos bíblicos. Alguien dijo que tenían la peste bubónica; así siguió muriéndose la tripulación.

En esto, el capitán americano me llamó y me dijo:

—Desde hoy montará usted la guardia como piloto.

—Estoy muy enfermo —le contesté—; pero buena voluntad no falta y haré lo posible por cumplir.

El agua de la bodega aumentó mucho más, y el capitán determinó abandonar la *Alacrity* al diablo, y mandó preparar la lancha con sus víveres correspondientes, sus velas y sus remos.

Aquí mis apuros. Yo me veía perdido; veía imposible mi salvación, con calentura, sin fuerzas para nada, hinchado como un monstruo. No podía esperar que ningún compañero se ocupara de mí; bastante tenía cada uno con lo suyo. Yo, en su caso, habría hecho lo mismo.

Abrió de repente el cielo, se puso azul, sopló una suave brisa, y trabajando en las bombas con rabia llegamos a quitar el agua de la bodega. Ocho días de martirio pasamos así, hasta que una mañana se dio a la vista el morro de la isla de Santo Tomás.

La isla de Santo Tomás, del archipiélago de las Vírgenes o Pequeñas Antillas, está a poca distancia de Puerto Rico; entonces era colonia danesa, y su principal población, llamada Carlota Amalia, tenía casas a estilo del norte de Europa.

Como la tripulación se hallaba extenuada, el capitán determinó embarrancar el buque en una playa del noroeste. La gente de tierra observó el apuro nuestro, y en cuanto varamos en la playa atracaron al costado muchos guadaños. Yo pensé si vendrían a robarnos; pero no: querían socorrernos.

A mí me condujeron a tierra en un bote; llegué al muelle y, como me faltaban las fuerzas, me dejé caer en el suelo. Una señora portorriqueña, acompañada de sus dos hijas, se acercó a mí y me preguntó:

—¿Qué le pasa a usted, mi amigo?

—Nada, que me estoy muriendo de fiebres.

—Pues véngase a mi casa.

Aquella señora me llevó a su casa y me hospedó en ella durante un mes, en donde me restablecí algo. Las mujeres tienen a veces ocurrencias raras. Llevar a un extranjero, desconocido y sospechoso, a su casa, indudablemente es un extraño capricho. Ya un poco mejor, el marido de aquella señora, capitán de la goleta *Rosario*, de la carrera de Puerto Rico, me llevó a San Juan. A uno de los marineros de la goleta le dije:

—A ver si me puede usted llevar a tierra. No tengo un cuarto.

—Bueno, ya le llevaré a usted.

Al llegar me dijeron que se encontraba en el muelle la fragata *Rosina*, que venía desde Cádiz con la correspondencia para La Habana, al mando del capitán Oyarbide.

Mandé un recado a Oyarbide, el cual vino, me miró con curiosidad y me dijo:

—Paisano, ¿eres tú, por ventura, Embil?

—Sí —le contesté—, prisionero y enfermo, y creo que a punto de morir.

—No te hubiera conocido. Y aquel granuja de Chimista, ¿qué hace? ¿No le han

ahorcado todavía?

—No. A mí es a quien debían ahorcar, para acabar de una vez.

Oyarbide mandó que me llevaran en el bote a su barco, en donde había dos paisanos: el piloto, Francisco de Echave, y el agregado al pilotaje, Benito de Carnearte. Los dos me atendieron con gran solicitud.

Salimos de San Juan para La Habana, yo todo el viaje enfermo, con calenturas, perdido el estómago y vomitando a cada paso. Dimos fondo en La Habana y en un carruaje me condujeron a la casa del capitán Uribe, de la plaza Vieja, en donde permanecí en la cama tres meses, y después fui a pasar la convalecencia y a reponerme a un ingenio de Matanzas.

COMO NO HABIA QUEDADO DEL TODO BIEN después de mi enfermedad, el médico me dijo: «A usted le convendría marchar a España para restablecerse por completo».

Me decidí a ello y me embarqué en el bergantín goleta *El Fénix*, marchando yo como piloto de derrota habilitado, porque mi nombramiento me lo habían quitado los ingleses en Sierra Leona.

El piloto del bergantín, Bartolomé de Ojinaga, iba a hacer la carrera de la América del Norte, y yo le sustituí.

En *El Fénix* había muy poco orden y demasiado misticismo; el capitán y su hermano se pasaban la vida rezando y hablando el uno con el otro de los pecados y de las penas eternas. A las ocho de la noche, antes de acostarse, reunían a la tripulación y se rezaba un rosario completo, con una serie de misterios y de oraciones suplementarias. Yo les dije varias veces: «Y ustedes, ¿por qué no se han hecho curas?».

Ninguno de los dos hermanos sentía afición por el mar ni sabía gran cosa de pilotaje. No sé qué hubieran hecho en una situación apurada. En la travesía, el tiempo fue magnífico, y llegamos sin ningún incidente a El Ferrol^[156]. Escribí allí una solicitud a la Comandancia de Marina exponiendo que había perdido mi nombramiento de segundo piloto, y por recomendación de algunos amigos influyentes me mandaron el nuevo nombramiento a Santander.

De Santander fui a Bilbao, donde encontré a un paisano de Elguea, que me dio noticias de mi casa. Mi madre seguía bien, y mi padrastro, al parecer, no marchaba muy boyante en sus negocios. Me pareció que con estas noticias había satisfecho mis preocupaciones familiares, y como me encontraba fuerte, me decidí a volverme a Cuba.

Encontré plaza de piloto en la fragata *Cantabria*, con escala en Puerto Rico. Los primeros días marchábamos bien; pero al noveno, ya pasada la isla de Madera, el barómetro bajó mucho y hubo que tomar precauciones^[157]. Era el tiempo del cordonazo de San Francisco, y el cordonazo del santo nos azotó de lo lindo.

A las diez de la noche del noveno día se nos echó encima una gran tormenta; el viento huracanado gemía y aullaba en las velas, tomando todos los tonos; a veces parecía reír, con una risa de locura y de rabia, y a veces resonaba como el trueno^[158].

Comenzaron a desgarrarse las velas, y de repente quedó iluminada la arboladura del buque con el fuego de San Telmo. Sin duda, la tempestad estaba encima.

Algunos de aquellos resplandores eléctricos variaba constantemente de sitio y le

trastornaban a uno.

La noche era tan oscura, que a distancia de dos varas no se distinguía un hombre. De repente, el capitán dio un grito de terror. Se hallaba a barlovento y agarrado a la barandilla, cuando se le presentaron tres luces de San Telmo, una sobre la cabeza y otra sobre cada mano.

Bajó la mano, y la luz cambió de lugar. No pasarían unos segundos cuando rasgó el aire un relámpago y descargó un trueno terrible que nos hizo saltar. Poco después entró un viento furioso y nos zarandó con furia^[159]; no era posible aguantar sobre cubierta ni un instante. Primero se llevó el viento los tres foques en tiras, y luego, las demás velas.

Causaba horror ver a la fragata en medio del huracán con las velas hechas trizas como si fueran de papel, entre los bramidos de la tempestad.

En esto, una gran tira de la mayor principió a dar latigazos a derecha e izquierda, rompiendo cuerdas, tirando poleas.

El contramaestre suplicó a los marineros, con bocina en mano, que subieran al palo mayor a cortar aquel pedazo de vela. Pero ¿quién era el valiente que se atrevía a ello? Ninguno se decidió, y el mismo viento consiguió llevarse el resto de la vela.

El capitán, ante la fuerza del huracán, y comprendiendo que por momentos nos íbamos a quedar sin la cangreja, mandó aflojar la escota de la vela; yo me opuse a tal maniobra; pero él insistió tanto, que yo mismo en persona arrié la lona medio pie. A los diez minutos pegó tal sacudida, que se la llevó el viento como si fuera de papel.

Aquí entraron nuestros apuros. El barco no obedecía al timón, y se nos quedaba atravesado; uno de los golpes de mar lo tumbó, y estuvo a punto de hundirlo; pero otro golpe de mar lo enderezó. Todas las argollas de la cubierta, la lancha, las pipas de agua, se fueron al mar.

Entonces comenzaron los lamentos y los lloros; los marineros, agarrados a las cadenas de los obenques, se pedían perdón unos a otros y se despedían hasta la eternidad.

Ya nadie quería obedecer y muchos querían mandar. Como solía decir Chimista: «*Ontzia galduz qero guztiok pilotu*» («Perdido el barco, todos pilotos»).

Tres de los marineros más decididos, dos vascos y un andaluz, sacaron una trinquetilla nueva y la colocaron. Yo llamé por señas al vasco más joven, fuimos al gallinero de popa, eché mano a dos grandes hachas que había allí y le dije para animarle: «¡Vamos, paisano, adelante! ¡Arrayua! Hay que demostrar que un marino vasco no se asusta por nada».

Nos sentamos los dos sobre el alcázar; soplaban un viento terrible; el barco cabeceaba de derecha a izquierda como si estuviera borracho. Nosotros empezamos a cortar el palo de mesana con tranquilidad, dale que dale.

Al caer este por la banda, se enderezó el buque, y, como por milagro, apareció la

trinetilla nueva y el buque comenzó a navegar normalmente. Esta maniobra se efectuó como por encanto.

Llegó el viento favorable, y a los seis días entramos en el golfo de las Damas. El capitán quedó sin habla del susto, y durante una semana no pisó la cubierta.

Según dijo, estaba viendo constantemente fuegos de San Telmo delante de los ojos.

En la travesía del golfo no faltaron chubascos.

Llegamos a San Juan de Puerto Rico. En San Juan me propusieron el mando de una goleta para África; yo estaba fuerte, y acepté. Tenía obligación de encontrar para mi reemplazo un piloto; pronto di con uno que quería marchar a España.

QUINTA PARTE

REINCIDENCIA

AL HACERME LA PROPOSICIÓN DE OTRO VIAJE NEGRERO, no la rehusé. «¡Nada, adelante —me dije a mí mismo—; el que la sigue la mata!». Pensaba luchar a brazo partido con el destino adverso, hasta ver si lo vencía y llegaba a rico. Este era mi anhelo^[161].

El viaje lo haría en la goleta *Sultana*. El capitán a quien yo sustituí estaba convaleciente de unas fiebres. La goleta había dejado su factor en África, dedicado a comprar negros, y debía volver para embarcarlos.

Me ofrecieron el mando, dándome ciento veinte duros al mes de sueldo y diez duros por cada negro que llegara a salvo. El armador era un gallego, Baltasar de apellido; el piloto, un tal Oliveras, de Cartagena.

La *Sultana* arbolaría bandera española; tenía ya a bordo aguada, sollado, calderos y todo lo necesario. En Puerto Rico hallé piloto, contramaestre, guardianes y veinte hombres de tripulación: gallegos, bretones, negros de Jamaica y dos chinos.

El cirujano que llevábamos, el doctor Noel Robertson, había ejercido su profesión en varios barcos, y probablemente por alguna cosa fea tuvo que entrar en un negrero. Era un hombre alto, con una gran nariz roja. Llevaba un levitón entallado, corbata de muchas vueltas y polainas usadas; usaba anteojos negros. No le gustaba vestirse de blanco, como los guachindangos, decía él. Prefería asarse, pero ir como una persona respetable de Europa.

Era un hombre sereno. Una vez había tenido una discusión muy agria y violenta con un cubano. El cubano le dijo:

—Es usted un pendejo.

—¿Qué es lo que entiende usted por pendejo? —le preguntó el doctor.

El cubano murmuró algo entre dientes y se fue.

Como siempre me gustó enterarme de la vida y milagros de los marinos negreros y de las causas que podían tener para lanzarse a entrar en barcos desacreditados, le pregunté por su vida.

—Yo no sé —me contestó— si ofenderé la natural solemnidad de los españoles habiéndoles de una cosa tan poco importante como una nariz; pero la verdad es que la nariz mía ha sido la base de mi desgracia.

—¿Y por qué?

—El descontento que me producía mi nariz me desequilibró. Yo, la verdad, aspiraba a una nariz correcta; mis amigos aspiraban a ser oradores, políticos, sabios; yo me irritaba por no tener una nariz elegante. Poseer una nariz correcta y saber bailar eran mis más caros ideales en la juventud. Yo hubiese querido disimular la poca estética de mi nariz de alguna manera, pero no me fue posible; ni las patillas, ni el bigote, ni los cuellos altos, nada podía aminorar lo antiestético de mi nariz. En

vista de ello me lancé a la aventura.

Esto me dijo una vez el doctor Robertson; no sé si sería verdad o sería una broma.

El armador había fletado un pailebote con víveres. Fuimos con la *Sultana* a la isla de Santo Tomás, y aquí se hizo el traslado de los víveres del pailebote a la goleta y se pintó de nuevo el barco.

Emprendimos el viaje con destino al río Calabar Viejo, en donde residía el factor de la casa, llamado Moreira.

El mismo día de nuestra partida, por la tarde, el vigía cantó vela por barlovento y reconoció el piloto con el antejo un bergantín de guerra. El bergantín nos puso la proa, no nos igualaba en velocidad; le dejamos atrás, y como la noche se venía encima no pudo alcanzarnos.

A los seis días entramos en la zona de los vientos variables. En el paralelo de las islas de Cabo Verde nos persiguió con tesón otro buque de guerra, y nos costó mucho trabajo quitárnoslo de encima.

A los veintiocho días se dio vista a la tierra de África; el vigía cantó barco por el sudoeste, pero, reconocido, se vio que era un buque mercante.

Al otro día estábamos a la altura de Fernando Poo, y veinticuatro horas después fondeamos frente a la barra del río Calabar Viejo.

Había allí tres buques dispuestos a entrar en el río; al poco rato llegaron varias canoas a nuestro costado. Me embarqué en una de ellas, tripulada por seis negros.

Durante la noche navegué en la canoa hasta que llegué a la factoría de Moreira, al amanecer.

Llamé a la puerta y hablé con el factor, quien me indicó que subiera la *Sultana* por el río.

A las cinco emprendí la vuelta, a favor de la corriente, con el práctico negro. Llegué a bordo y en seguida se puso la *Sultana* a la vela, río arriba; se calmó el viento a eso de las seis de la tarde y se dio fondo delante de las barracas de pescadores.

Al día siguiente, cuando comenzó la brisa, tomó nuestro buque el viento, y a las tres de la tarde anclamos delante de la factoría. Entonces principió la descarga haciendo uso de unas grandes canoas que fletó el factor.

El señor Moreira tenía en una barraca unos doscientos negros ya comprados, y como el buque podía cargar hasta trescientos, pensamos esperar hasta llegar al completo.

El sitio donde fondeamos se llamaba punta Seven.

Hacía allí mucho más calor que en el Congo.

El factor Moreira nos dijo un día al doctor Robertson y a mí que debíamos ir a presenciar la fiesta religiosa de los negros carabalis^[162]. La fiesta la hacen el día primero de la luna llena.

Los carabalis parece que habían elegido como dios al tiburón. Es un dios como

otro cualquiera. En otras partes de África tenían como dios al cocodrilo, al gato, a la serpiente, al cordero, al toro y hasta a la anguila. El elegir el tiburón no estaba mal. Los carabalis hacían un sacrificio humano mensual a su dios, cosa muy plausible. Para rendir tal tributo se verificaba un sorteo, y al que le tocaba ser sacrificado le depositaban en la casa del reyezuelo hasta el día de la fiesta religiosa. Fuimos de noche el primer día del plenilunio hasta unas colinas desde las que se dominaba el mar. Al amanecer, masas de negros de las aldeas de las inmediaciones habían acudido frente a la casa del reyezuelo; pusieron al elegido para el sacrificio una túnica azul y le cubrieron el rostro con un velo blanco.

Dio una voz el jefe, y todos empezaron a caminar en procesión y rezando hasta la orilla del mar. Delante del reyezuelo marchaba la víctima. Nosotros los veíamos bien con nuestros anteojos.

Una vez llegados a la orilla del mar, se formó el cuadro; ya por anticipado se había labrado un pequeño canal en la arena para que corriera la sangre del sacrificado. Colocaron a la víctima boca abajo, con el cogote en el pequeño canal; el reyezuelo dio una voz; todos se pusieron de rodillas besando el suelo; en seguida el jefe sacó de su cintura un machete muy afilado y cortó la cabeza a la víctima propiciatoria.

El cuerpo lo despedazaron los ayudantes del jefe y lo tiraron al mar para que se lo comieran los tiburones; la cabeza la llevaron en una canoa, a la distancia de veinte pies, y la dejaron hincada en el fondo sobre un palo y a ñor de agua.

Cuando uno de los tiburones se tragó la cabeza, el reyezuelo rezó una oración; todos se pusieron en pie y se volvieron a sus casas. Nosotros hicimos lo mismo.

Nos contó Moreira el caso de un capitán americano que vino al país a la compra de aceite de palma. Cuando fondeó su buque en la barra se embarcó en una canoa de negros para ir a tierra. En el camino había tanto tiburón, que sacó su estoque y comenzó a pincharlos.

En esto, los negros de la canoa, ante tal irreverencia, dejaron de remar; el capitán les preguntó, extrañado, qué les pasaba, y los negros, sin contestar, lo llevaron a tierra. En seguida el americano se dirigió a la casa del reyezuelo diciéndole el objeto de su venida y tratando de los derechos que tenía que pagar.

Durante la misma noche se presentaron ante el reyezuelo los negros de la canoa y le explicaron lo hecho por el capitán americano con los tiburones. El reyezuelo llamó al capitán, y, después de amenazarle, le exigió una indemnización por haber ofendido al dios de los carabalis, que tantos beneficios producía al pueblo carabaliense. Eran los mismos beneficios que hacía Jehová^[163] al pueblo judío.

Cuando el factor Moreira me anunció que tenía listos en su barraca y en sus corrales trescientos treinta negros, mandé armar el sollado y embarqué provisiones de ñame y de arroz. Se bajó el buque a la punta de Tom Sont, y el factor condujo [a] sus

esclavos por tierra. Íbamos a embarcar [a] los negros, cuando el campo empezó a sombrear y a ponerse oscuro, y comenzaron a cantar los gallos.

«¿Qué demonios pasa?», me pregunté yo.

Miré al cielo; no había nubes. Se trataba de un eclipse. Los negros comenzaron a dar tales gritos, que no hubo más remedio que suspender el embarque.

Cuando volvió el sol a brillar como siempre, se tranquilizaron; cayó una turbonada y escampó.

A las diez de la noche se dio principio al embarque del ébano en ocho canoas; hacia las doce llovió, y me hice a la mar con el práctico y el intérprete a favor de la marea baja.

No hacía ningún viento, y al amanecer vino una calma tan completa, que quedamos inmóviles.

A las siete de la mañana, al salir el sol, cantó el vigía dos velas, una por cada portalón; el piloto subió al palo mayor, y me dio la noticia de que eran dos buques de guerra ingleses.

—Nos hemos hecho la santísima —dije yo—. No hay salvación.

Había un calmazo terrible; no se movía el aire. Al poco rato vi los dos buques de guerra, que se dirigían despacio, con las velas desplegadas, hacia nosotros. Cuando se encontraban a la distancia de una milla comenzaron a soplar los vientos altanos del mar a tierra, favorables a los dos buques ingleses y contrarios al mío.

Entonces yo tomé la vuelta del sur; marchaba más que los buques de guerra; pero me hallaba ya sobre sus baterías y a sotavento de ellos.

Los capitanes me hablaron con la bocina; yo no les prestaba atención, cuando el de barlovento me enfiló y principió a hacer fuego. Al octavo disparo con palanqueta me tiró el mastelero de velacho, quedándome desarbolado en medio de los dos buques de guerra.

Echaron los ingleses cuatro embarcaciones al agua, y pusieron pronto los pies sobre cubierta. Sacaron sus sables y principiaron a golpes con todos los marineros, y, al ver el buque lleno de negros, gritaron «¡Hurra!» tres veces.

De los dos buques de guerra, se me acercó el bergantín *Dolphin*, de dos cañones y una coliza. Su comandante, míster Nevyll, más malo que la sarna y soberbio como pocos, tenía una cara agria, como de gato, con unas patillas cortas. Mandó que se trasladase toda la tripulación de la *Sultana* a bordo del *Dolphin*; en seguida se dirigió a Fernando Poo a dejar a mis desgraciados marineros en esta isla malsana, sin recursos de ninguna clase. Solo nos quedamos a bordo el cocinero, el doctor y yo. A mi barco trasladaron seis marineros blancos, un contra maestre y veinte negros curmanes para cuidar y dar de comer a los negros.

A los cuatro días llegamos al puerto de Sierra Leona, y, sin perder momento, desembarcaron [a] los negros a tierra, quedándonos a bordo de la *Sultana* el doctor

Robertson, el cocinero y yo, hasta el día siguiente, con cuatro hombres de guardia.

A las dos de la madrugada llegó al costado un piloto amigo mío, conocido de La Habana, Carlos Zambelli, italiano de origen, y le entregué para que me las guardase ocho onzas, y con ellas, el cronómetro, mi sextante^[164] y provisiones, a fin de asegurar la comida mientras estuviera prisionero.

Al día siguiente vino a bordo el oficial de marina, el hombre obeso y de los ojos abultados de pez, que estaba siempre rojo como si fuera a estallar, y, al momento que me vio, se echó a reír, diciéndome en mal castellano: «Osté otra vez por aquí, ja..., ja..., ja... Otra vez por aquí. ¡Qué hombre! Ja..., ja..., ja...».

El oficial me quitó cuanto pudo, y fui con él a tierra a la casa grande de tablas a prestar mi declaración.

Como me habían cogido *in fraganti* con negros, no pude negar nada.

A los cuatro días me llamaron al tribunal de las pelucas, y el presidente, Macaulay me entregó la carta de la condena del barco. En la bahía estaba fondeado un buque de las islas Canarias que se dirigía en lastre a Santa Cruz de Tenerife; le pedí pasaje al capitán, y nos embarcamos el doctor Robertson y ocho oficiales, entre capitanes y pilotos.

Llegado a Santa Cruz de Tenerife, me presenté ante el comandante de marina, y me embarqué en el bergantín *Caridad*, en clase de pasajero, y al capitán le vendí mi cronómetro en ciento noventa pesos para atender a mis necesidades.

TODOS MIS CONOCIDOS ME REPROCHABAN mi terquedad al saber que iba a mandar otra expedición negrera; yo no cedía; colocado enfrente de la suerte, o tenía que vencerla o quedar aplastado por ella^[166].

En La Habana me presenté en la casa de mi armador, Fourcade; hablamos, le conté mis desventuras y me ofreció el mando de su goleta *La Africana*, que se armaba por entonces en el muelle de Regla.

Como aquel buque no podía cargar más que doscientos negros, nuestro ajuste fue a doce duros por cabeza y cien duros al mes. No iba, como el viaje anterior, al Calabar Viejo, sino al Gran Popo (Dahomey)^[167]. Allí tenía Fourcade su factor, Pedro Regó.

Luego que el buque se halló listo, se arboló la bandera roja para la demanda de la tripulación; acudieron bastantes marineros, y a cincuenta pesos mensuales se contrató uno con otro.

Había andaluces, catalanes, brasileños, daneses, negros de Jamaica y de Haití. Anclado el buque en Regla sobre las nueve de la noche, el dependiente de Fourcade y yo llevamos treinta mil duros en siete cajitas, entre oro y plata, para la compra de negros.

A la madrugada llegó al costado el remolcador *Cristina* y nos llevó hasta fuera del Morro de La Habana, donde se celebró el almuerzo de costumbre^[168].

Llegamos sin novedad a la altura de las islas de Cabo Verde, y estuvimos allí detenidos por las calmas; sitio peligroso, crucero de buques de guerra ingleses. Nos acercamos a una costa desolada. Como todas las tierras de aquellas islas, parecía un trozo arrancado a los desiertos de África.

Durante la calma nos dedicamos a pescar y cogimos un tiburón con el estómago lleno de trozos de madera y de clavos. Mucha hambre debió de tener para dedicarse a una alimentación tan indigesta el dios de los carabalis^[169]. Del paralelo de Cabo Verde navegué hacia el sur, a fin de no dar vista a ningún buque.

Al llegar al meridiano del punto de mi destino pensaba marchar derecho al norte. Recalé con la fuerza de la brisa, y al hallarme a unas ocho millas de tierra largué en el palo de proa la bandera contraseña que me entregó Fourcade y seguí sus instrucciones para la recalada. Estas consistían en izar y arriar tres veces la verga de velacho.

Poco más tarde aparecieron tres canoas, y en una de ellas, el factor Regó; inmediatamente se efectuó la descarga de las cajas de dinero a las canoas. El factor me entregó bastantes provisiones de fresco y me recomendó que me hiciera inmediatamente a la mar por doce días y recalase después para recoger a los negros y los víveres que tendría ya preparados.

Al oscurecer, a la caída de la brisa, me alejé de la costa y amanecí a veinte leguas de tierra. Durante la noche hubo muy poco viento, y lo mismo sucedió hasta media tarde, en que el vigía cantó una cañonera de guerra de dos velas y remos que avanzaba hacia nosotros con la bandera inglesa.

En seguida reuní junta de oficiales y contramaestres, y determinamos no entregarnos a la lancha. Se tomaron veinte fusiles del armero, y como el buque contaba con una coliza giratoria, el contramaestre y ocho marineros se encargaron de manejarla.

Cuando se aproximó la lancha se le disparó un cañonazo sin bala; los ingleses siguieron avanzando; se volvió a cargar el cañón por segunda vez y la bala pasó cerca de la lancha, levantando el agua a su alrededor. Los ingleses nos hicieron algunos disparos y gritaron que nos rindiéramos. Entonces yo volví a cargar la coliza por tercera vez con un saco de metralla. La metralla produjo un terrible efecto, los remeros abandonaron los remos y quedó la lancha inmóvil.

No quisimos acabar con los tripulantes, pensando que algún buque de guerra andaría rondando por allí, y al comenzar la brisa seguimos nuestra vuelta al sur.

Durante el crucero se terminaron los preparativos, se arregló el sollado, las barricadas y los zambullos, y a los diez días recalé en la costa de los Esclavos, a la orilla del río que llamaban Río Uemé, o Gran Popo.

Por la noche terminamos toda la aguada, y el factor me mandó un aviso diciéndome: «Avance usted hasta la factoría portuguesa que lleva por nombre Ayuda».

Fondeé en la misma tarde, como a un cable escaso de tierra, y por la noche se embarcaron los víveres y gran cantidad de leña para la cocina.

Faltaban que arreglar algunos detalles; había que ver si rondaban barcos de guerra, y pasé dos días esperando en la factoría. Hablamos mucho el factor y yo.

Me dijeron que en aquella parte del Gran Popo consideraban a las serpientes como dioses. Estas serpientes, que, al parecer, eran unas boas inofensivas, se las veía en los campos y en las aldeas. Había también barracas, todas llenas de serpientes pequeñas y grandes. Como dioses, parece que eran más benévolas las serpientes que los tiburones de los carabalis, pues rara vez, y solo por equivocación, las boas estrangulaban a un negro.

Si alguien mataba a una de estas boas, el pueblo, irritado, hacía un montón de ramas y de troncos de árbol, ponían encima la boa muerta, varios corderos y carneros y al matador, y se le pegaba fuego a la pira. Alrededor, los hombres de la tribu, con sus danzas, se congregaban para no dejar salir al sacrílego hasta que quedara asado.

En este país vi muchos encantadores de serpientes que realizaban una operación que no me la pude explicar: hacían que una serpiente les mordiera la lengua y les sacara sangre de la herida. Luego cogían unas pajas, una a una las metían en la boca,

empezaban a soplar y de repente las pajas ardían.

El factor Regó estaba inclinado a pensar que esta operación era un fenómeno de magia; pero yo me figuré que se trataba de algún truco especial, solo conocido por los negros.

Allí también, como a orillas del Congo, los brujos eran muy importantes, y se creía que los chitomés o mgangas tenían una terrible potencia sobre todas las cosas, principalmente sobre las lluvias y las cosechas.

Toda la vida de aquellos negros estaba inspirada en la brujería. Consideraban a los blancos como gentes muy peligrosas y creían que con su presencia atraían las catástrofes, las muertes y quitaban la lluvia.

Para ellos, los blancos eran fantasmas de negros resucitados y no traían más que daños y perjuicios; ahora, como fantasmas y malos espíritus, tenían mucho poder mágico.

Los blancos vivían, según sus teorías, en el mar, en grandes abismos, porque de pronto se les veía salir de un barco del fondo de las aguas. Los blancos no solo compraban negros para comérselos, sino que compraban también espíritus, y las conservas de carne que llevaban estaban hechas con carne humana.

A las aldeas del Gran Popo solían ir mercaderes de esclavos, europeos de la costa y havildares del interior. La principal compañía de comerciantes de esclavos indígenas era una compañía de jorobados. Estos gibosos negros, especie de polichinelas cómicos, tenían la joroba pintada de blanco y llevaban una campanilla de plata en el pecho. Al parecer, eran muy maliciosos y se gastaban bromas unos a otros. Dos de estos gibosos estuvieron en mi barco y se burlaron de los marineros.

Entonces, un negro de Haití, un catalán y un danés, que estaban borrachos, decidieron en broma coger a los dos jorobados y enderezarles el pecho y la espalda y quitarles la giba poniéndoles una tabla delante y otra atrás, apretándoles con una cuerda con poleas. Yo llegué a tiempo para impedir esta barbaridad, que hubiera matado a los cheposos.

A pesar del peligro en que habían estado, los jorobados se despidieron burlándose y haciendo muecas.

Al segundo día de la estancia en la Ayuda me dijo el factor que tenía dispuesto el embarque de los negros para las nueve de la mañana.

Estábamos preparados, cuando media hora antes el vigía cantó barco por el este. Con la mayor prontitud, mandé levar el ancla y salir a la mar, pero el barco me tomó barlovento y no me permitió huir.

Era una fragata inglesa, grande; al momento llegó al costado, disparándome un cañonazo con bala.

El comandante me gritó con la bocina: «Ríndase usted, porque de lo contrario lo echo a pique».

Mi barco estaba acorralado. No había escape.

Entonces atravesé mi buque, poniéndolo en facha; el inglés lanzó dos botes cargados de gente, saltaron a la cubierta con sable y pistola en mano, sacudiendo sablazos sobre las costillas de los marineros.

Una vez todos mis tripulantes encerrados, inspeccionaron la bodega; vieron los preparativos y comenzaron a gritar «¡Hurra!» varias veces. El oficial de presa me pidió los papeles. Yo entregué solo el rol y los pasaportes.

Al segundo día de mi captura se dio fondo en Sierra Leona. Los oficiales que vinieron a mi barco pescaron aquella noche una borrachera horrorosa. Se empeñaron en que yo tenía que emborracharme con ellos, y después andar a trompis con el oficial de presa.

Yo me encontraba dispuesto a romperme el alma con cualquiera de aquellos cochinos ingleses, aunque sacaba la cuenta de que si vencía a uno se echaría otro sobre mí y acabarían entre todos por hacerme pedazos.

Luego las ladronas de las mulatas y de las negras, durante la noche, se llevaron todo lo que pudieron e hicieron hasta tres viajes con las canoas cargadas hasta el tope de arroz, ñame y carne salada. Aquello era una verdadera vergüenza.

Al día siguiente llegó el oficial obeso y de los ojos abultados; al momento me conoció, me entregó la ropa y los instrumentos y no me registró.

—¡Otra ves! ¡Otra ves aquí! —dijo riendo—. Ja..., ja...,ja...

Yo temía que se averiguara lo ocurrido en el mar con la lancha cañonera inglesa; pero no se averiguó.

En aquella estancia, en Sierra Leona, no ocurrió nada de particular. Lo único que pasó es que los oficiales y marineros, presos y desesperados, porque el gobernador inglés decidió suprimirnos las raciones, tomaron la determinación de entrar en el fuerte cuchillo en mano antes de perecer de hambre.

Ya íbamos decididos; algunos habían escalado la empalizada con el cuchillo entre los dientes, cuando enterado el gobernador, ordenó que se dieran, como antes, las raciones, y se tranquilizó la gente.

III

EN LA «URANIA»

POCOS DÍAS DESPUÉS DE RECIBIR LA CARTA de condena supimos varios que en Río Pongo, doce leguas al norte de Sierra Leona, había una fragata de los Estados Unidos, la *Urania*, lista para emprender un viaje a Baltimore. A este buque le faltaban cuatro marineros.

Otros tantos amigos, capitanes y pilotos, fletamos una canoa por ocho duros, llegamos a bordo y nos dio el capitán pasaje, trabajando por la comida.

El capitán se hallaba bastante enfermo, con calenturas; era un buen hombre, y cuando supo que mi compañero Echezarreta y yo habíamos mandado barcos, nos destinó a popa, reservándonos una litera y dándonos a cada uno un chaquetón y una elástica, y para la cama, trozos de velas viejas, usadas.

A pesar de que había que trabajar mucho, lo pasamos bien. El capitán nos trataba con consideración a los cuatro españoles, y al llegar al puerto nos gratificó a cada uno con tres libras esterlinas.

Treinta y cuatro días tardamos en llegar a Baltimore; nos presentamos aquí en el consulado español, y a los dos días nos colocamos en un bergantín norteamericano para La Habana. Después de la salida de Baltimore, padecimos un ramalazo del equinoccio, que nos desarboló los masteleros de gavia y el botalón del foque y nos dio mucho que hacer^[170].

Llegué a La Habana, me presenté en casa de mi armador Fourcade, que me invitó a comer, y a quien conté mis aventuras.

En general, los armadores suelen olvidar y prescindir de los capitanes desgraciados; pero Fourcade no lo hizo así, y me dio el mando de la fragata *Sirena*, que fletó para Barcelona, cargada de algodón.

Se tomó lastre de piedra, porque el algodón, naturalmente, pesaba poco. En este viaje pasamos a sesenta leguas al sur del banco de Terranova^[171], y se notó durante la noche una temperatura muy fría, impropia de la estación y del mes, que era agosto, y al amanecer se dio vista, por barlovento, a grandes témpanos de hielo.

Íbamos, para no tropezar con aquellas islas flotantes, a navegar al sudeste, cuando uno de los marineros se empeñó en decir que en uno de los témpanos de hielo había dos hombres.

Mandamos el bote, y, efectivamente, se encontraron a un español y a un sueco, ya casi muertos de hambre.

Iban en una de aquellas islas flotantes; la escalaron después de que su barco se hundió al chocar con uno de los témpanos de hielo.

El español resultó que había viajado con Chimista, de quien tenía una idea fantástica, pues le creía un potentado. El sueco no nos pudo decir nada, porque no

sabía ni siquiera unas cuantas palabras de inglés, y nos tuvimos que entender con él por señas. Este hombre había pasado varias horas en el mar agarrado a una tabla, hasta que llegó al banco de hielo. El terror que experimentó fue tan grande, que al hablar le entraba un hipo y parecía que aullaba. Al llegar a Cádiz desembarcaron el español y el sueco.

En el resto del viaje no ocurrió nada de particular, sino que sufrimos en Barcelona un gran temporal y los buques rompieron sus amarras y se embistieron unos a otros. Cargados de vino salimos para La Habana, y tuvimos que recalar, por los vientos contrarios, en Cartagena.

Al llegar a La Habana, a casa del armador, me dijo Fourcade: «El buque está ya algo cansado: habría que gastar en él algunos miles de duros, y voy a mandarlo a la costa de África a traer negros».

Era el destino. Indudablemente yo tenía que volver a Sierra Leona.

Fourcade se asoció con un tal Álvarez, gallego, que había vivido entre portugueses, contra maestre antiguo de la carrera de África. El tal Álvarez puso su parte en la expedición, consistente en cien pipas de aguardiente, y se comprometió a ir él mismo de comprador a Guinea.

Fourcade me ofreció el mando de la fragata; lo acepté. Era el destino. Ganaría doce duros por cabeza de negro, cien pesos al mes y seis negros libres del pasaje. Esta expedición se iba a hacer a base de aguardiente, y como Fourcade guardaba en la barraca de su factoría africana muchas pipas vacías, se pensó utilizarlas para la aguada de regreso. Solo se embarcaron en La Habana barriles de carne salada, de tocino y de arroz. La tripulación se componía de tres pilotos, un contra maestre, dos guardianes y treinta marineros.

ERA MI QUINTO VIAJE DE NEGRERO, y pensaba, como los aficionados a los toros, si no habría quinto malo. Salimos con la *Sirena* de La Habana, sin ceremonia de ninguna clase^[172], y fui despachado para las islas de Cabo Verde. Una vez fuera del Morro^[173], se puso el centinela de guardia. De poco nos podía servir la vigilancia; el buque era un porrón muy pesado, de esos barcos torpes, ronceros, y si nos perseguían no podríamos escapar. El buque malo y la tripulación mala; pero yo no pensaba cejar. Adelante y adelante. Esta era mi divisa.

Tuvimos vientos favorables en el golfo, y hasta la recalada de las islas de Cabo Verde. Llegamos a la vista de la isla Brava, navegando hacia el sudoeste con un tiempo de turbonadas; a cada momento caían chaparrones mayores y más copiosos a medida que nos aproximábamos a la línea equinoccial.

Al acercarnos a la costa africana y al dar vista a la isla de Santo Tomé, nos vinieron cuatro canoas a vendernos gallinas, huevos, cerdos y pescado. Divisamos la costa de África y el río Clara Días.

A las cinco de la tarde largamos el ancla, sin que se viera ningún buque sospechoso en el viaje. Tomamos un práctico negro para remontar el río, y por la mañana seguimos contra corriente hasta un punto en donde el factor Álvarez indicó como el mejor para fondear.

Se sujetó la fragata con cuatro amarras, y al día siguiente el factor Álvarez y yo fuimos a presentarnos al reyezuelo.

Este reyezuelo tenía pretensiones de sabio y pasaba por hechicero. Le llamaban Mchavi *el Mago*. Era un negro repugnante, que no tenía arte más que para eructar y ventosear. Llevaba una casaca azul con charreteras y galones, pantalones blancos y tricornio. A pesar de su aire asqueroso, de su estupidez y de su crueldad, se le tenía como a un santo.

Cuando escupía era indispensable cubrir sus salivazos de tierra o de arena; tal poder tenía su saliva para hacer con ella operaciones mágicas.

También guardaba sus pelos y sus uñas y los restos de su comida, para que no los cogieran los hechiceros enemigos del pueblo e hicieran con ellos sortilegios.

Mchavi no quiso que fuéramos a verlo de día, pues se creía en la aldea que si entraban los blancos con luz iban con ellos los diablos; así que fuimos de noche.

Álvarez convino con el reyezuelo el cambiar treinta pipas de aguardiente por cien negros. Alquiló el factor dos barracas, y, pagados los derechos, se fue a tierra el tercer piloto, dando principio a la compra a razón de dos y tres garrafones por cada muchacho.

Nos sucedió el caso de que algunos negros libres se vendieron a sí mismos y se

hicieron esclavos por el gusto de pasar cuatro o cinco días seguidos bebiendo aguardiente.

Como el *Especulador*, un bergantín propiedad de Fourcade, había dejado en tierra en otro viaje ochenta pipas vacías, el contraмаestre, con la mayor parte de la tripulación, se ocupó de limpiarlas, llenarlas con agua del río y estibarlas a bordo.

Para preparar el sollado, los marineros forman divisiones con trozos de bambú, poniendo como relleno pipas, barriles de carne, de tocino y víveres para los negros.

En estas faenas cayeron enfermos de fiebres ocho marineros, con calentura alta, la piel roja, los ojos abultados y la lengua negra. Unos días después murieron cuatro.

El factor compró doscientos cuarenta negros, y me dijo: «Usted zarpe con ellos. Yo me voy a quedar en África a comprar más gente; si usted llega salvo a Cuba, vuelva usted pronto con el buque con otras doscientas pipas de aguardiente. Para su regreso tendré listos trescientos negros, que podré comprar rápidamente con la talega de onzas que me ha enviado Fourcade».

Se efectuó el embarque de los negros a las nueve de la noche, con luna clara y poco viento de tierra; salimos al mar llevados por la corriente; pasamos a larga distancia al norte de la isla de Santo Tomé, y se gobernó al oeste hasta hallarnos en el meridiano del cabo Palmas.

A los doce días de nuestra salida amanecimos, sin viento, al costado de un buque de guerra inglés; nos largó la bandera y el gallardete, y me dijo su comandante, con la bocina en la mano, que esperase. No hubo más remedio. Era imposible escapar.

Subieron los ingleses sobre cubierta; principiaron a gritar «¡Hurra! ¡Hurra!», y con sable en mano atacaron a los pocos marineros míos. En seguida trasladaron la tripulación a bordo, menos al cocinero y a mí, y en nuestro buque se embarcaron quince marineros curmanes, ocho blancos, un contraмаestre y un oficial de presa, y nos dirigieron a Sierra Leona. Dos días tardamos en llegar. Sin pérdida de tiempo, se hizo el desembarque de los negros; nos llevaron al cocinero y a mí al tribunal de las pelucas, presentándonos ante el oficial obeso de los ojos abultados. Este buen señor me recibió riéndose.

—Osté ser un reincidente extraordinario —me dijo—. Los vascos ser raza de una terquedad inaudita... Cabezas muy duras. ¡Oh, yes, yes..., ja..., ja..., ja...!

Sin hacerme ninguna pregunta, aquel estúpido formó por sí solo la sumaria, que duró más de una hora; yo, sentado, le miraba escribir; luego nos dio un papel para presentarlo en la comisaría, y al despedirse, dándome una palmada en el hombro, me dijo: «Osté, señor Embil, ser un capitán negrero mucho desgraciado.

¡Oh, yes, yes..., ja..., ja..., ja...! Le voy a dar a osté quince días de ración en chelines... ¡Ja..., ja..., ja...!», Le di las gracias y me marché a la comisaría a cobrar.

En el puerto estaba, por entonces, una goleta portuguesa cargada de sal, que volvía de Cabo Verde con arroz. Visité al capitán de este buque, y me dijo que en Santiago-playa, de Cabo Verde, había un bergantín español mandado por don José de Tito, de San Sebastián, casado con la hija del gobernador de la isla, y que este bergantín marchaba a Santiago de Cuba.

Arreglé mi pasaje con el portugués, y como partía en aquella semana, me presenté en la casa de tablas; me entregaron la carta de condena y mi pasaporte, y en lugar de ración de viaje me dieron cuatro libras esterlinas. Llegué a Santiago-playa y fui a visitar a Tito; me recibió como buen compañero y paisano, y durante mi permanencia en la isla estuve hospedado en su casa.

Salimos poco después para Santiago de Cuba y tardamos treinta días; me presenté a las autoridades, y el capitán Tito me proporcionó el mando de la goleta *Aurora* para ir a la isla de Jamaica^[174].

En el tiempo que permanecí por entonces en Jamaica vi cosas bastantes extrañas, y, sobre todo, vi colgar a muchos negros por sospechas infundadas de robo, de envenenamiento y de hechicería, por las autoridades inglesas. También supe cómo unas señoras se habían divertido persiguiendo a los negros con perros. Cuando el desgraciado fugitivo, atacado por los perros, imploraba compasión y misericordia de los que le perseguían, se reían de sus sufrimientos, y se le perdonaba o se le cortaba la cabeza, según el capricho de aquellas damas. Estos ingleses son así: hablan mucho de la crueldad y de la inmoralidad de los demás; pero cuando llega el caso, ellos son peores que nadie^[175]. Después me coloqué de capitán en el bergantín goleta *El Intrépido* con un sueldo de ochenta pesos mensuales. Este barco, con bandera colombiana, navegaba por la Coste Rorme.

El armador era un mulato, cónsul de Nueva Granada en Jamaica, hijo de Puerto Cabello. Tomé una tripulación de blancos y negros; de piloto, un inglés, y de sobrecargo, un indio.

Mis viajes primeros tenían por objeto comprar caballos. Iba a Riohacha^[176], para los puertos de Sabanilla y Barranquilla. Sabanilla está en la costa y Barranquilla más en el interior, cerca del río Magdalena. Después pasé de estos puertos a Cádiz a cargar vinos de Jerez. Hice varios viajes de ida y vuelta, hasta que el armador, el mulato colombiano, me dijo que había vendido el buque a don Juan Manuel de Lusárraga, comerciante residente en La Guaira, y que si quería podía seguir en el barco. Seguí.

En un viaje de Sabanilla a Cádiz, estando a la vista del cabo Tiburón, en el extremo occidental sur de la isla de Santo Domingo, nos sorprendió un huracán. En nuestro barco se soltó la amarra del ancla y embestimos sobre un buque inglés y le

rompimos el botalón del foque. En seguida dimos fondo a la segunda ancla, y el barco se quedó atravesado sobre las dos cadenas de una fragata rusa.

Ningún auxilio se podía recibir de tierra, ningún falucho cruzaba la bahía, cuando un bergantín goleta se nos acercó. Le pedí yo ayuda, y salieron seis marineros vascos; vinieron a mi buque y consiguieron sacarlo de aquel peligro. El capitán de este barco era Manuel de Basterrechea, capitán del bergantín goleta *Hernán Cortés*, natural de Mundaca^[177].

Convidé yo a beber al capitán y a los seis marineros que me habían sacado del apuro y brindamos por nuestro país.

DEJÉ EL BARCO, EN DONDE ME PAGABAN POCO; fui en otro a Pernambuco, después a Río de Janeiro, y aquí me ofrecieron el mando de una fragata que iba a Valparaíso, dando la vuelta al cabo de Hornos^[179]. Acepté. La tripulación era mala: gente de garito y de presidio; había tres grupos: brasileños, portugueses y mallorquines. El piloto, un portugués, era un hombre nervioso; comprendí a los dos o tres días que no me serviría de gran cosa; decía que estaba enfermo, pero era, sobre todo, apocado e inútil.

Bajamos por la costa del Brasil y nos acercamos a la del Uruguay, y después a la de la Argentina. Tuvimos un viento muy fuerte, que llaman allí el «pampero».

El pampero es, como la galerna del Cantábrico, un viento impetuoso, al cual sigue un chubasco torrencial. El peligro del pampero es el golpe imprevisto; del primer envite rompe, a veces, las velas y tumba los palos; el segundo peligro es la cantidad de agua que cae, que en ocasiones es tal, que las velas, empapadas, no permiten moverse al barco.

A los dos días de salir, los vientos fueron tan fuertes, que un golpe de mar nos abrió un boquete y comenzó a entrar agua.

Hubo que acudir a las bombas y se me sublevó la marinería.

Se me acercó una comisión, formada por el sobrecargo, un contramaestre y dos gavieros: «Venimos a comunicarle, de parte del equipaje, que o se arriba a un puerto o que, si no, todos abandonamos las bombas»^[180].

Les pedí dos días de prórroga, y como el viento no era favorable para retornar, se tapó el agujero con estopa y alquitrán y se siguió adelante.

Al día siguiente de la comisión tuve otra trifulca con unos marineros portugueses de la isla de Madera, y en la lucha le pegué a uno de ellos un palo y le tumbé sobre la cubierta; luego mandé ponerle un par de esposas y que lo curasen. Más tarde supe que este marinero estuvo condenado por un capitán americano, que lo dejó en tierra en el cabo de Hornos y permaneció allí seis años.

Yo no podía contar con el piloto; tenía que fiarme del contramaestre, que hacía sus veces, y de uno de los guardianes, a quien odiaba la tripulación. Una mañana amaneció en el barco un hombre muerto; al día siguiente, otro. No pude averiguar quién los había matado. Dos días después, oí gran barullo, me puse en pie y vi al contramaestre, al guardián y al sobrecargo con el cuchillo en la mano rodeados de gran parte de la tripulación, que les amenazaba. Yo, desesperado, cargué un trabuco con doce balas, me acerqué a ellos y les dije «Los oficiales, a popa, y los marineros, a

proa; de lo contrario, no queda uno vivo».

Sin duda, el tono con que expresé mi amenaza hizo efecto. Se dividieron al momento; mandé a los marineros que bajaran a la bodega, y acto continuo, con el contramaestre y con un gaviero, se registraron los sacos y los cofres de la tripulación. Se hallaron treinta grandes cuchillos, que mandé arrojar al mar, y se les quitó las facas y navajas de la cintura. Averiguado quiénes habían sido los cabecillas, tres brasileños y un mahonés, mandé al carpintero que pusiera a cada uno un par de grillos.

Cuando llegamos al meridiano del cabo de Hornos comenzaron los chubascos de nieve y un viento tan fuerte que nos llevaba volando. Corrimos el temporal sobre unas olas como montañas, con el agua que se metía en el barco y no nos permitía encender la cocina.

Toda la costa que se ve al remontar el cabo de Hornos es triste y sombría. Por entre la bruma aparecen rocas negras combatidas continuamente por el oleaje, bancos de hielo, en un cielo amenazador. El cabo de Hornos es suficiente para producir el terror y la melancolía al espíritu más fuerte. Nos cruzamos en el cabo con buques que navegaban en todas direcciones.

No cesaba de nevar día y noche; los marineros, siempre con la pala en la mano, echaban la nieve al mar, soplándose los dedos, morados de frío, y sin poder dar la cara al viento.

La tripulación se encontraba verdaderamente asustada; un anochecer llegaron^[181] a bordo una manada de patos salvajes; los matamos desde el barco y los comimos casi crudos; poco después se puso un cariz muy feo, y yo mandé, por si acaso, rizar las velas.

A las nueve de la noche comenzó un temporal furioso de viento; le di popa; si no, no sé qué hubiera sido de nosotros. En la primera furia no dejó ni un trozo de vela en los palos; se los llevó como si fueran sábanas podridas.

El mar nos confundía, nos aturdía; parecía que el cielo caía al agua y se mezclaban los elementos.

Tres días corrimos a palo seco, dando bandazos a derecha e izquierda, gobernando a la buena de Dios, saltando sobre las olas, como montañas. Nadie pensaba en comer ni en beber; nuestras caras estaban pálidas, desencajadas, y nos temblaban los huesos como a viejos esqueletos; yo me guiaba para el viento de un pañuelo atado a uno de los palos.

Uno de estos días se nos echó encima una niebla espesísima. Recomendé vigilancia a la tripulación; pero esta se hallaba desmoralizada y no había manera de sujetarla.

Al anochecer de este día brumoso, de pronto oí gritos, y salí de mi cámara a ver qué ocurría.

—Un barco nos sigue —me dijeron varios marineros espantados.

Efectivamente; se veían entre la niebla unas velas gigantescas; pero al fijarme

bien, comprendí que se trataba de un banco de hielo. Me lancé de prisa al timón y pude sortear el peligro del choque.

En aquellos días mi piloto me abandonó por completo y se metió en la santabárbara^[182], donde puso su litera. El contraestre me trajo la noticia de que el piloto decía que estaba muy enfermo; no podía trabajar y no reclamaría el sueldo.

Tres días duró aquella agonía. Cuando bonanzó el tiempo y dejamos las proximidades del cabo de Hornos, preparamos nuevas velas. Nos cruzamos con tres fragatas balleneras. En cuanto marchamos al norte, por el Pacífico, el tiempo mejoró y vimos grandes bandadas de pájaros de mar, de todos colores, que los marineros mataban a palos; tal era su abundancia.

Al mejorar el tiempo, el piloto apareció sobre cubierta, diciendo que ya estaba bueno.

La vuelta otra vez por el cabo de Hornos se efectuó con dificultades no muy grandes.

Hice un segundo viaje de Río de Janeiro a Valparaíso y de Valparaíso a la Australia, con temporales y borrascas.

Al llegar a Río de Janeiro pasé una semana reponiéndome, porque estaba verdaderamente cansado. Me encontré con un paisano capitán de barco, que iba a Cuba, y me marché con él. Cuando hice el balance de mis ganancias durante la temporada, vi que no llegaban a quinientas pesetas. Indudablemente era mejor Sierra Leona y los ingleses que las tempestades del cabo de Hornos^[183].

UNOS TABAQUEROS DE LA HABANA, catalanes, Riu y Puchol, mandaban expediciones de barcos a la costa de África a comprar negros. Sus factores en África eran un gallego, del puerto de Gallinas, y un portugués, de una factoría del interior.

Se hallaban tres de los buques de Riu y Puchol esperando la carga cuando cayeron prisioneros de los ingleses. Los tabaqueros se lamentaron de su suerte, y entonces un hacendado y comerciante criollo de La Habana, Céspedes, dueño de muchos buques, hizo una propuesta a los catalanes, diciéndoles que les habilitaría a su cuenta un bergantín goleta de mucha marcha para conducir un cargamento de negros desde el puerto de Gallinas, pagándole a él, como de costumbre, el cincuenta por ciento o mitad del valor de los negros que llegaran a salvo.

Céspedes me llamó y me ofreció el mando del bergantín con el sueldo de una onza de oro por cabeza y cien duros al mes. Yo acepté.

El bergantín goleta se llamaba *La Clemencia*, nombre que en barco negrero demostraba un sentido completo del humor. Se llevó *La Clemencia* al muelle de Tricornia a habilitar de aguada, sollado, velas y a recorrer toda la arboladura.

Céspedes me dijo que había encontrado un piloto excelente. Cuando le vi me quedé sorprendido: era Hertz, el reclutador de falsas tripulaciones de Nueva Orleans, el amigo del Vizconde. Hertz estaba muy variado; tenía unas placas rojas en la cara, muy feas, y una pierna que le renqueaba. Algún engañado por él le había herido en la pierna de un tiro. Él me conoció en seguida y me dijo que la vida se le había hecho imposible en Nueva Orleans.

Yo indiqué al señor Céspedes la clase de oficio que tenía Hertz en los Estados Unidos, pero el armador no le concedió a aquello mucha importancia. Yo le dije: «Está bien. A mí nada me importa». Acepté a Hertz con la idea de vigilarle constantemente.

Como el capitán general de la isla de Cuba había ordenado por entonces que no saliera de La Habana ningún buque para las costas de África, los comerciantes negreros decidieron mandar sus barcos a Cabañas, en donde se formó una colonia negrera de alto bordo. Céspedes determinó mandar *La Clemencia* a Cabañas en lastre. De segundo piloto tomé a un catalán, Soler, y de tercero, a un andaluz, Casado. En Cabañas comenzaron a estibar las pipas de la aguada.

Se hallaba en aquel puerto la flor y nata de los barcos negreros: el *Galgo*, de don

Juán Manuel Manzanedo; el famoso bergantín *Palmira*, que hizo rico a su propietario, don Julián de Zulueta; el falucho *Relámpago*, que mandaba el capitán don Juan Negret, y los otros barcos de Riera, Xifré, Casal, Fourcade, etcétera.

Ya habilitada *La Clemencia*, llegó a Cabañas el yerno de Céspedes con el dinero para el pago de los gastos y los avances de marineros y oficiales.

Por entonces, el capitán general de la isla mandó a Cabañas una comisión de jefes militares con la orden de que no permitieran salir de aquel puerto ningún buque negro; mas nuestro armador, entre regalos y obsequios, consiguió que la comisión no hiciera nada.

Al día siguiente se embarcaron en *La Clemencia* sesenta mil duros en ocho cajoncitos, que yo debía entregar a los factores de la costa de África.

Íbamos, como he dicho, a Gallinas. El puerto de Gallinas se halla cerca de Sierra Leona, al lado de un río del mismo nombre, que desemboca próximo al cabo Mount, en un lugar donde avanza el agua constantemente corroyendo la tierra.

Salimos del puerto de Cabañas a las seis de la mañana y mandé poner vigía. El bergantín era de mucho andar y pensé que podríamos escaparnos si nos daban cara. Pronto desembocamos al canal de Bahama. Hertz se portaba bien. Allí no podía hacer ninguna granujada y cumplía su misión correctamente.

Un día que estábamos sentados a popa, le dije:

—Usted también ha debido [de] pasarlas buenas^[184].

—Sí, de todo ha habido —contestó él con indiferencia—; más malo que bueno, naturalmente. Yo soy hijo de un sargento de la policía de Hamburgo. No me ha gustado nunca la vida sedentaria. A los quince años andaba pirateando entre Hamburgo y Altona; a los dieciocho era piloto, y a los diecinueve había recorrido medio mundo.

»Nunca me ha gustado trabajar; prefiero cualquier cosa a trabajar, así que con frecuencia me he dedicado al robo en pequeña y en grande escala. Me encontraba en El Cabo ejerciendo mi industria latrocinesca cuando recibí una carta de mi madre en la que me decía que mi padre estaba muy enfermo. Fui a Hamburgo, no hice más que llegar, me pescó la policía y me metió en la cárcel. Me embarcaron para llevarme deportado, y del barco me escapé y me metí en un paquebote que marchaba a las Indias. Me detuve en Singapur, estuve empleado en un fumadero de opio, pasé a Hong-Kong y anduve navegando por el Pacífico, robando aquí y allá, siempre con suerte. Después pasé a La Habana, donde gané mucho dinero haciendo trampas en el juego, y me embarqué para Europa.

»En el barco venía un alemán llamado Stein, Von Stein. Este alemán era un comerciante minero que estaba siempre borracho. El capitán del barco, hombre severo, no quería dejarle entrar en el camarote mientras estuviera *briago*, como decía él, y le obligaba a quedarse en la cubierta. Un día nos sorprendió una gran borrasca, y a la mañana siguiente vimos que Von Stein había desaparecido.

»Al saberlo yo, entré en el camarote del alemán, saqué sus papeles y los sustituí

por los míos.

»Llegamos a Canarias, bajé yo a tierra y me decidí a ser una persona honrada. Era el señor Von Stein, comerciante. Puse un pequeño almacén en Las Palmas y al poco tiempo estaba arruinado.

»“Habría que volver a las antiguas mañas”, me dije, y, efectivamente, a la primera ocasión di un golpe. Tenía entonces veinticinco años. Me embarqué y no paré hasta Australia. Me establecí en una capital de distrito y puse una ruleta y un *saloon*. Mi casa era un nido de ladrones. La región tenía unos campos mineros que empezaban a producir mucho; había también ganadería, y los mineros y ganaderos iban a mi casa a beber, a jugarse el dinero y a batirse a tiros de pistola mientras el mozo tocaba el organillo.

»Yo entonces vivía con una muchacha de buenos sentimientos. Influido por ella y molesto de vivir entre granujas, me dije: “Me voy a retirar; voy a comprar una casa de labor y a dedicarme a la agricultura”. Lo hice, y en seguida comenzó mi ruina.

»Mis antiguos amigos de la taberna no podían permitir que yo quisiera ser un hombre honrado, y me amenazaban constantemente con denunciarme. Tuve que darles dinero, mis rebaños enfermaron, se murió mi mujer y me escapé a América; estuve en San Francisco, y luego en Nueva Orleans de reclutador, donde nos conocimos. Esa ha sido mi vida.

—Después de esa relación no le chocará a usted que yo le vigile —le dije yo.

—¿Para qué? Aquí en este barco no le puedo dar a usted ningún mal golpe.

—Sin embargo...

—Haga usted lo que quiera; pero, créame usted, no tengo ganas de aventuras, sino de acabar. Estoy sifilítico y ya esto durará poco.

Por si acaso, yo no le perdía de vista.

A la semana de salir de Cabañas cantó el vigía, a las once de la mañana, vela por tierra, y reconoció el piloto un barco inglés. Como nosotros nos hallábamos al socaire de la tierra, estábamos en calma, y, en cambio, el buque de guerra, con viento, se nos acercaba. Eché un bote al agua con todos los marineros y remolcaron el buque hasta coger la brisa. El barco de guerra lanzó al agua dos botes para apresarnos, mas nosotros nos pudimos alejar de prisa.

El buque de guerra nos dio caza durante horas. El demonio del barco corría mucho; oscureció, y vino la noche, con una brisa fresca. *La Clemencia* hizo once nudos por hora. Amaneció y no se vio ninguna vela. Al tercer día recalé en la misma boca del río Gallinas, mandé echar a tierra un bote y embarqué en él los sesenta mil duros.

Unas horas después apareció una canoa grande, y dentro el factor, el portugués, que me dio el recibo de la cantidad entregada.

—Lo que debe usted hacer —me dijo— es marcharse con el buque hacia el banco

de Santa Ana y esperar allí seis días. Es el tiempo que yo necesito para reunir [a] los negros del interior en mi barraca.

—¿Cree usted que en Santa Ana no habrá ingleses? —le pregunté.

—Creo que no. No he oído nunca que haya cruceros de buques de guerra en el banco de Santa Ana ni en la boca del río Shebro.

—¿Y cuándo vuelvo?

—A los seis días vuelve usted otra vez a Gallinas a recibir el cargamento.

Al oscurecer me largué con rumbo al banco de Santa Ana, y allí fondeé cerca de una isla y amarré en una gran piedra de un islote con un nudo corredizo de esos que llaman los marinos «ahorcaperros». El tiempo estaba en calma chicha.

Al tercer día, al amanecer, el centinela cantó buque por la parte nordeste; desamarré en seguida y se largaron todas las velas, y hasta las dos redondas, pero no había brizna de viento.

A las siete de la mañana el buque nos disparó un cañonazo con bala; nos agujereó una vela; el segundo cañonazo nos dio en la proa; el tercero nos hizo un agujero en la mayor; la cuarta bala nos rompió el foque, y la quinta, un colinazo con palanqueta, nos echó los dos masteleros, quedándonos desarbolados por completo.

Estábamos a milla y media de una de las islas. Hertz y el tercer piloto me preguntaron si podían llevarse el bote.

—Lo que ustedes quieran. Se fueron.

Poco después salieron del barco de guerra dos lanchas con marineros, que comenzaron, como siempre, a sablazos con la tripulación. El oficial de presa reconoció mi barco, halló a bordo la aguada y los víveres de los negros, me pidió los papeles y le entregué la licencia.

Llegó el buque a nuestro costado, y, notificado el comandante del barco de guerra por el oficial de presa, comenzaron los «¡Hurras!». El comandante inglés, míster Bool, me ordenó que me trasladara a bordo de su buque, la fragata *Terpsícore*^[185].

—Tendrá usted que estar en la cárcel de Sierra Leona hasta que se averigüe quién es usted —me dijo.

—Muy bien.

Después, hablando en su camarote, me pidió que le dijera la verdad de mi viaje, y se lo conté. Expliqué cómo me había comunicado con tierra y dejado en Gallinas sesenta mil duros antes de ir al banco de Santa Ana. Al saberlo, el inglés se quedó desesperado; me preguntó, candidamente, si no traía más dinero en el barco; le contesté que no; se lamentó mucho y me entregó una carta para el presidente del tribunal de Sierra Leona para que no me hicieran mucho perjuicio, convidándome después a unos bizcochos y a una copa de jerez.



VII
CALAMIDADES

LLEGAMOS A LOS TRES DÍAS a Sierra Leona, largando el ancla cerca de tierra. Durante la noche hubo a bordo mucha camorra, borrachera y robo de víveres entre los oficiales. El piloto Soler me decía que jamás había presenciado espectáculo semejante.

—Es una cosa extraña entre gente que parece distinguida.

—¡Qué distinguida! El traje es lo único distinguido de estos bárbaros. Son tan farsantes como hipócritas.

Yo estaba irritado contra mi suerte. Hay que reconocer que entre los ingleses, aunque abundan los egoístas y brutos, hay también buena gente.

A las dos de la madrugada, el oficial de presa, completamente borracho, se empeñó en quitar a Soler el reloj. Soler se puso furioso y amenazó al oficial; este sacó su espada y quiso atravesarle con ella. Yo me mezclé en la cuestión, lo hicieron también los amigos del oficial, y entre todos pudimos hacer las paces.

Llegó el día, y al comandante encargado de las declaraciones le expliqué lo que pasó a bordo con el oficial de presa y con mi piloto, y aquel borrico se echó a reír.

Como de costumbre, nos dejaron solo con la ropa puesta, quitándonos hasta los relojes; salvamos nuestros nombramientos poniéndolos en la planta de los pies. Pregunté por el oficial obeso y de los ojos abultados, y me dijeron que había marchado gravemente enfermo de fiebres a Inglaterra.

Nos presentamos, como siempre, ante el tribunal de las pelucas, que decidió vender *la Clemencia* en pública subasta.

En Sierra Leona hallamos muchos prisioneros portugueses, italianos y españoles. Entre ellos había una tripulación despreciada; era de un brick-barca, que salió de Lisboa armado con coliza de treinta y seis, dos carronadas y sesenta hombres de tripulación, catalanes y portugueses, para llevar negros a la isla de Cuba, y que se entregó a una lancha cañonera inglesa de poca fuerza. Los demás negros despreciaban por su pusilanimidad a aquella gente. El comandante inglés llamó cobardes a los oficiales. Los ingleses son así.

Un bergantín goleta, brasileño, que cayó prisionero con negros, se vendió por entonces en pública subasta por setecientos duros. Entre los negreros hicimos una suscripción para comprar aquel barco, y el presidente de condenas nos dio permiso para marchar a Río de Janeiro.

Todo se arregló en poco más de una semana, los víveres y la aguada; después se echaron suertes para decidir quiénes habían de ser capitán y pilotos. El cargo de

capitán le tocó a un italiano y el de primer piloto a mí.

Nos embarcamos hasta ochenta y tres marinos, la mayor parte enfermos con calenturas, todos flacos, cadavéricos, hechos unos esqueletos; el único rozagante era un cirujano, judío, de Alejandría, de un barco negrero, a quien llamábamos en broma *el Doctor Diez Arrobas*.

Se veía en él que era de la raza elegida por Dios, porque estaba gordo como uno de esos animales cebados por el hombre y que son la abominación de la raza de Israel^[186].

Butti, nuestro capitán, era hombre alegre, del norte de Italia, del Bergamasco. Hablaba mucho, contaba cosas curiosas de todas partes y era muy burlón. Se burlaba también de sus paisanos. Solía recitar una retahíla sobre las gentes del norte de Italia, que era así:

*Veneziani, gran signori;
padovani, gran dottori;
vicentini, mangia-gatti;
veronesi, mezzi matti;
bresciani, taglia cantoni;
begamaschi, gran coglioni.
Nel vuol anche de più tristi?
Y Cremaschi abruccia-Cristi.*

Él, como bergamasco, era *gran coglioni*^[187].

Entre los tripulantes españoles había bastantes catalanes, unos cuantos gallegos y cinco vascos.

Durante el viaje se sucedieron toda clase de calamidades. El agua de las barricas comenzó a pudrirse y a llenarse de renacuajos y de gusanos, hasta tal punto que no se podía beber. Los que dan importancia a las palabras decían que el agua se había mareado; a mí, como las palabras no me dicen gran cosa, esto del mareo del agua no me añadía lo más mínimo al conocimiento. El hecho era que el agua no se podía beber por su suciedad y su mal gusto.

Luego, el barco entero estaba lleno de ratas y de cucarachas; se las encontraba uno en todas partes, sobre todo allí donde podían dar más asco.

El día que nos hicimos a la vela nos llevó en convoy un bergantín de guerra inglés, el *Discovery*, hasta dejarnos a cien leguas de la costa^[188].

Hicimos rumbo al cabo Frío. Al pasar la línea equinoccial hubo grandes calmas, disminuyó el agua y tuvimos que ponernos a ración. Al mismo tiempo la menestra se llenó de gusanos.

Nuestra comida consistía en un triste puchero con fríjoles agusanados, carne salada y ración de galleta, dura como la piedra.

A los doce días de marcha llevábamos nueve muertos arrojados al mar. ¡Nueve negreros al agua! ¡A servir de pasto a los tiburones! ¡Qué satisfacción para las gentes que escriben tonterías humanitarias en los periódicos de tierra adentro!

Nos hallábamos sobre la línea equinoccial y en calma, cuando uno de los marineros observó una mancha de agua negra como la tinta y vio el paraje lleno de grandes calamares. Nos pusimos a pescarlos. Eran calamares inmensos, de tres y hasta de siete libras.

Al día siguiente se repartieron los calamares y se guisaron varias cazuelas: unas a estilo catalán y otras a estilo vasco. A la hora de comerlos sentimos todos grandes retortijones en el vientre, como si tuviéramos el cólera.

Yo ya sabía que en las Antillas y en el golfo de México se solía padecer una enfermedad, que llamaban ciguatera, cuando se comían ciertos peces; pero no había oído decir que los calamares produjeran tan fuerte envenenamiento. Tres pilotos catalanes que estaban enfermos se murieron. Otros tres negreros para pasto de tiburones.

Hallándonos a unas ochenta leguas del cabo Frío, en el paralelo de Río de Janeiro, nos cogió un temporal de viento pampero que hizo pedazos nuestras velas remendadas. Hubo que aguantar a la capa de mala manera. Como casi todas nuestras velas estaban agujereadas, tuvimos que componerlas con la tela de las hamacas, poniéndoles un sinnúmero de petachos, como decíamos los vascos, y luego hubo que dormir sobre la cubierta.

Algunos gruñían y se quejaban; otros reñían; el capitán Butti cantaba.

Los vascos y yo nos dedicábamos, después del trabajo, a jugar al mus toda nuestra fortuna, que era poca, a maravedí^[189] la partida, y con el ansia de ganar y el miedo de perder nos pareció el viaje casi corto; yo perdí todo el dinero que me quedaba.

Cuando calmó el viento pudimos llegar a Río de Janeiro, hicimos dos días de cuarentena en observación y en seguida de pisar tierra nos dispersamos. Visité al cónsul español para pedirle auxilio, y me dijo que lo que iba a hacer era meterme preso. Según él, desacreditaba a España como negrero.

Sin un real en el bolsillo y sin comer pasé unos cuantos días, hasta que supe que en aquel puerto, al mando del bergantín argentino *Cacique Catrie*, se hallaba un paisano mío, don Ramón Aldecoa. Fui a visitarle y Aldecoa me llevó a vivir en su buque.

A los quince días me propusieron el mando de un bergantín para la costa de África. En el intermedio, un riojano de Santo Domingo de la Calzada, tabaquero, que allí llaman charuquero, me prestó cien pesos para que pudiera vestirme y comprar los instrumentos necesarios.

SEXTA PARTE

ÚLTIMOS INTENTOS

ME SUCEDÍA QUE, COMO NEGRERO, me había desacreditado, y ya no podía encontrar plaza de capitán en un barco de comercio. Decidí seguir en la faena.

Ahora mis armadores eran don José Bernardino de Saa, portugués muy rico; don Francisco Roviroza, cubano, de origen catalán, y otro comerciante catalán, don Pedro Romaguera.

El buque cuyo mando tomé se llamaba *La Cruz del Sur*, bergantín con bandera brasileña. Mi ajuste era ocho mil quinientos contos de reis, unos nueve mil duros, si llegaba a salvo con la expedición, y de lo contrario, nada. Mi piloto se llamaba Severiano Sandeira, brasileño. Me hice cargo del buque, tomando a bordo dos guardianes, un contramaestre, doce hombres de tripulación, cocinero, mayordomo y mozo.

Para la habilitación del bergantín tuve que marchar en lastre a Río San Juan, pueblo del Brasil, en la parte norte del cabo Frío.

Llegamos a Río San Juan; subimos cuatro millas río arriba y amarramos el buque en el muelle; se echó el lastre a tierra y se dio principio a la estiba de las pipas de la aguada. Como en este país abunda mucho la madera, el aparejador y los carpinteros mulatos armaron al momento el sollado, en la bodega, para los negros. Luego se embarcó leña en abundancia, mucho tasajo y habichuela de color oscuro.

Salimos de Río San Juan, despachados, para San Pablo de Loanda. Mis instrucciones eran dirigirme al puerto de Benguela^[190] a recibir un cargamento de negros dispuesto para embarcar.

Pensaba que mi remontada sería muy breve. Marché, con brisas frescas, al este, hasta tanto que entré en los vientos variables del tercer cuadrante^[191], y puse la proa al puerto de Benguela.

A los diecinueve días de mi salida me hallaba al norte de la isla de Santa Elena^[192], cuando amaneció a mi costado, al salir el sol, una fragata de guerra. Izó la bandera inglesa y un gallardete, cargó sus velas y se acercó a nosotros. Yo le largué la bandera brasileña, y sin hacerle caso seguí mi rumbo. En esto me disparó un cañonazo sin bala; yo seguí adelante; pero empezaron a tirar con bala y hubo que detenerse.

Nos cogieron, como en los viajes anteriores, y nos llevaron a la isla de Santa Elena; el tribunal decidió que la presa era buena.

En la isla, otros marineros negreros me dijeron que, cuatro días más tarde, salía para Pernambuco^[193] el bergantín alemán *Hamburgués*; todos tenían ya arreglado el pasaje por dos libras esterlinas y la obligación de comer con los marineros a proa.

Al día siguiente me presentaron al capitán del *Hamburgués*, que me admitió en su

barco. Algunos marinos estuvieron en la isla a ver el sepulcro de Napoleón^[194]. Yo no sentía curiosidad por este aventurero, que no era más que un pirata de tierra en grande.

Llegó el día de salida, y nos embarcamos en el bergantín alemán cinco capitanes para el puerto de Pernambuco. Tardamos dieciséis días en llegar, e inmediatamente yo partí para Río de Janeiro.

EL MISMO DÍA [EN] QUE LLEGUÉ A RÍO DE JANEIRO me presenté a mi armador, don Bernardino de Saa; le conté los incidentes de mi viaje, y me preguntó:

—¿Tiene usted inconveniente en emprender otro al río Congo en busca de negros?

—Ninguno.

—Mi factor me ha escrito que ha comprado cuatrocientos.

—Pues nada, puede usted contar conmigo.

Saa determinó comprar un bergantín goleta brasileño, el *Adamastor*. El barco era viejo, seguro, pero pesado; de escasa altura: lo que llaman los marinos raso, de poco puntal.

Para buque de carga estaba bien; pero para negrero era malo por la poca velocidad. Yo me temía que iba a caer prisionero como las otras veces.

Mi contrato con el armador fue parecido al de la vez anterior: me pagaría quince duros por cabeza de negro que llegara salvo, y si no, nada.

Fuimos, como la otra vez, con el buque a Río San Juan; llevaba como piloto [a] un gallego apellidado Ruiz, y una tripulación mixta de portugueses y brasileños. Diecinueve días permanecimos en Río San Juan para habilitarnos de todo, y en seguida emprendí mi viaje, con las brisas flojas a la remontada, para el sur.

A la semana de navegar, le comenzaron a mi barco a abrísele las costuras^[195].

A los quince días recalamos en el cabo Padrón, a la entrada del río Congo. Estaba yo estos días con un poco de fiebre. Siempre me volvía de cuando en cuando la intermitente. En seguida de llegar se nos acercó una lancha cabinda, y el timonel nos dijo, chapurreando el castellano:

—No hay novedad; tranquilidad completa.

—¿No ha habido por aquí algún barco?

—Sí; ha estado en Baldonado un barco de guerra inglés, que se hizo a la vela para la isla de Santa Elena.

Al timonel de la lancha cabinda le entregué una carta para el factor, diciéndole que acababa de llegar y que me hallaba con todo lo necesario para cargar [a] los negros. Al comenzar la brisa, subí, río arriba, hasta echar el ancla.

Había fondeado en la ensenada de los Gallegos cuando me sucedió un lance que pudo tener consecuencias desagradables. Llegaron al costado seis canoas de kacongos con víveres frescos, ofreciéndome de paso [a] una negra joven y de buena presencia.

—Te la damos por dos onzas de oro, capitán —me dijeron.

Me pareció barata, y la compré.

Al día siguiente, por la mañana, se acercó al buque una canoa grande, tripulada por doce negros. Dentro de la canoa iba un jefe de alguna importancia.

—¿Tú, capitán, comprar negra joven? —me preguntó.

—Sí; por dos onzas.

—Es mi hija, hija mía. Robar esos perros malditos. Devuélvemela.

—No hay inconveniente. Devuélveme tú las dos onzas.

—Un tiro.

—Yo no estoy dispuesto a perder el dinero por ti; dame las dos onzas y te devuelvo [a] la hija.

—Un tiro a ti. O devolver mi hija, o tomar tu barco y matar a todos.

—Ven si te atreves, morrudo.

El negro se puso furioso, gritó que sus guerreros asaltarían mi buque y nos degollarían a todos, y después de dar grandes alaridos y de hacer muchos gestos se marchó.

Lo curioso fue que la negra, que nos dijo que se llamaba Katucha, y que había visto a su padre en la canoa, no quería marcharse del barco. Andaba haciendo muecas a un grumete, que, sin duda, le gustaba. Se le explicó por señas que su padre y sus parientes venían a llevársela; pero ella de ningún modo pensaba marcharse: primero, por el grumete, y luego, porque, por lo que dijo con una mímica expresiva, en su casa la zurraban.

Yo decidí marcharme a la otra orilla; pero no había viento para cruzar de prisa, y determiné preparar todas las armas y municiones sobre cubierta. Levanté el ancla, largué las velas y avancé despacio llevado por la corriente.

A las once de la mañana, cuando comenzaba la brisa, aparecieron por entre los manglares más de cuarenta canoas armadas; rodearon el buque y principiaron a disparar tiros y flechas; mi tripulación contestó, parapetándose en la borda, y causamos a los negros algunas bajas; al llegar al territorio de otra tribu salieron, en contra de aquellas, otras tantas canoas de negros y les obligaron a retroceder.

Me hallaba en la punta de Lenha esperando la aguada y la terminación de los preparativos para el cargamento de los negros, cuando se acercó al barco una canoa, y el del timón me presentó una carta que decía: «Estoy aquí, en una factoría. Ven inmediatamente en la canoa; te aguardo para comer. *Chim*».

Me alegré [de] que Chimista estuviera allí.

Entré en seguida en la canoa, y fuimos a favor de la marea durante cuatro o cinco horas hasta un pequeño muelle. Entramos en una gran choza de bambú con el tejado de hierba. Era la factoría. A Chimista, que salió a recibirme, lo encontré tostado por el sol. Hablamos largamente y me dio una comida espléndida. Vivían con él Zacar, Cigardi y los demás vascos amigos. En otra barraca lejana habitaba un socio suyo, el

doctor Mackra, con el Vizconde.

—Puedes quedarte aquí unos días —me dijo Chimista.

—No, porque tengo que cuidar de mi barco.

—No te ocupes de eso. Nosotros, los de esta barraca, y los de la barraca de al lado, vamos a ir también en tu barco, y el factor nos avisará con dos días de anticipación.

Chimista vivía cerca de la aldea, en una choza en el alto de un cerro. Habían formado una sociedad el doctor Mackra, el Vizconde, Chimista y los demás blancos para explotar las riquezas del interior.

Chimista hacía de médico en el país; tenía, por la mañana, en un patio, una gran consulta. Con su consulta conseguía hacerse amigos e influir en la aldea.

No se podía negar que había en todo cuanto hacía Chimista una gran superioridad; dominaba los hechos y no se dejaba dominar por ellos. Me dio una comida espléndida y charlamos mucho. Llevaba la vida de la factoría africana sin molestia alguna.

Según me dijo, por la mañana se despertaba a las ocho, se bañaba y bebía una copa de champaña frío; después despachaba su consulta, se lavaba y comía poco: jamón, huevos, dulce, unas copas de coñac. Luego iba a cazar, y por la noche caía dormido, como muerto, en su cama, envuelto en el mosquitero.

—¿Y bebes alcohol en este clima tan cálido?

—En estos países se suda tanto y el hígado tiene una actividad tan extraordinaria, que reacciona sobre el alcohol fácilmente. Dicen que los jesuitas, que han sido, sobre todo en América, viajeros y colonizadores, solían decir: «País frío, agua fría; país caliente, dale con el aguardiente».

—Ya veo que estás hecho un doctor.

—Hay que hacer de todo.

—¿Te las arreglas bien?

—Muy bien. Estudio medicina en obras antiguas, de hace doscientos años y más. Empecé leyendo aquellos libros que dejó el doctor Metaxa.

Chimista tenía grandes esperanzas en sus negocios.

—Ser joven, tener la cabeza fría y la voluntad fuerte, ver obstáculos a su paso y vencerlos. Esa es la vida; lo demás es vegetar —decía^[196].

Después de comer salimos de la barraca; aunque hacía calor, entramos en la canoa y fuimos río arriba.

—La verdad es que este río, el Zaira, es magnífico —dijo Chimista.

—¿Por qué le llamas Zaira?

—Así le llaman los indígenas.

—¿Has avanzado mucho aguas arriba?

—Bastante; pero no lo suficiente. Es uno un aventurero, no puede uno satisfacer curiosidades de geógrafo. Dicen los naturales que muchas millas arriba hay una gran catarata. Esta catarata la han visto algunos. Por encima de ella, hoy por lo menos, no

se sabe lo que hay.

—A mí no me chocaría que hubiera hasta demonios —añadí yo.

Íbamos por cerca de la orilla.

Teníamos delante la selva ecuatorial, su vegetación espléndida, sus cocoteros, sus palmas de aceite, el árbol de la cola, el pandano y la rafia y otros arbustos y hierbas para nosotros desconocidos^[197].

Era extraordinaria la cantidad de plantas parásitas que nacían en los troncos de los árboles; las lianas se entrelazaban, formando guirnaldas, haciendo espesuras inextricables.

Era la selva del trópico imponente y amenazadora.

El sol quemaba; la naturaleza mostraba su esplendor ardoroso, exuberante y malsano; las hojas eran de una verdura viciosa; el agua se llenaba en los charcos, al momento, de líquenes y de musgos; el cielo tenía un color gris. Se comprendía que la savia estaba allí en eterno movimiento. El bosque parecía una cosa confusa y llena de vida; los monos corrían de rama en rama; las panteras saltaban entre los ribazos, y las serpientes, enormes, suspendidas de los árboles por la cola, esperaban perezosamente su presa.

—Debe de ser peligrosísimo andar por esos bosques —dije yo.

—Iremos nosotros un día de estos. Es una naturaleza extraordinaria: hay perros que aúllan, tigres, hienas, chacales, monos como personas, que andan en dos pies; elefantes.

—¿Y habrá también serpientes venenosas?

—Sí; la lenta es una venenosa, y también lo es la copra, que escupe a la cara, y si le cae a uno la saliva a los ojos le deja ciego.

—Todo esto, unido al tifus y al paludismo, hace que este país sea verdaderamente un país ideal.

Después de nuestro paseo volvimos a la barraca de la factoría, cenamos, y de ella subimos a la choza, en lo alto de un cerro próximo, en donde habitaba Chimista. Allí me acosté, en mi cama, envuelto en un mosquitero, y dormí como un tronco. La temperatura, como en todos los países tropicales, era alta, pero muy soportable. El acceso de intermitente parecía que se iba pasando; me encontraba bien.

AL DÍA SIGUIENTE, DESPUÉS DE LA CONSULTA MÉDICA de Chimista, que yo presencié desde una ventana, comimos de la misma manera, con vinos generosos y con champaña al postre, y cuando pasó la fuerza del sol fuimos a visitar el poblado próximo.

No hicimos más que entrar por la puerta de adobes en la aldea, cuando vimos [a] un grupo de hombres, mujeres y chicos detrás de un negro, vestido de máscara, gritando y cantando.

El pueblo estaba alborotado. Chimista, que sabía algunas palabras en bantú, se enteró de que aquel hombre disfrazado representaba al diablo.

—Había oído hablar de ello; pero no lo había visto nunca. Tienes suerte en poder ver este espectáculo —me dijo.

El diablo llevaba un traje rayado horizontalmente de blanco y negro, hecho con cortezas de árbol. Ni una sola parte del personaje quedaba al descubierto, sin exceptuar las manos y los pies. La juntura de la chaqueta con el pantalón quedaba oculta por una faja de tejido de hierba. Cubría el rostro una careta de madera, esculpida y pintada, figurando la cara de un viejo con enormes anteojos, y un pedazo de piel gris formaba la peluca, tapándole completamente la cabeza.

Este hombre llevaba en la mano derecha un palo grueso, y en la izquierda, una carraca. Le seguía un muchacho con un saco para recoger las limosnas en una mano, y en la otra una campanilla. El diablo iba a desmenujar el pueblo y los campos próximos.

Este diablo hizo una porción de curiosas extravagancias; sin duda se hallaba convencido de ser el demonio; cantó, bailó, aulló, hizo sonar la carraca, se tiró en el suelo y pegó puñetazos y quiso morder a algunos de los espectadores.

Chimista le contemplaba con una gran atención. De pronto se acercó a él, le puso la mano en el hombro y quiso hablarle; pero el negro dio un aullido, e iba a echar a correr, cuando Chimista le sujetó por el brazo. El diablo quedó temblando y después se arrodilló en el suelo y dio varias veces con la cabeza en tierra en señal de sumisión y respeto.

Esta escena de taumaturgo hizo que la gente de la aldea contemplara a Chimista con una gran admiración, y algunos viejos y viejas, a su paso, se echaron al suelo a darse cabezadas en la tierra.

—He presenciado ataques, en el alba, a los poblados enemigos; esto nunca lo había visto —dijo Chimista—. Esos ataques son muy curiosos; hay pueblos que tienen la costumbre de amilanarse y no se saben defender. Los rodean los pueblos contrarios, comienzan los tiros y los flechazos y van cazando [a] hombres y mujeres

como quien caza conejos.

—¿Y no han encontrado algún medio de defenderse o, por lo menos, de tener un poco de valor? —le pregunté yo.

—Sin duda, no lo han encontrado. Cuando se espera una epidemia o un ataque de enemigos, esta gente sacrifica cabras y corderos y embadurna con su sangre las puertas de la aldea. La sangre de animales sustituye a la de los niños, que antes mataban los mumbos jumbos africanos. Estos, en su comienzo, eran hombres enmascarados, como el que hemos visto, que iban de casa en casa degollando niños, y pasaban por dioses o mensajeros divinos, encargados de buscar víctimas propiciatorias.

—Es raro que todos los dioses, en todas las religiones, para imponerse, tengan que hacer daño —dije yo.

—Hay una razón —contestó Chimista.

—¿Cuál?

—La razón es que los dioses no son más que la sombra de los hombres. Los hombres son malos e injustos; los dioses tienen que serlo.

—Así que tú crees: dime quién es tu dios y te diré quién eres.

—Es evidente^[198].



DESPUÉS CHIMISTA ME QUISO LLEVAR a ver al reyezuelo de la tribu, que era amigo suyo. Este reyezuelo, Shangui-Shanga, era viejo, de buen aspecto, y vestía una casaca roja, pantalones blancos, polainas y tricornio con una pluma de avestruz.

Shangui-Shanga tenía una choza de cañas de bambú, un patio con un pequeño cementerio de la familia y un museo con los cráneos de todos los enemigos vencidos por él, clavados en estacas, unidos a cabezas de elefantes, leones, tigres y chacales.

Era su Saint-Denis o su Escorial^[199]. Aquel panteón victorioso olía a perro, como todos los panteones, sean de reyes o de esclavos. Sobre las tumbas se veían trozos de vasijas rotas; en medio, una mesa para los ídolos. Entre estos ídolos, hechos de barro, vimos uno, con ojos de cristal y con un traje de cortezas de árbol, verdaderamente horrible.

El reyezuelo Shangui-Shanga nos recibió en su habitación, mandó que nos sirvieran aguardiente en unas copas pequeñas, y luego él bebió lo que quedaba en la botella.

Shangui-Shanga había aprendido un lenguaje mixto de español, inglés y portugués; se veía que era más inteligente que los demás jefes.

Después de beber, mirándonos a Chimista y a mí, dijo con un aire de curiosidad y de malicia burlona:

—Yo querer hacer a vosotros una pregunta.

—Haz la pregunta —indicó Chimista.

—Yo no comprender cómo los blancos, tan sabios..., hacer pólvora y escopetas tan buenas, trajes bonitos, barcos hermosos, luego pueden creer que los hombres, después de muertos y metidos en tierra y podridos, resucitar en el cielo... Eso, para mí, tontería..., tontería grande..., ilusión, nada más.

—Pero los blancos no creen que resucita el cuerpo podrido, sino el alma —contestó Chimista.

—Eso, yo no comprender... Para mí, tontería grande..., ilusión, nada más —repitió el negro.

—Pero también se mete una semilla, un grano en tierra y sale luego una planta —repliqué yo.

—No ser igual... —replicó él vivamente—. Semilla ser como un huevo..., dentro la vida nueva; pero gallina vieja, muerta y podrida, no renacer nunca..., hombre, tampoco...

—Tienes razón, Shangui-Shanga —contestó Chimista—. Nadie sabe todo, ni los negros ni los blancos, y el mundo, la esencia del mundo, es cosa ignorada, que nadie conoce y nadie conocerá.

—Yo no creer lo que dicen magos de aquí —añadió Shanguí-Shanga— de atraer lluvia y hacer sortilegios. Yo no creer... Todo mentira, todo mentira. Tampoco creer lo qué dicen vuestros magos, que hay dios en el cielo; entre las nubes... no hay nada... Mentira..., no hay nada... más que lluvia y viento, y calor y frío..., pero dios, arriba, no hay ninguno... Todo eso es mentira.

No íbamos a luchar con argumentos teológicos contra el negro, primeramente, porque yo, al menos, no los conocía. Yo no tenía deseo ninguno de debatir aquellas cuestiones, y me pareció que Chimista estaba de acuerdo con Shanguí-Shanga.

ESPUÉS DE ESTA VISITA volvimos a la aldea. Daba un poco de tristeza en aquel poblado negro, al anochecer, ver a los hombres, a las mujeres: unos trabajando, otros yendo con el cántaro por agua, a los niños jugando y gritando; todo quizá tan bajo, tan pobre, y, sin embargo, con el mismo carácter humano que un pueblo europeo.

—¿Y serán felices estos negros? —pregunté yo.

—¡Quién sabe! —contestó Chimista—. La gente parece más feliz cuanto más primitiva e ignorante. El niño es más feliz que el hombre; el negro, más feliz que el blanco^[200].

—¿Así que tú crees que el conocimiento trae la desgracia?

—Me inclino a creerlo; pero no quiero pensar, es cosa que entristece. Vamos.

Marchamos a la factoría y hablamos largamente.

—La verdad es que el negro no se diferencia mucho del animal —dijo Chimista^[201].

—Ni el animal mucho del hombre —añadí yo.

—Tienes razón —aseguró él.

Como nos interesaba esta cuestión de los negros, hablamos largamente de ellos. Me explicó los caracteres y diferencias de los que él había conocido: de los mandingos, cacongos, songos, musorongos, lundas, okandas, batangas, sanghan, minungos, apinguis, bakangas^[202]. No sé los nombres raros que dijo.

Para él, de los negros de las comarcas próximas, los que más valían eran los musorongos y los mandingos^[203], sobre todo los primeros, que formaban un pueblo educado en la piratería: valiente, desconfiado, atrevido. Estos musorongos tenían unos gustos un poco extraños: comían larvas de hormigas, carne de hipopótamo y de cocodrilo. Las observaciones de Chimista eran curiosas y divertidas.

—Aquí, en un pueblo de estos —me dijo—, nadie cree que una persona se pueda morir de una corriente de aire ni de un cólico. Esto tiene demasiada poca importancia para la vida humana. Se muere por las artes mágicas de un hechicero.

—¿Y si le pegan a uno un tiro o se cae de un árbol?

—No importa; aun cuando un negro muera ahogado o destrozado por una fiera o por caerse de un árbol, el hombre de aquí cree que estas son apariencias. La verdadera muerte la ha traído el maleficio de un brujo.

—¿Así que para esta gente no hay casualidades?

—Cierto, no hay casualidades ni accidentes fortuitos. Las muertes por accidente, por imprudencia temeraria, no se puede creer nunca que sean por casualidad. La casualidad, como a los teólogos eminentes, les parecería a los negros una cosa inmoral. Si a uno de estos negros se le dispara un fusil y mata a una persona, se le

quita el fusil y se va a buscar al hechicero enemigo, que es la verdadera causa de la muerte. Como te digo, para ellos no hay nada casual.

—¡Es extraño! ¿Y si le cae a uno un rayo?

—Si le cae a uno un rayo, él tiene la culpa, y se castiga a la familia y a la tribu, y no se le hacen al cadáver honores fúnebres ni ceremonia alguna. Se le lleva al bosque y se le deja cerca de algún hormiguero para que las hormigas lo devoren.

—En el fondo, se nota que estos negros creen en la Providencia, como los católicos —dije yo.

—Como podía creer Bossuet^[204], aunque un poco más. Todo para ellos es un símbolo con una significación. Esta idea de encontrar en las cosas un símbolo es una idea de negros. Los mismos objetos tienen responsabilidad, como las personas, y el que emplea una flecha o un fusil, que funciona mal, lo golpea para castigarlo. Un día estáis bebiendo vino de palma con un individuo, sin saber que es un mal espíritu; a veces, él mismo no lo sabe. Por la tarde oís el grito: «*Nkol! Nkol!*» («¡Cocodrilo! ¡Cocodrilo!»). Y este monstruo se lleva una víctima. Por la noche, un gato montés se come vuestras gallinas; pues bien, el hombre, el cocodrilo y el gato montés son el mismo espíritu maligno.

—¿Así que no hay observación que valga?

—Nada; una vez, tres mujeres de por aquí llenaban de agua sus cántaros en el río. Una de ellas, la que estaba en medio, fue cogida por un caimán, que la arrastró. La familia de esta mujer acusó a las otras dos de haber hecho un sortilegio a la muerta. Si no, ¿por qué el caimán había cogido a la mujer de en medio y no a las otras? Las dos mujeres fueron obligadas a someterse a un juicio de Dios^[205]; a beber un agua con un veneno, y una de ellas murió envenenada, lo cual demostraba que era la culpable.

—La verdad es que es una idea de una comodidad tremenda.

—Digna de Bossuet. Yo creo que todas las sociedades están regidas por el mismo sistema de comodidad, más o menos complicado —dijo Chimista—. Otra vez, un gran cocodrilo salió del río para atacar a un cerdo, que comenzó a chillar. Uno de los nuestros salió a la ventana y mató al cocodrilo de un tiro. Al día siguiente se le abrió el vientre y se le encontraron dos pulseras de las que usan las mujeres en los tobillos. Se reconocieron por pertenecer a dos mujeres musorongas, que hacía unos meses habían desaparecido. Los negros dijeron que los cocodrilos nunca comen mujeres. Eso han dicho siempre los magos. «¿Y las pulseras?», les preguntamos nosotros. «Las habrán cogido como salario, y a las dos mujeres musorongas se las han llevado al hechicero, que es el que manda a los cocodrilos hacer estas malas faenas». No hubiera inventado mejor una fábula un teólogo español.

—¡Qué tonterías!

—Cuando dos negros litigan, van delante de un juez, encargado de averiguar la verdad. El juez les pone a cada uno un caparazón de tortuga, frotada con ciertos polvos, como quien pone una albarda, y les hace hablar, moverse y besar la tierra. El

primero a quien se le cae el caparazón al suelo es el que miente, y el otro el que dice la verdad.

—¿El que se queda con la albarda? ¡Qué cosa más absurda!

—Sí. Para nosotros es indudable; pero si hubiera seres más inteligentes que nosotros, nuestra moral es posible que les pareciera una tontería, algo como la tortuga puesta como albarda. Nosotros creemos que nuestra moral es absoluta. Ilusiones^[206].

—Pero ¿no habremos llegado nosotros, me refiero a los blancos, al tope?

—Al tope de lo humano, quizá.

—¿Qué más extravagancias creen aquí?

—¡Creen en tantas cosas! Muchas son bastante parecidas a las nuestras; por ejemplo, tienen el respeto a la sangre; la sangre es para ellos un elemento de una importancia trascendental. Cuando cae una gota de sangre en el suelo, es preciso recubrirla de tierra, para que no la utilicen los brujos; si cae sobre una canoa, se quita el trozo de madera, y si cae sobre un árbol, se arranca.

—Pero ¿la sangre de todos es importante o solo la de los chitomés?

—La de todos; porque sirve al brujo rival. Una de las cosas que cree la gente es que los brujos enemigos encierran las almas en los colmillos de los elefantes, y que las venden a los blancos, que saben hacer que trabajen para ellos. Yo le preguntaba a un negro: «¿Y por qué creéis eso? ¿Qué garantías tenéis de que es verdad?». «Y vosotros —me dijo—, ¿qué garantías tenéis de que vuestro cielo es verdad?».

—Estabais a igual altura.

—A la misma. También es curiosa la actitud de esta gente con relación al médico. Cuando un médico cura a uno, el enfermo cree que el médico le debe algo por haber tomado su remedio. Esta idea de que el que favorece es el deudor la tienen para muchas cosas. Una vez, un blanco salvó a un hombre que se estaba ahogando. Entonces el negro le pidió al blanco que le vistiera, y como el blanco se negara, le dijo que era un avaro miserable. Según él, el blanco se había mezclado en un asunto suyo y tenía una responsabilidad.

—Y el médico, entonces, ¿cómo vive aquí? Si en vez de cobrar, tiene que pagar a cada enfermo, está aviado.

—El médico aquí no puede exigir al enfermo que ha curado ningún dinero; pero le puede enviar aquí o allá o le puede utilizar como criado.

—¿Es lo que has hecho tú?

—Sí.

—¿No se te ha ocurrido hacerte chitóme o emperador del Congo?

—Por ahora, no; pero más tarde, ¿quién sabe?

—El emperador Chimista estaría bien.

—¿Tú serías primer ministro?

—Si servía para ello, ¿por qué no?

—Pues servirías.

—¿Y le^[207] ibas a traer a Dolly como emperatriz a esta tierra? ¡Pobre chica!

—La dejaría en Charleston e iría a verla de cuando en cuando.

Hablamos por puro entretenimiento de cómo organizaríamos el país y de las leyes, costumbres y religión que implantaríamos.

AL DÍA SIGUIENTE, y después de la comida, salimos Chimista y yo armados para cazar. A poca distancia de nuestra factoría vimos grandes calabazas, llenas de vino de palmera, al pie de algunos árboles.

—¿Qué objeto tiene esto? —pregunté a Chimista.

—Esto lo ponen para que beban los árboles cuando tengan sed.

—¿De verdad?

—Sí, sí; la gente de aquí está convencida de que los árboles que tienen esas calabazas al lado crecen mucho más que los otros.

—Se ve que la cuestión del agua les preocupa mucho a la gente^[208].

—¡Ah, claro, es una de las cosas para ellos más importantes! No les gusta que se entierren en el país a un extranjero, a un blanco, porque se cree que los huesos suyos pueden influir para que no llueva. Muchas veces, cuando, a pesar de las oraciones y de los sortilegios, no llueve, le cogen al reyezuelo brujo, le atan las manos y le llevan a la tumba de los antepasados; también suelen llenar un mortero de pólvora y de piedra, y amenazan al cielo con disparar si no llueve. Los católicos sacan en procesión a un santo. Es lo mismo. He visto a un brujo, a un chitóme, que pretendía tener encerrados en una tinaja los vientos, las lluvias y las tempestades. Es cosa curiosa y antigua, porque en la vida de Apolonio de Tyana^[209] se habla ya de esto. Es muy raro comprobar cómo todas las mentiras religiosas y mágicas son tan viejas. Este chitóme pretendía hacer llover y granizar por un sortilegio, en el que entraban sapos fritos.

—Estos chitómés, ¿son solamente los encargados de la lluvia?

—No. Los chitómés son los hechiceros principales, pero los hay de muchas clases: unos son profetas; otros, magos; otros, adivinadores, y otros especialistas en lluvias y tempestades. También hay chitómés que son al mismo tiempo reyezuelos; pero todas estas atribuciones de unos y otros son muy difíciles de averiguar y definir.

—¿Por qué?

—Porque los negros no quieren contar nada; creen que si lo saben los blancos les pueden perjudicar. Unos dicen que al chitóme le mata su sucesor, cuando se pone viejo; otros, que cuando se pone enfermo. Los chitómés o jumbos, a la muerte de su precursor, arrancan al cadáver los cabellos, los dientes y las uñas, que utilizan como encantos para obtener la lluvia. Muchos creen que si el chitóme muriese de muerte natural, el mundo perecería, pues es él el que lo sostiene con su espíritu; así sucede que cuando el chitóme se pone muy enfermo, y parece ya sin remedio, entra el que le va a suceder con una cuerda o con una maza y le aplasta el cráneo o le estrangula. En algunas tribus, según me han dicho, cuando muere el rey, le cogen a un guerrero, le

encierran en una casa, hasta que consiente en ser coronado; en otras partes, cuando un nuevo jefe sube al trono, se mata a algún valiente prisionero de guerra, el reyezuelo y los jefes comen de su carne y consideran que adquieren su fuerza y su valor.

—¿Y entre estos chitomés están los médicos?

—Los médicos parece que tienen un departamento especial. Hay unos médicos hechiceros muy importantes, que son los elamangos. El poder de los elamangos dimana del mango, una supuesta cosa indefinible que existe cerca del estómago. Para saber si es uno elamango o no, se verifica una prueba, un juicio de Dios, con un veneno. Si lo toma y no muere, es uno elamango.

—¿El ser elamango será una gran ventaja?

—No; no parece que es completamente bueno.

Reconocimos lo difícil que tenía que ser el enterarse minuciosamente de la vida de aquella gente. Chimista me habló de que había entre los negros sociedades secretas, cuyo objeto no se sabía a ciencia cierta cuál era, en las cuales muchas veces los hombres se disfrazaban de diablos y de animales.

—Yo he asistido —añadió— a una ceremonia misteriosa, en la que se finge que unos muchachos están muertos, y luego los resucitan, los llevan a sus casas y les enseñan de nuevo a comer y a hablar. También he asistido a la fiesta que llaman el Belli-Paaro, en que se hace una junta cada veinte o veinticinco años, y se les da a los iniciados un nuevo espíritu más agudo. Estos iniciados en el Belli-Paaro suelen tener un tatuaje, que consiste en unas líneas hechas, en el cuello y en el hombro, con una aguja.

Al pasar delante de una choza, Chimista me presentó a una negra, ya vieja, con los dientes afilados, que tenía fama en el poblado de haberse comido [a] varios niños.

Chimista bromeó con ella, y le preguntó, usando unas cuantas palabras bantú que sabía y por señas, si se comería con gusto [a] otro niño.

La vieja sonrió y dijo que sí, pasándose la mano por el vientre, como para decir que era cosa buena.

—Un muslito o unas costillitas, qué cosa más rica, ¿eh? —le dijo Chimista.

—¡Ya lo creo! —exclamó, al parecer, la vieja.

—¿Tan bueno como un cochinitillo asado?

—Mejor.

—Ahora, que eso no se come todos los días.

—Es verdad. Es verdad. Es una lástima.

—Bueno, bueno —y Chimista dio a la vieja unas cuantas palmadas en el hombro.

La vieja se echó a reír, y mostró los dientes y se relamió.

Era un espectáculo horrible; pero a Chimista le hacía, sin duda, gracia, y se reía.

POR LA TARDE, Chimista y yo nos dedicamos a cazar; matamos bastantes pájaros, una pantera y un mono. Dejamos las piezas a los negros para que nos las llevaran a la factoría. Ya cansados, nos dirigimos a casa.

Chimista tenía un fusil inglés y yo un americano; no llevábamos apenas municiones. Las habíamos consumido.

Íbamos atravesando un bosque, cuando vimos una gran serpiente que se dirigía derecha hacia nosotros. Avanzaba con una gran rapidez, salvando los obstáculos por entre la maleza.

Chimista registró su cartuchera, vio que no tenía municiones, y me dijo:

—Corramos.

Echamos a correr, llegamos a un dragonal, de tronco muy espeso, y me dijo:

—Hala, sube tú.

Me ayudó a subir al árbol.

—Ahora, dame el fusil para que yo suba.

Le di el fusil y subió rápidamente. La serpiente venía persiguiéndonos.

Era una boa enorme. Avanzaba con la parte delantera del cuerpo en el aire, se acercó, nos miró y comenzó a subir, enroscándose por el tronco del árbol. Afortunadamente, este era muy grueso y no podía avanzar rápidamente. Se oía el roce de la escamosa piel en el tronco del árbol, y se la veía estirar y recoger su lengua de flecha.

Producía terror verla avanzar con los ojos llameantes y la lengua fuera; tendría su cabeza el tamaño de la de un gato montés.

No nos quedaba más que muy poca pólvora. Yo cargué mi fusil con dos balas.

—Apunta bien a la cabeza —me dijo Chimista.

Disparé, pero no acerté; si la herí, no hice más que conseguir que el animal se pusiera más furioso. Se oía un resoplido de furor, y su cabeza terrible iba acercándose a nosotros.

Chimista sopesó su fusil; esperó, y, al acercarse el ofidio, le dio un culatazo que le reventó un ojo; la boa hizo un esfuerzo y avanzó con mayor desesperación. Chimista le dio un segundo golpe que le aplastó la cabeza y le saltaron los sesos. Entonces el animal se fue soltando y cayó a tierra, donde se retorció de tal manera, dando unos latigazos tan terribles, que producía espanto.

Chimista levantó la carabina en el aire, y con aire de crueldad y de triunfo, gritó:

—*Éclair! Éclair!* ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Hurra!^[210]

Yo uní mis gritos a los suyos.

Cuando ya vimos a la boa inmóvil y muerta, bajamos del árbol de drago y fuimos

a la factoría.

AL DÍA SIGUIENTE, Chimista y yo fuimos a visitar la otra factoría de los socios de Chimista, donde vivía el doctor Mackra, a quien yo no conocía; el Vizconde y algunos portugueses y criados negros.

El doctor Mackra me dio la impresión de un hombre sombrío, antipático, solapado, que guardara algún secreto; se manifestaba inquieto, taciturno y nervioso. Tenía la cara pálida, con una barba rala; la frente, estrecha y arrugada, la nariz, colgante; los ojos, verdes, y los labios, abultados. Con mucha frecuencia se ponía y se quitaba unos anteojos azules.

Por lo que me dijo Chimista, el doctor Mackra era hijo de un judío y de una india, nacido en Calcuta^[211]; había sido cirujano de un barco, que consiguió sublevar y apoderarse de él. Desde aquel momento comenzó su fortuna.

El doctor Mackra y el Vizconde parecían tener una estrecha amistad, y una enemistad más o menos disimulada contra Chimista. Chimista parecía como que no lo notaba, fuera que no le diera importancia o que le conviniera fingir.

El doctor Mackra, según me contó Chimista, era un tipo sombrío y misántropo; no le gustaba hablar con nadie. En el campo africano recogía hierbas medicinales, sobre todo el yohimbo y el papayo, con los cuales creía que iba a hacer un elixir de larga vida. Esto, al parecer, le preocupaba mucho. También había coleccionado varios fetiches, grigrís, yuyús, mokissos de Loango, figuras de madera que representaban cuadrúpedos o pájaros a cuál más raros^[212].

—¿Los recoge como sabio? —pregunté a Chimista.

—Yo opino que él cree un poco en esas cosas.

—¿Y en dónde vive?

—Tiene una hacienda en Cuba, y me han dicho que ha comprado otra en Filipinas, en la isla de Mindanao^[213]. Dicen que en la de Cuba ha arreglado en su casa un sistema de campanillas para que nadie pueda entrar sin que se le oiga, y al mismo tiempo ha preparado una torre blindada en el campo. Parece que cuando le preguntaron por qué la hizo, contestó que había muchos canallas en el mundo, empezando por él.

—Debe de ser un hombre de cuidado.

—Si lo que se cuenta de él es verdad, es un perfecto miserable. Parece que en su torre blindada tiene armas y municiones y una escalera pequeña, como de bombero, para poder bajar por fuera en caso de necesidad. Se dice que lleva una medalla en el cuello, colgada de una cadena, con un veneno muy activo. Es un hombre muy asustadizo. «Yo tengo la panofobia», suele decir, que no quiere decir el miedo al pan, sino el miedo a todo.

El doctor Mackra era, efectivamente, muy nervioso, tenía algo de gran serpiente, se mostraba lento y furibundo.

Por lo que me contó Chimista, el doctor Mackra practicaba trucos teatrales para producir efectos de verdadero regocijo entre los presentes; esta batería de pilas eléctricas la aplicaba a un sillón cuyos brazos eran de cobre. Cuando le tenía alguno a quien quería intimidar sentado allí^[214], le hablaba de su poder magnético y le soltaba una corriente eléctrica.

—¿Y tú le has conocido a ese hombre en Cuba? —le pregunté yo.

—Sí; el doctor tiene un potrero con muchos negros en la Sierra Maestra, hacia Manzanillos^[215], y cada dos o tres años hace un viaje a Filipinas; por lo que me han dicho, es también aficionado a las escenas de nigromancia y asusta a la gente haciendo aparecer espectros, para lo que tiene un gran surtido de cabezas y manos de cera, y de cortinas y manteles negros.

COMO ME HABÍA INDICADO CHIMISTA, a la semana de ir a vivir con él nos avisaron para presentarnos a bordo. El factor me escribió una carta diciéndome que a la madrugada del día siguiente se encontraría con todos los negros en la punta Baldonado, y que allí los embarcaría en ocho lanchas cabindas, ya preparadas.

Yo me dirigí con Chimista al fondeadero.

Estaban ya el doctor Mackra y sus amigos, entre ellos el Vizconde. A las seis llegó la primera caravana de negros y a las ocho y media se embarcó la última. Nos alejamos de la costa con un viento terral, y nos dirigimos con rumbo al Brasil, llevando en la bodega cuatrocientos treinta negros.

El mismo día, por la noche, yo sufrí un acceso fuerte de fiebre, y Chimista se encargó del mando del buque. Pasé unos días sin levantarme, porque tenía grandes dolores de cabeza.

Chimista tomó una ruta distinta de la acostumbrada. Marchó muy al sur, pasó a la vista de la isla Ascensión y trazó después varias curvas.

—¿Por qué llevamos esta ruta tan caprichosa? —le pregunté a Chimista.

—Por eso mismo. No hay datos para obrar racionalmente, y lo mejor es entregarse a la casualidad.

Cuando me encontré aliviado y pude levantarme, ayudaba lo que podía.

Chimista solía reunirse con los oficiales en la toldilla de popa; a la tertulia iban algunas veces el doctor Mackra y el Vizconde. Allí se charlaba de muchas cosas. Chimista vencía a todos en conocimientos y en ingenio. Yo no sé de dónde sacaba aquellas historias que contaba, si las había leído o las inventaba. Sin duda era un hombre de gran imaginación, cosa que a mí, que no tenía ninguna, me maravillaba.

El Vizconde quería competir con él, pero no podía; el doctor Mackra escuchaba sombrío y malhumorado, haciendo algún comentario disimuladamente hostil a lo contado por Chimista.

Yo no he oído nunca tantas cosas raras como él decía. Contaba, además, con mucha gracia y dándole a todo una intención dramática.

Nos explicó cómo había visto en su juventud, en la costa de Inglaterra, tres cadáveres colgados y untados con alquitrán, que se balanceaban pendientes de una cadena en sus horcas correspondientes; añadió que le dijeron que aquellas momias embreadas eran de dos contrabandistas y de un pirata.

Esto no le quitó, según dijo, su afición al contrabando y a la piratería.

Chimista alardeaba, como Sócrates, Bacon y Alberto el Grande, de entenderse con un demonio familiar^[216]. Nos afirmó también que, como Jerónimo Cardan, caía en éxtasis cuando quería y se hacía daño por el gusto de quedar después sin dolor.

Sostenía que notaba en sí mismo sus dos almas: una, que le llevaba a la ciencia y al ideal; otra, al embrutecimiento y a la maldad.

Nos aseguró que en su casa guardaba un chino de porcelana, con varios movimientos, y que este autómatas le resolvía todos los problemas que le proponía. Decía que tenía cuarenta años más de los que tenía. Su aire juvenil, según él, procedía del uso de un elixir de larga vida, que era su secreto. Me figuré a veces que con sus palabras se burlaba del doctor Mackra.

Cuando se lanzaba a las fantasías médicas y geográficas, era inagotable. Afirmaba que existían marinos conjuradores de tempestades; estos marinos solían llevar un anillo de hierro en el dedo meñique de la mano derecha; pero su acción no la podían ejercer más que en determinados meses.

Nos habló también, como de cosas probables, del país de Jauja y de la isla de San Balandrán, de la isla de Fuego, de la isla del Diablo y de la isla de los Fantasma^[217]; hizo desfilar por nuestros ojos el Kraken y la gran serpiente de mar y el barco fantasma, con su tripulación holandesa, que aparece principalmente en el cabo de Buena Esperanza^[218]. Muchas cosas nos contaba con marcada ironía.

—Todo está tan bien arreglado en el mundo —nos dijo una vez—, que hay ríos y lagunas que no tienen peces más que en tiempo de Cuaresma^[219]. Cuando pasa la Cuaresma se retiran. Esto demuestra la buena organización que tiene el catolicismo —añadió—, que no es una doctrina entregada en manos de sacristanes y de clérigos estúpidos y sin importancia, como la de los protestantes.

Yo apunté, por no olvidarlas, pocas horas después de oírle, alguna de sus fantasías. Decía que creía en la existencia del unicornio, de que habla Plinio y que describe con detalles Eliano, y en los agujeros de los peces^[220].

Razonó, y puso sus distingos a diversas afirmaciones de este naturalista. Plinio dice que, llevando la lengua de la hiena dentro del calzado, en la planta del pie, no le ladran a uno los perros, y que con el cuero de la frente del mismo animal se resiste a la fascinación y al mal de ojo. Chimista aseguraba que para impedir que le ladraran a uno los perros era mejor llevar la hiena al lado, atada con una cadena.

También nos dijo que el excremento del cocodrilo o crocodílea tiene, según el naturalista romano, mucha aplicación y que, mezclado con aceite ciprino, quita las cosas molestas que nacen en el rostro, como las manchas y las pecas.

Para Chimista, la crocodílea era una maula; en cambio, ya le parecía algo más plausible que la orina del asno sanara las desolladuras hechas por el calzado y que las glándulas de oso sirvieran para la gota coral.

Nos dijo que también se empleaba para la misma gota el cerebro del asno, en agua miel, ahumado primero, puesto en unas hojas, tomando cada día media onza o bebiendo la ceniza de las uñas del jumento por todo un mes, cada día dos coclearios.

Para la ictericia nos cantó las excelencias de la ceniza de cuerno de ciervo,

mezclada con la orina de un borriquillo de teta, mezclada con nardo.

—Hay que estudiar, sobre todo, los casos —decía una vez—. ¿Cómo voy a dar yo la misma medicina a la niña pálida, llorosa y rubia, y al marinero rojo, moreno y pletórico? No. Al uno quizá le dé el sulfur; a la otra le recomendaría la polígala en glóbulos, la pulsatila o la pasiflora; quizá ni eso: le diré que lleve sobre el corazón una rama de artemisa^[221].

Todas estas recomendaciones y citas nos las hacía Chimista con una seriedad irónica.

Un día que se pescaron unas anguilas nos hizo una disertación sobre ellas:

—Plinio copia que Licinio Macer escribe que todas las murenas son hembras y que conciben de las serpientes; por esto las llaman los pescadores con silbos^[222], como las serpientes, y las cogen así.

—No lo he visto nunca —le dije yo.

—Yo, tampoco; pero así lo afirman los maestros. Dicen también que las anguilas engordan cuando están acosadas, y que no se las puede matar hiriéndolas con un palo o asta gruesa, y sí con una canaleja. Créese, por cierto, según estos naturalistas —añadió Chimista—, que las murenas tienen el alma en la cola y que, herida esta, pierden brevísimamente la vida.

Nos aseguró que las cosas tocadas por el pez-navaja huelen a hierro; que la hiel de los galápagos aclara la vista y adelgaza las cicatrices.

Para amortiguar la Venus no había para él como la echenéis y el pellejo de la parte izquierda de la frente del hipopótamo, ligada en un lenzuelo, o la hiel de la torpedo viva, aplicada por linimentos a los genitales. Al contrario, incitaban al erotismo las carnes de los caracoles de río, guardadas en sal y dadas a beber en vino; los erythrinos, tomados en comida; el hígado de la rana diopeta o calamita, envuelto en un pellejudo de grulla, o el diente de la mejilla del cocodrilo, atado al brazo; el hipocampo o los nervios de la rubeta, sujetos al brazo derecho. La rubeta, arrollada al cuero fresco de oveja, acababa y daba fin al amor^[223].

Las ranas, cocidas en agua hasta que se pudieran aplicar por linimento, adelgazaban y deshacían la sarna de los caballos, que, curados de esta suerte, no tornaban después a enfermar. Chimista nos habló de un tal Salpe, que afirmaba que los perros a quienes se les daba una rana viva en la comida ya no ladraban.

Aseguró también que el pez mullo muerto en el vino o el pez rubellon o dos anguilas, y también la caza marina podrecida en vino, causaban aborrecimiento de vino y de los licores.

Muchas otras citas raras sacó a relucir. Nos dijo que Papiniense aconsejaba prever los cólicos tomando caldo de cachorro recién nacido; para curar las fiebres agudas, lo mejor era cortar un pedazo de puerta por cuyo umbral hubiese pasado un maniático y decir sobre la madera un conjuro mágico, y para preservarse de todas las enfermedades, convenía comer tres violetas silvestres. De Marcelo Empírico, del siglo IV, autor de un libro, *De medicamentis empinas prysicis at rationalibus*, dijo que

recomendaba escupir tres veces para quitar los cuerpos extraños de los ojos, tocar tres veces el párpado con el dedo índice, para curar los orzuelos, y para los panadizos, hacer lo mismo, y decir: «Pu... Pu... Pu..., deum quian ego te deum».

Según Eliano, el remedio mejor para un león enfermo era comerse un mono; también nos dijo Chimista que las ratas y las hormigas adivinaban el porvenir, y que él lo había comprobado algunas veces.

—¿Y para qué has aprendido todas esas extravagancias? —le pregunté yo.

—Todas estas extravagancias me han servido para ejercer la medicina ahí, en el Congo, y me han dado grandes éxitos. ¿Cómo quieres que un pueblo salvaje vaya a creer que un polvillo de una sustancia química le va a curar? Necesita medicinas dramáticas, y esas son las que yo he empleado.

DESPUÉS DE MUCHAS VUELTAS que dimos en el barco, dirigidos por Chimista, se llegó a la barra de Río San Juan a todo trapo, nos acercamos al muelle y se desembarcó la expedición sin que muriera un solo negro. Cuando Chimista me explicó el viaje, me dijo:

*Nagia bada astoa,
emaiok astazagari eroa.*

(«A burro pesado, dale arriero loco»).

Aquel viaje feliz me pareció una prueba palmaria de mi mala suerte y de la buena estrella de Chimista^[224]. Esto me produjo una gran preocupación, porque lo que más he estimado en la vida ha sido la buena suerte. Un momento de buena suerte creo que me hubiera reconciliado con la vida; pero ese momento no llegó nunca para mí.

Desde Río San Juan, el contramaestre, Chimista y yo nos embarcamos en un buque de cabotaje para Río de Janeiro. El armador me pagó mi comisión y me compró por treinta onzas de oro [a] la negra Katucha. Ocho mil quinientos duros cogí de golpe.

El armador me hizo en seguida la propuesta de darme el mando del bergantín *Espadarte* para que fuese del Congo al cabo de Buena Esperanza, al puerto de Quilimán, a llevar negros. Yo le contesté que me hallaba cansado de estos viajes y que me iba a establecer en La Habana.

Fuimos Chimista y yo. Chimista me dijo que el doctor Mackra era un canalla, y que el mejor día iba a tener un encuentro con él. Chimista añadió que si el barco donde habíamos vuelto hubiera sido bueno, se hubiese quedado con él, colgando finamente de una verga al doctor Mackra y al Vizconde; pero el barco era malo y, además, no quería perjudicarme. No pude comprender si era una baladronada o si hablaba en serio.

Al llegar a La Habana nos despedimos. Él se marchó a Charleston y yo comencé en la capital de Cuba mis intentos de comerciante.

Notas

[1] *Los pilotos de altura*, como otras muchas novelas, se presenta como una obra que el autor encontró escrita. El *manuscrito* al que se alude en el título, como después se verá, es un libro escrito por un cronista o historiador local llamado Domingo Cincúnegui, que es personaje inventado por Baroja y al que hizo aparecer como amigo del protagonista de *Las inquietudes de Shanti Andía*, la primera del ciclo titulado El mar, al que pertenece *Los pilotos de altura*. Este erudito, como en seguida se va a decir, había escrito unos *Recuerdos históricos de Lúzaro*, ciudad inventada por el escritor y situada en el extremo occidental de la costa guipuzcoana, cuyo modelo real es Lequeitio. <<

[2] Parece referirse a la Primera Guerra Mundial (1914-1918). <<

[3] En los astilleros solo se habían construido barcos de pequeño tamaño como el *lanchón* (la mayor de las embarcaciones menores que transportan carga o pasajeros), la *gabarra* (embarcación mayor que la lancha, con cubierta) y la *balandra* (una embarcación pequeña, con cubierta y un solo palo); en ningún caso, barcos de *alto bordo* (los buques mayores). <<

[4] También Elguea es nombre de villa marítima inventada por Baroja. <<

[5] Quedan los libros esperables en la casa saqueada de un historiador, como son el citado *Diccionario geográfico, histórico y estadístico de España*, escrito por Pascual de Madoz (1806-1870), o ejemplares sueltos de la prensa de la época como son las revistas el *Semanario Pintoresco Español*, *La Ilustración Francesa*, *La France maritime*, o la inventada por Baroja *El Correo de Lúzaro* (luego se dirá que fue una publicación periódica que duró seis meses, redactada en la casa del viejo cronista local). <<

[6] Obsérvese la crítica de Pío Baroja a la modernidad: los libros ya no interesan a nadie; se prefiere el deporte, el cine y los coches. <<

[7] No pase inadvertida la observación de Baroja: presenta la novela como una obra ajena no inventada, sino escrita por un historiador riguroso. <<

[8] La *lista de Correos* era una oficina (en este caso, la existente en la ciudad de Sevilla). A las antiguas casas de Correos se dirigían las cartas y los paquetes. Sus destinatarios tenían que ir a ellas para retirarlos. <<

[9] El lector debe estar atento a las indicaciones sobre el tiempo en el que suceden los hechos: estamos a principios de la segunda mitad del siglo XIX, cuando todavía existía en el mundo el tráfico de esclavos. <<

[10] No debe sorprender que una persona de sesenta años pudiera ser considerada en esa época un anciano: ni las expectativas de vida ni la conservación personal eran las de hoy en día. <<

[11] Como ya vimos, tanto Elguea como Lúzaró son dos nombres inventados por Baroja. <<

[12] Baroja intenta reproducir el habla real de los sevillanos con rasgos fonéticos diversos y no del todo sistemáticos: seseo (pronunciación de c o z como si fuera s), ceceo (z en vez de s), omisión de la d intervocálica (*leantao*) y de la s final (*sinco carpintero*, pero escribe *maderaz* y *zoldaos*) y yeísmo (*yevan* por *llevan*). <<

[13] Los llamados *soldados de Pavía* son tajadas de bacalao frito rebozado con harina y huevo. <<

[14] Éclair es un término francés que significa «relámpago»; no deben pasar inadvertidas estas expresiones por lo que ya se verá en su momento. <<

[15] También debe prestarse atención a esa marca que llevaba el viejo pirata ejecutado en el patíbulo y al que Embil identifica como *el Tenebroso*. <<

[16] Obsérvese el pesimismo del viejo Embil: no cree en el sincero afecto de los parientes ni de los amigos, a quienes cree que solo mueve el interés; sin embargo, él necesita de los demás en su situación de desvalimiento. <<

[17] Nuevas declaraciones del marinero reveladoras de su carácter y de su fracaso vital: al escepticismo anterior suceden las quejas por su mala suerte y por su decepción con la familia. <<

[18] El viejo Embil encarna un personaje frecuente en las novelas de Baroja, un indomable pesimista que se hace eco de la negativa visión del mundo de su autor, para quien el hombre, como aquí se dice, es un «mal bicho». Lo repetirá el escritor en sus Memorias: «Creo que el hombre es un animal dañino, envidioso, cruel, pérfido, lleno de malas pasiones, sobre todo de egoísmo y vanidades». <<

[19] Préstese atención a este artificio literario (el escritor vuelve a presentar su historia como si no la hubiera inventado, sino como si la hubiera encontrado escrita): el viejo Embil hace llegar al joven un libro en el que se contiene la historia de Chimista y de él mismo. Cuando se relate esta historia, el lector estará accediendo al Diario de Embil. <<

[20] Las referencias temporales son claras en esta novela: la conversación que en seguida vamos a oír en el casino de Elguea tuvo lugar cincuenta años después de que el viejo Embil, ya enfermo, se encontrara en Cádiz con el joven, meses después de conocerse en Sevilla, en los tiempos en que se ejecutó al misterioso pirata (*el Tenebroso*), ocurrido todo esto en «algo más que la mitad del siglo XIX, cuando este siglo empezaba a envejecer y a salirle canas». (Por tanto, estamos, al empezar este capítulo V, algo más que a principios del siglo XX). «En tiempo de la guerra última», es decir, cuando la Primera Guerra Mundial (1914-1918), Baroja encontró en Lúzaró el grueso manuscrito escrito por Cincúnegui. <<

[21] El lector de la novela se ha encontrado ya con tres documentos sobre Chimista: el primero, aludido en el Prólogo, fue el manuscrito de Cincúnegui, que Baroja halló en casa del erudito ya muerto; el segundo es el grueso volumen «empastado con pasta negra» que el marino Ignacio Embil envía al joven Embil en Cádiz (Prólogo, capítulo IV); el tercero es este *Diario de navegación* (el mismo de antes, lógicamente, el que hemos llamado segundo) escrito por el tío abuelo del doctor Embil. (Recuérdese el capítulo I del Prólogo: el viejo Ignacio Embil esperaba carta de un sobrino suyo, llamado como él y vecino de Elguea; pues bien, el lector sospecha que ese tío abuelo es el viejo marino, y su sobrino, este médico de Elguea). <<

[22] Atención a esta nueva referencia al tiempo en que sucede la acción: los periódicos son de un momento algo anterior a aquel en el que se ejecutó al *Tenebroso* en Sevilla.

<<

[23] Se refiere a los apresamientos o *presas* de africanos que hacían los marinos para traficar con esclavos. (Por otra parte, téngase presente que Sierra Leona se encuentra al norte del ecuador, en la parte más occidental de África, limitada por el Atlántico, Guinea y Liberia). <<

[24] Evidentemente se está hablando del viejo Ignacio Embil, el enfermo y pesimista de Cádiz. <<

[25] Tanto Shanti Andía como Tristán de Aguirre son marineros ficticios, como también inventada es la propia ciudad de Lúzaro. Ellos protagonizan la primera novela de esta tetralogía «El mar»: *Las inquietudes de Shanti Andía* no es otra cosa que la autobiografía del personaje que le da título. <<

[26] No pase inadvertida esta alusión al trabajo de Cincúnegui: la novela (la historia de Chimista) está a punto de empezar y se presenta como lo que Baroja pudo leer en el manuscrito preparado por el historiador local Domingo Cincúnegui, quien, a su vez, se basó en documentos tan rigurosos como el *Diario de navegación* de Ignacio Embil, testigo excepcional de la vida de su amigo Chimista. (No olvidemos la advertencia de Baroja al terminar la introducción: «Esta obra es la suya, un poco abreviada»). <<

[27] Adviértanse las referencias temporales que van ordenando internamente el relato: a principios del siglo XIX es cuando nace Chimista, como en seguida se verá. La batalla naval de Trafalgar, en la que España perdió toda su marina de guerra, ocurrió el 21 de octubre de 1805. En ella obtuvo la victoria la armada inglesa sobre la flota francoespañola. <<

[28] Devon es una región al sudoeste de Inglaterra (al nordeste de Cornualles). <<

[29] Maliciosa alusión de Baroja: si la muchacha se casa con un *hombre muy moreno* y tiene un hijo *muy rubio*, se supone que sería hijo del inglés (aunque también podría haber salido a su madre, que era rubia). Por eso se dirá en el siguiente párrafo que «el chico aquel era de contrabando». Después, cuando crezca, nos enteraremos de que el muchacho es el vivo retrato del inglés. <<

[30] La *guerra de la Independencia* (1808-1814) es la librada por España frente a la Francia de Napoleón, que había nombrado a su hermano José rey de España. Participaron heroicamente diversos guerrilleros, como lo fueron Espoz y Mina aquí citado, el Empecinado, el cura Merino, etcétera. <<

[31] *Sir Francis Drake* (c. 1540-1596) fue un famoso pirata inglés que saqueó posesiones españolas por todo el mundo y destruyó su flota en 1587. <<

[32] Cornualles está situado en el extremo sudoeste de Inglaterra. <<

[33] Obsérvense la evolución del personaje y el pequeño diálogo con Ramón. Chimista es un tipo de personaje muy abundante en las novelas de Baroja: sediento de aventuras, enamorado de la acción, disidente y al margen siempre de las convenciones sociales y morales. <<

[34] La relación no es otra cosa que la historia dispuesta por el erudito Cincúnegui sobre las vidas de los dos marinos ilustres: José Chimista e Ignacio Embil. Léase con atención todo este capítulo, interesantísimo desde el punto de vista constructivo de la novela. *Los pilotos de altura* tiene distintos narradores. Primero, Baroja: él fue quien contó lo que leímos en la Introducción y en el Prólogo. El segundo narrador, que ha contado los capítulos I y II de la Primera parte, es Cincúnegui: se supone que su manuscrito es el que nos ha permitido enterarnos de lo que hasta aquí hemos visto. Pero este tercer capítulo empieza con una frase en la que coinciden los dos narradores: Baroja es el que ha redactado este primer párrafo, en el que cita literalmente lo escrito por Cincúnegui; por tanto, nos permite acceder a través de él al mismo manuscrito del historiador de Lúzaro. Somos conscientes de que leemos el manuscrito de Cincúnegui, a la vez que lo lee Baroja. Esta forma de relatar constituye un curioso juego de perspectivas que tiene como principal antecedente literario el Quijote. El lector lee lo que cuenta Baroja, que, a su vez, está leyendo lo escrito por Cincúnegui, quien, a veces, como ya comprobaremos, lee el *Diario de navegación*, de Embil. <<

[35] Debe prestarse atención a los juicios que Cincúnegui emite sobre Chimista: su escepticismo acerca de la fama, su exclusiva atención al momento presente, su deseo de acción... <<

[36] El sujeto de transcribimos no puede ser otro que Cincúnegui, que nos advierte de que su relato está dispuesto a partir de la lectura del Diario de Ignacio Embil, aquel manuscrito entregado en Cádiz y que el doctor Embil hizo llegar al historiador Cincúnegui. <<

[37] Ahora leemos directamente el *Diario de navegación* del viejo Embil, texto que, por su parte, está leyendo y transcribiendo Cincúnegui dentro de su manuscrito. <<

[38] Préstese atención a las alusiones a Chimista como hombre de acción e indomable aventurero. <<

[39] El lector deduce que esta frase tiene que haberla escrito Cincúnegui: por eso la advertencia «dice Embil en su diario». Por tanto, el autor, Baroja, se limita ahora a transcribir lo que lee en el manuscrito del viejo historiador de Lúzaro, quien, a su vez, copia lo que ha escrito el marino. Esta Segunda Parte tiene, pues, como narrador a Embil y adopta la forma de relato autobiográfico. (Recordemos, que la guerra de la Independencia ocurrió entre 1808 y 1814). <<

[40] Caín es un personaje bíblico: hijo de Adán y Eva, por envidia dio muerte a su hermano Abel, golpeándole con la quijada o mandíbula de un animal. <<

[41] Durante mucho tiempo se utilizó en España el real, que es la más antigua unidad del sistema monetario, creada en el siglo XIV por el rey Pedro 1. Esta moneda de plata fue de curso legal hasta mediados del siglo XIX. (Desde finales del XVII se utilizó el real de vellón, que era moneda con una aleación de plata y cobre; durante el reinado de José I [1808-1813], se estableció que en todas las monedas de oro y plata se expresara el valor en reales de vellón). En 1864 al real sucedió como unidad monetaria el escudo; y, a partir de 1868, la peseta (a partir de entonces, el real tuvo el valor de la cuarta parte de una peseta). <<

[42] El barco se preparaba para abandonar definitivamente el puerto y espera en las puntas, o lenguas de tierra que penetran en el mar, a que sople el viento para que lo impulse. <<

[43] En Baroja no son desacostumbrados los laísmos (empleo de *la* por *le*), como en este caso. <<

[44] La estabilidad de un barco depende de lo que se hunda en el agua: debe entrar hasta un punto determinado en el agua y eso lo consigue por el peso de la carga; cuando no transporta mercancía suple el peso con el *lastre* de piedra, arena, agua u otra cosa de peso que se deposita en el fondo de la embarcación. <<

[45] Santoña (Cantabria) tiene un importante puerto pesquero. <<

[46] La ciudad de Reus, en el interior y cercana a Tarragona, está a muy pocos kilómetros del mar. <<

[47] El Rayo era un buque correo, esto es, de los que transportaban correspondencia, en este caso con América (con las Antillas concretamente, como en seguida se dirá).

<<

[48] Deva (en la actualidad Deba) es un municipio y localidad costera del País Vasco situado al noroeste de la provincia de Guipúzcoa y ubicado en la desembocadura del río Deva. <<

[49] Los *bergantines goletas* eran barcos dotados de dos palos y usaban velas o aparejos de goleta en el palo mayor. <<

[50] El muchacho trabajaba en los palos del barco, de donde solo bajaba, como en seguida dirá, para comer y dormir en cubierta. <<

[51] El capitán Zubigáin considera que el muchacho debe ascender: de simple marinero pasa a ser adscrito al pilotaje para adquirir, lógicamente, los conocimientos de piloto con don Evaristo Estoracha; aprobará el examen a los dieciocho años. <<

[52] Chimista *tximista* significa 'relámpago' en euskera, lo mismo que *éclair*, en francés. Leclerq, que es el apellido que suele usar Chimista sería una variante fonética de *l'éclair*. (Recuérdese la exclamación empleada por el *Tenebroso* antes de ser agarrotado en Sevilla [véase la nota 1 del capítulo III del Prólogo,]). <<

[53] Desde Boston (en el nordeste de Estados Unidos) emprenden por el Atlántico el regreso a la isla de Cuba. Las islas de Berry están al norte de Cuba. <<

[54] El río Mississippi (el tercero más largo del mundo) desemboca muy cerca de Nueva Orleans, al sur de Estados Unidos, formando un delta. Como en seguida se dirá, la ciudad de Nueva Orleans tenía fama, en esa época, de ser el lugar preferido por los delincuentes para vivir. <<

[55] Los muelles de Nueva Orleans tenían un extraordinario movimiento de gentes y mercancías; por eso, el narrador la compara con Babilonia, la capital de la baja Mesopotamia, que fue una esplendorosa ciudad comercial, intelectual y religiosa de la Antigüedad. <<

[56] Baton-Rouge es una ciudad bañada por el Mississippi unos kilómetros antes de que el río llegue a Nueva Orleans. <<

[57] Recuérdense las exclamaciones de el *Tenebroso*, aquel pirata a cuya ejecución en Sevilla asistieron los Embil: son las mismas que expresa ahora el *Vizconde*. Y es que las gentes de Chimista gritan la exclamación que coincide con los afrancesados nombres de su jefe: L'Éclair y Leclerq. <<

[58] Los personajes van a pasar algún tiempo en la ciudad de Charleston, a orillas del Atlántico, en el Medio Este de los Estados Unidos (concretamente en el estado de Carolina del Sur). <<

[59] Albión es el nombre que se dio a la Gran Bretaña en la Antigüedad. (En tono humorístico se utiliza la expresión «la pérfida [o desleal] Albión»). <<

[60] El *Morro* es el nombre del extremo del malecón en La Habana. Allí se levanta una fortaleza construida para la defensa del puerto. El *vómito negro* es la fiebre amarilla, una enfermedad endémica en las costas antillanas y en el golfo de México, transmitida por ciertos mosquitos. <<

[61] No pasen inadvertidas las alusiones a la animadversión de el *Vizconde* por Chimista: antes fué la extraña medicina que le administró y que hizo que el enfermo empeorara; ahora enreda para indisponer a Embil con aquel. <<

[62] La ciudad de Matanzas está al noroeste de la isla de Cuba, muy cerca de La Habana. <<

[63] El lector recordará que en ese mismo condado tenía un castillo el abuelo de Chimista, según confesó el náufrago inglés Federico Templ. Después se cita este lugar como Devonshire («shire» significa condado), su topónimo inglés con el que también es conocido. <<

[64] A veces Baroja comete incorrecciones gramaticales o escribe inelegantes construcciones sintácticas, como esta: se suceden un pronombre catafórico (o anticipador) innecesario (le), el verbo y otro sintagma (a ella) con la misma función sintáctica que el primer pronombre. (Se trata de un rasgo característico de muchos vascos cuando hablan castellano). <<

[65] Adviértase el contraste entre los caracteres de los dos amigos. (Baroja había tratado en otras novelas, como las que forman la trilogía *La lucha por la vida*, del tema de la voluntad, la férrea voluntad, como recurso que lleva a los triunfadores a salir adelante; los abúlicos, en cambio, se pierden irremisiblemente). <<

[66] El capitán ordena colocar los signos identificadores del barco (su nacionalidad española y su condición de correo) sin que el inglés hubiera expuesto los suyos. La situación era delicada y peligrosa, como veremos. <<

[67] Otro caso de pronombre catafórico (o anticipador) innecesario, que, como ya sabemos, afea frecuentemente el estilo de Baroja. <<

[68] Obsérvese la referencia a los líos de Chimista: con estas anotaciones Embil deja constancia en su *Diario* de que su paisano anda metido en negocios poco claros o escasamente lícitos (antes los calificó de «combinaciones oscuras y sospechosas»).

<<

[69] Hamburgo es una importante ciudad al norte de Alemania. <<

[70] Las islas Bermudas están al noroeste del Océano Atlántico. <<

[71] Entiéndase la figura literaria empleada (metonimia): el nombre de una parte (vela) designa al todo (*barco*). <<

[72] Se trata de la bandera pirata: sobre el color rojo se destacan los dibujos de una calavera y dos tibias. <<

[73] No debe pasar inadvertido el grito procedente del barco pirata, pues implica que lo emite un conocido de Chimista. Por otra parte, el lector recordará que es el mismo grito de *el Tenebroso*, el pirata ejecutado en Sevilla, y de *el Vizconde* cuando atacaron a unos carabineros mexicanos. ¿Todo esto querrá decir que en el barco pirata viaja el Vizconde? El propio Embil y el capitán Oyarbide acabarán sospechando que también Chimista tiene alguna relación con los piratas. <<

[74] El poeta británico George Gordon, *Lord Byron* (1788-1824), encarnó el prototipo de héroe y escritor romántico. Es autor de la obra titulada *The Corsair* (un corsario es un pirata). <<

[75] Ya se ha hecho mención de que Chimista significa 'relámpago' en euskera. Oyarbide, natural de Hondarribia, también se percató de esto. De ahí su extrañeza.<<

[76] Oyarzun se considera injustamente tratado, cuando sus méritos, que han merecido una *cruz* o condecoración, y su cargo exigirían fórmulas de tratamiento como son *usía* o vucencia (vuestra excelencia). <<

[77] Los grandes bancos de Terranova están al este de la isla de Terranova, situada al sudoeste de Canadá. <<

[78] El narrador compara al gigantesco Commoro con Hércules, personaje que, según la mitología, fue un semidiós de enorme fuerza. (*Hercúlea* quiere decir muy grande, propia de Hércules). <<

[79] Sierra Leona está en la costa oeste de África, entre Guinea y Libia. <<

[80] La Punta Lizard es el cabo sudoeste de la isla de Inglaterra. <<

[81] El narrador identifica al gabarrero herido con la figura de Cristo torturado antes de morir en la cruz. Se llama en latín *Ecce Homo* («He aquí el hombre») la imagen de Jesucristo que lo representa tal como lo presentó Pilatos al pueblo, sangrante y con una corona de espinas. <<

[82] Zaragoza fue sitiada varias veces (1808 y 1809) durante la guerra de la Independencia y la valentía de sus ciudadanos convirtió a la ciudad en símbolo de la resistencia antifrancesa. <<

[83] Una vez más, ahora lo emite Tricu, se oye el grito (en español: «¡Relámpago!») que hasta aquí han utilizado el *Tenebroso*, *el Vizconde* y alguien en el barco pirata. El lector en seguida sabrá que es «el grito de guerra» de la gente de Chimista, grito para el que este reclama inmediatamente discreción. <<

[84] Los folletines eran relatos publicados por entregas en los periódicos y revistas. Se caracterizaban por su intriga, emocionante e inverosímil, y por sus personajes (buenos o malos sin matices). <<

[85] Son estas palabras bien caracterizadoras del personaje que las pronuncia: Chimista se enfrenta resueltamente a la vida, con completa confianza en sí mismo y en sus capacidades para vencer las dificultades. <<

[86] Una vez más es Tricu quien expresa el grito de guerra que ya habíamos oído a *el Tenebroso* y al *Vizconde*. Inmediatamente después, esta vez sí, Chimista aclarará el sentido de las exclamaciones: son gritos de la sociedad secreta que han formado sus amigos. <<

[87] El título hace referencia a que Chimista y los suyos van a hacerse circunstancialmente (*de ocasión*) tratantes de esclavos (*negreros*). Más tarde se nos aclarará que ya no existían, a diferencia de lo que había ocurrido unos años antes, barcos con tripulación fija dedicados permanentemente al tráfico de esclavos. Este comercio era una manera de enriquecerse rápidamente a poco que acompañase la suerte a los desaprensivos que se dedicaban a él. <<

[88] El sueldo que se ofrece a Embil es mucho mayor que el que habría ganado como piloto en un barco mercante normal. <<

[89] Préstese atención a las fechas en que ocurren los hechos que se van a contar. El capitán Zaldumbide, nombrado antes, es un personaje de *Las inquietudes de Shanti Andía*. <<

[90] Guinea (África) era el lugar en que habitualmente se embarcaba a los negros que iban a convertirse en esclavos. Luego se descargaba en las costas americanas. <<

[91] Obsérvense estas reflexiones de Embil, que lo caracterizan como persona sin escrúpulos, siempre movida por la ambición de enriquecerse y menos por el afán de aventura. <<

[92] El mítico o territorio imaginario *El Dorado* fue buscado, primero, por los conquistadores españoles, luego, por los aventureros británicos, en lo que son actualmente las Guayanas, entre los ríos Amazonas, Orinoco y Negro. Allí, según se decía, estaban guardadas las grandes riquezas en metales preciosos de los indígenas. Francisco de Orellana, en 1541, exploró la cuenca del Amazonas buscando esas riquezas legendarias. <<

[93] Baroja dedica este larguísimo capítulo a documentar al lector sobre la trata de esclavos. La intriga o la acción de la novela quedan en suspenso. Para redactarlo, el autor había leído bastantes libros y diversas revistas que había reunido en su biblioteca. <<

[94] Estas nuevas consideraciones de Embil esclarecen una vez más sus ambiciones.

<<

[95] Baltimore está muy cerca de Washington, en el Estado de Maryland, al nordeste de los Estados Unidos, en una bahía que se abre al Atlántico. <<

[96] La santabárbara es el almacén de pólvora. Se llama así porque en ese lugar solía llevarse una imagen de santa Bárbara, que es la patrona de los artilleros. <<

[97] Se cargaba el barco con diversos productos para negociar en África como las telas (se citan diversos tipos: las de ramales y la de *sarasa*), los *abalorios*, o conjuntos de cuentas de vidrio para hacer collares u otros adornos, las armas, la pólvora y algunas chucherías. <<

[98] En tiempos de la trata de esclavos, se daban los nombres de *ébano* a los negros, y los de *carga de ébano* o *fardos*, al cargamento de esclavos (se trata de una metonimia). <<

[99] Véase la nota 3 del capítulo III de la Segunda Parte <<

[100] La amplia zona a la que se alude ocupa desde Sierra Leona, en el oeste de África, a orillas del Atlántico, entre Guinea y Liberia, hasta la desembocadura del río Congo, en la actual República de ese nombre, al norte de Angola. <<

[101] En seguida anotaré el narrador que los curmanes son gentes de Liberia y de Sierra Leona, espías al servicio de los ingleses. <<

[102] El narrador cita los diversos nombres que se daban a la unidad de medida en diversos países africanos. <<

[103] Frecuentemente Baroja utiliza estas concordancias anómalas: aunque debería haberse escrito *estaba* en concordancia con el singular *la mayoría*, el verbo figura en plural porque el sujeto designa a un colectivo a pesar de su forma de singular. <<

[104] Otra vez la alusión a los verdaderos motivos (la ambición o la codicia) que llevan a Embil al tráfico de esclavos. <<

[105] El autor se extiende ahora en una historia de la esclavitud y enjuicia, sin excesiva ecuanimidad, el papel desempeñado en ella por España. Los datos los obtuvo de los libros y revistas que había reunido en su biblioteca, casi todos franceses. <<

[106] Los sucesos aludidos en este capítulo (noticias publicadas en periódicos de principios del siglo XIX) son un documento estremecedor bien significativo del lamentable tráfico de esclavos, que existió durante varias centurias. <<

[107] Gabón, al oeste del continente africano, tiene fronteras con Guinea Ecuatorial, Camerún y Congo. <<

[108] Los lugares citados se sitúan al oeste del continente africano, en el golfo de Guinea, en la costa de la actuales repúblicas de Benin y Nigeria. El río Calabar desemboca en la bahía de Biafra. <<

[109] Bonny se encuentra en la bahía de Biafra, al oeste de África. <<

[110] Véase la nota 4 del capítulo II de la Tercera Parte <<

[111] Se citan varios tipos de barcos: los *bergantines* (buques de vela con dos palos), las *goletas* (embarcaciones con dos o tres palos y bordas o canto del costado poco elevado) y los lugres (pequeñas embarcaciones con tres palos). <<

[112] La zona tórrida es la comprendida entre los dos trópicos y está dividida por el ecuador en dos partes idénticas. <<

[113] Senegal está en la costa oeste del continente africano, al sur de Mauritania. <<

[114] El precio se multiplicaba casi por cien: el cargamento de negros se vendía en cuatrocientas o quinientas mil pesetas de las de entonces. <<

[115] La isla de Jamaica está al oeste de las Antillas, al sur de la de Cuba. <<

[116] Durante el reinado de Fernando VII, después de la revolución ocurrida en España en 1820, los *Apostólicos* eran los partidarios del absolutismo más reaccionario. <<

[117] Se llama *Agnus Dei*, o *Cordero de Dios*, a una imagen constituida por un cordero que representa a Jesucristo. <<

[118] Los alquimistas cultivaban la alquimia o arte consistente en buscar la piedra filosofal, materia con la que, durante la Edad Media, pretendieron fabricar artificialmente el oro. A esa piedra filosofal atribuían el poder curativo de cualquier dolencia y pensaban que era, pues, el elixir de la inmortalidad (la llamada panacea universal). <<

[119] Estamos ante otro caso de concordancia anómala: se ha hecho concordar el verbo con el sobrentendido sentido de «la mayoría de los hombres» y no con el número singular del nombre *mayoría*. <<

[120] Se suceden en este párrafo las referencias geográficas y los tecnicismos marítimos. El *Canal de Bahama* está al norte de la isla de Cuba. Por otra parte, recuérdese que un *meridiano* es cualquiera de los círculos máximos de la esfera terrestre que pasan por los dos polos o cualquier semicírculo de esa esfera, que va de polo a polo. Tanto *semicalma* (situación casi sin viento) como *ventolina* (viento suave) son tecnicismos muy frecuentes en la vida marinera. En seguida se citará el *punto de estima*: es el que se coloca en la carta de marear (o mapa que describe el mar) y que, según se supone, se corresponde con el punto en que se está, deduciéndolo del rumbo seguido y de la distancia recorrida en un tiempo determinado. <<

[121] El fuerte viento derriba (*desarbola*) los palos o árboles de la embarcación y destruye el *mastelero* o mástil menor que se pone sobre cada uno de los mayores. En consecuencia, cae el *aparejo* o conjunto de velas, jarcias, etcétera. <<

[122] Recuérdese que Chimista y Embil trabajaron en la fragata Rosina, a las órdenes del capitán Oyarbide (Segunda Parte, cap. VI); cuando viajaban hacia Hamburgo, sufrieron el ataque de un barco pirata. <<

[123] Tanto la *Osa Mayor* como *Casiopea* son nombres de constelaciones o grupos de estrellas. <<

[124] El Puerto de Santamaría es una localidad de la costa gaditana. <<

[125] Las islas de Cabo Verde se hallan al este del Océano Atlántico, más abajo que las islas Canarias. <<

[126] Efectivamente, la isla de Annobón se encuentra al este del Atlántico, al sudoeste de la isla de Santo Tomé. (La isla de Fernando Poo es actualmente Bioko, al noroeste de Guinea). Recuérdese, por otra parte, que la legua es una medida de longitud (en España, equivale a unos cinco kilómetros y medio). <<

[127] Recuérdese que son característicos del estilo de Baroja tanto este empleo pleonástico del pronombre como el leísmo. <<

[128] Cabinda está, en efecto, en la costa atlántica, al noroeste de Angola. <<

[129] La provincia de Benguela está situada al oeste de Angola. <<

[130] Subiendo por el río Congo, no muy lejos de la desembocadura, se encuentra la ciudad de Boma, en la actual República Democrática del Congo. <<

[131] Obsérvese el escaso cuidado con que Baroja construye a veces las frases; la ambigüedad podría haberse evitado poniendo el complemento «en el ojo» inmediatamente después del gerundio. <<

[132] Una vez más se emplea la concordancia anómala entre *mayoría* y el verbo (se acude al plural de lo sobrentendido: «la mayoría de los *marineros*»). <<

[133] Se llamaba «cuarto» a cada una de las cuatro partes en que se dividían la noche quienes estaban de centinelas. Chimista ordenó que en su barco estas guardias nocturnas duraran dos horas. <<

[134] La isla de Noronha se encuentra al este de Brasil. <<

[135] Una vez más suena el grito de guerra característico de las gentes de Chimista: ahora es el propio cabecilla del grupo quien lo dice para animar a sus compañeros. <<

[136] Son varios los lugares que se citan en este viaje a *Martinica*, en las Pequeñas Antillas. Las islas del Caribe constituyen una especie de arco desde el golfo de México hasta Venezuela, circundando todo el mar Caribe. Recuérdese, por otra parte, que la Península del *Yucatán* está al sudeste de México (frente al extremo este de México está la isla de las Mujeres) y el cabo de *San Antonio* se halla en el extremo occidental de la isla de Cuba. *Jamaica*, a su vez, está en las Grandes Antillas. <<

[137] Matanzas está al noroeste de la isla de Cuba, al este de La Habana y muy cerca de esta ciudad. <<

[138] Al ver aproximarse al pailebote, izan la bandera que identifica la nacionalidad del barco y un gallardete o banderín como señal para que se sepa quiénes son. <<

[139] Al barco suben un *práctico*, que es un experto que va a dirigir la difícil navegación de entrada en el puerto, y un encargado del Montañés. (Recuérdese que el *Montañés* es Manzanedo, el armador de *La aventura*, para el que han realizado esta expedición). <<

[140] Véase la nota 3 del capítulo III de la Segunda Parte <<

[141] Lisandro fue un general espartano (lacedemonio) que derrotó a los atenienses en la desembocadura del Egospótamos, lo que puso fin a la guerra del Peloponeso y le permitió tomar Atenas en el año 404 a. C. <<

[142] No vayan a pasar inadvertidas estas declaraciones de Chimista sobre su desinterés por el dinero y sus deseos aventureros, rasgos esenciales de su carácter, que contrastan con el pragmatismo de Embil y su interés por hacerse rico. <<

[143] La expedición cargaría a los esclavos a orillas del río Congo, como en el primer viaje de Embil. <<

[144] Este capitán Verdillon, un francés enemigo de los ingleses y de los españoles, se alegraba de la situación de decadencia en la que se encontraba España, a punto de perder sus colonias, lo que ocurrió efectivamente en 1898 («el Desastre del 98»), cuando Estados Unidos venció a nuestro país e impuso la independencia de las últimas colonias: Cuba, Filipinas y Puerto Rico. <<

[145] El capitán se refiere a sí mismo y a sus contradicciones. La expresión francesa «¡Ah, *quelle saleté!*» equivale a la española «¡Qué porquería!» o «¡Qué basura!». <<

[146] Se refiere al pueblo francés que hizo una memorable Revolución (la de 1789-1799), que terminó con el Antiguo Régimen y con la poderosa aristocracia. <<

[147] Cabinda es, actualmente, un enclave angoleño, al norte de la desembocadura del río.

Congo. <<

[148] Algorta está en la margen derecha de la ría de Bilbao. <<

[149] Nótese una vez más la exclamación con que se animan los compinches de Chimista. <<

[150] Recuérdese que los *musorongos* eran congoleños como los *mandinga*; ambos, como vimos anteriormente, se enfrentaron. <<

[151] Abundan en este párrafo los tecnicismos que complican su comprensión. Los ingleses, para salvar la dificultad que presentaba el barco al carecer de timón, pusieron en la *popa*, o parte posterior, un *mastelero*, o mástil, que amarraron al *codaste*, o madero grueso puesto verticalmente sobre el extremo de la quilla inmediato a la popa, y que sirve de fundamento a toda la armazón de esta parte del buque; finalmente, *levaron* o recogieron el ancla y el barco se puso en movimiento.

<<

[152] Se trata del tribunal que deberá juzgar el delito de tráfico de esclavos. <<

[153] Ya se ha podido constatar en otros pasajes la actitud crítica del escritor ante el comportamiento de los ingleses en es tráfico de esclavos. El sentimiento anglófono de Embil parece compartido por Pío Baroja. <<

[154] El narrador en seguida dará noticia de los mandingos (ciertos congoleños considerados en esa época una raza superior a las de otros africanos). <<

[155] Literalmente: «Bebamos un trago, bebamos dos, / A la salud de los enamorados,
/ a la salud del rey de Francia / y m... para el rey de Inglaterra / que nos ha declarado
la guerra». <<

[156] La ciudad de El Ferrol se encuentra en la provincia gallega de La Coruña y constituye un importante centro comercial y portuario. <<

[157] La isla de Madera (o Madeira) es, en realidad, un archipiélago situado en el Atlántico, al norte de Canarias. Por otra parte, téngase en cuenta que la bajada del barómetro anuncia la proximidad del mal tiempo, pues indica que baja la presión atmosférica. <<

[158] Nótese el estilo a veces muy literario de Baroja, como aquí, donde emplea la personificación para describir el viento. <<

[159] El descuido del escritor no ha evitado la repetición de *furioso* y *furia*. <<

[160] Como se verá, se trata del culto que los carabalis (un pueblo que vive cerca del río africano Calabar Viejo) tributan a los tiburones, a los que adoran como verdaderos dioses. <<

[161] No sorprenderán al lector estas manifestaciones de Embil: nuevamente proclama sus deseos de enriquecerse y eso, según parece, solo puede venirle con el comercio de esclavos. <<

[162] Los africanos de la raza carabali eran naturales de Calabar y tenían fama de ser muy indómitos. <<

[163] Jehová o Yavé es el nombre de Dios en la Biblia. <<

[164] El sextante es un instrumento astronómico empleado en las embarcaciones para el cálculo de las distancias, pues permite medir la altura a la que están los astros. El aparato consiste en un sector o porción de un círculo (exactamente la sexta parte del círculo), graduado, de 60 grados. <<

[165] Gran Popo es otro nombre del río Uemé, que discurre por la actual República de Benín, en el golfo de Guinea. <<

[166] Embil demuestra una tenacidad inusitada al intentar por todos los medios hacerse rico; tal es la motivación para emprender su cuarto viaje como negrero. <<

[167] Dahomey (actualmente, la República de Benín) es el nombre del antiguo estado de África occidental, en el golfo de Guinea, entre Togo y Nigeria. Durante mucho tiempo fue uno de los principales proveedores de esclavos. <<

[168] A ese banquete acudían sobre todo comerciantes de La Habana. De la costumbre de obsequiar con un almuerzo se informaba en el capítulo II de la Tercera Parte. Para *Morro*, véase la nota 3 del capítulo III de la Segunda Parte <<

[169] Préstese atención a la perífrasis: el dios de los carabalis era el tiburón, como ya sabemos. (Carabali o carabalí es una persona de raza negra de la región africana de la costa de Calabar; según se decía, tenía un carácter indómito). <<

[170] Abundan los tecnicismos en este pasaje. El narrador quiere decir con la expresión *ramalazo del equinoccio* que una borrasca de las habituales en la entrada de la primavera o del otoño (recuérdese que el *equinoccio* es la época en que los días son iguales a las noches en toda la Tierra: del 20 al 21 de marzo y del 22 al 23 de septiembre) les *desarboló* o arrebató tanto los *masteleros de gavia* (o palos en los que se sostiene la vela mayor) como el botalón del foque (otro de los palos del que se cuelga una vela. <<

[171] El banco de Terranova está al sur de la isla del mismo nombre, al este de Canadá.

<<

[172] Recuérdese que el armador solía obsequiar a los comerciantes con un banquete en el barco negrero antes de que este partiera para África. <<

[173] Véase la nota 3 del capítulo III de la Segunda Parte <<

[174] Jamaica es una de las islas de las Grandes Antillas, al sur de Cuba. <<

[175] Adviértase, de nuevo, los juicios anglófobos de Embil, relativos esta vez al contradictorio comportamiento de los británicos con los africanos. <<

[176] Riohacha es una ciudad colombiana situada junto al Caribe. <<

[177] Mundaca (Mundaka en la actualidad) es un municipio vasco, situado en la margen izquierda de la desembocadura de la ría de Mundaka, al norte de la provincia de Bizkaia. <<

[178] El cabo de Hornos es el punto más meridional (el extremo al sur) de América.

<<

[179] *Pernambuco* está al sudeste de Brasil, junto al Atlántico; *Río de Janeiro* está al sur de ese país, a orillas también del Atlántico. *Valparaíso* está en la costa del Pacífico y es la capital chilena de la región del mismo nombre. <<

[180] El uso de tecnicismos dificulta la comprensión del pasaje. Constituían la comisión el *sobrecargo* (la persona que tiene la responsabilidad del cargamento), el *contramaestre* (el que dirige la marinería) y los *gaveros* (los encargados de las gavias o velas y de avistar los barcos que aparezcan en el mar); amenazan con abandonar las bombas de achique con las que devuelven el agua al mar, si no se lleva el barco a un puerto (*arribar*). <<

[181] La concordancia exigiría el singular (llegó), pues el sujeto es una *manada*; véase también la nota 1 del capítulo VI de la Tercera Parte <<

[182] Véase la nota 4 del capítulo II de la Tercera Parte <<

[183] El balance de Embil lo animará, una vez más, a intentar hacer fortuna probando suerte como negrero. <<

[184] Las novelas de Baroja suelen caracterizarse por la abundancia de hilos narrativos: se combinan muchas historias con la principal de la novela; para ello se aprovecha la aparición de un personaje secundario al que se le pregunta por su vida, para que su relato se incorpore al principal. Frecuentemente se emplean para ello fórmulas como la que aquí aparece: «Usted también ha debido [de] pasarlas buenas», y ello da pie a la narración de las aventuras del interpelado. <<

[185] El nombre del barco es el mismo de la mitológica musa o diosa de la danza y de la poesía lírica: Terpsícore. <<

[186] Para entender correctamente el párrafo, atiéndase a la perífrasis: «la raza elegida por Dios» significa «la raza judía». El animal *abominado* o rechazado al que se alude es el cerdo, cuya carne no la comen los judíos porque así lo ordena su religión. <<

[187] La canción satírica de Butti alude a italianos de diversas regiones y ciudades y se hace eco de sus rivalidades; elogia a sus paisanos bergamascos por el gran tamaño de los órganos sexuales masculinos. <<

[188] Si se tiene en cuenta que la legua marítima es una medida de longitud equivalente a poco más de cinco kilómetros y medio (exactamente 5555,55 m), parece un tanto exagerada la distancia hasta donde los remolcó el buque inglés. <<

[189] El maravedí era moneda de escaso valor; tuvo curso legal hasta bien avanzado el siglo XIX. <<

[190] Benguela es una ciudad portuaria de Angola (país entre Zaire y Namibia), al sur de la capital, Luanda. <<

[191] En el vocabulario marítimo se designa como cuadrante cada una de las cuatro partes en que se consideran divididos el horizonte y la rosa náutica (o de los vientos, que es el círculo que tiene marcados alrededor los 32 rumbos en que se divide la vuelta del horizonte), denominadas primero, segundo, tercero y cuarto, contando desde el norte hacia el este. <<

[192] La isla de Santa Elena se halla a medio camino entre América y África (exactamente a 1850 km de la costa africana). <<

[193] Pernambuco es un estado del nordeste de Brasil. <<

[194] Napoleón se proclamó emperador de los franceses y rey de Italia en 1804. Fue derrotado en Waterloo y deportado a la isla de Santa Elena, donde murió en 1821. Su tumba está en París. <<

[195] Obsérvese una vez más el rasgo característico del estilo de Baroja: la extraña construcción del pronombre catafórico *le* antes del verbo, que va seguido del sintagma *a mi barco* y otra vez del pronombre enclítico *le*. (Aquí, además, afean la expresión esa construcción pronominal y la separación de los verbos que forman la perífrasis: *comenzaron a abrirsele*). <<

[196] Estas palabras permiten constatar, una vez más, la actitud resuelta y positiva con la que Chimista se enfrenta a la vida y su confianza en la voluntad como virtud imprescindible para alcanzar el éxito. <<

[197] El narrador cita diversas plantas de la selva como el *pandano* (*Pandanus* es el nombre científico de un tipo de planta) y la *rafia* (una clase de palmera). <<

[198] Chimista revela en este diálogo su escepticismo religioso y una actitud crítica ante las religiones («los dioses no son más que la sombra de los hombres», esto es, su creación, una proyección de ellos mismos), según ideas que son las propias de Pío Baroja. <<

[199] Tanto Saint-Denis como el monasterio de El Escorial contienen famosas tumbas de reyes. Saint-Denis es una pequeña catedral de estilo gótico, en París, en la que están enterrados los reyes de Francia. El monasterio de San Lorenzo de El Escorial es una muy conocida obra construida en tiempos de Felipe II para conmemorar la victoria en la batalla de San Quintín. En su interior están enterrados casi todos los reyes españoles. <<

[200] El personaje se hace eco de la concepción pesimista que Pío Baroja tenía del mundo. Según ella, a mayor conocimiento corresponde mayor dolor: sufre más el que más sabe. En este pesimismo existencial hay coincidencias con el pensamiento del filósofo alemán Arthur Schopenhauer (1788-1860), al que el novelista había leído mucho. <<

[201] Chimista proclama aquí, con cinismo, sus prejuicios racistas. <<

[202] Se citan ahora las más conocidas razas de africanos negros de la época. <<

[203] Recordemos que los musorongos y los mandinga, o mandingos, eran congoleños (recuérdese su enfrentamiento descrito en el capítulo v de la parte III). <<

[204] El obispo francés Jacques Bénigne Bossuet (1627-1704), un escritor de prestigio, fue el inspirador de la política religiosa del rey Luis XIV en contra de los protestantes. <<

[205] Antiguamente se suponía que a quien decía la verdad lo auxiliaba Dios para demostrar la veracidad de su testimonio. Para confirmar ese testimonio celebraban el llamado *juicio de Dios*, consistente en una prueba, como podría ser, por ejemplo, un duelo; resultaba victorioso, según se creía, el que no había mentido, y era considerado mentiroso el que resultaba vencido. (En este caso, se trata de la prueba del veneno: solo moriría envenenada la que hubiera mentido). <<

[206] Al lector no debe pasarle inadvertida esta visión escéptica de la moral occidental, muy característica de Baroja. <<

[207] Obsérvese el leísmo: Baroja deberla haber empleado el pronombre «la». Son frecuentes en su prosa estos defectos gramaticales. <<

[208] En este párrafo y en el siguiente volvemos a encontrar el rasgo característico de Pío Baroja ya anotado varias veces: el pronombre catafórico (les en vez de le) precede al verbo; luego se repetirá en su misma función sintáctica un sintagma nominal (*a la gente*). En el siguiente párrafo leeremos «le cogen *al reyezuelo*». <<

[209] Apolonio de Tyana fue un filósofo griego (seguidor del neopitagorismo, una importante corriente del pensamiento), nacido en la ciudad de Tiana (Capadocia-Éfeso) en el año 97 d. C. <<

[210] Otra vez la exclamación que caracteriza a Chimista y a las gentes de su grupo.

<<

[211] Calcuta es la capital de la India. (¿!?) <<

[212] El doctor Mackra es una persona muy supersticiosa, según testimonia Chimista. Se servía de las hierbas que recogía para hacer remedios que pudieran garantizarle una vida larga. También coleccionaba fetiches diversos (ídolos a los que se atribuyen poderes sobrenaturales), como los que se citan en este pasaje. <<

[213] La isla filipina de Mindanao, que tiene 99 000 kilómetros cuadrados, perteneció al reino de España hasta 1898. <<

[214] Obsérvese la extraña ordenación sintáctica (el desorden en el interior de una oración es muy frecuente en los textos de Pío Baroja). En seguida aparecerá otro rasgo estilístico que hemos encontrado muchas veces en esta novela: la anteposición al verbo del pronombre complemento directo (por leísmo: «le has conocido») y la aparición posterior de otro complemento directo en forma de sintagma nominal («a ese *hombre*»). <<

[215] Tanto la Sierra Maestra como el pueblo de Manzanillos están en la isla de Cuba.

<<

[216] El sabio Sócrates fue un filósofo griego (470-399 a. C.); el británico Roger Bacon (1220-1292) fue otro filósofo, uno de los más grandes sabios medievales; también el alemán Alberto el Grande (conocido como *san Alberto Magno* [1193-1281) fue otro filósofo. El narrador alude, por otra parte, al *demonio familiar*, el demonio que, supuestamente, tenía trato con una persona a la que acompañaba y a la que servía. <<

[217] El país de Jauja es un lugar mítico: se trata de una tierra maravillosa en la que la vida de las personas es holganza y en la que la comida más exquisita está al alcance de la mano sin tener que ganársela. Esta tierra aparece descrita en diversas obras literarias ya sea como Cucaña, ya como Jauja, una vez que fue descubierta América (Jauja se sitúa en el Perú). Tanto Jauja como los demás lugares que se citan son imaginarios. <<

[218] El cabo de Buena Esperanza está en el extremo sur del continente africano. El primero en doblarlo en ruta hacia las Indias (1497) fue Vasco de Gama. El miedo a lo desconocido fue la causa de muchas historias y monstruos inventados por los marinos como los que cita aquí el narrador. <<

[219] La Cuaresma es el periodo de cuarenta y seis días que van desde el miércoles de ceniza hasta el domingo de Resurrección, con el que acaba la Semana Santa. La Iglesia católica prescribía el ayuno durante esos días y prohibía comer carne, en memoria de los cuarenta días que, según el Evangelio, ayunó Jesucristo en el desierto. Por todo ello, es lógico que aumentara el consumo del pescado durante esos días. No deja de tener gracia la fantasía de Chimista, según la cual es en esos días cuando los mágicos ríos y lagunas producen pescado. <<

[220] El *unicornio* es un animal fabuloso con figura de caballo y un cuerno recto y largo en mitad de la frente. Por su parte, Plinio el Viejo (23-79 d. C.) fue un naturalista latino, autor de una *Historia natural*, un compendio científico de treinta y siete libros. A su vez, Claudio Eliano (170-235) fue un escritor romano, autor de una *Historia de los animales*. <<

[221] Se citan en este pasaje diversas plantas de uso medicinal como la *poligala*, cuya raíz se emplea como remedio para el reumatismo y ciertas enfermedades de las vías respiratorias; la *pulsátula* o *pulsatila*; la *pastiflora* o *pasionaria* y la *artemisa*. <<

[222] Los *silbos* son los silbidos (A la serpiente se le atribuye una voz penetrante llamada precisamente *silbo*). <<

[223] El narrador repasa el repertorio de remedios medicinales para disminuir el apetito o deseo sexual (*la Venus*) y los afrodisíacos, o estimulantes, como son los extraídos de peces (torpedo, hipocampo o caballito de mar, pez mullo o salmonete) o de ranas y sapos (la *rana diopeta* o *calamita* y la *rubeta*). <<

[224] Embil lamenta, una vez más, su falta de suerte, a la que atribuye no haberse enriquecido; en cambio, envidia la fortuna de Chimista, su buena suerte. Esta novela que ahora acaba tendrá continuación justamente en la que lleva por título *La estrella del capitán Chimista*. <<